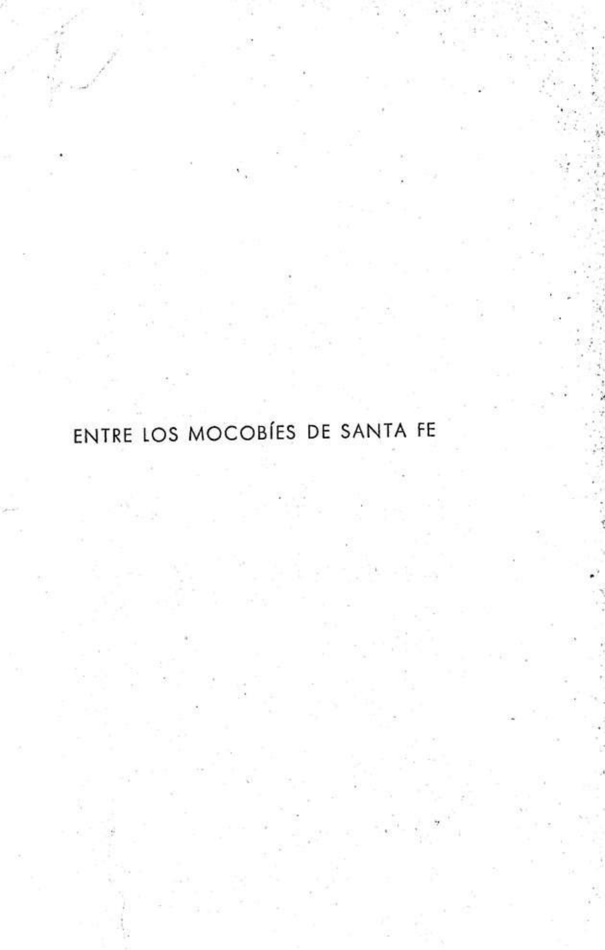
Entre los Mocobíes de Santa Fe

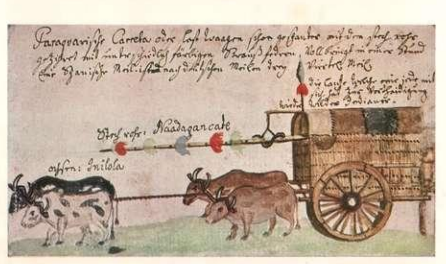
•

GUILLERMO FURLONG, S. J.


University of Florida
1853



ENTRE LOS MOCOBÍES DE SANTA FE



Carreta rioplatense, según Baucke.
"Carreta paraguaya o vagón de carga con la caña decorada con plumas de avestruz de diferentes colores. Hace en una hora una milla española que es en millas alemanas tres cuartos de milla."

ENTRE LOS MOCOBÍES DE SANTA FE

SEGÚN LAS NOTICIAS DE LOS MISIONEROS JESUÍTAS
JOAQUÍN CAMAÑO, MANUEL CANELAS, FRANCISCO BURGÉS, ROMÁN ARTO
ANTONIO BUSTILLO Y FLORIÁN BAUCKE

POR

GUILLERMO FURLONG, S. J.

CON UN APÉNDICE
SOBRE LOS HALLAZGOS DEL ARROYO DE LEYES

POR

RAÚL CARABAJAL, S. J.



BUENOS AIRES · 1938 · SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS

Nil obstat. — Thomas Travi, Praep. Prov. Arg. — 3-IX-37
Imprimi potest. — Antonius Rocca, Vic. Gen. et Ep. Auson. — 16-IX-37



Modificando tan sólo los nombres propios de personas y localidades, pudiéramos hacer enteramente nuestras aquellas líneas que estampó un cronista inglés del siglo XIII, al principio de una crónica rimada por él compuesta:

"Y acaeció que vivió en la tierra inglesa un sacerdote por nombre Layamon. Era hijo de Leovenath, a quien Dios tenga en su gloria. Layamon vivía en Emby, en una hermosa iglesia a orillas del Severn. Leyó muchos libros y le vino la idea de poner por escrito las nobles hazañas de los ingleses. Para esto hizo viajes en una y otra dirección, en busca de libros que le fueran de provecho. Por fin tomó el libro en inglés que San Beda escribió, tomó otro en lengua latina que había compuesto San Albino y se valió también de un tercer libro que escribió un clérigo francés llamado Wace. Layamon colocó estos tres libros delante de sí y dió vuelta las páginas. Los contempló y leyó con amor. Tomó después la pluma y escribió sobre hojas de vitela, y de los tres libros hizo un nuevo libro."

Esta es la forma en que Layamon compuso su crónica rimada y es la forma en que nosotros hemos compuesto este libro sobre los indios mocobíes de la provincia de Santa Fe.

En 1921, y en una biblioteca de Barcelona, tuvimos la singular suerte de dar con un valioso tomo de manuscritos rioplatenses, entre los que había tres mono-

grafías referentes a los mocobíes de Santa Fe. Fué el Padre Joaquín Camaño quien pensó[1] componer una vasta enciclopedia étnica y, al efecto, recogió materiales de primer orden al solicitar de los mismos misioneros que habían convivido con los indígenas rioplatenses una relación de sus recuerdos, de su labor y de sus experiencias personales.

"Misiones del Chaco. Mártires y Tonkin" es el título del manuscrito o colección de manuscritos a que aludimos. Constituye un volumen en 4º (120 x 220 milímetros) y comprende quince interesantes monografías compuestas por jesuítas que hasta 1767 habían trabajado entre los indígenas americanos y a la sazón (1769-1772) se hallaban desterrados en las hospitalarias ciudades del norte de Italia. Dos de las monografías de este volumen se refieren directa y exclusivamente a los indios mocobíes de Santa Fe y son las que escribieron los Padres Canelas y Burgés, y cuyos títulos dicen así:

"Origen de la Nación Mocobí y relato de sus usos y costumbres", por el Padre Manuel Canelas;

"Relación de la fundación del pueblo de San Javier de los Mocobíes" por el Padre Francisco Burgés.

La primera monografía comprende las páginas 177-347 del referido volumen; la segunda se extiende desde la página 354 hasta la página 374.

Además de estas monografías exclusivamente relacionadas con los mocobíes, existen otras dos que contienen datos y noticias nada despreciables.

Así el Padre Joaquín Camaño en su estudio preliminar sobre las "Naciones del Chaco" (pp. 1/40), dedica un breve capítulo a los mocobíes, y el Padre Román Arto es el autor de una interesante "Relación de los indios Tobas y Mocobíes" (pp. 377-392).

[1] Véase nuestro estudio sobre "Joaquín Camaño y Bazán, cartógrafo, lingüista e historiador", en el Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, año VII, número 38, pp. 272-277. Buenos Aires, 1928.

Pero mucho más interesante que estas postreras relaciones y comparable con las dos que primeramente mencionamos, es la que hallamos en 1924 en el Archivo de Loyola, Azpeitia. Es una extensa relación, toda ella referente a los mocobíes, compuesta por el Padre Antonio Bustillo, que fué uno de los misioneros que más trabajaron en las reducciones de aquellos indígenas.

Personalmente transcribimos, y en toda su integridad, las tres extensas cuanto valiosas relaciones de Canelas, Burgés y Bustillo, con el fin de darlos, algún día, a la publicidad.

En ese empeño nos hallábamos cuando por intermedio de la "Bibliotheca Scriptorum Provinciae Austriacae" supimos que en el monasterio cisterciense de Zwettl, cerca de Viena, existía un extenso manuscrito referente a los mocobíes y compuesto por el Padre Florián Baucke.

Gracias a la gentileza del señor Abad, doctor Leopoldo Schmid, y del bibliotecario Padre Luis Wagner, nos enteramos de que ese manuscrito constaba de más de mil hojas de letra pequeña y en alemán antiguo, de suerte que era muy difícil su transcripción y traducción. Como para compensar esta novedad desagradable nos fué informado que ilustraban dicho manuscrito más de cien láminas o dibujos, obra del mismo Padre Baucke y referentes a los mismos indios mocobíes.

Gracias al Padre Avelino Ignacio Gómez, S. J., pudimos obtener copias fotográficas de ciento diez y ocho dibujos, y gracias a la casa Domingo Viau y Cía. es ya del dominio público el lote más egregio y más valioso de los mismos, como puede verse en el volumen editado a fines del año 1936.[1]

No hemos podido obtener copia completa del ex-

[1] Florián Baucke: "Iconografía colonial rioplatense. Costumbres de españoles e indios". Con una introducción del Padre Guillermo Furlong, S. J. Buenos Aires, 1936.

tenso manuscrito de Baucke,[1] pero hemos podido aprovecharnos de parte, a lo menos, de su contenido y eso mediante tres conductos: 1º, por el compendio que en 712 páginas hizo del manuscrito de Baucke el Padre Andrés Kobler en 1870; 2º, por el extracto de esta obra de Kobler que en 1900 y en lengua castellana publicó el Padre Juan Auweiler; 3º, por los fragmentos manuscritos y fotográficos que expresamente para nosotros tomó el jesuíta Miguel Bullrich Cantilo a quien fué dado consultar detenidamente la extensa y valiosa relación manuscrita del citado Baucke.[2]

Tales han sido los elementos éditos e inéditos que informan esta obra que hoy damos a la publicidad y que justicieramente debe ser considerada como un complemento de la "Iconografía colonial rioplatense" a que antes nos hemos referido.

[1] Estando estas páginas componiéndose, nos informa el Padre Alois, del Monasterio de Zwettl (17 de diciembre de 1936), que el Ibero Amerikanische Institut de Berlín, enterado por nuestra citada "Iconografía", de la existencia y valor del manuscrito de Baucke, lo había solicitado para trascribirlo, y en 4 de junio de 1937 nos escribía el mencionado Padre Avelino J. Gómez que dicho Instituto piensa editar la obra en lengua alemana con todas las láminas que la ilustran.

[2] Proceden del manuscrito de Baucke las láminas y figuras que adornan esta edición, como también la tricromía que va al frente de este volumen. Esta está tomada del original de la lámina de Baucke que nos remitió el mencionado Padre Alois y se halla actualmente en poder del doctor Adolfo M. Díaz, residente en esta ciudad de Buenos Aires.





Las boscosas llanuras que, iniciándose al oriente de Salta, llegan hasta las puertas de la ciudad de Santa Fe, comprendiendo en su amplitud, además de los territorios del Chaco y Formosa, todo el noreste de Santiago del Estero, norte de Santa Fe y parte oriental de la provincia de Córdoba, constituyeron desde los primeros tiempos de la conquista hispánica el temido e impenetrable Chaco.

El gran Chaco

El Chaco llegó a ser para los atrevidos conquistadores de antaño lo que el Atlántico, "mare tenebrosum", para los antiguos marinos. Era fama que quien se aventuraba a desplegar las velas de su embarcación sobre las devoradoras olas atlánticas o se atrevía a penetrar en la enmarañada selva chaqueña desaparecía de entre los vivos, tragado por las aguas o devorado por las fieras.

Según parece, estaba el Chaco sin indios algunos cuando arribaron a estas regiones los primeros europeos. Aquellas selvas impenetrables, pobladas de terribles alimañas, cubiertas en grandes zonas por esteros malsanos, no podían ser el "habitat" ordinario de indígena alguno. Dueño éste de las vastas y alegres llanuras, las dominaba por entero y sólo ocupaba las zonas próximas a los ríos, particularmente las riberas del Paraná.

Bajo la benéfica sombra de quebrachos, algarrobos, timbós, laureles y guayacanes que en las zonas extensas de la periferia chaqueña ofrecían al indio abundante miel para su alimentación y defensa contra los tigres, ubicaban sus rústicos "habitats". Aun el indio, poseedor de todos los secretos de la naturaleza, debió de intimidarse ante la perspectiva de avanzar en la enmarañada selva donde ni los rayos del sol podían penetrar y tenían su guarida las fieras más voraces y las alimañas más destructoras.

Pero las circunstancias cambiaron. Llegó una raza de hombres cuyas flechas invisibles eran tan certeras como mortales; una raza de hombres de genio superior y de recursos más abundantes y más terribles. Ante ellos no se doblegó el indígena, pero huyó adonde el hombre blanco no pudiera exterminarle ni aun dominarle. La impenetrable selva chaqueña fué su salvación.

"Habitat" indígena

Así se pobló el Chaco al convertirse en la guarida forzosa del indio. En medio de una selva intrincada formóse una ecléctica agrupación de indios de todas las facciones, de todos los idiomas y de todas las procedencias. La común defensa contra el invasor común los unió, no obstante todas sus diversidades étnicas y glóticas.

Allí ciertamente se reunieron tribus procedentes del norte y del sur, del este y del oeste. Del sur eran ciertamente los charrúas que llegaron hasta las selvas chaqueñas; del norte eran los tobas, los abipones y los mocobíes que, cruzando el Bermejo, penetraron en el Chaco hasta llegar a las puertas mismas de la ciudad de Santa Fe.

Según las comprobaciones etnográficas más autorizadas, pertenecían a cuatro grandes ramas las diversas tribus que llegaron a poblar el Chaco en toda su extensión y amplitud. Esas cuatro ramas eran la de los mataco-mataguayos, la de los chorotes, la de los chiriguanos y la de los guaycurúes.

Los guaycurúes

A esta última rama pertenecían los ya mencionados tobas y mbayas, abipones y mocobíes. Ninguno de los historiadores primitivos, al consignar los diversos pueblos que poblaban el Chaco, mencionan a estos indios, y menos aún indican que tenían sus moradas o "habitats" en tierras actualmente santafesinas.

Al referirse a éstas sólo mencionan los historiadores primitivos a los dóciles guaraníes, a los indomables charrúas, a los mocoretás y mepenes, a los gandules y corcavaes, a los calchines y quiloazas, a los curundas y chanás, pero nada nos dicen de aquellos otros indios que habían después de hacerse tan temidos de los pacíficos moradores de Santa Fe.[1]

Los jesuitas, en su célebre mapa de 1647, sólo señalaron una tribu indígena en el territorio actualmente santafesino, la de los chanás.[2] Tal vez no andaban errados al eliminar a tantos otros pueblos y sólo consignar a aquél, ya que es cosa muy probable que todos ellos no eran sino parcialidades, ramas, secciones de la gran familia chaná. La imprecisión de la ciencia etnográfica entre nosotros no nos permite precisar puntos tan importantes como éste.

Pero ese mismo mapa jesuítico que en territorio santafesino sólo consigna a los indios chanás, establece que al norte, y sólo al norte del Bermejo, tenían su "habitat" los guaycurúes, o sea, los tobas, mbayas, abipones y mocobíes. Allí se hallaban esos indígenas a principios del siglo XVII, aunque pronto habían de comenzar a cruzar el citado río y penetrar en la selva chaqueña.

Los indios mocobíes

Así el Padre Joaquín Camaño[3] en su "Mapa del Gran Chaco", tan ponderado por Boggiani y por Lafone Quevedo, ubicó a los tobas sobre entrambas márgenes de aquel río, entre los paralelos 20 y 22, a los abipones entre los paralelos 19 y 21, y en medio de unos y otros, también a entrambas márgenes del Bermejo, ubicó a los mocobíes. Y lo que estampó Camaño en su mapa, lo consignó en su preciosa monografía etnográfica:

"La sexta nación es la mocobí, o indios mocobíes, nos dice él. Habitan a una y otra banda del río Grande, o Bermejo, más arriba de los tobas sus confinantes, y algunas de sus parcialidades están algo retiradas de dicho río hacia el Salado, que es

1 Guillermo Furlong, S. J.: "La Memoria de Diego García" (1526-1527), pp. 59-60. Montevideo, 1935.

2 Idem: "Cartografía jesuítica del Río de la Plata", t. I, pp. 26-30, y t. II, láminas II y III. Buenos Aires, 1937.

3 Idem: ibidem, t. I, pp. 125-129, y t. II, lámina XLVIII.

decir hacia el sudoeste. Serán por todas unas dos mil o tres mil almas; si no hay algunas más escondidas en los bosques distantes de dicho río Grande hacia el Pilcomayo. Son muy valerosos, guerreros, dóciles, y de genio e inclinación nobles." [1]

En otro de sus escritos etnográficos asevera el mismo y egregio historiador que una parcialidad de los mocobíes vivía en la banda sur del río Grande sobre el pozo Apegnet, mientras el cacique Guenogodín con unos 200 indios moraba en el paraje llamado Cotegue. Otros varios caciques, entre ellos Exagantín y Pataiquín, a quienes obedecían unos 600 indios más, tenían su ubicación unas cinco leguas más al sur.

Santa Fe y los indios

Así estaban las cosas a mediados del siglo XVIII, que es cuando Camaño se ocupó de recoger materiales para su magna obra sobre etnografía rioplatense.

Nada consigna Camaño acerca de las frecuentes irrupciones que sobre la ciudad de Santa Fe y sobre las estancias circunvecinas hacían aquellos mocobíes, unas veces solos, otras en compañía de sus afines y aliados los tobas y abipones, pero sabemos por múltiples relatos que desde mediados del siglo XVII fué aquella indiada una terrible pesadilla para la ciudad de Santa Fe. Así la primera como la segunda ubicación de aquella ciudad se prestaba a ser la víctima de los belicosos indios, que encontrando imposible la vida en la selva enmarañada e insalubre, trataban de extender sus correrías hacia el sur.

La ciudad y sus pacíficos vecinos estuvieron en continua zozobra desde 1592. En 1620 y en 1625 fueron indios chaqueños quienes invadieron las estancias, llevando la muerte a sus moradores y robando las caballadas y el ganado vacuno. Doce años más tarde estaba la ciudad tan terriblemente angustiada que Mendo de la Cueva ordenó al general Cristóbal de Garay que saliera a combatir a los indígenas. No encontrando soldados españoles pidió tropas a los pueblos de guaraníes y al efecto se pusieron a sus órdenes 230 indios de Misiones. Con esta tropa y cien españoles pudo Garay dar una fuerte batida y aliviar a los vecinos de los continuos sobresaltos que entonces les atormentaban.

Mendo de la Cueva

Pero a los dos años eran nuevamente los indios chaqueños el terror de los pacíficos moradores santafesinos. El mismo gobernador Mendo de la Cueva, al frente de 600 indios de las Reducciones jesuíticas y en compañía de sus capellanes, los Padres Alonso Arias y Pedro Romero, salió en persecución de los indios, pero no pudo dar con ellos. Conforme a su vieja y bien pensada táctica habíanse fugado ellos a su ordinario refugio.

Quisieron los españoles llegar hasta su escondite íntimo, pero les fué imposible. "Con sufrimientos horribles y penurias de toda clase, la expedición apenas podía avanzar, pues debilitados en caballos y por las largas jornadas, hasta el alimento faltóles, teniendo que recurrir a toda clase de bichos, hasta víboras, sapos

[1] Guillermo Furlong: "La etnografía rioplatense y chaqueña según el Padre Joaquín Camaño y Bazán, S. J." en la Revista de la Sociedad de los Amigos de la Arqueología, t. V, pp. 309-343, 1933.

y culebras, para sostenerse", escribe un historiador santafesino.[1]

Mendo ordenó la construcción del fuerte de Santa Teresa, a las puertas de Santa Fe y con el fin de defender la ciudad contra las malocas de la indiada, pero de nada sirvió aquel recurso. Lo cierto es que en 1653 estaban las cosas peor que nunca. En ese año envió el gobernador Pedro Ruiz de Baigorri un ejército de 600 indios jesuíticos y 40 soldados españoles en persecución de los indios, y dos años más tarde hizo que se repitiera esa operación, pero eran remedios efímeros y hasta contraproducentes.

La nueva Santa Fe

Fué deseo general el trasladar la ciudad a una zona más alejada del Chaco y ubicarla de suerte que pudiera más fácilmente defenderse contra los ataques de la indiada. Ya se planeaba la nueva ciudad cuando en 1655 y 1656 volvieron los indios a invadir las estancias y atemorizar a sus pobladores. Poco pudo con ellos el maestre de campo Arias de Saavedra. También en esta oportunidad fueron los indios de las Misiones jesuíticas los valerosos defensores de la ciudad de Santa Fe, como en carta a Su Majestad lo consignaba don Pedro Ruiz de Baigorri.[2]

La nueva ciudad de Santa Fe quedó emplazada entre los ríos Salado y Santa Fe, y al sur de la laguna de Guadalupe. Su posición casi insular era, así parecía a lo menos, una garantía de seguridad, sosiego y prosperidad. Aunque quedó oficial o jurídicamente fundada el 16 de mayo de 1651 no se hizo el traslado sino lentamente durante un período de unos diez años.

En 1662, cuando todavía quedaban algunos vecinos en la Santa Fe "vieja" y se hallaba la mayor parte en la Santa Fe "nueva", llegaron los indios a poner en aprieto ambas localidades. En marzo de 1662 el Cabildo se mostraba nervioso, pues aun en la nueva ubicación peligraba igualmente la ciudad. Envía chasques al gobernador, requiriendo socorro, increpa al teniente de gobernador, Lorenzo Flores de Santa Cruz, por su falta de previsión, ordena recoger el ganado para el sustento de los habitantes de la ciudad y prohibe a los mismos alejarse del casco de la misma.

Nuevos peligros

El 3 de abril de 1662 se tuvo un gran consejo militar. La ubicación casi insular de Santa Fe no era una garantía de seguridad, como se había creído. La nueva ciudad, como la ciudad vieja, iban a ser el blanco de las malocas e incursiones de la indiada. Los militares determinaron entonces hacer una entrada al Chaco para acabar de una vez por siempre con el nido de tantos indígenas. Al gobernador de Buenos Aires le pareció buena la idea, pero aseveró que sería de mayor provecho si los Padres jesuítas, maestros en el arte de dominar a los indios, tomaran cartas en el asunto y por medios pacíficos se esforzaran en ganar la voluntad de los mismos.

Mientras en esto se pensaba, poniendo toda la atención en el Chaco, terrible esfinge sin solución posible, ascendió del sur e invadió las estancias y rodeó a la indefensa ciudad otro pueblo

1 M. Cervera: "Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe", t. I, p. 364. Santa Fe, 1907.

2 Fechada en Buenos Aires a 19 de mayo de 1656: Archivo de la Asunción, Paraguay: Ass. vol. LXI, n. 17, fol. 41.

indígena, el de los charrúas. Tan terrible e inesperada fué esta invasión que se pidieron urgentes socorros a Buenos Aires, y fué imposible celebrar aquel año la tradicional fiesta de San Jerónimo ni aun la fiesta de la Inmaculada. Los enemigos estaban a la puerta y la población en angustias mortales. Fué recién en 1678 que se pudo pactar con los charrúas una paz de 35 años, paz conseguida a precio de rescates, de vinos, caballos, armas y municiones, paz que no fué sino un armar al enemigo y envalentonarlo más con sus victorias pacíficas, no menos dolorosas que las que conseguía en los campos de la refriega.[1]

Abipones y mocobíes

Fué en aquel año de 1662 y cuando Santa Fe estaba estrechada por tantos indígenas, procedentes unos del norte y otros del sur, que en las regiones del Tucumán hacían acto de presencia y caían sobre la indefensa ciudad de Talavera los indios abipones y mocobíes. Ya habían pasado el Bermejo, ya habían salido del Chaco y pretendían abrirse camino por el noroeste. Recién en 1666, después de muchos años de vida inquieta y después de una campaña de nueve meses, pudo Tucumán tranquilizarse viendo su territorio libre de aquellos terribles indios y sus fronteras defendidas con los nuevos fortines de Talavera y Esteco, reconstruídos.

Casi al propio tiempo caían también sobre Corrientes los mismos indios abipones y mocobíes, llegando a dominar en casi toda su extensión las amenas riberas del Paraná. Su proyecto o ambición era el extenderse hacia el sur y este, y durante muchos años intentaron realizar sus deseos, pero fueron una y otra vez batidos por los españoles de Corrientes y por los indios de las Reducciones jesuíticas.

Antonio de Vera y Mujica

"Contra Santa Fe seguramente, año a año preparaban los mocobíes sus malocas e invasiones, asevera el doctor Cervera, y aunque faltan algunos años en las actas del Cabildo y documentos, vemos que de nuevo en 1666, preparábase una gran invasión, pues la ciudad resolvió que al mando de Antonio de Vera y Mujica saliera una nueva expedición al valle (así llamado del Gran Chaco), en febrero de 1667, expedición que no pudo efectuarse entonces, por no haber llegado la gente de Corrientes, la que casi siempre ayudó en estas expediciones, pues ambas ciudades eran las más inmediatamente amenazadas".[2]

No se realizó por entonces la expedición, pero periódicamente promulgaba el Cabildo severas ordenanzas a favor de la seguridad común, hasta obligar a los forasteros a estar armados y preparados para rechazar cualquier ataque.

Cuando subió al poder el teniente de gobernador Antonio de Vera y Mujica, determinó acabar con ese estado de cosas. Salió al encuentro de los indios, les ofreció la paz y la vida en nombre de Su Majestad, prometió el perdón de los agravios recibidos y les ofreció tierra para que en ellos se formara una reducción. Ésta debía fundarse en el paraje del Salado Grande,

[1] Juan F. Sallaberry: "Los charrúas y Santa Fe", p. 130. Montevideo, 1926.
[2] Cervera: op. cit., t. I, p. 400.

donde tuvo su estancia Miguel Martín, o en el sitio de Cayastá, donde estuvo ubicada la vieja ciudad de Santa Fe.

Estos eran los proyectos que sólo parcialmente llegó a efectuar don Antonio de Vera y Mujica. En 1672 terminó su mandato y al año hallábase Santa Fe en la mayor zozobra. A 3 de febrero del año siguiente de 1673, se dió un bando ordenando que todos los varones de diez años para arriba recibieran instrucción militar, que cada vez que sonara la caja de guerra debían todos los vecinos acudir de inmediato a las puertas del Cabildo para recibir órdenes, que nadie saliera de la ciudad sin permiso del Gobernador. Quien contravenía esta postrera orden incurría en la pena de diez días de cárcel y multa de diez pesos.

Asegurada, al parecer, la ciudad, se determinó en agosto de aquel mismo año de 1673 que diversas partidas armadas recorrieran los pagos del Salado y del Rincón, a fin de libertar las estancias de las depredaciones indígenas. Poco o nada fué el fruto obtenido. Año tras año, pero principalmente en 1680, en 1686 y en 1700, llegaron los indios a poner la ciudad en el trance de su total destrucción. En los años siguientes, como en 1708, en 1709, y en 1715, buscaron los santafesinos armas, municiones y aliados, y con esos recursos hicieron los esfuerzos más grandes.

Con la ayuda de los jesuitas

Fué en este último año 1715 que la ciudad solicitó la ayuda de los jesuitas y 1.500 indios misioneros, en cuya compañía iba el Padre Policarpo Dufo, pasaron a Entre Ríos y se pusieron a las órdenes del vecino de Santa Fe, don Francisco García de Piedrabuena. El resultado de esta expedición, como de todas las anteriores, fué nulo y hasta contraproducente. En presencia de las armas de fuego, huían los indios infieles y se escondían en las selvas, pero al mismo paso que las tropas volvían satisfechas a sus pagos, volvían los infieles a invadir las estancias y asediar las ciudades y pueblos.

Más atrevidos y crueles que nunca aparecieron en 1726, así los abipones como sus consanguíneos los mocobíes. Cometieron una serie de asesinatos en las fronteras de Santa Fe y Santiago del Estero, ocuparon el paraje denominado Mercedarios, se extendieron a lo largo de la costa del Salado Grande y ocuparon la estancia de los jesuitas y el sitio de Cayastá, donde aun quedaban restos de la vieja ciudad santafesina.

Parece que la terrible batida que en 1710 el gobernador del Tucumán, Esteban de Urizar, llevó en forma bien organizada y bien eficiente contra los abipones y mocobíes, hasta alejarlos de la ciudad y jurisdicción tucumanas, fué la ocasión de que dichos indios penetraran resueltamente en la jurisdicción de Santa Fe, llegando su audacia a ser, año a año, más atrevida, sus incursiones más frecuentes y sus depredaciones y matanzas más espantosas.

El decenio 1730-1740

El decenio 1730-1740 fué terrible en este sentido. Año a año, y casi día a día, las alarmas tenían en continuo sobresalto a la pacífica población. "El 17 de febrero de 1732, asaltaron los indios la ciudad matando tres soldados e hiriendo a otros, robando caballos y ganados; en el mismo mes, los defensores del fuerte de Santo Tomé se quejaban de que era dicho fuerte insuficiente para

la defensa, debiendo derribarse y levantarse otro, más cerca del río y más apropiado al número de defensores. La muerte de éstos, y los continuos asaltos de día y de noche efectuados por los indios no cesaban; el 28 de abril, fué asaltada nuevamente la ciudad, pudiendo rechazarse a los indios por la guarnición y vecinos, pero hubo necesidad de traer más defensores del partido más cercano, al mismo tiempo que se ordenaba a los religiosos de la Compañía de Jesús, los que por la peste de sarampión reinante salían de noche a confesar a los enfermos, el que no lo hicieran a esas horas, por el continuado peligro de sus vidas, ante los ataques nocturnos de los enemigos.

"Por último, habiéndose avistado algunos grupos de indios en el Saladillo, cercano a la ciudad, ordenóse que todos los vecinos se aprestaran a repelerlos, y se envió al Paraná por socorros, al alcalde de Hermandad, y avisábase al Gobernador, del apurado trance en que se hallaban los santafesinos. En el mes de mayo, el capitán Martín José de Echaurri salió con los vecinos y caballos, que se le entregaron, a atacar a los indios, mientras otras partidas sueltas de defensores procuraban desalojar de las islas circunvecinas a la ciudad, a un grupo de indios que desde ellas incomodaban sin cesar y elevábase al mismo tiempo un informe al rey, dando cuenta del triste estado de la ciudad, sin comercio, defensa ni vecindario",[1] pues los propios moradores de la ciudad fugaban de la misma en cuanto podían, restando así brazos para la defensa y llevando el desaliento a todos los espíritus. Fué en verdad terrible el decenio 1730-1740.

Testimonios de contemporáneos

El Padre Lorenzo Casado, que cruzó nuestras pampas pocos años después, escribía que "los indios mocobíes tenían por los años de 1730 y 1740 de este siglo a la ciudad de Santa Fe tan reducida, que no podían ir al río a lavar ni traer agua, estando . . . invadidos los campos y sus caminos. Ya estuvieron los pobladores para despoblar la ciudad, la que mantuvo el Padre José Benavídez, procurador del colegio, trayendo el ganado de su estancia con escolta, que tenía el colegio en el paraje que llaman el Carcarañal. Caminando yo con cuatro Padres el año de 45 para esa ciudad [de Santa Fe], para de allí subir al Paraguay, llevamos escolta de indios calchaquíes estando despoblado todo hasta llegar a la ciudad por veinte leguas y sus contornos".

Años antes había pasado por Santa Fe el Padre Ignacio Chomé, de quien son estas líneas escritas en 1730: "Hicimos sesenta leguas casi sin peligro alguno [en nuestro viaje de Buenos Aires a Santa Fe]; pero no fué así de las veintidós que nos quedaban para llegar a Santa Fe. Los bárbaros guaycurúes [esto es, abipones y mocobíes] se han hecho dueños de todo el país; corren continuamente el campo, y más de una vez intentaron sorprender la ciudad de Santa Fe. No dan cuartel a los que caen en sus manos y les cortan al instante la cabeza: la despojan de los cabellos, y de la piel, y erigen de ellas otros tantos trofeos . . ."

Dueños del país

[1] Cervera: op. cit., t. I, p. 483. Véanse también las pp. 437, 456 y 448.

"No son esos bárbaros naturalmente valientes. Se ponen en emboscadas para acometer a sus enemigos; pero antes dan terribles aullidos, que intimidan de tal manera a los que no están acostumbrados, que los más animosos se asustan y quedan sin defensa... Nos tuvieron estos infieles por tres noches en continuos sustos, y si no se nos hubiera enviado una escolta, que hacía continuamente la ronda, no hubiéramos escapado de sus manos. Venían de cuando en cuando algunos a ver si estábamos en vela, y en buena disposición; pero en fin llegamos felizmente a Santa Fe." [1]

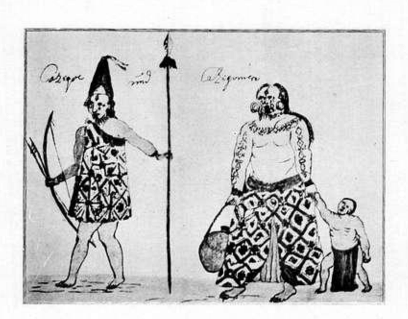
El procurador general de la ciudad de Santa Fe acrecentaba los negros colores de esta descripción al aseverar cuatro años más tarde que estaban las cosas en situación tan crítica que "hay que guardar el ganado con escolta. Los indios ocupan las campiñas, ríos, islas, y se mueven y asechan con toda impunidad, y aprovechan los menores descuidos. Son además poderosos".[2] Así se expresaba don Juan José de Lacoizqueta en 1734.

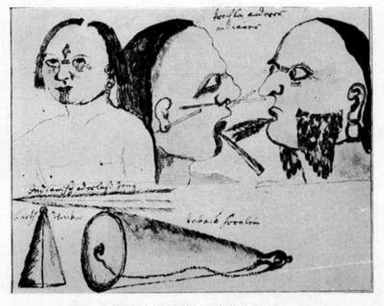
Santa Fe en peligro

La nación mocobí, escribía años más tarde el Padre Antonio Bustillo, llegó a dominar de tal suerte toda la jurisdicción de Santa Fe y de las provincias limítrofes que hicieron "los caminos impracticables para todo comercio, cerrándolos para el transporte mutuo entre ellos y el Perú y Chile. Pasó a tanto su insolencia que en la ciudad de Santa Fe de Vera Cruz con poca reserva se paseaban por sus calles, obligando a sus moradores a no poder salir de ellos sin armas en las manos, y a no dejarlas ni aun para oír misa; y en las demás encerrándolos de tal suerte que no salían de ellas, aun prevenidos de armas, sin peligro manifiesto de la vida.

"Llegaron últimamente los vecinos de esta ciudad, por la falta de víveres continuos, y más vigorosos arrebatos de los infieles al estado de querer ya desampararla. Acudió en este aprieto la Compañía de Jesús, enviando por el río Paraná, de la hacienda del mismo Colegio de Santa Fe de Vera Cruz, nombrada San Miguel [o Carcarañá], en abundancia bastimentos a la ciudad, y el señor don Francisco Javier de Echagüe y Andía, teniente gobernador, justicia mayor y capitán de guerra, con su extraordinario valor e industria peculiar en el manejo de las armas contra tales enemigos, a defender cual nunca su patria, obligando a los bárbaros por el miedo a contenerse y a que por el mismo lo respetasen y amasen por su trato benévolo y cortés con ellos. Con estas dos fuertes armas del valor y humanidad, consiguió al cabo de tiempo dejasen por conciertos la paz descansar única entre todas las demás a su ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz y haberse con ella las dos marciales e indómitas naciones, mocobí y abipona. Pero no teniendo como práctico este loable capitán por sólidas aquellas paces, y segura a su ciudad de toda irrupción enemiga, si no se ratificaba con los establecimientos en pueblos de estas dos referidas naciones sujetas a vida cristiana y política, habló sobre este punto celoso a los caciques prometiéndoles misioneros a su arbitrio, y haciéndoles otras promesas, capaces a rendir ánimos no tan sujetos a brutales ape-

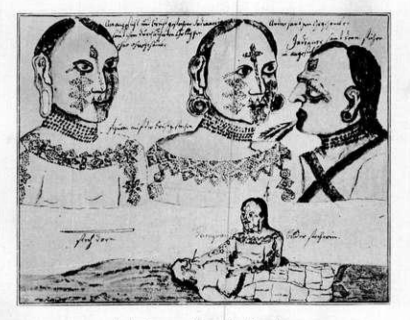
1 Carta de 1730 en Weltbott, n. 559.
2 Autos diversos, t. I, f. 18, Archivo de los Tribunales, Santa Fe.





Tatuaje mocobí, según Baucke.





Tatuaje mocobí, según Baucke.

titos. En este tiempo los jesuítas del Paraguay, como siempre solícitos de la propagación de la fe, servicio de su monarca y tranquilidad de la República, hicieron también por su parte para fundar, y fundaron por el mes de julio de 1743, con algunos mocobíes menos protervos y más dóciles, a costa de innumerables trabajos, el pueblo de San Francisco Javier, hoy floreciente de la nación mocobí, coadyuvando eficazmente a los católicos intentos del sobredicho señor don Francisco Javier de Echagüe y Andía."

No se crea exagerado este elogio. La historia santafesina ha coronado de gloria inmarcesible la memoria de ese distinguido militar, sabio y prudente gobernador, perfectísimo caballero y católico cabal.

"Nuestro gran Echagüe",[1] como le ha llamado el Padre Sallaberry, ocupa sin lugar a duda uno de los más honrosos sitiales en la galería de los próceres argentinos, como digno precursor de los egregios mandatarios y expertos militares que surgieron después de la revolución de mayo.

El esfuerzo de Echagüe y Andía

Era don Francisco Javier de Echagüe y Andía natural de la misma ciudad de Santa Fe, donde nació el 1º de septiembre de 1693, siendo sus progenitores el general Francisco Pascual de Echagüe y Andía y doña María Márquez Montiel.

"Apenas terminados sus estudios en el colegio que los jesuítas tenían en su ciudad natal, dedicóse al ejercicio de las armas, para el que habíale Dios dado singulares prendas. Ya en 1711 aparece entre los que salen contra los indios que asediaban la ciudad, y apenas se conserva lista de soldado en la que no figura este soldado afortunado y gobernante probo como simple soldado primero, como oficial y general después.

Todos los testigos e historiadores están acordes en que los dos hombres que más contribuyeron en libertar a Santa Fe del tenaz asedio de los indios . . . fueron don Manuel de la Sota y don Francisco Javier de Echagüe y Andía. Citaré a este respecto, escribe el Padre Sallaberry, algunos párrafos de diferentes testigos. "Los que más se señalaron, dice don Pedro Aguiar, en el servicio de Su Majestad y bien de esta ciudad, fueron don Manuel de la Sota y don Francisco Javier de Echagüe y Andía, el primero de los cuales habiendo sido obligado . . . a ejercer el cargo de maestre de campo general . . . tomó con tanto empeño el perseguir a los infieles, que a más de muchos servicios que, en defensa de esta ciudad ejecutó en ella, salió con tropa de gente y persiguió a dichos infieles hasta el Gran Chaco, común habitación de ellos; y que habiendo después obtenido el empleo de teniente don Francisco Javier de Echagüe y Andía, asimismo con tanto empeño castigó a los infieles, que a su continuo esfuerzo, desvelo y cuidado, debe esta ciudad ver a sus perseguidores reducidos en pueblos y gozar de la tranquilidad que le resulta." [2]

"De los tenientes, que en aquel gobierno gobernaron esta república, añade don Carlos de la Rosa, ninguno se esmeró con tan

[1] "Los charrúas y Santa Fe", p. 30.
[2] Tribunales de Santa Fe, E. C. t. 32 (1768-1769), n. 325, f. 32.

Era un bravo soldado

eficaz celo y vigilancia, que don Francisco Javier de Echagüe y Andía, quien después de haber perseguido a los infieles enemigos, que tenían hostilizada esta ciudad, habiéndoles reducido a términos de dar paces; como para las capitulaciones no quisiesen venir los indios caciques al campamento español, deseoso el dicho teniente de la tranquila paz de esta ciudad y sosiego de sus vecinos, se arrojó solo con el lenguaraz [o intérprete] al campamento enemigo, y metido entre ellos, hizo sus capitulaciones y los trajo a esta ciudad, donde les hizo muchos donativos a costa de su propio interés, para mejor traerlos a la amistad y conservación de la paz, que habían pactado, debiéndose al valor y esfuerzo de este jefe, la permanencia [esto es, la misma conservación y existencia] de esta ciudad." [1]

"La hazaña de Echagüe y Andía de entrar solo en el campamento enemigo la señalan varios testigos, todos ellos con admiración y con loa, rasgo aventurado y peligroso que lo hizo popular y simpático a los indios y a los españoles. Don Ramón Moreyra añade estos detalles: los enemigos eran 800. Echagüe y Andía había tomado un prisionero y lo devolvió lleno de donativos que le hizo de su propio caudal "a pedir las paces al cacique de ellos". El cacique no quiso destacarse de sus tropas, y por eso Echagüe y Andía avanzó solo, exponiendo, dice Moreyra, su vida por el bien de esta ciudad, su patria, a cuyo lance se halló el declarante presente: y que asimismo es testigo de que habiéndose concertado las paces, los trajo a esta ciudad; y les hizo muchos regalos, a costa de su propio interés, únicamente con el fin de atraerlos y contenerlos, debiéndole esta ciudad la pacífica tranquilidad que hoy goza desde aquellas paces".[2]

Expone su vida

"Estas paces no fueron tan halagüeñas como las pinta Moreyra, pero no hay duda de que ellas salvaron por entonces a Santa Fe. Echagüe y Andía subió al gobierno de Santa Fe el 12 de julio de 1733, y esas famosas paces tuvieron lugar al año siguiente. Pasaron aún nueve años antes de que empezasen las reducciones de mocobíes y abipones" que habían de ser la pacificación de la indiada y el comienzo de la prosperidad de la ciudad santafesina. Durante esos nueve años "los indios cumplieron mal las capitulaciones, cometiendo mil fechorías que hubieron de tolerar los españoles" pero es innegable que "la paz firmada en tan azarosas circunstancias fué un golpe de genio con sus ribetes teatrales".[3]

Fué un golpe de genio, pero habría sido un golpe inútil si no se hubiese planeado en forma y realizado todo un plan de reducciones que bordeando el Gran Chaco contuvieran a los bárbaros en sus depredaciones y los encaminaran por las sendas del amor cristiano.

Esta fué la maravillosa obra realizada por los jesuítas entre 1743 y 1767. En aquel año y a las puertas de la ciudad de Santa Fe fundaron la reducción de San Francisco Javier, compuesta de indios mocobíes; en 1748 y sobre la margen austral del Arroyo del Rey erigieron la reducción de San Jerónimo, constituída por in-

[1] Tribunales de Santa Fe, E. C. t. 32 (1768-1769), f. 33-33 v.
[2] Ibídem, 36 v.
[3] Sallaberry: op. cit., pp. 29 y 30.

Las reducciones

dios abipones; en 1749 formóse otra reducción de abipones, denominada La Concepción, y ubicada sobre el río Dulce, y al año se fundó un tercer pueblo de abipones, llamado San Fernando y es hoy la próspera ciudad chaqueña de Resistencia. En 1751 inician los jesuítas el pueblo de Valbuena o San Juan Bautista, integrado por indios isistines y toquistines; en 1756 dan comienzo los misioneros jesuítas al de San Ignacio o Ledesma, constituído por indios tobas y mataguayos; en 1760 los mayas o guaycurúes siguen al Padre José Sánchez Labrador y forman el pueblo de Belén o Nuestra Señora de Belén; en 1763 surgen los pueblos de Ortega o Nuestra Señora del Buen Consejo, integrado por indios omoampas, y el de Macapillo o Nuestra Señora del Pilar, poblado por indios pasaines. En 1765 se construyó el segundo pueblo de indios mocobíes sobre el río Ispin-Chico, afluente del Saladillo, y distante tan sólo ochenta leguas de la ciudad de Santa Fe. Llamóse este pueblo San Pedro, en honor de don Pedro Cevallos. En 1767 fundóse la reducción de San Juan Nepomuceno, de indios chanás, y se pensaba fundar un tercer pueblo de indios mocobíes, cuando la Real Pragmática de Carlos III aventó a los cuatro vientos toda la ingente labor de media centuria y soltó nuevamente sobre la ciudad y jurisdicción de Santa Fe las euménides chaqueñas.[1]

Pueblos anteriores

[1] Con anterioridad a la fundación de estos pueblos hubo otros, aunque al sur de la ciudad de Santa Fe. He aquí una lista de los mismos que nos ofrece el Padre José Sánchez Labrador, en uno de sus libros inéditos aún:

Collastas o Coyastas: Estuvo este pueblo situado cerca del brazo del Paraná, llamado Collastiné, que llega hasta cerca de la ciudad de Santa Fe. Su río particular era el Salado, veinte leguas más arriba de Santa Fe. Sábese que este pueblo fué muy numeroso; pero se ignora si estuvo al cargo de clérigos, o religiosos en sus principios. Después se alternaron unos y otros. Si no fuera por haber quedado el nombre de Collastiné, ni memoria hubiera de este pueblo: húbose de destruir presto.

Chanas: Llamóse el pueblo de los Chanas, San Bartolomé. Estuvo situado más abajo de Santa Fe, junto al Paraná, en el sitio llamado Gaboto. Fué de mucha gente. Estuvo al cuidado de franciscanos. Destruyóse, porque unos de sus vecinos fueron muertos por haberse amotinado, y otros se huyeron. A la otra banda del río Carcarañal, esto es, a la banda del Norte, se ven algunos vestigios de este pueblo, que son algunos paredones maltratados del tiempo.

Calchines, Mocotes y Colastines: Fueron tres pueblos muy numerosos, que cuidaron clérigos y franciscanos. Estuvieron situados delante de la isla que forma el río Salado con el Paraná. Fueron asaltados de los calchaquíes, y tan maltratados de los encomenderos, que los tres se destruyeron.

Calchaquíes: Estuvo el pueblo sobre el río Carcarañal, del cual cuidan los franciscanos. Llegó a contar dos mil almas. No han quedado sino como sesenta indios.

Timbúes: Cerca del mismo Carcarañay, que hoy se llama Carcarañal, estuvieron los timbúes. Fué pueblo de ocho mil indios. No se sabe quiénes fueron sus curas. Lo cierto es que, maltratados los indios, se acabó el pueblo, y hoy ni hay tales indios, ni señales de su establecimiento.

Charrúas: Es un pueblecito de sesenta y cuatro familias, situado cerca de Santa Fe, en un sitio llamado Chujusta. Está al cuidado de los franciscanos. Son indios muy inconstantes, y poco obedientes a sus párrocos. El año 1751 se fundó cerca de la ciudad de Santa Fe otro pueblecito: son indios conquistados por armas. Los pueblos de charrúas, de que hace mención la crónica de San Francisco del Perú, no se sabe en donde estuvieron, ni si en verdad los hubo.

Fueron la salvación de Santa Fe

La fundación de estas reducciones fué la salvación de Santa Fe. Aun el historiador Cervera, que por lo general no se muestra muy favorable a los jesuítas, llega a la conclusión de que "las reducciones facilitaron la ocupación inmediata de grandes extensiones de terrenos para estancias, al norte y en los alrededores de la ciudad . . ." [1] Más que el testimonio del historiador moderno vale la pena recordar el de aquel contemporáneo, del cual nos habla Dobrizhoffer en su celebrado libro sobre los indios abipones: "Hallándome yo [en Santa Fe en el curso del 1750, y estando] parado junto a la puerta de nuestra iglesia, paróse junto a mí un noble caballero español, y medio llorando de pura emoción me dijo: ¡Oh Padre! ¡Cómo estaban nuestras cosas pocos años hace! Por ley se nos había sido prohibido venir a esta iglesia, si no era armado. Ni a la calle podíamos salir sin peligro de la vida." [2]

La primera y la penúltima de las poblaciones arriba mencionadas fueron, cronológicamente hablando, las de San Javier y San Pedro, y ambas estaban formadas por indios mocobíes. Son ellas las únicas dos poblaciones de las que nos vamos a ocupar en estas páginas.

Después de aquella famosa paz firmada por el teniente de gobernador, Francisco Javier de Echagüe y Andía, y que tuvo efecto en 1734, bajaban los indios a la ciudad ya solos, ya en compañía de sus esposas e hijos. Llevólos la curiosidad a ver el colegio de los jesuítas y fueron tan bien atendidos por los religiosos allí existentes, que la casa del señor Gobernador y el colegio de la Compañía de Jesús eran sus puntos de reunión y de descanso.

Desde el día 13 de diciembre de 1732, era rector de ese Colegio el jesuíta paraguayo Padre Miguel Benavídez y supo este sacerdote ganarse de tal suerte los corazones de los bravos abipones y belicosos mocobíes, que casi de continuo tenía alguno o algunos de ellos que le asediaban, ya en la rectoría ya por los corredores o patios del colegio. Los abipones muy especialmente se prendaron de él, de tal suerte, que uno de sus más célebres caciques, Ichoalai, cambió su nombre y tomó el de Benavídez, con el que le recuerda la historia.

Jesuitas y mocobíes

Hablando de las visitas que al Colegio de Santa Fe hacían los mocobíes, escribe Charlevoix que los dichos indígenas llegaron a formarse un alto concepto de los jesuítas y éstos, a su vez, "no dejaban pasar ocasión alguna para inspirarles afición a la religión cristiana, y hallaron en ellos una docilidad que los dejó sorprendidos.

"Su primera conquista fué un cacique que se llamaba Anacaigui, el cual, no bien se hubo rendido, fué a buscar al teniente general de la plaza, don Francisco Javier de Echagüe . . . Díjole el cacique que si le querían dar un Padre de la Compañía y terreno para formar un pueblo, él juntaría todos los de su nación que dependían de él. Abrazóle el teniente general, díjole que iba a

1 Cervera: op. cit., t. I, p. 509.
2 Martín Dobrizhoffer: "De Abiponibus", t. III, p. 17.

trabajar con todo su poder para hacer que lograse cuanto deseaba, y le señaló un paraje hacia el punto donde antes había estado edificada la ciudad de Santa Fe."[1]

Se señala el paraje

Esto escribe Charlevoix, pero ignoraba sin duda que hacía años que un venerable varón, el Padre Francisco Burgés, se esforzaba en convencer al señor Echagüe que la formación de reducciones, análogas a las de los guaraníes, sería la mejor manera de poner un dique a las malocas y dar así principio a una sólida y permanente pacificación. Echagüe era un excelente patriota a la par que cristiano fervoroso, pero un pesimismo infundado le retraía de aceptar los buenos servicios de los jesuítas e iniciar con ellos y por medio de ellos las salvadoras reducciones.

Felizmente supo sobreponerse a todos los prejuicios y poner en práctica la única solución posible. Contaba, y fué una bendición para Santa Fe, con el hombre más apto para tan necesaria empresa.

El Padre Francisco Burgés, fundador del primer pueblo mocobí y misionero intrépido y fervoroso, nos ha relatado extensamente los primeros pasos en esta obra. De su amena y sabrosa relación nos hemos de valer en esta historia, pero no la vamos a reproducir sin precederla de algunas líneas sobre su egregio autor. Las figuras más culminantes en esta historia de los mocobíes santafesinos son, sin lugar a duda, don Francisco Javier de Echagüe y Andía, el jesuíta español Padre Francisco Burgés y el jesuíta alemán Florián Baucke.

Entre los jesuítas que trabajaron en el Río de la Plata hubo dos que llevaron el mismo nombre y apellido de Francisco Burgés. Ambos fueron misioneros e insignes misioneros. El uno era catalán y había nacido en Urgel en el curso de 1641; el otro era navarro y había nacido en Pamplona en el curso de 1709; el catalán pasó a América en 1663, el navarro en 1729. El primero falleció en Córdoba en 1725; el segundo terminó sus días en Faenza de Italia el día 28 de diciembre de 1777. Algunos historiadores y bibliógrafos como Torres Saldamando, Sommervogel, Uriarte y Lencina, han unificado lastimosamente a estos dos misioneros.

El Padre Francisco Burgés

El gran misionero de mocobíes fué el Padre Francisco Burgés, oriundo de Pamplona. Allí nació el día 2 de febrero de 1709, siendo sus progenitores Nicolás Burgés y María Antonia Amunarriz y Navarro. Ingresó en la Compañía de Jesús el 23 de septiembre de 1728, en la provincia de Castilla, y siendo aun novicio logró formar parte de la expedición que con destino a las Misiones rioplatenses disponía en Europa el Padre Jerónimo Herrán.

Cursó sus estudios en nuestra Universidad cordobesa y una vez "concluída la Teología, y después de un acto general de ella, le señaló la obediencia para leer filosofía en aquella Universidad y Colegio, pero pidió licencia y la obtuvo para convertir a los infieles". Así escribía el Padre Pedro Calatayud, que conoció y trató muy de cerca al Padre Burgés.[2]

[1] "Historia del Paraguay", t. 5, p. 139. Madrid, 1916.
[2] Charlevoix consigna el mismo hecho con la sola variante de que debía "leer Teología", no filosofía.

Fervoroso misionero

Obtuvo lo que deseaba, y desde 1743 hasta 1762, trabajó el gran misionero en forma verdaderamente heroica. Uno de sus con-misioneros recuerda admirado cómo el Padre Burgés, no bien vió abierta la puerta de sus anheladas misiones entre mocobíes, metióse entre los infieles sin defensa alguna humana, y falto totalmente de la inteligencia de su dificilísimo idioma y de todo precepto para conseguirla, como lo estaban también los demás jesuítas de la Provincia, y los españoles todos, menos tal cual, que cautivo algunos años, había vivido entre ellos. Aplicóse tanto este fervoroso misionero a aprender la lengua de los indios, en fundamentarlos en las máximas de nuestra santa fe, en purgarlos de sus vicios y bárbaras costumbres, y en aumentar su número, estableciéndolos a pueblos en sitios saludables y a propósito para una población deliciosa de indios y aun de españoles, que a los nueve años de este su ministerio se halló con más que mediana pericia en la lengua mocobí, y dejó a sus sucesores algunos apuntes de ella, para que con menor dificultad la entendiesen y hablasen, y al pueblo con muchas almas, y tan instruídas, que las más, o casi todas, eran ya cristianas, y muchas casadas "in facie Ecclesiae", y en un lugar fértil, en que hoy se halla después de tres fundaciones, llamado en lengua mocobí Cazomogot, y en la española de las Barrancas, sobre el río Dulce, a la costa del Paraná y distante de la ciudad de Santa Fe de Vera Cruz 40 leguas a su norte y algo inclinado al Oriente. Todo esto es del Padre Antonio Bustillo.

Reconocido lengüista

Diez y nueve años pasó Burgés entre los mocobíes de San Javier, al cabo de los cuales destináronle los Superiores al Colegio de Santa Fe y le encargaron la procaduría de los pueblos fundados por él y por los demás jesuítas entre tobas, abipones y mocobíes. Allí se desveló el buen Burgés para servir con esmero a los que le habían reemplazado y que tanto tenían que padecer a fin de conservar y adelantar aquellas reducciones.

En 1762 encontramos al Padre Burgés en la Asunción del Paraguay y ocupado en la fundación del pueblo de San Carlos, llamado también de El Rosario, y más comúnmente conocido con el apelativo indígena de El Timbó. Fundóse efectivamente en 1763 con unos 350 indios abipones. Efectuado esta fundación pasó Burgés con el Padre José Mas a trabajar entre los indios mbayas, según consigna el Padre Andreu en la vida que escribió del Padre Ugalde.[1] Ambos, según el citado Andreu, eran "muy expertos misioneros".

En 1767, al sobrevenir la expulsión colectiva de los jesuítas, hallábase Burgés en la ciudad de la Asunción. En abril de 1768 zarpaba para Europa en la fragata de guerra "La Esmeralda" y desde su arribo a Italia hasta su deceso, acaecido el 28 de diciembre de 1777, moró en la ciudad de Faenza.

Era un varón santo y un misionero abnegado. El catálogo secreto de 1740 nos informa que tenía un "buen carácter, bastante prudencia, juicio equilibrado" y agrega que era "aptísimo para toda clase de ministerios entre españoles e indios".

1 "Vida del P. Francisco Ugalde", p. 85. Madrid, 1781.

Burgés historiador

Durante su destierro en Italia compuso Burgés una "Relación de la fundación del Pueblo de San Javier de Mocobíes", relación que ha llegado hasta nosotros en sendas copias contemporáneas, habiendo pertenecido una de dichas copias al Padre Pedro Calatayud y otra al Padre Joaquín Camaño.

Junto con la copia de la "Relación" que poseyó el Padre Calatayud existe un "Diccionario Mocobí", incompleto. El fragmento existente sólo consta de catorce folios y comprende desde la letra L hasta la letra T. Muy probable es que sea Burgés el autor de este descalabrado y anónimo diccionario.

Orígenes del pueblo de San Javier

No nos consta que sea suyo este léxicon, pero es indiscutiblemente suyo el precioso relato en el que consignó con gran riqueza de noticias la fundación del pueblo de San Javier, que fué el primer pueblo de mocobíes que se fundó y el primer baluarte contra las asechanzas de la indiada. He aquí cómo comienza Burgés su relato: "Porque en lo futuro querrá algún historiador dar razón del pueblo de San Francisco Javier de la nación mocobí, de sus principios y progresos, con toda exacción y verdad; he querido dar esta relación breve, que quizá otro no la ha de poder dar tan exacta, por haberme hallado presente a sus principios, y haber manejado aquel pueblecito ocho años y nueve meses desde su principio: por eso no diré cosa que no haya pasado por mi vista, o que no la sepa con toda certidumbre."

Así inicia Burgés su relación, y después de recordar a continuación los asaltos y estragos que causaban los mocobíes en las estancias y bienes de los santafesinos, y después de relatar las paces firmadas por Echagüe y Andía con los terribles y temidos indígenas, prosigue así su relato:

"Hechas las paces con ambas naciones dieron los indios en llegarse a Santa Fe, como a su casa, sin recelo, y el buen teniente los acogía en su casa y daba de comer, y cuanto ellos podían desear. Con esto, si antes le temían y respetaban por su valor y esfuerzo, después le amaban y querían, como a su padre y buen amigo, de modo que en todas sus quejas y sentimientos acudían a él como a su juez y a su defensor. Valióse don Javier de esta voluntad y confianza que de su amistad hacían los indios para tratar con ellos de su conversión a nuestra santa fe. Habló muchas veces por medio de lenguaraz con el cacique principal de la nación mocobí, llamado entonces Anadiacaiquin (que mudado después a su usanza el nombre se llama Chitalín, y por este nombre le conoceremos en adelante) acerca el abrazar nuestra santa ley y el vivir en pueblo, como los cristianos, mostrando con razones caseras las conveniencias de la mudanza, así para esta vida, como para la otra. El cacique que es bien capaz, hizo reflexión de las razones que oía y cavando en ello, se determinó a abrazar el partido que le proponía su buen amigo: y entrambos esperaban buena ocasión para poner en práctica lo tratado.

"El año de 1742 llegó a Santa Fe el provincial Antonio Machoni, de vuelta de las Misiones; acudió a su Reverencia el teniente don Francisco llevando consigo al cacique Chitalín y entre los tres trataron de la conversión de la nación, y el Padre Provincial

ofreció dar Padres para el efecto. Con esto el indio partió para su toldería a dar noticia a los suyos de lo tratado. Y el Padre Provincial me escribió diciéndome que luego al punto bajase a Santa Fe (pues estaba yo al tiempo en Córdoba) a disponer la fundación del nuevo pueblo de mocobíes. Púseme luego en camino y llegué a Santa Fe a 24 de junio del mismo año. Hablé con el señor General y le hablé apesadumbrado porque Chitalín no parecía al tiempo señalado y temía no se hubiere trocado; no obstante llegó Chitalín a fines de julio y aunque estuvo con el teniente y conmigo con muestras de estar a lo tratado, la verdad es que venía totalmente trocado, como lo dijo con toda ingenuidad al lenguaraz; porque habiendo llegado a su toldería y propuesto a su gente lo que había tratado con el Teniente de Santa Fe acerca de ponerse en pueblo y de hacerse cristiano él y su gente, le afearon las viejas su determinación, diciéndole que si no sabía lo que en años pasados habían hecho los españoles con sus parientes que habiéndolos juntado en pueblo cerca de Esteco con dos Padres, a poco tiempo se echaron sobre ellos y los repartieron entre sí; que quizás esto mismo querían hacer con él y con los suyos; y que no pensase en semejante determinación, ni cumpliese la palabra que había dado al Teniente.

Inconstancia de Chitalín

"Este razonamiento trastornó totalmente al indio y le hizo mudar de parecer como se vió por el efecto; pues al otro día que llegó a Santa Fe trató de retirarse y diciéndole el Teniente cómo se iba tan presto, sin primero ir a ver el sitio del nuevo pueblo conforme a lo que habían tratado, respondió que iba a ver el paso de las vacas en el Collastiné, que luego volvería, pero no apareció más.

"Viendo que el cacique ya no volvía, y oyendo lo que decía el lenguaraz acerca de su mudanza, desconfiamos totalmente de la conversión pretendida. Este mismo año, a 2 de octubre, falleció el buen teniente don Javier de Echagüe, con sentimiento de toda la ciudad y mucho más mío, pues me pareció que con un muerto se imposibilitaba totalmente la conversión de los mocobíes. Entró de teniente el señor don Francisco Antonio de Vera Moxica, al principio del año 1743 y el Padre Provincial, Pedro de Arroyo, desconfiando también de la conversión de los mocobíes, me llamó para Buenos Aires. Pero como la gentilidad es obra propia de Dios e independiente de ascendientes humanos, dispuso la conversión de esta pobre nación por donde menos se pensaba.

Muerte de Echagüe y Andía

"Alitín, cuñado del cacique Chitalín, fué uno de los que afearan a este cacique la resolución de hacerse cristiano y ponerse en pueblo, pero de éste se valió Dios para la fundación del pueblo. Fué el caso que enojado Alitín con su cuñado, se apartó de su toldería, llevándose consigo a su hermana, mujer del cacique, y anduvo por las tolderías de abipones, hasta que acompañado de otros indios bajó a Santa Fe a aventurar algún robo de caballos o vacas; pero saliendo a tiempo los soldados con el lenguaraz Faustino de Casco, pillaron a los indios y los despojaron de cuanto tenían. Con esta ocasión habló Casco con Alitín, afeándole su vida desdichada, y proponiéndole las conveniencias de la vida cristiana y sosegada en compañía de los Padres, como le había

Alitín en Santa Fe

propuesto a su cuñado Chitalín; tanto le supo decir que el indio haciendo reflexión de las palabras de Casco, volvió a su toldería y hallando a su gente, que era de diez a doce familias, bajó con todos ellos a Santa Fe, resuelto a pedir Padres y no volver sin ellos.

Llega al Colegio

"Llegó a 1º de abril de 1743; fuese derecho a una señora lenguaraz que vivía en la casa del difunto don Javier de Echagüe, díjola su determinación y la lenguaraz lo remitió a nuestro Colegio en compañía de don Melchor de Echagüe, hijo del difunto teniente. Díjome don Melchor que aquel indio me buscaba y me quería hablar; él me habló, más no le entendí su lengua, aunque bien conocí que me hablaba de lo que traíamos entre manos. Para certificarme de lo que el indio quería, fuí en persona a verme con la lenguaraz; y me dijo ésta que el indio venía a buscar Padres que fuesen con él para hacer pueblo, y que estaba resuelto a no moverse de Santa Fe, ni él ni su gente, hasta llevar consigo Padres que le enseñasen lo que convenía para ser cristiano.

"Di parte de la buena disposición de los indios al señor teniente Vera, quien se alegró mucho y me dijo que me acordase que al principio de su gobierno viéndome desconfiado de conseguir mi pretensión, me dijo: "Que no me desconsolase, que los mocobíes se habían de convertir y hacer pueblo"; y así fué que me lo dijo. Avisé también al Padre Provincial Pedro de Arroyo, quien con mi aviso revocó mi asignación para Buenos Aires y me encargó la fundación del nuevo pueblo.

"Entretanto se fueron disponiendo las cosas para la nueva fundación. El Padre Jerónimo Núñez, que era el procurador de esta misión, hizo su deber con todo empeño, de modo que a 27 de junio pudimos salir para la nueva fundación. Salimos con el señor General, que iba con sus soldados y peones, el Padre Núñez y yo.

Hacia el norte

Llegamos al pueblo viejo de Santa Fe, que dista del nuevo como diez y ocho leguas, y allí cerca en una loma limpia, se hizo la población. Hizo el señor General con su gente una capilla de tapia francesa, dos aposentos para dos Padres, y otro aposento a un lado para vivienda de los lenguaraces; hizo también algunos ranchitos para los indios y, concluído todo, se retiró con toda su gente y con el Padre Núñez; y quedé yo solo con los mocobíes, y algunos guaraníes conchabados.

"A pocos días se fueron llegando Chitalín con su gente, y otros caciques, y así ha ido cada día en aumento el nuevo pueblo. Comencé desde luego a juntarlos todas las mañanas en la capilla, para platicarles por medio de intérpretes, acerca del fin de haberlos juntado, y de los bienes que trae consigo el ser cristianos, así para esta vida como para la otra; de los desengaños del demonio, con que los ha tenido perdidos, llevándolos al infierno a cuantos han muerto hasta ahora de su nación; afeándoles la borrachera, y los hurtos y homicidios y otras cosas, acomodándome a su estado y capacidad.

Principios religiosos

Platicábales también de nuestros sagrados misterios, de la Unidad y esencia de Dios Nuestro Señor; de la Trinidad les trataba muy por encima, porque no estaban capaces de tan sublime misterio, y por otra parte temí no forjasen en sus cabezas

una trinidad de dioses; del misterio de la Encarnación, de los mandamientos de la ley de Dios hablábales, exhortándoles a que reparasen cuán conformes eran con la misma razón natural. Todo lo cual oían los indios con toda atención; la desgracia fué que los intérpretes no siempre hablaban a los indios conforme a lo que yo deseaba, como después lo experimenté claramente.

Con el Padre Gaete

"A mediados de agosto del mismo año, despachó el Padre Vicerrector Miguel de Cea al Padre José Gaete, para que me acompañase, y al Hermano Agustín Almedina para que me ayudase en lo que se ofrecía de hacer ranchos, chácaras, etc. Vinieron entrambos con el Padre Núñez, que se volvió presto, dejando a los dos. El Hermano Agustín se aplicó con empeño a trabajar ranchos para los indios, que iban viniendo y a las demás faenas; pero logré poco este alivio; porque entrando a ser Provincial el Padre Bernardo Nusdorffer, al punto mandó que el Hermano Agustín se restituyese al Colegio en donde hacía mucha falta. Con esto quedamos solos el Padre Gaete y yo. Pero no pude gozar mucho tiempo de la compañía y consejos de tan antiguo y experimentado misionero; porque a los tres meses, a 27 de octubre, llegó a este pueblo el Padre Provincial Nusdorffer trayendo consigo al Padre José Cardiel, para que quedase conmigo.

Con el Padre Cardiel

"Hízose la visita, ordenando el Padre Provincial algunas cosas que parecían necesarias para aquellos principios, y dejando gustosos a los indios, dió la vuelta llevando consigo al Padre Gaete. Proseguimos el Padre Cardiel y yo con las faenas del pueblo, e instrucción de los indios, y especialmente el Padre Cardiel, que sabía la lengua guaraní, se aplicó al manejo de los conchabados; y entrambos, por semanas, a las pláticas de los mocobíes, por medio de intérprete. Pero aun esto duró poco, porque apenas estuvo el Padre Cardiel cuatro meses cuando fué llamado a Santa Fe y vino en su lugar el Padre Jaime Bonenti, pero tan enfermo que a los dos meses hubo de morir en aquella soledad; avisé luego a Santa Fe y el Padre Rector Gabriel Novat despachó bote en que fué llevado al Colegio, en donde murió a los ocho días de llegado.

Con el Padre Cea

"Fué por esto señalado el Padre Miguel de Cea por cura de este pueblecito adonde llegó a 2 de julio de 1744. Trabajó con mucho empeño, especialmente en la chacarería, de donde aprendieron los mocobíes a hacer chácaras grandes. En tiempo del Padre Miguel nos sucedió un trabajo que para la pobreza del pueblo fué bastante atraso. Fué el caso que el Padre Cardiel comenzó a edificar dos aposentos grandes para nosotros; y aunque los dejó por acabar, acabólos el Padre Cea; ya estuvieron del todo habitables para el día 13 de septiembre; pasamos ese día a ocuparlos; más a los cinco días, a la media noche del día 18, se pegó fuego por descuido de un español lenguaraz, a los nuevos aposentos, sin poder estorbar su furia, por ser el viento recio y los techos de paja, con que quedamos en media plaza; y fué menester con mucho trabajo y atraso de otras faenas, ir edificando de nuevo capilla, y vivienda para nosotros; pero todo lo facilitó la diligencia y empeño del Padre Cea.

"Al año siguiente de 1745, comencé a bautizar a los adultos; en que no hubo dificultad alguna; pues ellos mismos lo deseaban mucho antes. La mayor dificultad que suele experimentarse en el bautismo de adultos infieles es el que son obligados a dejar la pluralidad de mujeres, y contentarse con una; pero en esto tuve yo poco que trabajar, pues de todos los casados del pueblo sólo uno mostró alguna repugnancia a dejar sus mujeres antiguas; mas de allí a poco se sujetó como todos y se bautizó. En lo que tuve yo mayor reparo fué en bautizar a los muchachos y muchachas de nueve a catorce años; porque éstos y éstas, aunque a mi juicio tienen bastante edad y conocimiento para sus picardías y para pecar mortalmente, no la tienen para conocer el mal que hacen y para arrepentirse de corazón y pedir perdón a Dios; por esto fuí dilatando su bautismo cuanto pude, hasta que tuve noticia que en Santa Fe y sus contornos iban picando las viruelas; con esto y para no exponerlos a mayor peligro me resolví a bautizarlos, disponiéndolos para este sacramento lo mejor que se pudo. Llamélos a todos a la capilla, díjeles lo que era el pecado, cuánto se ofendía a Dios contra el que le comete, y cómo le arrojaba al infierno, y que por esto ellos y ellas le habían de pedir perdón de los que habían cometido, para que Dios los perdonase por el bautismo. Fuera de eso la misma tarde del bautismo los llevé a todos a la capilla, y haciéndolos hincar de rodillas les dije que pidiesen perdón a Dios de sus pecados en voz alta, guiando yo mismo la forma del acto de contrición, confiado en que después de estas diligencias supliría el Señor lo que no alcanzaba su corta inteligencia, y así los fuí bautizando. Con esto y con el empeño que ponía el Padre Miguel de Cea en adelantar las chácaras, y lo demás de lo temporal, se hacían gustosos los trabajos forzosos de esta nueva reducción, cuando a fines de 1746 fué llamado el Padre Cea para vicerrector de La Rioja; y por más que yo clamé proponiendo la falta que hacía en este pueblecito para su adelantamiento el dicho Padre, no fuí oído, y así salió de aquí a 2 de noviembre de dicho año.

Primeros bautismos

Modo de prepararlos

"A principios del año 1747 vino el Padre Navalón y estuvo conmigo hasta julio del año 48, en que salió para la fundación del pueblo de San Jerónimo de abipones. En este tiempo se restableció la estancia en el rincón que llaman del Calchines, de que cuidaban como diez familias de mocobíes; y aunque a los principios no pareció bien a algunos que me fiase de los mocobíes para el cuidado de la estancia, pero se desengañaron presto, pues a poco tiempo acercándose ocho abipones a la estancia a hurtar vacas, salió el capataz contra ellos y después de haberlos flechado, se echaron sobre él y le mataron. Con esto se desengañaron todos y conocieron la fidelidad y cuidado de los mocobíes en la guarda del ganado.

Con el Padre Navalón

"Habiendo salido el Padre Navalón para la fundación del pueblo de San Jerónimo, vino a éste de San Javier el Padre José García, a fines de 1748. Empeñóse el Padre José en el cuidado de los muchachos, y fué el primero que los puso en escuela, enseñó a ayudar a misa, y a conocer las letras, y los tenía todo el día bien ocupados. A principios de 1749 vino también el Padre Manuel Canelas, y des-

La primera escuela en San Javier

de luego se aplicó con todo empeño en aprender la lengua mocobí, y a cuidar de la escuela de los muchachos. De allí a poco fué menester mudar el pueblo más al norte, porque con la paz tan deseada iban los de Santa Fe, recobrando sus tierras, y poblando sus antiguas haciendas, se iban acercando a nuestra estancia. Por eso determinamos mudar el pueblo como a siete leguas más arriba, sobre el río Dulce, y para esto quedando yo solo con los mocobíes, que eran necesarios para la siembra del trigo de ese año, partieron los Padres Canelas y García con el resto del pueblo al río Dulce; allí hicieron capilla y aposentos para nosotros, y ranchos para los indios. Yo, acabada la siembra del trigo, partí también al mismo paraje, dejando el pueblo viejo y todo lo trabajado.

"Pero aun allí en la nueva población no estuvimos seguros; pues no bien habíamos concluído las casas, capilla y las chacras, cuando por febrero de 1750 vino la creciente del Paraná tan sobresaliente que nos hubo de anegar; y nos vimos precisados a dejarlo todo, y salir a toda prisa del medio de tan furiosa inundación. Estuvimos diez y nueve días en medio del campo con todo el pueblo hasta que hallamos paraje a propósito para la fundación del pueblo seis leguas más arriba, cerca del monte de Silva.

"Antes de esto, por septiembre de 1749, llegó el Hermano Domingo Hugarte, enviado del Padre Provincial, para ayudarme en tantas fatigas, como se ofrecían y para enseñar a los mocobíes la carpintería. Por diciembre del mismo año de 49 salió de aquí el Padre Canelas, el Hermano Domingo y yo. Después de haber estado (como dije) diez y nueve días en medio del campo, partimos con todo el pueblo y ganado de la estancia al paraje sobredicho; y allí fué menester hacer todo de nuevo y por manos de solos mocobíes. Hicimos de pronto unos ranchos de cueros para nosotros, y una capillita corta de tapia francesa. Entretanto se iba trabajando la capilla y aposentos en el paraje más cómodo.

Baucke y la música

"En el siguiente año de 1751, por abril o mayo, vino el Padre Florián Baucke, destinado para enseñar la música a los indiecitos; y desde luego emprendió su ministerio, así en enseñarles el canto como a tañer instrumentos. Entretanto iba llegando gente de nuevo, y aunque algunos se volvían a sus tierras, otros quedaban gustosos. De esta manera íbamos trabajando, hasta que por abril de 1752 hube yo de dejar el pueblo y mis mocobíes, llamado por el Padre Provincial para el Colegio de Santa Fe, con el oficio de procurador de estos pueblos nuevos.

"Cuando los mocobíes pidieron Padres, hubieron de dárselos nuestros superiores, porque no quedase por nosotros su conversión a nuestra santa fe, más con muy poca esperanza de que gente tan bárbara, guerrera y cruel entrase por el camino de la santa ley de Dios; por eso pidiendo Padres al mismo tiempo y para el mismo fin los indios omoampas, gente de a pie, mansa y humilde, juzgaron que éstos y no aquéllos estaban más dispuestos para recibir nuestra santa fe, y con esta persuasión, dejándome a mí en Santa Fe, para que entrase a los mocobíes, partió el mismo Padre Provincial para Santiago del Estero a tratar la reducción de los

omoampas. Señaló para este efecto a los Padres Joaquín de Yegros y Juan de Arizaga; aplicó todas las limosnas y puso todo el empeño para el logro de la reducción; pero sucedió muy al contrario de lo que pensaron; pues la reducción de los omoampas ni fué oída, y ni vista, y la de los mocobíes tuvo el efecto que se está viendo de presente; pues los mocobíes desde luego se sujetaron al Padre, le trataron con sumo respeto y se hicieron capaces del bien que se les procuraba. Fué tal el respeto que desde los principios tuvieron al Padre que yo mismo no lo hubiera creído; referiré tal cual casito.

Respeto a los misioneros

"Aun no tenía el pueblo ocho meses, cuando un día tuvieron una insigne borrachera (este vicio no se pudo atajar del todo a los principios, sino que poco a poco lo han ido dejando); hallábame yo con el Padre Bonenti oyendo sus gritos y disparates; díjele al Padre Bonenti: "vamos a la huerta". Estuvimos retirados en la huerta hasta que cayó la tarde y volviendo a nuestros aposentos, vi que allí cerca estaban dos borrachos bramando por venirse a las manos el uno contra el otro, y les detenían las mujeres y mocitos; lleguéme a ellos y les dije: "Ya basta; anda tú a tu casa y tú a la tuya." Al punto bajaron los dos las cabezas, y se retiraron cada cual para su casa, sin hablar una palabra. Admirado yo mismo de este buen suceso fuí en busca de los otros borrachos, y antes de que yo llegara a ellos, viéndome las mujeres, decían: "mira que el Padre viene", y ellos al punto dejando sus peleas y vocería se retiraban a sus ranchos. Cosa que no acababa de admirar y alabar a Nuestro Señor en una gente tan guerrera, reciente en la reducción y fuera de juicio con la borrachera.

"Y si no fuera tanto el respeto, y la sujeción que los mocobíes tenían a los Padres, ¿cómo hubiéramos ejecutado tantas mudanzas de pueblo? En el primer paraje cerca de Santa Fe "la vieja" estaban los mocobíes contentísimos; porque además de tener por allí cerca mucha algarroba, estaban sobre un río caudaloso, brazo del Paraná, por donde entraban a camino de Santa Fe los barcos de los pueblos guaraníes, los cuales daban allí fondo, y descansaban uno o dos días; con éstos tenían los mocobíes sus tratos, vendiéndoles cueros de ciervo y venado, y otras cosillas por camisas, calzoncillos, etc. Por esto repugnaron sumamente dejar aquel paraje y mudarse a otro sitio; no obstante viendo que era gusto de los Padres dejáronlo todo, y se mudaron.

Obediencia a los mismos

"Después, cuando poco tiempo de habernos mudado, hubo de anegar al nuevo pueblo la creciente del Paraná y nos vimos precisados a desampararle, clamaron los mocobíes por volver al antiguo pueblo; hicieron cuantas instancias pudieron, ponderando las incomodidades que se ofrecían más al norte para fundar pueblo, pero viéndonos firmes en no querer volver al pueblo viejo sino en pasar adelante, callaron y se sujetaron.

"La mayor prueba del respeto y rendimiento de los mocobíes para con los Padres es el haberse sujetado al azote. Primero probamos con los muchachos y tan lejos estuvieron de sentirse sus padres que muchas madres, cuando sus hijos se hacían remolones

para la escuela, ellas mismas los traían y los acusaban al Padre, porque decían que los españoles quieren mucho a sus hijos, y con todo eso los azotan, porque sean buenos. Después pasamos a los grandes de uno y otro sexo, y aunque a ellos les dolían los azotes y sentían que los azotasen, pero conociendo el amor paternal que les tenían los Padres, y que lo hacían solamente por su bien, jamás quedaban resentidos ni ellos, ni sus parientes.

Hasta el azote

"En cierta ocasión vino a mi aposento un indio de los principales, y me dijo: "Padre, ¿por qué no tienes grillos?" Respondíle para qué quería yo los grillos. Me dijo: "para sujetar a los malos, y para que te teman". Díjele: "yo no quiero que me teman, sino que me amen como buenos hijos". No obstante, añadió el indio, no todos son iguales. Toda esta arenga y preludios se enderezaron al fin de persuadirme a que azotase a una sobrina suya, muchacha grande, que había hecho no se qué travesura. Díjele que no la quería azotar, que no era delito para que la azotase; más tanto me instó y porfió que le dije que no tenía quien la azotase. Dijo él: "pues yo enviaré a mi hermana, para que la azote"; y al punto la envió y azotó a su sobrina. Y para que se vea el concepto que esta gente tiene del Padre y de su amor para con ellos, y cómo conocen que el azotarlos es para su bien espiritual, diré lo que me pasó con una india casada. Era ésta una de aquellas que de tierna edad fué cautivada de los santiagueños, crióse en Santiago hasta cerca los diez y ocho o veinte años, y de esta edad la despachó con otras a este pueblo el Teniente de Santiago; pero venía tan maleada que daba no poco escándalo a las recién convertidas. Llaméla, la reprendí y afeé su demasiada liviandad, torpeza y escándalo que daba. Con esto sosegó totalmente y vivía bien. El día antes que yo saliese del pueblo, hice a todos una plática, dándoles cuenta de mi partida y de las razones para ella, etc. Acabada la plática, me retiré a mi aposento, vino tras mí la china y luego que se vió sola comenzó a llorar amargamente diciéndome: "Ah, Padre ¿y te vas? ¿Qué será de mí ahora? ¿Quién me cuidará?" Procuré consolarla, diciéndole que ahora ya estaba casada y enmendada de lo pasado, que esperaba que en adelante había de vivir bien y que el Padre que quedaba, la cuidaría como yo, pues la tenía mucha composición. Con esto quedó consolada. Por donde se ve que ésta conocía bien así el amor que el Padre la tenía como el provecho que había hecho a su alma los azotes.

Engaños del demonio

"Una de las mayores tentaciones con que el demonio suele engañar a las nuevas cristiandades es poniéndoles horror al santo bautismo; porque de ordinario a los principios no se confiere este sacramento sino a los que están en peligro de muerte, y como ven que los más (especialmente párvulos) que se bautizan, mueren, se persuaden que el bautismo les quita la vida; y de aquí proviene en muchas reducciones nuevas el esconder de la vista del Padre las criaturas enfermas, con peligro manifiesto de morir sin bautismo. Pero esta tentación ha hecho poca mella en los mocobíes, porque decían bien que los españoles todos están bautizados, y no

se han muerto con el bautismo, y así sus mismos padres y parientes de las criaturas enfermas venían a avisar al Padre del peligro en que se hallaban sus hijos, lejos de esconderlos ni recelarse del bautismo.

"Aunque ha sido grande el respeto y sujeción de los mocobíes para con los Padres, no han faltado ocasiones de tener mucho que ofrecer a Dios con ellos; porque su barbarie y falta de cultivo les hacía hacer de las suyas, cuando hallaban oportuna ocasión; pero aun en estos casos se echaba de ver su buen natural de los mocobíes para ajustarse a la razón. Lo mostraré con algunos casitos. Aun no tenía tres meses este pueblecito cuando los abipones dieron en querer hurtar el ganado del gasto; por esto quince mocobíes tomaron sus caballos y armas y formaron un piquete en medio campo en un lugar eminente que domina toda la campaña; éstos por haber visto que los soldados de Santa Fe mataban las reses del gasto de su piquete, quisieron hacer lo mismo; y así además de las reses que se mataban en el pueblo para todos, iban ellos matando en su piquete a discreción. Yo lo supe, llamé al vaquero (que era un indio guaraní) y le hice cargo de este desorden; díjome que él no lo podía estorbar; porque el cacique Chitalín mandaba matar las reses. Díjele que si otra vez querían matar, me avisase luego; en esto quedó. Al otro día andaba yo a caballo, en no sé qué faena, cuando al caer la tarde volví al pueblo; vi apeados en él a los del piquete y sentados en sus casas a otros mocobíes, a quienes había mandado cortar estantes, para hacer un corral. Extrañando la novedad, lleguéme a la lenguaraz y la pregunté por qué los indios habían dejado sus faenas y venido a sus casas. Respondió: "Padre, los mocobíes están alborotados y enojados, y se quieren ir tierra adentro, porque queriendo ellos matar una res, el vaquero les ha cortado el lazo y les ha dicho que V. R. no quiere que los indios maten vacas en el campo." Por esto llamé al cacique a mi aposento y no quiso venir. Híceme desentendido y al cerrar la noche vino a mi aposento el fundador Alitín y me dijo: "Padre, este cacique se quiere ir a su tierra, déjalo que vaya; no le ruegues, no sea que después diga que está en el pueblo porque tú le rogaste." Seguí puntualmente el consejo de Alitín. Aquella noche todo fué de bulla y tropel de caballos que iban juntando para partirse al otro día. Por la mañana vino a mi aposento la lenguaraz que amaba mucho al cacique por haber estado cautiva en su casa y me dijo: "Padre, ¿es posible que se ha de ir este indio?" Díjele: "que se vaya si no se quiere sujetar a la razón, que no hay renta para comprar vacas si cada indio ha de matar cuando se le antoja, y así déjele que se vaya". Tornó otra vez a mi aposento la lenguaraz a pedirme que hiciese llamar al cacique: dije que le llamase. Vino el cacique a mi aposento, y delante del Padre José Gaete y el Hermano Agustín Almedina le pregunté por la causa de tanto alboroto. A que me respondió: que la causa eran los lenguaraces, pues cuando trajeron las vacas al pueblo le dijeron los lenguaraces que las vacas no eran del Padre sino de los mocobíes; por eso matamos, como cosa nuestra;

Un alboroto

Justa severidad

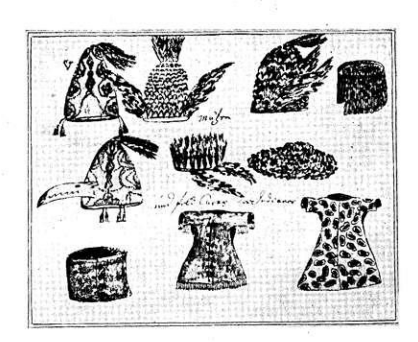
díjele: "las vacas son para vosotros, pero a mi disposición se han de matar las reses que me parecieren y no más; si esto te parece bien quédate en buena hora, pero si así no quieres, te puedes ir cuando quisieres"; dijo el cacique que le parecía bien lo que yo decía y quedó sosegado.

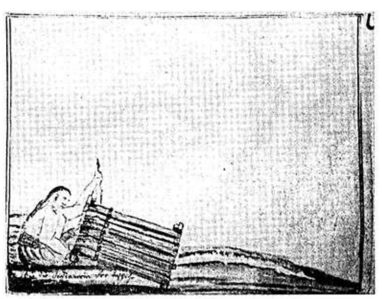
"Después en el año de 1746 hubo otro alboroto por lo que diré: en una de las tolderías eran las mujeres sobremanera andariegas y apenas paraban en el pueblo, pasando ya por el campo ya por Santa Fe en busca, como éstas decían, de lana para sus ponchos. Yo que siempre he procurado estorbar las idas de éstos y especialmente de mujeres a Santa Fe por el mismo daño que reciben con lo que ven y oyen entre españoles, procuré con buenas razones disuadirles de las idas a Santa Fe; pero no por eso dejaban sus paseos.

Con las mujeres andariegas

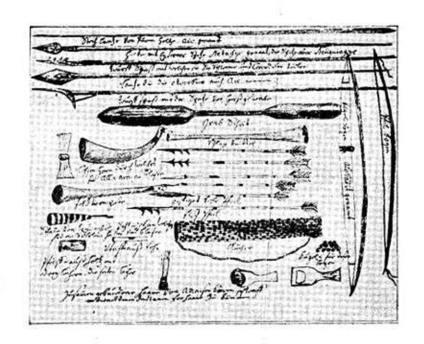
El año de 46 las hablé con más resolución; díjelas que si no iban a Santa Fe yo les daría lana las tardes al tiempo de trasquila de las ovejas, pero que si daban en ir a Santa Fe no tenían que esperar que yo les diese lana; riéronse de mis palabras, entendiendo que no había de hacer con ellas lo que amenazaba; y así de allí a poco tomaron el camino de la ciudad. Llegó el día 2 de noviembre en que se hacía trasquilar las ovejas; llamé a todas las indias del pueblo, menos a estas andariegas, al corral de las ovejas; para que fuesen trasquilando para sí cada una, cuantas pudiesen. Viendo las andariegas que no las llamaba, y a tal cual de ellas que quiso llegar al corral la corrí de allí diciéndola que fuese a Santa Fe por lana, acudieron con sus quejas al viejo cacique de la toldería; éste al punto fué a verse con el cacique Chitalín y le dijo: "Mira que este Padre no hace caso de nosotros, y sólo tiene cuidado de Alitín y de su gente; más de ti y de tu gente no cuida nada; ni llama a nuestras mujeres a la trasquila de las ovejas." Chitalín sin hacer más averiguación montó en cólera y mandó que se retirasen del corral de las ovejas sus hijos y sus parientes que estaban trasquilando. Yo que estaba en el corral veía que las mujeres dejaban las ovejas y se iban saliendo para sus casas, mas no sabía el motivo de aquella novedad hasta que el muchacho me dijo: "Mira, Padre, que Chitalín está malo, y se quiere ir tierra adentro, por eso ha llamado a sus hijas y a sus parientes." Preguntéle cuál era el motivo de su enojo; mas no me pudo dar razón; con esto me retiré a mi aposento y mandé llamar al cacique; vino éste ardiendo en cólera y sin darme lugar a que le preguntase la causa de su enojo, me dijo todo sublevado: "Sí, Padre, sí; cuidas de Alitín y de esos pocos que están con él. Estos no más son tus hijos y tus queridos; los demás no son de tu gusto"; y por más que yo quise ponerle en razón no quiso dar oídos. Tal estaba de colérico. Viendo yo que no valían razones con el bárbaro, callé y lo dejé que se fuese, y al punto mandó a su gente que le siguiesen; siguiéronle los más de malísima gana y algunas mujeres iban llorando, y a su hijo por que no quería dejar al Padre y seguir a su padre lo hubo de matar. Fué la deserción tal que de las tres partes del pueblo apenas quedó una; quedando yo con la pesadumbre y sentimiento que se puede discurrir. Caminaron todo el día

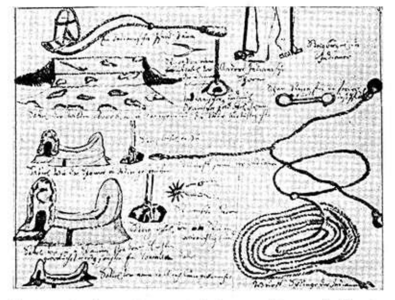
El caso de Chitalín





Adornos y arte de tejer entre los mocobíes, según Baucke.





Instrumentos de caza y guerra de los mocobíes, según Baucke.

y a la otra mañana levantándose un buen viejo pariente de Chitalín dijo a todos: "¿Qué es esto? ¿Por qué dejamos al Padre? ¿Qué vamos a buscar tierra adentro? El que quisiere pasar adelante, váyase, que yo me vuelvo otra vez al pueblo a estar con el Padre." No fué menester más para que todos, hasta el cacique Chitalín, dijeran lo mismo; y en efecto todos se volvieron.

"El año de 1749, cuando estábamos recientemente poblando sobre el río Dulce como dije, y afanados en hacer todo de nuevo, hubo de haber otro alboroto; fué la ocasión el haber sabido mis mocobíes que a los abipones de San Jerónimo daban en Santa Fe cuanto ellos pedían, hierros para herrar sus animales, sables, escopetas, tropillas de vacas para los particulares, etc., cosas que yo jamás quise conceder a los mocobíes; por esto estaban todos sentidísimos y decían en sus corrillos: "¿Es posible que a estos pícaros abipones que ni se sujetan ni jamás se sujetarán a los Padres les estén dando cuanto piden y a nosotros, sujetos desde el principio y obedientes a los Padres, no nos quieren dar siquiera hierros para herrar nuestros animalitos?" Esto y otras cosas a este tono hablaban entre sí los mocobíes de que yo por entonces estaba ignorante totalmente. Vino un día el cacique a mi aposento y me entregó su bastón de capitán diciéndome: "Padre, yo tengo vergüenza de venir con este bastón a pedirte tabaco, yerba, etc.; por eso ya no quiero el bastón. No tendré vergüenza de venir a pedirte cualquier cosa. ¿De qué sirve que yo sea capitán y cacique si no tengo cosa alguna que dar a mi gente?" Como yo no sabía la raíz de esta novedad y de estas quejas, procuré con buenas razones sosegarle y persuadirle a que llevase el bastón, pues era capitán. Recibiólo, pero en saliendo de mi presencia alborotó a su gente diciendo que dejasen el trabajo en la mayor necesidad, y fuesen al campo a correr yeguas; así lo fueron haciendo. Extrañando yo aquella novedad me dijeron que así se lo había mandado Chitalín. Híceme desentendido y me valí de Alitín y de su gente para mis faenas. Entretanto Chitalín se dejaba decir que quería ir a Buenos Aires a hablar al señor Gobernador para que le diese muchas cosas como a cacique. Yo callaba a todo, hasta que la víspera del día, que quería partir, le envié a pedir el bastón, que lo dejase en mi aposento hasta la vuelta. Vino al punto él mismo y me dijo: "¿Qué? ¿Quieres, Padre, quitarme el bastón?" Díjele yo: "Yo no he dicho que te lo quiero quitar, sino que lo dejes aquí hasta la vuelta." Díjome: "sé que tú no me quieres bien, y por eso me quieres quitar el bastón"; esto decía casi fuera de sí de cólera. Yo que estaba reventando por explicarme con él de sus tonteras y altanerías, le dije: "Chitalín, ¿para qué te han dado ese bastón? ¿Te lo han dado, por ventura, para que me alborotes la gente y la eches al campo a correr yeguas cuando estamos en el ardor de tantas faenas, cuando debieras ayudar al Padre y hacer que todos lo obedezcan y trabajen en lo que el Padre les manda? ¿Es esto ser capitán del pueblo? Ea, deja ese bastón y camina a donde quieres." Dejó el bastón y salió turbado de mi presencia. Al otro día caminó para Santa Fe, pero todas sus brabatas y amenazas pararon en que se fué llorando al señor Teniente y al Padre Rector diciéndoles que el Padre Francisco se había enojado

El bastón de Chitalín

Retirada del cacique

de balde con él, y que le había quitado el bastón, y que le suplicaba me escribiesen para que le volviesen el bastón. Escribiéronme los dos; el mismo Chitalín trajo las cartas; díle otra vez el bastón y se acabó todo el alboroto.

La dificultad con los lenguaraces

"De estos y otros sinsabores no han faltado en este pueblo de mocobíes; mas todo se hacía llevadero con la esperanza de lograr su entera conversión a nuestra santa fe. Lo que sí se han hecho pesadísimos a los principios, han sido la mala voluntad de los lenguaraces, así para enseñar la lengua mocobí, como para hablar a los indios.

"Tuve conmigo dos desde el principio: una muchacha casada y un mozo soltero; más puedo asegurar con toda verdad que no me dieron tanto que hacer y tantos sinsabores los mocobíes infieles y bárbaros, como estos dos lenguaraces cristianos y españoles. La mujer que mejor sabía la lengua y llevaba buena paga por su oficio, era menester rogarle muchas veces para que me enseñase algunas palabras y para que hablase a los indios, lo que yo decía: y aun después de bien rogada, lo hacía de mala gana, y sabe Dios lo que les decía. Lo cierto es que en las pláticas, que por medio de ella hice en la iglesia a los mocobíes, hicieron bien poco fruto, pues después de muchas pláticas se experimentó que no sabían las cosas más triviales, que les repetía, lo más de los días. En una de estas pláticas iba yo sugiriendo lo que les había de decir de los misterios de nuestra santa fe y advertí que el auditorio, especialmente las mujeres, mostraban inquietud; pregunté a la lenguaraz qué les había dicho, y me respondió (respuesta ordinaria suya) les he dicho lo que V. R. me ha dicho. Averiguando bien lo que les decía, era reprender a algunas indias porque no quisieron acompañar a su marido al monte. Este fué el misterio, asunto de aquella plática; y por el efecto se vió que poco más o menos así sería de las demás pláticas. Pues acerca de enseñarme la lengua, tuve mucha dificultad así por su mala voluntad como por su infidelidad. Hice por su medio un vocabulario de palabras mocobíes desde la letra a hasta la z, pero tan infiel que después queriendo repasarle, hallé que no tenía pies ni cabeza, y hube de tirarle, y hacer otro de nuevo con mucho trabajo.

Dos vocabularios

"El otro lenguaraz, que era un mozo soltero español, no sabía bien la lengua mocobí y la castellana menos; y su ignorancia la quería encubrir con decir que los mocobíes no tenían la palabra que yo le preguntaba; preguntábale cómo decían los mocobíes "tú" y me respondía: "¿qué es tú, Padre?" Decíale que si no sabía lo que es "tú"; si no había oído jamás "tú" y "yo". Y respondía: "Padre, tutyugo está en la laguna", aludiendo a un pajarraco llamado tuyuyo. Preguntábale cómo decían pantorrilla, y respondía: "No, Padre, no tienen los mocobíes esta palabra." Preguntábale cómo decían paladar y me respondía lo mismo. Instábale yo: "Pues hombre ¿no tienen los mocobíes paladar? ¿no tienen pantorrilla?" Respondía francamente que no tenían y lo bueno es que se enojaba contra mí porque no le daba crédito y me decía que era yo tan porfiado que todo el día le estaba mareando. Con estos len-

guaraces ¿cómo podía yo aprender la lengua mocobí tan difícil y tan diversa de cuantas sabemos y oímos, así en el sonido como en la pronunciación? Finalmente tanto me aburrieron, y fué tan poco lo que me sirvieron estos lenguaraces que me vi precisado a despedirlos, el uno a los tres meses, y la otra a los siete meses. Vino en su lugar de Santa Fe Faustino Casco. Este aunque no sabía hablar la lengua mocobí, pero la entendía bien y hablaba la lengua abipona que entienden los mocobíes. En esta lengua hacía las pláticas, y aunque en tiempo de éste poco pude yo adelantar en la lengua mocobí, mas tenía el consuelo que era fiel en platicar a los mocobíes lo que yo le iba sugiriendo. Y lo que no pude conseguir antes por medio de lenguaraces mocobíes, que es componer en esta lengua las oraciones y doctrina cristiana, lo conseguí por medio de Casco, aunque con algún trabajo; porque fué preciso valerme juntamente de un mocobí que me dijese en su lengua lo que Casco me decía en abipón; y de esta manera pude componer el Persignar, Padre Nuestro, Ave María, Credo, Mandamientos y un Catecismo breve, de que nos hemos valido en adelante; bien que ha sido menester ir corrigiendo algunas palabras, conforme íbamos abriendo los ojos en la inteligencia de la lengua mocobí.

Con Faustino Casco

"Cuando salí de este pueblo, año de 1752, a principios de abril, quedaron en él como 14 familias, las más ya bautizadas. Otras iban preparándose para el bautismo."

Tal es la magnífica relación que sobre la fundación de San Javier nos ha dejado su mismo fundador. Ante documento de tanta valía eclípsanse todos los demás relatos que hasta el presente habíanse publicado. Felizmente podemos continuar nuestro relato con documentos de análoga autoridad.

A principios de abril de 1752 abandonó el pueblo de San Javier su benemérito fundador, pero hacía ya como un año que se hallaba en el pueblo el insigne jesuíta que supo llevar adelante y en forma la más halagüeña, la magna obra comenzada por el Padre Francisco Burgés.

El P. Baucke, sucesor de Burgés

Ese benemérito jesuíta, digno sucesor de Burgés, llamábase Florián Baucke.[1] Había nacido el 24 de septiembre de 1719 en la villa de Witzig (en la Silesia), no lejos de la ciudad de Breslau, y entró en la Compañía de Jesús el 9 de octubre de 1736, en la ciudad de Bohemia. Según el "Catalogus Missionariorum" de 1748, había cursado, antes de esa fecha, la filosofía y estudiado la teología durante dos años, además de haberse empleado cuatro años en la enseñanza de las letras.

Era ya sacerdote y se hallaba en Moravia cuando en 1748 le llegó de Roma la orden de partir para el Paraguay. Al efecto, él y veintiséis alemanes más abandonaron su patria el día 5 de enero

1 Aceptamos la grafía Baucke y no Paucke por hallarla así en los mismos escritos del buen misionero. "En el manuscrito de sus memorias sale una sola vez su nombre, al hablar de la entrega de la nueva reducción de San Pedro al cacique Elebogdin, escribe el Padre Kobler, y allí también se lee Baucke y no Paucke."

Llega al Río de la Plata

de aquel mismo año y a los dos meses y medio [1] se hallaban en Lisboa donde los esperaba el Procurador del Paraguay, Padre Ladislao Orosz, en cuya magna expedición, que arribó a Buenos Aires a principios de enero de 1749, vino Baucke y con él Dobrizhoffer, Muriel, Miranda, Kogler y tantos otros preclaros misioneros.

Aunque sea apartándonos algún tanto del tema central de esta monografía, vamos a consignar las impresiones que tuvo Baucke de nuestro país que él conoció como pocos y en el que trabajó con tanto sacrificio y abnegación.

Después de relatar su viaje desde Europa hasta la Colonia del Sacramento nos dice en sus memorias llenas de anécdotas y observaciones agudas que "los misioneros no permanecieron mucho tiempo en la Colonia. El primero de enero arribó allí un barco para conducirlos a Buenos Aires, casi en frente, al otro lado del río, y que en aquel entonces era la capital del Paraguay. El río tiene en aquella parte de nueve a diez leguas españolas de anchura; un viento fuerte hincha la única vela del barco; en un término de unas seis horas, habíamos terminado felizmente nuestro viaje. La llegada de los nuevos misioneros entre los cuales había 26 sacerdotes, se había anunciado ya antes en la ciudad y en el atracadero les aguardaban no sólo el Padre Provincial que era el Padre Manuel Querini, con la mayor parte de los Padres de nuestro Colegio, sino por algunos centenares de españoles entre los cuales se contaban los más conspicuos de la ciudad. Al voltear de las campanas de todas las iglesias, cruzaron de dos en dos los misioneros, la ciudad, dirigiéndose a la iglesia del Colegio, donde se cantó un solemne Te Deum, dando los nuevos misioneros las gracias a Dios por el feliz término del viaje; a continuación tomaron posesión de sus habitaciones en el Colegio. Aquí fueron obsequiados con todo desprendimiento durante los ocho primeros días como huéspedes; hasta en el mismo suelo del comedor se habían esparcido flores e hinojo de agradable olor; las mesas estaban repletas de toda clase de dulces, de manzanas, higos, melones y otras frutas por el estilo"; con todo, nota el Padre Baucke, "los manjares no eran tantos como se podía esperar"; lo que sí le llamó mucho la atención fué la sucesión de los mismos, de suerte que acordándose del verso del poeta no pudo menos de exclamar: "Risum teneatis amici". Durante el banquete tocaron en el antecomedor los negros del Colegio algunas piezas de música; terminada la comida entraron en la sala y ejecutaron algunos bailes; intercaláronse algunos discursos de felicitación y bienvenida a los nuevos misioneros; la música le pareció al Padre Baucke excelente y los bailes elegantes.

En Buenos Aires

Con el Gobernador

Al día siguiente de su llegada hicieron los misioneros su visita al Gobernador: llamábase Andonaegui. Entretúvose con ellos muy cordialmente, en especial con los jesuítas alemanes, con quienes habló de varios generales alemanes a quienes había conocido en las guerras de Nápoles. Despidióse de ellos prometiéndoles su benevolencia y protección y, después de los ocho días en que fueron albergados en el Colegio, él mismo los invitó a su mesa.

[1] Así en el Archivo de Indias: 45-2-6/9, donde se dice además que gastó en el viaje 258 reales.

Con el Sr. Obispo

"La segunda visita se hizo naturalmente al Ilmo. señor Obispo, que era un hombre verdaderamente apostólico. Su autoridad era muy grande, pero su porte era muy sencillo. Todo su servicio en palacio se reducía a un sirviente que era un negrito, un cochero y dos familiares. Igualmente sencillo era su vestir: una sotana morada de tela ordinaria, con una capita de igual color, un sombrero revestido de tafetán verde, rodeado de un cordón grueso de seda verde del cual pendían dos borlas igualmente verdes. Cuando salía, los animales de tiro eran dos mulas. Era muy edificante en el desempeño de su oficio pastoral", y el Padre Baucke hace nominalmente mención honorífica de él, como también de otros dos obispos, advirtiendo "que eran muy solícitos en predicar al pueblo, en especial al administrar el santo sacramento de la Confirmación, siendo muchos los centenares de leguas que tenían que andar para el desempeño de su oficio pastoral. Como no pocas veces, ora la edad, ora la enfermedad impedía a los obispos visitar las distanciadas estaciones de sus diócesis, o bien por faltar el ánimo a algunos a exponerse a los miles de peligros al penetrar en parajes salvajes, todos los misioneros tenían el privilegio de poder administrar el sacramento de la Confirmación en la hora de la muerte; empero el Superior de todas las misiones, quien las visitaba varias veces y con regularidad, podía administrar ese sacramento aun fuera del caso de peligro de muerte."

Lo que era Buenos Aires

Por lo que respecta a la ciudad de Buenos Aires nos hace de ella el Padre Baucke la descripción siguiente: "De todo el Paraguay, Buenos Aires es la ciudad más hermosa e importante; es más grande que Praga, y aunque no es tan suntuosa, está más regularmente edificada que la capital de Bohemia. Las calles son tan rectas que desde la plaza se puede ver el campo abierto; a entrambos lados de la calle hay jardines que están rodeados por una especie de cactus que en Europa solamente se ven en invernaderos de príncipes, y por cierto no tan grandes como crecen en América. En esos jardines hay pequeñas casitas, de ordinario de un solo piso, a manera de casa de campo, rodeadas de un muro en el cual hay pequeños orificios para que en ellos aniden las palomas; también se encuentran en esos jardines pequeños cuadrados de muro bajo con un tejido metálico encima: sirve para los conejos que los españoles prefieren a las liebres, y por eso se presentan en la mesa con frecuencia. Las habitaciones son aseadas y holgadas; las más de las veces con todo sin ventanas de vidrio; de día está todo abierto y durante la noche se cierran las ventanas con postigos de madera; los techos están frecuentemente enladrillados de suerte que se puede pasear sobre ellos, sobre todo en verano para tomar el fresco. La ciudad tiene una plaza grande y despejada; allí está el Ayuntamiento, con una alta torre; contiguo está el palacio episcopal y la catedral con dos torres; frente del ayuntamiento está la fortaleza rodeada con trincheras y bien provista de cañones; en esa fortaleza está la principal guarnición integrada por treinta hombres de infantería y 16 de caballería; en ella reside también el Gobernador el cual al salir va siempre escoltado por 8 dragones con espada desenvainada.

Las casas y habitaciones

Las iglesias

"La ciudad cuenta con diez buenas iglesias, entre las cuales junto con la Catedral y la Iglesia Parroquial, sobresalen la de los jesuítas y la de los franciscanos por sus respectivas cúpulas. Además de los religiosos arriba mencionados había en Buenos Aires por aquel tiempo, dominicos, Hermanos de la Merced fundados por San Pedro Nolasco para la redención de los cautivos, recoletos de San Pedro de Alcántara, betlemitas o jerónimos, llamados también por su barba barbadinos, los cuales tenían el cuidado de los enfermos y se sustentaban solamente de limosnas; a estas órdenes se añadían dos monasterios de monjas: el de las capuchinas, y el de las monjas llamadas de la Esperanza, por ocuparse en la enseñanza de las niñas. El Colegio de los jesuítas era de dos pisos y con sus tres alas encerraba por el cuarto lado la iglesia con un jardín contiguo; había además un patio sombreado por altos olivos." Además de este Colegio tenían también los jesuítas en Buenos Aires una residencia la cual se transformó en Colegio cuando el Padre Baucke estaba aún en el Paraguay. Junto a esa residencia tenían los jesuítas otra casa formada por tres alas con una iglesia destinada para albergue de aquellos que hacían los Santos Ejercicios: un rico español vecino de Buenos Aires la había edificado y provisto de todo lo necesario.

Su puerto

"La ciudad, sita a orillas del Plata tiene es verdad un puerto, pero muy poco profundo, especialmente en tiempo del reflujo, de suerte que los barcos mayores no podían entrar; éstos han de quedar dos leguas del puerto y han de tener pequeños botes para comerciar con la ciudad." Esto escribe el Padre Baucke, pero advierte también el mismo historiador que "a su llegada a Buenos Aires (1749) había tan sólo un barco anclado el cual estaba, hacía mucho tiempo, esperando su cargamento; tan muerto estaba en aquel tiempo el comercio de España con Paraguay; la causa era la poca ganancia que proporcionaba; por eso el principal artículo comercial que eran las pieles, se conducían al puerto portugués de Montevideo [1] a pesar de la severa prohibición de no llevar nada a los portugueses. Con todo, nota aún el Padre Baucke, aunque en otros tiempos en cada dos o tres años se cargaba algún barco, en estos últimos tiempos entraban todos los años dos o tres barcos, a cada 16 de mes salía de España para Buenos Aires un paquete con las ordenanzas reales, cartas, Gacetas, etc."

Como Baucke no había aún terminado sus estudios cuando llegó a nuestras playas, destináronle los superiores a Córdoba donde habría de terminarlos. Al efecto emprendió viaje a fines de marzo de aquel mismo año de 1749 y en compañía de otros Padres y de otros estudiantes. "Los misioneros, escribe Baucke, habían ya visto bastante en Buenos Aires y lo que deseaban era llegar pronto al punto de su próximo destino, cuando llegó la noticia de que el Padre Carlos Gervasoni, procurador de la Provincia del Paraguay, acompañado del Padre Andrés Astina, estaba por llegar con una caravana de 95 carretas. Muy pronto tuvieron listos sus baúles a fin de poder emprender con esa caravana su viaje a Córdoba. Las ca-

Camino a Córdoba

1 Alude a la Colonia del Sacramento.

rretas estaban en la Chacarita de los jesuitas, próxima a la ciudad, y en el día de la partida vinieron todavía muchos de los principales españoles para despedirse de los misioneros, a quienes enviaron sus coches y criados para llevarlos a la Chacarita donde estaban las carretas. A todo esto añadieron multitud de regalos consistentes en vinos, bizcochos, chocolate, azúcar y tabaco, y así pudieron por fin emprender su viaje a Córdoba a fines de marzo."

Las carretas

Vale la pena que transcribamos aquí en toda su extensión la descripción que hace Baucke de nuestras carretas coloniales, tanto más cuanto que a él debemos la ilustración más antigua que se conoce del histórico vehículo nacional.

"No es fácil, escribe Baucke, darse cabal idea de las prolijidades y dificultades de semejante viaje en aquel tiempo. Figurémonos cómo una de aquellas caravanas cruzaba las llanuras de la pampa de Tucumán. Los vehículos se dividían en carretas que eran propiamente los de carga, y en carretones en los cuales se acomodaban los viajeros con sus equipajes. Los vehículos son de dos ruedas, las que sobrepasan la altura de un hombre; las ruedas tienen una anchura de un palmo y no están guarnecidas con ninguna llanta; asimismo en el resto del vehículo no se encuentra pieza alguna de hierro, pues todo está ajustado a fuerza de cuñas; la carrocería consta de la lanza y de dos palos paralelos unidos entre sí por los travesaños; sobre este armazón descansa la choza hecha de cañizos con un toldo abovedado formado por pieles cosidas entre sí. Cada una de esas chozas contenía una cama a tal altura del suelo que debajo de ella se podía poner todavía baúles y cajones; delante de la cama hay todavía espacio para el conductor; detrás había asiento para los viajeros. Más cómodos son los vehículos propiamente de viajeros, los cuales están revestidos interiormente de delgadas tablas de madera; delante había una pequeña abertura y detrás una puerta de dos hojas, que se podían cerrar seguramente. Cada vehículo tiene cuatro bueyes de tiro; para guiarlos y azuzarlos se usa una caña (picana) grande y otra chica con una punta de hierro o de hueso. Los conductores usan de noche una trompeta formada por una caña de 4 ó 5 pies de largo, cuyos nudos se extirpan con facilidad; en el extremo más ancho termina en un cuerno que sirve de bocina; el tono de esa trompeta es muy intenso y se oye desde lejos. Toda caravana está provista de armas de fuego y de sables, y cada vehículo lleva a su costado además una lanza para su defensa contra los indios. Como estas caravanas han de hacer con frecuencia viajes de doscientas y hasta de cuatrocientas leguas (4 leguas españolas equivalen a tres leguas alemanas), y con frecuencia por regiones yermas y desiertos donde no se encuentra leña alguna, han de llevar por cualquier contingencia una provisión de lanzas, radios, pivas, etc., como también la cantidad necesaria de leña combustible. Si algún vehículo se estropea de suerte que no se puede reparar, su peso de carga se reparte por igual entre los restantes, abandonando la estropeada carreta. Fuera de esto al lado de cada carreta cuelga una escalerita para subir o bajar del carretón; en la parte posterior está el cántaro importado de Chile, para contener el agua necesaria para beber y para la comida, pues la caravana ha de pasar dos,

Su construcción

Cómo se viajaba

tres o más días en esas llanuras sin que se encuentre una gota de agua. La carga que uno de los vehículos puede soportar oscila entre treinta y cuarenta quintales; si es que tienen capacidad pueden soportar una carga de unas ciento veinte a ciento cincuenta pieles de cuarenta a cuarenta y tres libras cada una.

En camino

"Después de haber ordenado todas las cosas, púsose en marcha la caravana con dirección a Córdoba. Delante de todos iba el capataz montado a caballo y a continuación, carreta tras carreta formando una gran columna. Un viaje semejante traía consigo muchas incomodidades a pesar de haberse preparado con todas las comodidades y protegido contra el viento y tempestades. Prescindiendo de los golpes y traqueteos, el calor se hace naturalmente insoportable en esas chozas ambulantes; en tiempo húmedo y tempestuoso se llena la carreta de mosquitos que día y noche atormentan a los viajantes produciendo con sus picaduras dolorosas ronchas. Estas no disminuyen en nada con el vestido que por otra parte ha de ser siempre de paño delgado." Dice el Padre Baucke: "con el tiempo se puede acostumbrar uno al traqueteo de la carreta pero a las picaduras de los mosquitos es imposible". Debido al enervante calor el viaje se interrumpía ordinariamente desde las nueve hasta las cuatro de la tarde, y durante la noche se interrumpía solamente un par de horas. En esas paradas se formaban tres fuertes con las carretas, esto es, las carretas de la gran caravana se dividía en tres grupos en forma de círculo a fin de poderse defender así y los animales detrás de esas palizadas de carros en caso de ser atacados por los indios, y también encerrar a los animales una vez pastados en la pradera, evitando así que se desparramaran. La comida y cena estaba pronto preparada. Dos barras de hierro de ocho a nueve pies de largo, puestas sobre una zanjas sostenían las ollas: debajo se prendía fuego y pronto estaba todo cocido; como la carreta de las provisiones era siempre una de las primeras de la caravana, sucedía casi siempre que la comida estaba hecha, antes de llegar la última carreta. La frugal comida se tomaba de ordinario debajo de una carpa; a continuación echaban los españoles su siesta en la carreta o debajo de ella, o como decía el Padre Baucke, eran poseídos del demonio meridiano; entretanto los alemanes podían rezar su breviario a la sombra de las carretas. Libres los españoles del demonio meridiano, sonaba la trompeta de caña, se examinaban las carretas, sustituyendo o componiendo lo que hacía falta; si era menester se engrasaban los ejes o se cubrían con carnosas hojas de higuera; se uncían los bueyes y la caravana se ponía nuevamente en marcha hasta altas horas de la noche haciéndose luego la cena. Además del avance por jornadas se hacía con lentitud. El trayecto de una legua española de camino requería hora y media.

La comida y la cena

Pasando por Luján

"A unas 20 leguas de Buenos Aires llegó la caravana a Luján, que es una población más grande de españoles, donde se venera una milagrosa imagen de la Virgen en una linda iglesia. Los viajeros satisficieron allí su devoción y por la tarde continuaron el viaje que duró siete días y siete noches sin encontrar persona alguna o vivienda humana; con todo los españoles estaban siempre prepara-

dos contra cualquier acometida por parte de los indios. Por fin llegó la caravana a una llanura cubierta de alfalfa en todo el espacio que alcanzaba la vista y como los misioneros jesuitas a los cuales se habían juntado 12 franciscanos y 11 clérigos estaban cansados de tanto traqueteo, muy pronto se formó una cuadrilla de unos 28 jinetes a caballo, entre ellos 15 negros y se pusieron en persecución de una manada de ciervos que divisaron en aquella llanura, dieron caza a dos de ellos que fueron carneados. Sobrevino la noche, los jinetes abandonaron sus caballos y se escondieron en sus carretas pues había amenazas de una fuerte tempestad. La caravana recibió orden de detenerse y formar un parapeto de carretas; muy pronto estalló la tempestad con toda furia acompañada de fuerte aguacero; un rayo tras otro caía en torno de nuestro fuerte, sin causar daño alguno. Debajo de una gran carpa se había preparado la cena, pero todo el que quería algo se lo había de buscar por sí mismo; aunque el llegar a la carpa era difícil atravesando charcos y barrizales, ofuscados por el continuo centellear de los rayos, más lo fué el encontrar desde ella el camino a su propia carreta; por medio de constante llamar y responder fué posible que cada cual llegara otra vez a su carreta." Dice el Padre Baucke: "Yo no creo haber tenido jamás en la mar un miedo igual al de aquella noche, y eso que yo no soy un timorato. El día siguiente fué otra vez espléndido, y el sol con un refrescante viento secó muy pronto el suelo.

Caza de ciervos

"Habíamos andado ya ochenta leguas y aun nos faltaban cuarenta. Al segundo día después de la mencionada noche de tormenta llegó la caravana a una guarnición de españoles llamada Fuerte de Pergamino. Todo el fuerte consistía en un cuadrado de unos cien pasos, rodeado de una fuerte palizada; en medio había tres cabañas alargadas de madera, y para el centinela había un puesto levantado sobre cuatro postes, de seis brazos de altura; a él llegaba el soldado valiéndose de una escalera, y desde ese sitio de observación divisaba el terreno muchas leguas a la redonda.[1] El fuerte se había erigido contra unos indios que vagaban por esos contornos."

El Fuerte de Pergamino

No sin ironía asevera el Padre Baucke: "Los soldados no desdecían del fuerte; sólo uno que otro tenía arma de fuego; los restantes tenían lanzas; su vestuario consistía en un pantalón de lana y camisa con una chaqueta de franela colorada encima; no tenían zapatos; sólo llevaban polainas hechas de piel de buey o tigre o ciervo. El comandante del fuerte no se diferenciaba en nada de sus subordinados; por lo menos el comer, beber, dormir, jugar y blasfemar lo hacía tan bien como ellos. Toda la labor de la guarnición de Pergamino se reducía a reconocer diariamente una legua a la redonda, para lo cual estaban provistos de un gran número de caballos. Para ir contra los indios que no combaten con regularidad sino que buscan matar al enemigo cuando, donde, y como pueden, estaba muy en su punto una semejante tropa regular.

Tropa criolla

[1] De esta torre y del puerto en general nos ofrece Baucke un curioso dibujo que puede verse en la mencionada "Iconografía Colonial".

"En ese fuerte de Pergamino se remudaron los animales de tiro. Aunque éstos son tan fuertes en América como en Europa; con todo, dado lo dificultoso del camino, la escasez del agua necesaria para beber en los fuertes calores y la pesada carga, agota de tal suerte a los animales que se hace de todo punto necesaria una renovación. Para toda la caravana compuesta de 15 carretas se necesitaban unos 100 bueyes; pues cada carreta había de llevar 10 bueyes, cuatro para el tiro, cuatro para la muda y dos de repuesto por si alguno se hacía inservible y para que una carreta no detuviera toda la caravana. A todo esto hay que añadir los animales de consumo, ya que en semejantes viajes la carne es el único alimento, y puesto que del pan no se puede hablar, y para cada viajero hay que contar de cinco a seis kilos de carne por día y en la caravana iban 170 personas. Uno se maravilla de semejante ración de carne; ya se atribuya al hambre canina y apetito insaciable de los indios, mulatos y negros, ora al aire penetrante o bien también al agua, eso no basta para una explicación satisfactoria. Lo cierto es que la carne en estas regiones no es tan sustanciosa como en Europa, y la causa de ello está, parte en el pasto, parte también en la manera de carnear las reses. Como los animales se crían semisalvajes por tenerlos siempre en libertad, cuando se quiere carnear alguna res, primero hay que agarrarla, lo cual no se puede hacer sin fatigarla mucho, y luego se la deja dos o tres días sin alimento antes de sacrificarla. La carne de un animal cansado de esta suerte es inapetente y tan desabrida como paja"; y añade el Padre Baucke: "yo quisiera presentar a cualquiera de Europa una carne semejante, que de seguro no probaría un bocado. No en vano se vocea en Buenos Aires "carne fresca descansada". Esta es muy sabrosa, gorda y buena, aunque nunca tan alimenticia como la de las regiones europeas. Sea lo dicho una nota anticipada para lo que todavía hay que relatar sobre el extraordinario apetito de los indios."

A través de la pampa

Después de haberse provisto la caravana de nuevos animales de tiro y para la matanza, prosiguióse el viaje. Por espacio de treinta leguas tuvieron que atravesar de nuevo una región inculta, hasta llegar a un riachuelo que los españoles llaman Río Segundo. Al otro lado del río había una población de sólo españoles. Tenían una capillita donde celebraban los domingos y días de fiesta los oficios divinos.

Incidentes

La caravana cruzó el río y continuó viaje a lo largo del mismo; ocurrióse al Padre Baucke y a su inseparable compañero franciscano Fray de las Huertas, ir en busca de los indios, que como habían oído acampaban en las riberas. Así montaron a caballo y tomaron camino río arriba sin preocuparse más de la caravana. Algunos conductores lo advirtieron y adivinaron su intención. Para asustar a los audaces y verles huir enviaron delante tres jinetes que se habían de esconder detrás de un matorral por el cual habían de pasar los dos; éstos, por supuesto, no sabían nada de la jugada, que llegados cerca del matorral al verlo moverse quisieron hacer fuego; los que estaban agazapados saltaron fuera del matorral y pidieron a los dos Padres volvieran a la caravana por aquel paraje que en realidad

no estaba seguro, y ellos podían correr riesgo en sus vidas de parte de los indios merodeadores. Y así efectivamente volvieron en compañía de algunos otros que se divertían en la caza de perdices cordobesas. "Estas, dice el Padre, se parecen a las codornices grandes de Alemania, tienen también el mismo color y andan y vuelan aisladamente y no en bandadas y cuando están quietas en el pasto no se los ve, pero cuando andan su silbido los descubre. La manera más fácil de cazarlas es de a caballo. Al levantarse una perdiz se la persigue hasta que de nuevo se posa; se dan algunas vueltas, dos o tres, al sitio donde posó a tal distancia que se pueda llegar con una larga caña en cuyo extremo se ha adaptado un lazo hecho con un cañón largo de pluma de avestruz dividido por la mitad. Al dar vueltas teme la perdiz y se agazapa; entonces se puede con facilidad enlazar la cabeza y hecho eso con el mismo extremo de la caña se toca a la perdiz, ésta remonta el vuelo. Con frecuencia se cazan de cuarenta a cincuenta perdices en un día, matando así el tiempo.

Mala jugada

"Hacia la noche, aun antes de que se detuviera la caravana, un pequeño animalito hizo una mala jugada a uno de los misioneros. Cansado éste del traqueteo seguía a pie a poca distancia a la carreta cuando he aquí que junto al camino divisa un animalito del tamaño de una marta, de color negro con dos listones blancos a ambos lados a lo largo del lomo; la cola era bastante larga, poblada de pelos más largos en el extremo. Al misionero le gustó aquel animalito y para agarrarlo ya se había acercado tanto que lo podía tocar con su bastón, cuando he aquí que el animalito se vale de su arma natural para defenderse de su atrevido perseguidor, rociándole de suerte que al punto se percibió un olor pestilente en todo el derredor. Al punto gritaron los españoles: ¡zorrino!, ¡zorrino!, pues el olor no les era desconocido; ese animalito pestilente lo llaman los españoles "zorrino" o "zorrillo"; los mocobíes lo llaman "inigzai". Los demás misioneros querían saber de boca del mismo agraciado el proceso de lo sucedido, pero a esa distancia no le podían aguantar; tenían que huirle como excomulgado y solito tuvo que tomar su cena en su carreta; por fortuna pudo cambiar de sotana y ésta al cabo de 14 días de haberla tenido extendida al aire libre había perdido tan poco de su olor pestilente, que no hubo más remedio que arrojarla juntamente con su bastón. Cuando alguno de estos animales rocía algún perro éste se revuelca por el suelo arrojando baba y espuma por la boca como si fuera rabioso. A pesar de eso los indios saben hacer con las pieles de esos animales, unas mantas lindas y grandes, sin que se perciba nada de ese olor repugnante; cazan con mucha habilidad esos animales agarrándolos con ligereza por la cola, lo levantan en alto y con la otra mano lo matan. Hay otra especie de esos animales pestilentes que viven bajo tierra y se alimentan con huevos de aves no perdonando a los polluelos; aunque el olor de estos animales es diferente, es con todo tan repugnante que en sus cercanías no aguantan el hombre ni otro animal.

El zorrino

"Por fin, andadas ya unas ciento veinte leguas a través de una llanura casi completamente deshabitada, comenzaron a encontrar

viviendas aisladas de españoles que pastoreaban en la pradera los animales, lo cual era señal de que ya no estábamos lejos de Córdoba. También notaron ya pequeños bosquecillos y en lontananza divisaron una elevada montaña. Tropezaron también con pequeños arroyos, encontrando agua fresca para beber y al mismo tiempo se podía comprar carne mejor; por segunda vez tuvo la caravana que cruzar el Río Segundo, llegando en breve los misioneros frente a una gran cabaña de paja, donde fueron recibidos por el Padre Rector del Colegio de Córdoba, que era el Padre Pedro de los Arroyos. La recepción se hizo con música y con una alocución muy cordial del Padre quien los invitó a la mesa que tenía preparada dentro de la cabaña. La noche la pasaron en aquel paraje que apenas dista dos leguas de Córdoba, en la cual entraron solemnemente al día siguiente a las 9 de la mañana.

En las cercanías de Córdoba

"El pueblo los aguardaba por ambos lados del camino; el Magistrado y los principales de la ciudad salieron al encuentro de los misioneros acompañándolos a la iglesia del Colegio al son del repique de todas las campanas de la ciudad y en ella se cantó un solemne Te Deum. Luego fueron los jesuítas al mismo Colegio donde como en Buenos Aires fueron nuevamente obsequiados durante ocho días. Como en Buenos Aires, estaba en Córdoba también adornado el refectorio como en las mayores fiestas, y como había estudiantes ellos tuvieron los discursos y las poesías en latín y castellano dando así la bienvenida a los misioneros. Quién pensara entonces que esos hombres, recibidos con tanto agasajo habían de abandonar con igual dolor y de una manera más vergonzosa el Paraguay, desterrados por aquellos por cuya tranquilidad y seguridad habían venido a trabajar por la salvación de los pobres indios."

Lo que era Córdoba

Cuando el Padre Baucke llegó a Córdoba del Tucumán, "la ciudad no era muy grande aunque tampoco era de las más pequeñas, pues tenía calles regulares, edificios decentes aunque no muy altos, y tenía sede episcopal con un Capítulo integrado por ocho canónigos; el Gobernador hacía tiempo había trasladado su residencia de Córdoba cerca de la frontera de Perú. Además de la grande y hermosa catedral tenía la ciudad otras ocho iglesias y tres conventos de religiosos, a saber, de los dominicos, franciscanos y mercedarios; dos conventos de religiosas y un gran colegio de los jesuítas. La iglesia de este Colegio llamaba la atención por lo grande, digna y por la riqueza de su ornamentación en los días de fiesta. Tenía un antependium de plata pura repujada; el tabernáculo fué hecho en Italia con cristales de hermosos colores, todos los candelabros eran también de cristal y de preciosa ornamentación con bordados de oro sobre fondo de plata, con flores de seda; se valuaba en ocho mil florines en moneda de aquel tiempo; cada procurador que iba a Europa por asuntos de la Orden o para reclutar nuevos misioneros traía a Córdoba alguna cosa valiosa. El mismo Colegio cuyo edificio era de dos pisos tenía una biblioteca, aunque no muy escogida; dentro de sus muros tenía también una farmacia, una panadería y oficinas de herrería, encuadernación, carrocería, zapatería, sastrería y telares." Unido al Colegio estaba el Noviciado don-

de el Padre Baucke tenía que hacer su tercera Probación; la casa antigua del noviciado se había transformado en casa de Ejercicios. "Frente al Colegio habían levantado los jesuítas un convictorio que se llamaba de Monserrat y tenía una fundación; en aquel tiempo había en dicho convictorio 70 estudiantes, de los cuales la mayor parte, hijos de familias más ricas y nobles de la ciudad, vivían a su propia costa pues también había algunas becas. Estos estudiantes frecuentaban las aulas de filosofía y teología del Colegio que tenía el derecho de dar grados en esas dos facultades. El vestido que llevaban era la sotana con dos fajas de paño rojo que partiendo del pecho, y pasando por los hombros, caía por la espalda. Por la forma de esas fajas se distinguían entre sí los que ya habían recibido algún grado en filosofía o teología. En el comedor colgaban de las paredes los retratos de los prohombres salidos de esa institución; entre ellos había muchos obispos y arzobispos. Además de ese convictorio de los jesuítas había en Córdoba otro convictorio episcopal, pero con una fundación para sólo seis alumnos. Estos vestían una sotana azul celeste con las fajas arriba mencionadas de color violeta oscuro."

Los estudios y los estudiantes

Con esta ocasión de hablar de Córdoba relata el Padre Baucke las entradas de los obispos de Córdoba y de Buenos Aires. "Aquél percibe 6.000 pesos (a dos florines) y éste 26.000, una suma respetable al parecer", como anota el Padre Baucke que tanto oyó ponderar esas cantidades. "Adviértase que exceptuando la manutención, el vestido, el servicio y en especial todo cuanto viene de Europa es enormemente caro. Plata y oro había es verdad en Méjico y Perú pero en el Paraguay exceptuando algunas ciudades que poseían puerto, o sea aquellas que eran comerciales, el común de la gente tenía tan poco oro y plata que los productos más bien se canjeaban mutuamente, y en las mismas ciudades los productos europeos eran espantosamente caros. Y así por un cuchillo que en Europa se consigue por 24 kr. vale aquí dos pesos y medio, o sea cinco florines. Una pieza de tela de lino que en aquel tiempo costaba en Alemania 16 florines, valía en el Paraguay 120 pesos." El Padre Baucke había comprado en Italia un violín por dos florines y en América un aficionado le ofreció 40 pesos, o sea 80 florines. Dice el Padre Baucke, "cuando en 1769 nos embarcamos en Buenos Aires 170 jesuítas, entre todos hicimos una colecta para comprar una flauta y así entretenernos en el viaje por mar con música; en Alemania apenas hubieran dado tres florines por ella y allí nos costó 15 pesos o sea 30 florines. El mismo pan era carísimo; una medida de harina que en Alemania costaba una kr. valía aquí un real de plata o sea 15 kr. Pero ya entonces, como también en la actualidad se difundía por Europa los rumores más extravagantes sobre las riquezas en oro y plata de América para atraer así gente y poblar las inmensas extensiones. Un día se me presentó un joven español en extrema necesidad y que había determinado irse al Perú para buscarse allí la vida; en España le habían hablado tanto de la abundancia de plata que había en el Paraguay, que le llegaron a decir que hasta los caballos se herraban con plata. Pero volvamos de nuevo a nuestros misioneros."

Temas económicos

Los ocho días durante los cuales fueron obsequiados como huéspedes, se habían pasado y empezaban los días de trabajo. El Padre Baucke tenía que estudiar todavía su cuarto año de teología, dar su último examen y hacer luego su tercer año de Probación; a todo esto se añadió el cargo de la música en la iglesia de los jesuítas. El coro de esa iglesia estaba formado por 20 negros que cantaban bien y tocaban diversos instrumentos; pero no había ni uno solo que conociera las notas; solamente algunos pocos sabían leer la letra; exceptuando el organista, todos juntos cantaban y tocaban sólo de oídas, lo que a fuerza de oír y diligente ensayo habían aprendido; las notas, con todo, las tenían siempre delante o en sus manos.

Músicos y cantores

Faltaban todavía cuatro meses para la fiesta de San Ignacio, y el Padre Rector pidió al Padre Baucke que compusiera una Misa y Vísperas y las ensayara con los negros. El tiempo le pareció muy corto sólo para la composición y con mayor razón para ensayar la composición, y cuando acosado por las peticiones que le venían de todas partes hubo compuesto alguna cosa y quiso que le tocaran los negros músicos, advirtió que ninguno de sus músicos sabía las notas; se le cayó el alma a los pies. Con todo quiso ver lo que podría hacerse con sus negros, y así compuso la Misa y Vísperas y empezó por ensayarlos. Faltaba todavía un mes para la fiesta y los negros se lo habían aprendido todo; el Padre Baucke siguió con sus ensayos, teniendo algunos ensayos generales en la misma iglesia; de esta suerte con gran afluencia de oyentes se estrenó la composición en la fiesta de San Ignacio y la ejecución fué tan a satisfacción que el señor Obispo que oyó la misa cantada y las Vísperas, al salir de la iglesia, vuelto hacia el coro dijo en alta voz: "¡Vivan los ángeles que hoy he oído!", dándoles la bendición repetidas veces.

La Misa y Vísperas

Un mes después de esa fiesta tuvo el Padre Baucke su examen y quiso comenzar su tercer año de Probación, pero pronto advirtió, lo que se pretendía con él y recibió algunas indicaciones de otros que conocían su grande anhelo por las misiones: los superiores le querían retener después del tercer año de Probación, en el Colegio de Monserrat, de Córdoba, como ministro. El Padre Rector procuraba inclinarle a ello y así le dió permiso para un mes a fin de que pudiera visitar la estancia del Colegio de Córdoba, detenerse y dejarse obsequiar el tiempo que le pluguiera; otros dos jesuítas le habían de acompañar, y algunos negros debían ir con él para atenderle. El Padre Baucke aceptó con gusto la oferta y así se fueron en primer lugar a la estancia de Alta Gracia, paraje llamado Puesto de Antonio, distante cinco leguas españolas, y pertenecían a ella tres malas cabañas sitas entre altos montes peñascosos y pelados; en ellas vivían cinco negros que habían de cuidar ocho mil yeguas y tres mil mulas, todos potrillos de aquellas yeguas. Los leopardos y tigres causaban durante el año no pocos estragos entre esos caballos y mulas; los negros por su parte no dejaban de perseguir a esos animales de rapiña, matando muchos de los mismos. El Padre Baucke notó en aquella ocasión, sobre la palizada unos cuarenta esqueletos de cabezas de león, ensartados. A aquella estancia pertenecía todavía una altiplanicie rodeada de altos peñascos, rica en

En Alta Gracia

manantiales y espléndido pasto; aquí pastaban unas 14.000 piezas de ganado vacuno, al cual acosaban duramente los tigres que vivían en los escondrijos de las montañas circundantes. Allí había un mulato de fuerza y destreza maravillosa para matar los tigres. De ordinario tomaba en su derecha un largo facón de unos dos dedos de anchura, la mano izquierda la envolvía con un paño de algodón; al arrojarse el tigre sobre él con las fauces abiertas le metía en ellas la mano izquierda y con la derecha le clavaba el puñal en el corazón. Dice el Padre Baucke: "Otros hombres impertérritos he encontrado como este mulato entre los españoles e indios, quienes toman como un entretenimiento la caza de tigres."

Matando tigres

"En Alta Gracia se puso a disposición de los huéspedes las mejores cabalgaduras, a fin de que los condujeran a la estancia de la Candelaria. Por la lluvia se había vuelto resbaladizo el camino; el animal que montaba [el Padre Baucke] tropezó y arrojó por la cabeza a su jinete que quedó sin sentido sin que lo notaran sus compañeros que ya habían doblado detrás de una peña; repuesto pronto se adelantó y alcanzó a los otros, llegando con ellos felizmente a Candelaria donde fueron fraternalmente recibidos por un Padre y un Hermano Coadjutor. Hacía ya unos días que estaban allí cuando un día a eso de las tres o cuatro de la mañana se desencadenó una fuerte tempestad, cayendo un rayo en el cuarto donde estaba aposentado el Padre con sus tres compañeros. La caja de una escopeta que yacía a mis pies fué hecha astillas; un perro que yacía allí cerca se puso como rabioso muriendo al tercer día; el marco de la puerta fué deshecho; una linterna de lata se fundió"; el Padre Baucke quedó cubierto con los escombros que cayeron del techo y el rayo chamuscó los pelos del lado izquierdo de uno de los jesuítas que estaban a su lado; por lo demás ninguno quedó aturdido, llamándose en seguida todos mutuamente por su nombre. En una alcoba contigua dormía otro Padre; también a éste llamaron pero no recibiendo contestación alguna temieron que el rayo le había alcanzado. Por fin a las repetidas y más fuertes llamadas despertó preguntando lo que pasaba, no queriendo creer que el rayo hubiese caído tan cerca de él; tan profundo fué su sueño. A la mañana fueron todos a misa la cual empezaba con estas palabras: "Terribilis est locus iste". "Terrible es este lugar". "Desde este suceso, dice el Padre Baucke, comencé a tener tal miedo a las tormentas, que a cualquier nubecilla comenzaba a temer, perdiendo todo apetito, no pudiendo casi hablar con nadie." Fácilmente se deja entender que después de un semejante susto no tuvieron él y sus acompañantes, más ganas de prolongar su estadía. Volvieron así a la estancia de Alta Gracia y como también aquí fueron sorprendidos por una terrible tormenta, advierte el Padre Baucke "que por otra vez se hartó de estancias en América, volviendo a Córdoba para empezar su tercer año de Probación y remover así el último estorbo que se le ponía en el camino de la consecución de sus más ardientes deseos".

Estancia de la Candelaria

Tormenta singular

De carácter muy enérgico y al mismo tiempo de un temple muy alegre, sin arredrarse por nada, se sometió el Padre Baucke a todas las pruebas de ese año, en las cuales más de una cosa le venía bien

En tercera probación

cuesta arriba, con tal fervor que después de unos meses, al ofrecerle ir a las misiones, libremente escogió, como dice él, quedar otros seis meses en su sayo. Porque el vestido en América, tanto de los novicios como de los tercerones, era diferente del de los demás jesuítas; el paño era grueso, de algodón fuerte de color café claro, como un hábito de capuchino; resultaba sumamente molesto en aquellos parajes en los grandes calores. A todo esto se añadía que el vestido del Padre Baucke era tan tieso que aun cuando nadie estuviera dentro se mantenía derecho, intentando él con diferentes medios darle alguna flexibilidad. Verdad es que este vestido lo llevaba solamente los días de trabajo y en casa, o también cuando con la escoba bajo un brazo y un caldero de sopa para los pobres en el otro, visitaba los hospitales y cárceles para ocuparse allí en los servicios más bajos. "Yo empero, escribe el Padre Baucke, lo llevaba todo con alegría y siempre con igual temple, con el pensamiento de que cada día acortaba el año de Probación, y cada día crecía la esperanza de ver satisfecho mi anhelo y poder emprender mi viaje a las misiones. No lo debería decir, pero nadie tomará a mal mi franqueza; este anhelo de llegar pronto a misiones de indios me ha costado miles de lágrimas."

Destinado a los mocobíes

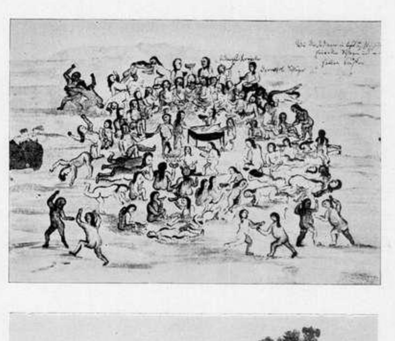
Tal era el hombre providencial que Dios había enviado al Río de la Plata para que fuera el apóstol de los mocobíes de Santa Fe. Terminado el estudio de la teología y la tercera Probación, partió Baucke a la ciudad de Santa Fe para trasladarse desde allí a sus ambicionadas misiones. Fué ciertamente un gran acierto de los superiores el consagrar a los mismos a un varón tan habilidoso y celoso.

De sú viaje desde Córdoba hasta Santa Fe, y desde esta población hasta la reducción de San Javier, nos ofrece el mismo Baucke interesantísimas noticias. Nos dice él que el rector de Córdoba no quiso dejarle partir para su nuevo destino sin que antes pasara a visitar a los amigos que tenía en las estancias cercanas a la docta ciudad. Al buen Padre se le hizo pesado ver retrasada su partida, pero no rechazó la amistosa oferta, y menos se arrepintió de ello después que se encontró con dones y regalos que tanto le habían de servir en su nuevo pueblo.

Hechas estas visitas, emprendió su viaje con rumbo a Santa Fe. En una cómoda carreta y con ocho buenos caballos de montar emprendió su viaje, teniendo que cruzar una comarca desierta y muy peligrosa por los muchos indios salvajes que vagaban por allí. Hacía poco que esos indios habían asaltado una pequeña población cerca de Jesús María, matando a muchos hombres y mujeres y llevando prisioneros a los niños. De igual suerte habían asaltado al Padre misionero Francisco Herrera, que de Córdoba iba a Santa Fe, matándole de cinco lanzadas; el Padre Baucke encontró todavía un paquete de música y dos pedazos de óboe que el misionero muerto se llevaba a la misión; entre los papeles de música encontró todavía un bucle de pelos de la cabeza del mártir.

Peligros en el camino

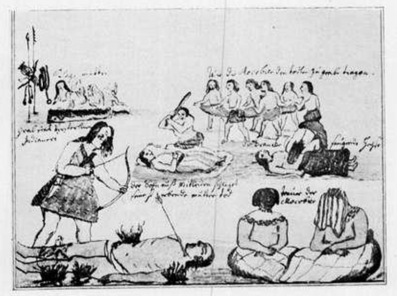
Por todos estos antecedentes, el Padre Baucke emprendió su viaje no sin miedo: había de Córdoba a Santa Fe sus noventa a cien leguas españolas. Su provisión consistía en un octavo de cán-





Banquetes y baños fluviales entre los mocobíes, según Baucke.





Recolección de miel y ceremonias funerarias entre los mocobies, según Baucke.

taro de vino, dos corderitos, un saco de yerba mate paraguaya, un saco de charqui o carne de carnero desecada.

Provisiones de viaje

Para preparar ésta, nos informa el mismo Baucke, se toma un pedazo gordo, y todo entero sin dividirlo y se pone en un horno bien caliente, luego se despega la carne, se deshilacha y seca al sol; por fin se deshace en el mortero y se mezcla con pedacitos de ajo y cebolla, con pasas, sal, pimienta y jengibre; hirviendo en agua un puñado se tiene con rapidez una comida no del todo desagradable. La vajilla de cocina consistía en una cazuela de hierro, una cacerola, un plato y una pequeña sopera. Además se había llevado el Padre Baucke doce libras de tabaco y unas cuatro libras de jabón, un cuarto de sal, seis paquetes de agujas, algunos rosarios y medallas. Este era todo el equipo del nuevo misionero. Al llegar a una pequeña aldea donde habían de hacer alto para mudar los bueyes de tiro, se acercó al Padre Baucke un español pidiéndole un poco de yerba y tabaco: el Padre le dió y el español lo agradeció con mucha cortesía, pero muy pronto volvió con un caballo, que el Padre Baucke, a pesar de su resistencia, tuvo que aceptar como muestra de su agradecimiento: ése era el precio que en aquel tiempo tenía un caballo en el Paraguay.

La ciudad de Santa Fe

Llegado a Santa Fe, tuvo tiempo suficiente para visitar la ciudad que no le pareció muy importante. En ese tiempo era comandante de la ciudad don Francisco de Vera y Mujica; aquélla no estaba ceñida con muro alguno, sino que situada a la sombra de altos árboles, ofrecía un aspecto espléndido. Los jesuítas tenían allí un colegio con una linda iglesia: cerca de ella había dos iglesias parroquiales, una para los españoles, otra para los mulatos, etc.; a éstas se añadían tres conventos, el de los dominicos, de los franciscanos y Hermanos de la Merced.

Situada Santa Fe junto al Paraná, tenía también su pequeño puerto o atracadero, llamado el puerto preciso, porque todas las embarcaciones que subían o bajaban por el Paraná habían de hacer alto y pagar derechos de aduana: cuántas veces la ciudad de Paraguay entabló por esto algún proceso, ganó siempre el pleito la ciudad de Santa Fe.

Después de haber tenido que esperar el Padre Baucke en esta ciudad y no sin grande pena de su parte, por las grandes ansias que tenía de ver a sus indios llegó por fin de la reducción de San Javier el Padre Manuel Canelas, acompañado de algunos indios, con el fin de saludar al nuevo misionero y llevárselo a su residencia; el acompañamiento consistía en doce jóvenes de edad madura y cinco muchachos de escuela. Dice el Padre Baucke: "hago constar que la vista de esos indios me causó tal alegría y consuelo que no la hubiera cambiado con ninguna otra a no ser con la del cielo, y deseaba ardientemente poder pasar toda mi vida entre ellos". Los indios mismos notaron muy pronto la afición y amor que el Padre Baucke les tenía y así iban en busca de él, y con él se quedaban con gusto no queriéndose partir de su lado sino muy entrada la noche; como algunos de esos indios sabían algo de español, el Padre Baucke podía entretenerse con ellos, y ellos mismos le servían de intérprete para los demás.

El P. Baucke con los indios

El Padre Baucke tenía diversos instrumentos de música y los indios, como muy amantes de la música, no cabían en sí de alegría al oír tocar al Padre esos instrumentos. Con mucha ingenuidad cuenta él mismo: "si hubiese sido yo un perro no hubieran podido portarse más locamente conmigo, como en realidad lo hacían. Pues ora tenía que tocar el violín, ora la flauta, ora la espineta (un instrumento de música de cuerda), ora la bocina, y cuando hube tocado alguna pieza, los indios lanzaban una estruendosa carcajada de alegría". El Padre Baucke, por su parte, tenía su mayor consuelo en poderles proporcionar semejante alegría. Una vez se puso la flauta sobre el labio superior soplando de abajo arriba. Quedaron los indios maravillados de ello y creyeron que el Padre soplaba la flauta con la nariz y todos los indios, uno tras otro, esperó su turno para tomar la flauta y demostrar la misma habilidad; soplaban ellos con toda las fuerzas de sus pulmones, pero sin sacar, como era natural, sonido alguno. Con esto creció su admiración por el músico europeo.

La música y el espejo

Otro suceso excitó aún más a uno de los indios. El Padre Baucke tenía un espejo, e inopinadamente se lo puso a un indio delante de la cara. "Iqui, Iqui, mi espíritu, mi espíritu", gritó éste y de susto cayó en el suelo. Una vez repuesto y habiéndose levantado quiso el Padre, para quitarle el miedo, explicárselo todo, pero fué inútil, pues no fué posible hacer que se mirara de nuevo en el espejo, antes por el contrario haciendo un gran círculo fué a ver lo que había detrás del espejo y como no vió nada, empezó a palpar con sus manos detrás del mismo, para apresar a su espíritu, quedando con esto en la convicción de que el Padre era un gran hechicero.

Con semejantes entretenimientos fué pasando el tiempo hasta el 11 de junio por la tarde, en que debían de emprender el viaje a la reducción. En otras ocasiones se hacía ese viaje de treinta y cuatro leguas de Santa Fe a San Javier en tres días con carreta; a caballo en veinticuatro horas y aun en trece o catorce horas cuando se podía remudar caballo en el camino; pero esta vez duró el viaje once días. Durante ese tiempo los caballos en número de ochenta y los bueyes de tiro tuvieron que estar vadeando arroyos la mayor parte del tiempo, llegando no pocas veces el agua hasta la silla del jinete; los ríos habían salido de madre y llovió casi sin interrupción, ni escasearon las tempestades.

Viaje a San Javier

De día iba también a caballo el Padre Baucke, pero de noche se escondía en su carreta lamentando el que sus indios tuvieran que pasarse la noche a caballo cuidando de los caballos y bueyes, a fin de que no se desparramaran y se perdieran. A pesar de todo, en una noche oscura no pudieron evitar un desbande general de los animales asustados por los continuos rayos; al día siguiente tuvieron que recorrer todos los contornos en busca de sus animales, pero no consiguieron reunir más que una tercera parte de los caballos. El mismo Padre Baucke perdió en esa ocasión seis de los ocho caballos de montar que tenía. Todas las molestias de un tal viaje se lo endulzaron los indios, quienes procuraban siempre suavizarlas. Una noche llegaron al riachuelo llama-

do el Saladillo, el cual, aunque de ordinario tiene unos treinta pasos de anchura, estaba en esa ocasión tan hinchado que había que nadar unos sesenta pasos para alcanzar la ribera opuesta; también esta parte estaba inundada y apenas había algún que otro islote donde se podía acampar. Los indios querían no obstante cruzar el río porque querer pasar la noche en esa parte era lo mismo que tener que retroceder hasta el mediodía siguiente.

Embarcación indígena

El Padre Baucke fué el primero en ser transportado y por primera vez subió a una embarcación verdaderamente indígena. Consistía ella en una piel de buey sin curtir, seca, arremangada un palmo por todos sus costados; en ella echaron los indios la montura y equipaje que el Padre Baucke llevaba sobre su caballo, luego hubo de entrar él mismo. Así fué llevado al río y después de haber introducido en el agua la embarcación y de haber puesto en equilibrio el peso, un indio de unos quince años ató a la embarcación una cuerda pequeña y tomándola con los dientes se echó al agua desnudo como estaba y arrastrando a nado la embarcación, llegaron felizmente a la otra orilla.

Quisieron luego los demás pasar con sus caballos y bueyes, pero fué imposible, porque los bueyes al notar la profundidad del río, retrocedían inmediatamente. El Padre Baucke tampoco podía volver ya, porque como llovía fuertemente, la embarcación se podía llenar rápidamente de agua e irse a pique. Preocupados los indios por su misionero, le mandaron dos cueros secos a fin de que se pudiera armar un refugio para la noche; ellos en cambio hicieron una fogata en una lomada cerca de un bosque. El Padre Baucke todo empapado en agua y tiritando de frío y sin un trocito de pan para acallar el hambre, se puso a arreglar su cama: una de las pieles hacía las veces de colchón y la otra de manta, mas ésta estuvo pronto mojada y tanto por su mal olor como por su peso, se hizo muy pesada. El indio se había acostado en otra cama igual y estaba con ella bastante a gusto y como entendía algo de español, los dos solitarios se consolaban mutuamente.

A medianoche se rasgó el nublado y apareció la luna; el indio dijo al Padre Baucke que mirara la luna. "¿Qué novedad adviertes en ella?" le preguntó el Padre al chico. Este le respondió: "¡Oh! ¿no ves que los perros han comido la luna?" El Padre Baucke se fijó en la luna y notó que estaba eclipsada: la respuesta del chico causó risa al Padre, pero muy pronto se trocó esa risa en espanto.

Con las fieras

En sus solitarios refugios quedaron ambos sobrecogidos por el aullido de un tigre, al cual contestó muy pronto otro. "Yo pensaba, escribe el Padre Baucke, en el indio que había dicho que los perros habían comido la luna y me temía que el tigre nos comiera a los dos." Permanecer quietos era lo único que podían hacer, pues el menor movimiento les podía costar la vida. La fiera se fué también alejando poco a poco y con la luz del día desapareció también el miedo, y los indios del otro lado se dispusieron a pasar el río.

Por seis veces tuvieron que cruzar el río ida y vuelta hasta pasar todas las cosas; tan sólo al mediodía dieron fin a la ruda labor y en seguida tuvieron que buscarse sitio apropiado para acampar esa noche y lo encontraron en un espeso bosque, el cual por su lado norte tenía una gran laguna de unas sesenta leguas de largo que habían de cruzar al otro día.

Para defender aquella noche a su misionero, armaron rápidamente los indios una choza con ramas de árboles que cubrieron con yuyo y junco y encima de todo pusieron además unas pieles de buey; hecho esto, se escondió cada uno en su escondite, excepto cuatro indios destinados a custodiar los animales.

Al siguiente día, en la barca de cuero, cruzaron la laguna que tendría una media hora de anchura. Millares de patos de especies y tamaños diferentes habitaban las orillas. El Padre Baucke mató varios y los indios se divertían en grande, andando en busca de los patos heridos. En seguida buscaban con curiosidad las municiones y quedaban maravillados de que un grano tan pequeño fuera capaz de matar aves tan grandes.

Llega Baucke a San Javier

La caravana se acercó después otras cuatro leguas a la reducción y a la mañana siguiente, a primera hora, se escabulleron algunos de los acompañantes para dar en el pueblo la noticia de la proximidad de la llegada del nuevo misionero. Muchos hombres y mujeres salieron al encuentro del que llegaba, aunque la mayoría le esperaba junto a la iglesia, cuya campanita daba con sus notas la bienvenida a los recién llegados. El viejo misionero de esa reducción, Padre Francisco Burgés, con júbilo saludó al que venía a colaborar con él en el arduo trabajo, abrazóle con lágrimas en los ojos, acompañóle a la iglesia primero y después a su habitación.

Si es sublime el encuentro de dos hombres grandes que a la sombra de un mismo ideal se conocen y se estiman, sublime por cierto en los anales del pueblo santafesino fué el encuentro de estos dos hombres singularmente dotados para todo lo grande y heroico.

Antes de ocuparnos de la vida indígena en San Javier primero y en San Pedro después, vamos a consignar los preciosos datos que varios de los misioneros de dichos pueblos nos han dejado sobre la fauna y flora de la región y sobre las costumbres de los mocobíes que ellos tanto conocieron y amaron y por quienes tanto se sacrificaron.

No vamos a presentar una síntesis científica de la flora y fauna existente en las regiones ocupadas por los mocobíes, sino algunas notas entresacadas de las que nos han dejado los Padres Florián Baucke y Manuel Canelas y comenzaremos por la fauna sobre la que nos ofrece tantas noticias el Padre Baucke.

En su tiempo eran tan numerosos los tigres en ambas orillas del Paraná y del Plata, que los españoles que hacían alguna cacería por el lado oriental de esos dos ríos, frecuentemente enviaban a España cuatro mil pieles de tigre al año: un indio les vendía una de esas pieles por un mal cuchillo, ellos empero las vendían de ordinario por un florín o doce reales de plata.

Puede uno figurarse lo peligroso e inseguro que era viajar con tantos enemigos en asecho y la facilidad con que se acercaba uno a ellos sin notarlos. Por lo común el tigre asecha en el bosque, o bien cerca del agua entre cañaverales o en altos pajonales, por los cuales se arrastra y desliza con tal destreza que no se le advierte. Si uno está a caballo puede escaparse fácilmente, porque debido a su corpulencia se cansa pronto el tigre y no persigue sino por espacio de unos trescientos pasos; en campo abierto teme por lo común al hombre y huye de él: de noche se suelen encender grandes hogueras para defenderse del tigre, quien de noche o al amanecer o anochecer suele salir en busca de la presa, mientras al mediodía acostumbra descansar. A fin de que el caballo o el perro venteara con más seguridad al tigre, solían los indios untarles la cabeza y cuello con sangre de tigre y a los perros restregarles también las narices con la carne de un tigre muerto.

Tigres en los alrededores

El indio cuando tenía que pasar por algún bosque peligroso a causa de los tigres, solía tomar dos pieles de oveja cosidas entre sí y las colocaba sobre el caballo a espaldas del jinete, de suerte que colgaban por ambos lados y se metían algo por debajo de la montura para que así al asaltar el tigre al caballo quedara solamente con la piel de sus garras y el jinete se pudiese escapar.

Causaban los tigres grandes matanzas en las numerosas manadas de ganado vacuno y caballar, que libremente pastaba por las praderas santafesinas. Como los caballos tienen sus dehesas preferidas y en ellas los vados comunes por el cercano río o pantano; el tigre se aposta en su cercanía y por lo general asalta al caballo por delante y le muerde en el cuello: una vez muerto el caballo, le come el pecho y lo arrastra luego bajo un árbol o matorral hasta una distancia de dos o trescientos pasos; allí lo abandona hasta que empiece a pudrirse volviendo entonces todas las mañanas o noches a su banquete.

El Padre Baucke asegura que él mismo siguió varias veces las huellas sangrientas desde el punto donde el caballo había sido asaltado por el tigre hasta el punto donde éste había arrastrado a su presa, pues casi no podía creer que un tigre pudiese desarrollar tanta fuerza. Los indios le contaron que yendo ellos una vez de caza, al pasar por un matorral, un tigre asaltó a uno de los jinetes y clavando una de sus garras en la parte trasera del caballo y la otra por las crines, lo dobló en forma de arco, mordiendo y quebrando el muslo al indio.

"Yo he visto muchos españoles e indios, escribe el Padre Florián Baucke, lastimosamente destrozados por tigres, deshechos espantosamente en el rostro y cuerpo y con los brazos y piernas quebrados: ¡ay del hombre que llega a las cercanías de un tigre que haya gustado alguna vez sangre humana!, un tigre semejante persigue por mucho tiempo y con suma avidez la huella del hombre." Lo notable es que en la alternativa de atrapar algún negro o mulato o español o entre estos dos últimos, ataca siempre al negro o al mulato, probablemente por el mal olor de los

mismos. El tigre ataca también a los cocodrilos; los sorprende cuando duermen en la ribera, salta sobre el lomo de los mismos y les muerde y quiebra la nuca: cuando el cocodrilo no queda muerto en el acto y salta al agua, el tigre lo deja y se retira, pero vuelve más tarde encontrando casi siempre a su presa muerta en la playa. El tigre es también hábil en la pesca; en esta operación tuvo ocasión el Padre Baucke en sus muchos viajes de observar al tigre: mientras los cachorrillos jugaban en la playa como los gatos, los viejos se ocupaban en la pesca para lo cual metían una pata en el agua moviéndola suavemente, atrayendo así a los peces: al llegar alguno a suficiente distancia, lo arroja a la playa y le da un buen mordisco; vuelve después a su trabajo: los cachorrillos comenzaban por lo común a comer en seguida, yendo los viejos a segunda mesa.

La lucha con los tigres

"Mucho tendría para contar, dice el Padre Baucke, si quisiera relatar todos los peligros en que me he encontrado por causa de los tigres." Así, con ocasión de un viaje por el Paraná, saltó una vez a tierra y con un indio iba a lo largo del río para ver los árboles del cercano bosque y el cañaveral, cuando de repente el perro que les acompañaba comenzó a gruñir: a veinte pasos de ellos estaba echado un tigre con dos cachorros. No podían proseguir porque el tigre los hubiera perseguido, pues cuando tiene cachorros es especialmente bravo y más todavía si nota que es temido: como tampoco tenían armas se retiraron poco a poco y llamaron a sus compañeros de la barca; atracaron pronto y saltaron con sus lanzas a tierra. Asustado el tigre por el ruido, se encaminó al bosque con sus dos cachorrillos.

Casos ocurridos con los tigres

En otra ocasión había salido el Padre Baucke con otros indios en busca de cañas; llegaron a un punto donde había caña linda, gruesa y alta; saltaron al punto de sus caballos para cortarla. El Padre Baucke llegó muy cerca de una fosa que estaba de tal suerte cubierta de yuyo que el Padre no advirtió su existencia, pero notó que el yuyo se movía mucho; creyó que provenía del corte de la caña, cuando de repente al advertirlo los indios, salieron apresuradamente del cañaveral dando voces al Padre a fin de que saliera inmediatamente, pues a sus pies había un tigre.

"Yo me espanté, dice el Padre Baucke, y no sabía qué hacer. Al fin retrocedí despacio hasta alcanzar mi caballo tomando en seguida así yo como todos mis indios rápida huída, pues todos habíamos dejado nuestras lanzas en nuestros campamentos." Con frecuencia sucedía que el Padre Baucke pasaba con sus indios catorce o más días en medio del bosque para cortar madera de construcción; el Padre quedaba de ordinario en el campamento y los tigres espantados por el derrumbamiento de los árboles y por la gritería de los indios pasaban no pocas veces por su lado a una distancia de diez pasos. En una de esas ocasiones en que estuvo con los suyos catorce días ocupados en el corte de árboles, mataron nada menos que diez y ocho tigres, parte con la lanza y parte con armas de fuego; y dice el Padre Baucke "que ésos eran solamente los que se habían puesto a tiro allí donde trabajábamos; ¡cuántos hubiéramos podido matar si hubiésemos or-

ganizado una verdadera cacería de tigres." Una caza semejante tiene su interés peculiar, aunque naturalmente sus peligros propios.

Cómo cazan al tigre los españoles

El español para no maltratar la piel, caza de ordinario al tigre con el lazo. Es éste una cuerda de muchos brazos de largo y en un extremo termina en un lazo estando el otro sujeto a la montura: con mucha pericia arroja ese largo lazo desde una distancia de veinte a treinta pasos al cuello del tigre fugitivo, suelta luego las riendas al caballo arrastrando y ahogando su presa. En su estancia lo caza de otra manera, con una especie de trampa formada por una tranca que tiene en un extremo un lazo y en el otro un peso grande y por encima de una rama se balancea junto al tronco. El lazo se sujeta en el suelo de una manera especial, colocando detrás del mismo la carroña. Tan pronto como el tigre lo ataca se levanta la tranca, quedando el ladrón colgado del lazo.

Otra clase de trampa saben armar a los tigres los españoles. En el punto donde el tigre ha muerto un caballo o ternera, construyen un cerco fuerte con sólidos postes sirviendo para la entrada dos postes, entre los cuales se coloca la puerta trampera que cae tan pronto como el tigre toca la carroña que está dentro del cerco. La presa se mata luego a tiros. Algunos mulatos y españoles lo hacen con más simplicidad. En la mano toman pimienta o sal molida, en la derecha una maza o un cuchillo largo y cortante. Al ser asaltado por el tigre, le arrojan en los ojos la pimienta o la sal y clavan entonces el cuchillo en el vientre o le dan un mazazo en los ijares.

Cómo lo cazan los indios

El indio ataca al tigre con su lanza, porque poco le importa la piel, pues sólo la usa como cuero para montar o para hacerse con ella un cuirás para regalar, dándose por muy bien pagado si consigue por ella un mal cuchillo. El tigre empero tiene una habilidad muy grande para atajar con las garras las flechas que se disparan contra él si las llega a divisar; por eso el indio que va a asechar algún tigre, a unos diez pasos le aguarda, y a esa distancia desea recibir el asalto: si tarda demasiado en hacerlo, el mismo indio provoca al tigre al salto gritando y arrojándole trozos de leña. Para esas cacerías son necesarios varios indios.

El Padre Baucke refiere cómo una vez, pasando a caballo con siete indios por un cañaveral, los perros rastrearon un tigre. Los indios saltaron al punto de sus cabalgaduras y se prepararon con sus lanzas para recibir a la fiera, pero como ésta no quería salir, prendieron fuego al pajonal; tan pronto como el fuego comenzó a chamusquearle el pelo saltó fuera por el lado opuesto. El Padre Baucke, que aun estaba a caballo, le persiguió, siguiéndole los indios, quienes alcanzaron al tigre que se había echado bajo un árbol. Apenas tuvieron tiempo para prepararse, pues el tigre se arrojó como un rayo sobre ellos con las fauces abiertas; los indios le clavaron sus lanzas, pero cuatro de éstas se partieron en dos; las otras tres a duras penas pudieron sujetar sobre la tierra al rabioso tigre hasta postrarle por completo. Cuando el tigre encuentra un árbol grueso trepa al mismo y sólo se le puede bajar

de un balazo, pues ataja todas las lanzadas; en el árbol delgado no puede clavar sus garras.

En algunas ocasiones el indio usa también el lazo. Una vez cruzaba el Padre Baucke con varios indios por una planicie en la cual, de cuando en cuando, había un pequeño matorral. Detrás de uno de esos matorrales rastrearon los perros a una tigre con dos cachorrillos. Atacaron los indios a la tigre, la cual se arrojó contra ellos y como ellos volvían ligeramente con sus caballos, volvía también la tigre a sus cachorrillos hasta que en una de esas salidas, atrapó a un caballo clavándole las garras. El Padre Baucke gritó a los indios que se valieran de los lazos, pero tan sólo al cabo de varios ataques, al salir la fiera del matorral emprendiendo la fuga, el jinete del caballo herido le arrojó el lazo y a galope la arrastró por la llanura hasta ahorcarla. Volvieron luego los indios a los dos cachorros que ya eran algo mayores que un gato grande y los agarraron, a pesar de que se defendían lo mejor que podían y con pertinencia.

Cazando tigres con lazo

El Padre Baucke hizo cortar las uñas a los cachorros, y para que no pudieran morder les puso un buen tarugo en la boca sujetándolo al cuello. Por tres meses los retuvo el Padre atados con una cadena en el patio de la casa: jugaba con frecuencia con ellos, procurando pincharlos con la lanza, pero a pesar de la rapidez y disimulo fué imposible porque siempre desviaban la lanza a un lado. Como tampoco se amansaban, antes por el contrario sucedía, aún después de tres meses, que si alguien se acercaba a ellos rechinaban los dientes y se disponían para el salto; el Padre Baucke asestó un tiro a cada uno, los mató y se guardó la piel; dió la carne de uno de los cachorros a los indios y la del otro la puso en vinagre fuerte y la hizo asar: él y su colega el Padre Pedro Poole, que era inglés, tuvieron carne para algunos días.

La carne de tigre

La carne del tigre es blanca y buena para comer; solamente el olor desagrada y depende de su régimen de alimentación, así sabe a bravío o a pescado, según que se haya alimentado de caballos, caza o de pesca. Aunque el Padre Poole se acostumbró fácilmente a la carne de tigre y de iguana, no le sucedió lo mismo con su sucesor en la misión, el Padre Manuel Canelas, que era criollo de nacimiento, pues el Padre Baucke al principio tuvo que valerse de la astucia para hacerle comer un asado de tigre; pero no bien hubo acabado con el prejuicio llegó al convencimiento de que comía de la mejor carne de cordero y perdido el asco se aprovechaba bien de la carne de tigre, siempre que los indios le preparaban una gorda tajada de algún tigre recién muerto.

Las heridas que el tigre inflige con sus dientes son muy peligrosas; por lo común, la herida empieza a hincharse muy pronto y no pocas veces sobreviene con rapidez la rigidez espasmódica. También entonces tenía que hacer de médico el misionero y aunque nos hagan reír los medios que usaba, cierto es que llegaba a curar a los enfermos. Una vez un tigre dió un mordisco en el brazo a un indio fracturándole el brazo. El indio tenía setenta años de edad y la herida comenzaba ya a gangrenarse. El Padre

Baucke aplicó al infeliz durante algunos días una cataplasma de la corteza de nainic o ceibo (del cual se hablará más adelante); sacóle así unas cincuenta astillitas del brazo fracturado; cuando la emanación del pus cedió algún tanto, aplicó sobre la herida un fomento preparado con grasa de tigre, de leopardo, de avestruz, de cordero y de ciervo mezclado con cardenillo.[1] "En tres semanas, dice el Padre Baucke, estuvo el brazo sano aunque torcido. Aunque sin estudios superiores un cirujano puede así, aún hoy en día, presentarse en público." Son palabras del misionero.

Los tigres blancos

Hay también, dice el Padre Baucke, tigres blancos que los indios llaman pollo y no lidiagatgoëc que es el nombre del tigre común. Esos tigres blancos son algo menores que los comunes, a los cuales se parecen en lo demás, aunque algo más ágiles y no tan peligrosos para el hombre, del cual más bien huyen que asechan. Son también más fáciles de matar. En cierta ocasión, como relata el Padre Baucke, atravesaba a caballo con sus indios un bosque cuando oyeron a dos de esos tigres que se peleaban no lejos del camino. Entre tigres comunes es eso un espectáculo terrible. Los indios acudieron a la contienda y le pusieron fin matando a los dos. "Por lo demás,

Utilidades terapéuticas

1 "La lengua del tigre se usaba entre los indios como un remedio muy bueno contra la epilepsia: se cortaba de las fauces la lengua y se la dividía en tajadas muy delgadas, las que se secaban al sol y luego se pulverizaban; el polvo se suministra al enfermo en agua o bien en una sopa. El polvo de las garras de tigre quemadas y pulverizadas y mezcladas con alumbre igualmente quemado y pulverizado lo usaba el Padre Baucke en muchos casos, como dice él mismo, para calmar los dolores de muela, para lo cual echado aquel polvo por sobre algodón lo metía en la oquedad de la muela; prescindo de si las garras de tigre eran necesarias para eso". Todo esto es del Padre Bustillo. Acerca de la caza del tigre nos ofrece el Padre Canelas algunos pormenores que confirman o amplían los consignados en el texto. Dice así el citado misionero: "Quiso la Divina Providencia templar o contener la ferocidad de esta bestia con dos tímidas cualidades, porque si no es cebada o parida, no acomete si no es provocada, y huye cuando ve gente. Cuando tiene cachorros brama, o sin bramar salta al que se acerca; y cuando ha probado carne humana, sabe emboscarse y al improviso se abalanza. Se ha observado que más le gusta la carne del negro que del indio, y más la de éste que la del blanco o español, porque en varias ocasiones han concurrido unos y otros, primero ha saltado al negro que al indio, y a éste que al español. Es esta fiera de delicado gusto, la carne más tierna es la que más le gusta, y ninguna come sino manida. Cuando mata ovejas de pronto les desmenuza de una dentada el casco, cómese los sesos, y con el resto hace lo que con los demás animales, los arrastra hacia un bosque o pajonal; tápalo con hierbas y lo deja manir para comérselo. En estos sus tapados ponen trampas los españoles para atraparlos vivos.

"El modo ordinario de agarrar estas fieras es éste. Si huye, lo siguen y enlazan. Si se encasilla en algún pajonal o bosque, échanle los perros y ellos echan todo vestido y se ponen en fila con lanza en mano a esperarlo. Al acercarse los perros, brama, tírales manotadas, da dos o tres pasos hacia ellos y vuelve a su sitio. Hasta que montado en cólera, sin temer perros ni dardos, salta contra ellos como un rayo. Su celeridad es imperceptible, y aquí se hace admirable la destreza y prontitud de los indios. Porque romper el tigre y verlo cosido contra el suelo con los dardos, es cosa de un instante. Al sentirse en este estado es tanto su coraje, furor y rabia, que a veces por las mismas lanzas se arroja contra los que tienen traspasado, y les asienta sus garras; y son finalmente tales sus bramidos y saltos que da, y los visajes y esfuerzos que hace, cuantos los diera e hiciera un demonio, si se viera envasado".

dice el Padre Baucke, no tengo más conocimiento de esa fiera de carne blanca y por eso me contento con lo dicho."

El león chaqueño

En el Gran Chaco como en el Paraguay muy especialmente, abunda muchísimo el león americano, que hace grandes estragos entre el ganado lanar, pues con frecuencia mata en una noche de cuarenta a cincuenta ovejas, las que luego simplemente abandona. En el correr es tan rápido como el mismo avestruz: ni a caballo se le podría alcanzar si no tuviera la costumbre, cuando huye, de detenerse y esconderse en el arbusto o matorral más próximo. "Es, dice el Padre Baucke, muy temeroso y cobarde y sin defensa: yo lo he perseguido muchas veces con mis indios, al alcanzar algún matorral, se metía en él y sentado sobre sus patas posteriores rechinaba los dientes hacia nosotros." En una de esas cazas bajó una vez un indio de su caballo e intentó por cinco veces herir con su lanza al león sin conseguirlo, por estar embotada la lanza; el animal no le puso otra resistencia que mostrarle sus dientes. Saltó también entonces de su caballo el Padre Baucke y le clavó al animal una bala en la cabeza: y advierte el Padre Baucke "que desde tan poca distancia y de a pie no se hubiera atrevido a disparar contra un tigre". Esos leones cazados pequeños, son fáciles de domesticar. El Padre tenía en su casa uno de esos leoncitos con el que jugaba como con un gato, y tenía mucho cuidado de no lastimar ni con sus uñas ni con los dientes, la mano del misionero, aun cuando se la ponía en la boca. La carne del león es blanca, sabrosa y blanda, mucho mejor que la del tigre; la grasa es muy buena para curar heridas; la piel (como los españoles me lo han asegurado) es un remedio probado contra la ciática o los dolores del nervio ciático.

La gran bestia

El alce que los españoles llaman gran bestia y los mocobíes alolgac, vive al norte del Paraguay y en los bosques más espesos del Gran Chaco, los cuales ellos atraviesan sin dificultad y sin lastimarse: es un animal informe, tiene pezuña partida y es más grande que un ciervo, tiene una piel extraordinariamente gruesa. "Una vez, dice el Padre Baucke, un indio me trajo un rebenque hecho con cinco tiras cortadas de cuero de alce, diciéndome al entregármelo: "aquí le traigo un azote para los chicos negligentes del pueblo". Yo me quedé maravillado por lo grueso del cuero, jamás había visto cosa semejante. Recibí el rebenque pero de él no hice ningún uso; con sólo enseñarlo hubiera mantenido en orden a los chicos, pues su aspecto era mortal." Según el Padre Baucke, "en este alce se encuentra el "bezoar noble", del cual hablaremos todavía más adelante; en el estómago de varios animales se encuentra de esas piedras a las que hasta mediados del siglo pasado se atribuía una maravillosa fuerza de curación, de suerte que por una de ellas se pagaba muy bien.

Los guanacos

"Muchas piedras besódicas se hallan especialmente en el estómago del guanaco, que es una especie de la llama que vive en los límites de Chile y el Perú y andan por las breñas a la manera de la gamuza y del caprón montés de los Alpes", como dice el Padre Baucke. "Los indios de las reducciones hacen con gusto excursiones a caza de esos guanacos, con cuya piel se visten en invierno; aun-

que muchos llevan paños hermosamente tejidos o bien un vestido con varias pieles entrecosidas del mencionado zorrino. Los indios comen también la carne de esos guanacos. Los mulatos, en cambio, y los españoles, la comen solamente cuando están de caza y no tienen otra." En cuanto a las piedras bezoares que se encuentran en esos animales, escribe el Padre Baucke lo que sigue: "Yo he visto mucho de esos bezoares que se habían formado en esos animales, y los entendidos observaban que eran legítimos. Por su parte externa, son lisos como una pulida piedra, de color pardo verdoso tirando a gris; constan de sobrepuestas capas del espesor del lomo de un cuchillo, su centro está formado por una substancia endurecida como si fuera de pasto. Algunos bezoares son redondeados, otros alongados; en mis manos tuve uno que pesaría sus dos libras; y alguien me contó que había visto alguno de tres libras. En las ciudades de América la gente usa esas piedras bezoares para fines medicinales." Hasta aquí el Padre Baucke, quien parece que creía muy poco en la virtud sanitaria de esas piedras.

Piedras bezoares

Mayor era el uso que hacía el Padre Baucke de la cornamenta de ciervo. "Los ciervos que los mocobíes llaman epelve, abunda mucho en el Gran Chaco. Por lo común se detienen junto a los ríos o bien en las islas de los ríos o bien en los grandes bañados cubiertos de juncos; son más pequeños que los europeos y tienen una carne blanca y muy sabrosa. Cuando un cazador a caballo los persigue, corren rápidamente hacia los ríos o lagunas para cruzarlos aunque también, en especial los machos, acometen resueltamente al jinete si se acerca demasiado, atropellando afrentosamente con su cornamenta a caballo y caballero. Por eso suele el indio arrojar su lazo a los cuernos, procurando echarlo de espaldas y quebrarle la cerviz o cortarle las venas de las patas posteriores. Al indio le gusta mucho la carne de ciervo y mucho más todavía el tuétano"; por eso, dice el Padre Baucke, "que los indios viejos cuentan a los pequeños toda clase de fábulas para que desistan de querer comer tuétano a fin de que ellos disfruten del bocado regalado".

Los ciervos o epelve

"No menos que los ciervos abundan los corzos, y que suelen ir en grupos de hasta treinta. Unos viven siempre en la campiña, no huyendo nunca a los bosques ni siquiera cuando se les empuja hacia uno de ellos, pues buscan siempre el campo despejado; otros en cambio, huyen siempre a los bosques cuando se les persigue y serían difíciles de cazar si no quedaran por mucho tiempo mirando como aturdidos al hombre que se les acerca antes de tomar las de Villadiego. Los corzos campestres tienen el color de la harina con el vientre blanco; los machos tienen una cornamenta pequeña y fina pero con muchas ramificaciones; la piel la tiene poblada de pelos finos y abundantes, aprovechándola los indios para vestirse; la carne de los machos no es comestible, debido a su repugnante olor; por eso los mocobíes los llaman "diogué", que significa pestilente; a la cabra la llaman "avenec" y en plural "avenca", siendo su carne muy sabrosa.

Los corzos campestres

"Los mencionados corzos son sumamente veloces y dan unos saltos de cinco a seis pasos, de suerte que un solo cazador a caballo no

los puede cazar sino rara vez. Los indios les cortan las pezuñas y se las atan a sus pies encima de los tobillos, pues tienen la creencia de que así podrán caminar mejor.

Los acaguodetá

"La otra clase de corzos tiene un color pardo. El mocobí los llama "acaguodetá"; el macho cabrío es liviano y su carne es igualmente comestible y sabrosa como la de la cabra. La piel de estos animales es muy fuerte y duradera y de ella los indios cortan tiras para sus arcos o bien revisten con la misma los tambores que ellos construyen de la siguiente y singular manera: toman un trozo de tronco de ceibo de la altura de un tambor ordinario; excavan del centro un hoyuelo y en ella ponen brasas; con una concha raspan la parte quemada y luego ponen de nuevo brasas y así repiten la misma operación hasta que la parte interna del tronco tenga la anchura conveniente; extienden luego encima la piel de corzo y el tambor queda listo para prestar sus servicios particularmente en las borracheras."

Los indios tienen un placer especial en la caza de los jabalíes, de los que distingue el Padre Baucke tres especies: "unos que andan en manadas de hasta cien o más; otros que andan de dos a tres parejas juntas, y finalmente aquellos que vagan solitarios; los mocobíes distinguen esas tres clases con los nombres de "jogongaec", "ioló" y "alimagze". Estos últimos, pequeños y más ágiles que los restantes y tienen la mejor carne; los de la segunda clase son menos valiosos y son también más difíciles de cazar, porque estando provistos de colmillos, que sobresalen del hocico, acometen en seguida contra las pantorrillas.

La caza de jabalíes

"La principal diversión está en la caza de los jabalíes de la primera clase. Son de color negro, mientras que los de las otras dos clases son pardos. Son de alza mediana, con una cabeza grande, aunque el hocico no lo es mucho. En la espalda, cerca de las patas traseras, hacia la primera vértebra lumbar, tienen estos jabalíes entre la piel y la carne una glándula de olor muy repugnante, que se puede extirpar con facilidad. Es menester extirparla si se quiere que la carne sea comestible.

"Estos jabalíes no viven en algún punto determinado sino que en manadas vagan por todas partes, por eso una rama nómada de mocobíes era llamada "jogongaec". Les daban este nombre los indios que vivían más de asiento. Cuando los indios descubren en el bosque el rastro de alguna manada de jabalíes, dejan todas sus cosas y se atan a la cintura una pequeña piel de ciervo o algún pedazo de franela o de lienzo, si tienen algo de eso, y luego siguen la pista con los perros." Cuando el Padre Baucke se encontraba con ellos, tenía que quedarse con algún chico para guardar los caballos, pero de ordinario tenía más trabajo en retener al chico que en custodiar los cuadrúpedos. "Cuando los perros llegan a la vista de los jabalíes los acometen ladrando y aullando; vuélvense los jabalíes contra los perros y entonces se arrojan los indios entre los jabalíes matando a derecha e izquierda con sus cachiporras; los animales emprenden luego la huída siguiéndoles los perros y detrás de éstos los indios y al acometer de nuevo los jabalíes a los

Es una diversión el cazarlos

perros, se ejecuta una segunda matanza, hasta que los indios se cansan y retroceden para recoger las piezas muertas. Llegaban entonces los indios trayendo en cañas su botín y descargándola empezaban a asar y comer entre toda clase de chistes y pasatiempos aunque a ellos les chorreara la sangre por caderas y piernas. De ordinario se llevaban las pieles a sus casas para hacer mochilas y sacos."

Los monos

A los monos llaman los mocobíes "cosiquiagua", que quiere decir "en la cara parecido a nosotros". De ellos encontró el Padre Baucke sólo tres especies en las regiones del gran Chaco, una tan pequeña, dice, que se podían encerrar dos en la funda de un breviario; de ellos ya había visto algunos en Lisboa adonde habían sido transportados desde el Paraguay; otra especie, dice el Padre Baucke, tiene una magnitud igual a la de los monos que se suelen ver en Alemania, aunque el macho es negro y tiene una barba y una cola larga con la que se suspenden libremente en la rama, especialmente cuando quieren arrojarse de rama en rama o de árbol en árbol. Cuando están encaramados por los árboles, es difícil divisarlos, porque se ocultan entre las hojas. En una isla del Paraná halló una vez los árboles repletos de estos monitos.

Esos graciosos habitantes de los bosques hacen todos los días, al rayar el alba, un concierto muy singular, porque empezando primero con un suave murmullo va éste intensificándose poco a poco hasta estallar luego en gritos; al cabo de un rato empiezan de nuevo y dura durante un cuarto de hora. Una vez restablecida la calma, empezó el Padre con los indios una verdadera caza de monos. Al principio no los distinguían porque se escondían hábilmente detrás de las hojas, hasta que uno de los monos se vendió, porque saliendo al descubierto, el Padre Baucke lo bajó de un tiro, los restantes emprendieron al punto la fuga y los pequeños se agarraron con tal fuerza en las espaldas de sus madres que ni uno solo cayó, al saltar ellas de un árbol a otro. Al fin se encontraron algunos monos en un punto del bosque donde los troncos eran delgados, bajos y fáciles de sacudir. Apenas había pasado un mono a uno de esos árboles cuando se pusieron los indios a sacudirlo, hasta que con el tambaleo cayó al fin el mono y fué hecho prisionero. De esta suerte cazaron cuatro monos entre los cuales había una hembra con sus pequeños. "Al principio, dice el Padre Baucke, yo me alegré de eso, pero gritaban y aullaban tan tristemente así de día como de noche que los solté de nuevo." La tercera especie de monos la traían ordinariamente los indios desde las misiones guaraníticas; el color es al igual de los otros monos, pero alrededor de la cara tienen una banda de pelos blancos.

La caza del mono

Maneras de cazarlos

"Los indios se valen del ardid siguiente para cazar los monos: toman una calabaza con cuello largo, la vacían de tal suerte que el animal pueda meter sus garras y dentro de la calabaza ponen maíz: viene el mono y mete su mano en la calabaza para sacar el maíz, pero la mano llena de maíz no puede pasar por el cuello de la calabaza y el infeliz antes de soltar el grano se deja agarrar. Otra manera de cazar, es ésta: hacen una especie de pequeños bo-

tas de cualquier paño, úntanlas bien interiormente con pez o resina y colócanlas en el bosque delante de los mismos indios y luego sacan y ponen sus propias botas: el mono que ha observado esta operación baja del árbol y mete su mano en una de esas pequeñas botas y antes de poderse desprender de ellas es atrapado."

El oso hormiguero

Un animal muy especial que habita en las regiones del gran Chaco es el oso hormiguero, que el Padre Baucke describe de esta suerte: "en comparación de su cuerpo tiene una cabeza muy pequeña, la cual se aguza en forma de un hocico que con frecuencia tiene hasta dos pies de largo: las orejas son muy pequeñas y apuntadas; los ojos son alargados y están como vueltos sobre el maxilar; la boca en el extremo del hocico tendrá apenas una pulgada de abertura; dientes no necesita, pues se alimenta tan sólo de hormigas. El color del animal es pardo con dos bandas negras de cuatro dedos de ancho, que corren por ambos lados desde la espalda hasta la cola; ésta tiene dos pies de largo, poblada de pelos muy largos y recios a manera de cerdas. Con esos pelos los indios hacen una especie de pincel de dos pulgadas, con el cual se peinan la cabeza o mejor dicho se la cepillan. Este animal para alimentarse introduce su lengua en un hormiguero y la recoge luego juntamente con las hormigas que se hayan prendido de ella y esta operación la va repitiendo hasta quedar satisfecho. Todo el cuerpo tiene una estructura robusta con patas algo cortas; en las garras anteriores tiene los dedos provistos de uñas pequeñas como las de un perro, pero junto a ellas tiene una muy grande de unas tres pulgadas, de la que se vale para defenderse contra los perros o para trepar por los árboles; esta uña la suele encoger al andar. Lleva constantemente sobre sus espaldas a su cría, la cual se agarra con tal habilidad que cuando la madre sube por algún árbol no se cae."

Su carne

No lejos de un bosque encontró en una ocasión el Padre Baucke a una osa hormiguera con su cría sobre la espalda. Eran dos ositos muertos y quemados probablemente porque no se pudieron salvar del campo que los indios incendiaron; los indios que acompañaban al Padre consumieron muy pronto a la cría. En otra ocasión hallábase el Padre Baucke con sus indios en el bosque; era ya de noche y aun no habían comido nada caliente. Mientras estaban junto al fuego con sus estómagos hambrientos, llegó un indio que de la reducción de San Javier venía a visitar a los suyos. Precisamente ese día había cazado un oso hormiguero, cuya carne llevaba colgada por uno y otro lado del caballo. Con gusto dió el indio parte de su caza a los hambrientos y el Padre Baucke se alegró de ello, pero les dijo el indio: "hoy no probarán más, mañana por la mañana podrán gustar algo". Triste consuelo por cierto para un estómago hambriento el tener que esperar once o doce horas más para la comida. La paciencia y el sueño habían de contribuir a aguantar y después de haber estado asándose la carne toda la noche junto a un buen fuego, resultó ella tan dura que sólo con trabajo se podía partir: le fué al Padre Baucke imposible cortar con los dientes un trocito y para poder probar algo le fué menester dividir finalmente lo suyo; y añade el Padre: "todo esto yo lo tendría por invención, si yo mismo no lo hubiera experimentado."

Cuando un zorro se pone a tiro, constituye el hecho un entretenimiento muy especial para los mocobíes. Por el color del pelaje distingue el Padre Baucke tres especies de zorros: unos son rojizos, otros grises y otros de color obscuro. "Los primeros se llaman en mocobí "caalac" y son del tamaño de un lobo, con orejas grandes y anchas, patas largas, hocico puntiagudo al igual de un perro grande, con pelo de un dedo de largo y una cola con pelos largos, su andar es ágil y dan grandes saltos. Los mocobíes cuando matan uno de estos zorros, los cuelgan de un árbol, le meten en la boca una larga pipa y lo visten con toda clase de harapos; de estos zorros colgados, he encontrado, dice el Padre Baucke, varios en los bosques. Los mocobíes solamente aprovechan sus uñas, las cuales aguzan y afilan para puntas de flecha.

Con los zorros

"Las otras dos especies de zorros llamados "novagaiga" en mocobí, se parecen a los nuestros, con excepción del color."

Omitiendo lo que el Padre Baucke nos dice de las martas, comadrejas, liebres y conejos, no podemos dejar de recordar lo que consigna acerca del armadillo, del cual distinguen los españoles tres especies según Baucke: "las bolitas, por arrollarse en una bola al igual de los erizos; las mulitas, por sus largas orejas, y los peludos, por los pelos que presenta su caparazón; estas tres especies se denominan en mocobí "natognayé", "etopinic" y "sinit". Ese animal vive en cuevas que hace en los bosques; su frente está protegida por una placa córnea; una caparazón protege su espalda y sus dos costados hasta una distancia de dedo y medio y está provisto de figuras de relieve como si fueran fundidas en algún molde; la cola es de un dedo de largo pero encerrada entre las patas; el abdomen y las patas quedan libres estando éstas protegidas con una piel más recia. Las patas anteriores las tiene provistas de uñas de casi una pulgada de largas, con las cuales se hace con rapidez la cueva en tierra; una vez que la cueva llega a tener una profundidad igual a la longitud de su cuerpo, se mantiene en ella con tal tesón que un hombre ha de tirar con toda su fuerza para sacarlo, en caso de haberlo podido atrapar por sus patas traseras. Si se le alcanza cuando huye, se encoge al sentir que le atrapan formando una pelota con la que acostumbran jugar los indios; pero ¡ay de aquel que llega a meter el pulgar u otro dedo entre el caparazón al arrollarse!, pues el animalito no lo suelta hasta que le maten. Los perros, sobre todo, han de pagar muy caro el aprendizaje al querer sujetar el animalito por el vientre, porque al encogerse se le prende del hocico, como candado, de suerte que ellos se fatigan inútilmente para desprendérselo corriendo, aullando de un lado para otro. La carne de estos animalitos la consumen los indios con gusto. Después de deshacerle la cabeza con la piedra para bolear y extraerle las vísceras, lo ponen junto al fuego con el caparazón hasta que éste golpeándolo con el dedo o la uña suena a hueco; y en este caso lo vuelven sobre la espalda y ponen sobre el vientre brasas hasta que también esta parte está bien; a continuación le arrancan el caparazón de la espalda hallando en él una grasa muy apetitosa.

El armadillo

"Los animales de la segunda especie que tienen un caparazón

Las mulitas y los peludos

no tan duro, después de dividírselo en dos, lo atraviesan con el asador y lo clavan junto al fuego. Viven éstos de preferencia en los campos quemados." Refiere el Padre Baucke cómo en un viaje a Santa Fe, en uno de esos campos quemados, cazó con sus mocobíes en el espacio de dos horas tal cantidad de esos animalitos que él pudo recoger con sus chicos 64 piezas, sin contar las de los otros indios, algunos de los cuales habían agarrado cinco o más piezas. "Los animales de la tercera especie son mayores que los de las otras dos, aunque su carne no es tan sabrosa. Gustan con todo de ella así el indio como el común de los españoles; los indios les arrancan de ordinario los caparazones antes de asarlos y los usan para fuentes.

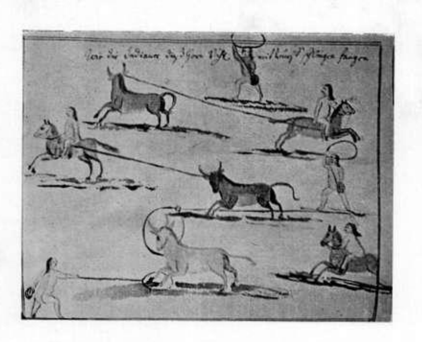
Aves diversas

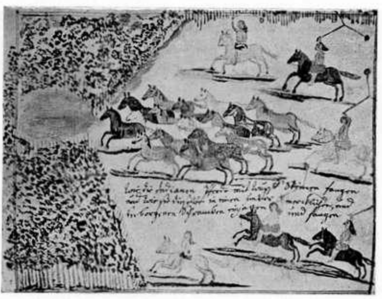
"Si pasamos ahora a las aves que pueblan el gran Chaco hemos de decir que abundan en gran manera, pues hay muchas perdices, chicas y grandes, poco menos que las gallinas y algunas de copete. Gallinetas así llamadas por su semejanza a las gallinas. Faisanes y muchas especies de patos, ya chicos ya grandes, y de varios colores, pies y picos; unos que al volar se les blanquea por debajo pecho y alas. Son entre todas sabrosísimas y muy tiernas. Cahitas hay en abundancia. Sus pichones por ventura son el bocado más delicado que dan las aves. Se encuentran muchos cóndores, cuervos, caranchos, garzas, cigüeñas, alciones y otras muchas especies de pájaros de varios, bellos y sainetescos colores. Entre éstos sólo hago mención particular de unos cuervos por hediondos, y de otros pajarillos por hermosos. Hay unos cuervos pequeños, con el pescuezo y cabeza del todo pelada, y de color moreteado: de cerca no es sufrible su hediondez, y hay unos pajarillos pequeños que llaman cardenales, unos con copete, otros sin él, pero todos con el copete y cabeza de color tan vivo y peripuesto que arrastra los ojos."

Esto escribe sintéticamente el Padre Canelas, pero el Padre Baucke nos ofrece abundantes noticias sobre todas esas aves, singularmente sobre el avestruz, llamado "amanic" en mocobí. "El avestruz, dice el Padre Baucke, tiene un cuerpo pequeño, cuello y patas largos, cabeza aplanada, ojos grandes y pico ancho; en cada pata tiene tres dedos provistos de uñas robustas. El plumaje es gris entremezclado con plumas blancas: en el cuello son finos, cortos y de color gris, en el pecho son mayores y negruzcos; las plumas de las alas no se adhieren sino que penden; carece de cola el avestruz." Los indios referían al Padre Baucke haber visto en la Pampa avestruces enteramente colorados.

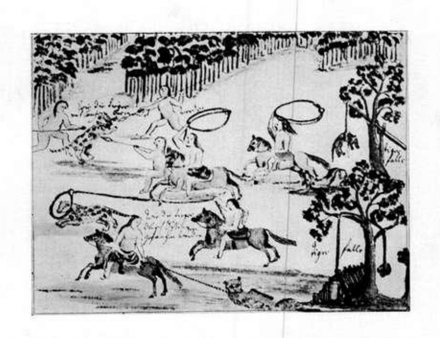
El avestruz

"En el Gran Chaco andan los avestruces en bandadas de veinte a treinta, multiplicándose muy rápidamente; no es raro encontrar setenta huevos en un solo nido y por eso no se advierte merma alguna a pesar de la caza intensa ejercida por los indios. Para cazar un avestruz, dice el Padre Baucke, tienen que reunirse de cuatro a cinco indios y ni aun así pueden dar alcance y cazarlos con sus caballos, si a la distancia de veinte a treinta pasos no les arrojaran sus boleadoras o les quebraran el cuello o las patas al tirarles un palo. Porque el avestruz al ver muy cerca de sí al jinete le hace la gambeta, ganando así una buena delantera, siéndole imposible al jinete volver con tanta rapidez; más si los jinetes son varios, no





El arte de los mocobíes para cazar toros y caballos, según Baucke.





El arte de los mocobíes para cazar tigres y langostas, según Baucke.

le vale esa maña. Los mismos pichones que andan todavía con la madre saben engañar muy bien a sus perseguidores"; el Padre Baucke se divirtió más de una vez al contemplar la caza de un pequeño avestruz. Porque el indio en el mismo momento de extender su mano para atrapar a su segura presa, ésta le hacía la gambeta, cayendo de bruces el que le perseguía y cuando llegaba a levantarse, el avestruz estaba ya Dios sabe dónde. Iguales peripecias se repetían cuando el Padre Baucke salía al campo con quince a veinte chicos y topaban con una bandada de cuarenta a cincuenta avestruces; el Padre mandaba a sus acompañantes que separaran primeramente a los pequeños de sus madres, los reunieran, se apearan de sus caballos y a pie dieran caza a los avestrucitos: los muchachos los acometían como lebreles, pero también los avestrucitos daban sus saltos engañadores y cuando alguno los alcanzaba, de suerte que creía tener la presa en sus manos, con una gambeta se desviaba a un lado el animal, yendo el cazador de bruces al suelo, lo cual era el término ordinario de esa caza. Iguales movimientos graciosos suele ejecutar cuando en medio de su orgulloso juego, comienza a saltar y gambetear como para desviarse de una piedra o palo que se le hubiese arrojado; no es raro que en esos brincos y evoluciones se quiebre una o ambas patas.

Peripecias con los avestruces

Particularidades de los avestruces

Dice el Padre Baucke que difícilmente se encontraría otro animal que tan rápidamente se domestique y que deponga con tanta facilidad su salvajismo como el avestruz. Los indios cuando cazan algún avestrucito, lo encierran en una empalizada; en medio de ésta extienden una piel de un animal cualquiera, a la cual acuden en masa las moscas, que a su vez son atrapadas por los avestrucitos encerrados en la empalizada. Si llevan alguna pieza al pueblo ya no se han de preocupar más por su sustento ulterior, pues con facilidad encuentran esas aves con abundancia su alimento, ya que no suelen ser muy delicados en la selección del mismo; tampoco hay peligro de que se escapen después de haber estado por algunos días encerrados en sus prisiones; aun cuando hagan sus salidas por el campo vuelven fielmente de nuevo al pueblo.

Dicen comúnmente que el avestruz puede digerir hasta piedras y hierro, en lo cual advierte el Padre Baucke que ha visto muchos centenares de avestruces y que él mismo había tenido en su casa seis de ellos y observado bien que tragaban hierro, terrones duros de tierra, virutas, etc., y hasta herramientas, las cuales siempre volvió a encontrar; y así les gusta mucho tragar los cocos y duraznos tal como los encuentran; con todo no se puede hablar de una digestión de los carozos.

Cómo pelea

Dícese también que el avestruz da patadas como un caballo; "infinidad de veces he presenciado, escribe el Padre Baucke, la caza, el aprisionamiento y matanza de avestruces y con todo jamás observé semejante patada. El defenderse con sus patas y con sus uñas rasguñando los pies descalzos de los indios que les clavaban el puñal en el cuello, una vez tumbados en el suelo, era cosa de todos los días". Igualmente niega el Padre Baucke el dicho común de que el avestruz americano abandona sus huevos en la arena para que el sol los incube; "más bien pone sus huevos en camino abierto, en

pajonales, en verdaderos nidos y la hembra encoba los huevos siendo substituida por el macho cuando ha de ir en busca de su alimento; el macho permanece sobre los huevos hasta que la hembra vuelve, yendo él entonces en busca de su alimento. Los indios comen la carne de las alas y de las patas cortándolas en menudos pedazos, hirviéndola y masticándola e impregnándola en la grasa obtenida del avestruz y recogida en una olla grande; solamente así preparada la carne, que de suyo es amarga, es apta para ser comida", y según el Padre Baucke, frecuentemente no tenía otra cosa para comer cuando en los bosques pasaba cinco o seis días. "Tiene un gusto a carne de ternera, aunque algo dulzaina, y como dicen los indios se parece a carne humana.

Su carne

"El estómago se asa y sabe al de ganso: la parte interna tiene una gruesa túnica que se arranca, deseca y se pulveriza y tomándolo en ese estado es un remedio eficacísimo contra los restos indigestos que quedan en el estómago, en especial cuando uno ha comido en demasía huevos de avestruz. Para los indios la carne mejor es la de las alas, y los indios viejos paganos todavía (pues los cristianos no creen en esas patrañas), suelen contar ciertas leyendas para disuadir a los solteros de comer de esa carne, al estilo según dijimos que lo hacían respecto al tuétano de los ciervos.

Los huevos de avestruz

"Tienen los indios una afición muy grande por los huevos de avestruz, de tal suerte que aun encontrando el huevo empollado, se contentan con sacar el embrión, cociendo el resto. En la temporada de la cría salen los indios al campo en busca de huevos, de los que traen siempre una buena cantidad a casa, a pesar de la cantidad inmensa que ellos consumen inmediatamente en el mismo campo; aunque un huevo basta para un europeo, no sucede lo mismo para el indio. Para endurecerlos se ponen los huevos junto al fuego con ceniza caliente, cambiando con frecuencia de posición a fin de evitar que reviente, o bien se abre en la parte superior del huevo un agujero y sirviendo de cuchara la parte de la cáscara quitada, se revuelve varias veces el contenido del huevo que se pone junto al fuego; si el huevo se expone demasiado tiempo al fuego, revienta con un estallido y buena parte del contenido irá a la cara del cocinero.

"Del avestruz aprovechan también los indios los huesos de las patas y los basales de las alas, con los cuales se construyen grandes pitos mediante los que, antes de acometer al enemigo, hacen un ruido infernal. Tiñen las plumas blancas de varios colores para su propio adorno o para sus penachos; con las grandes y cenicientas se fabrican unas sombrillas que usan en sus excursiones cuando cabalgan o se detienen en los campos abiertos; el tallo de las plumas los raspan quitando la barbilla, lo tiñen hermosamente y lo trenzan luego hábilmente, haciendo cabestros, con los cuales hacen lucir los españoles sus grandes cabalgatas. Con la piel del cuello se fabrican los indios sus petacas para el tabaco; con frecuencia quitan al avestruz toda la piel juntamente con las plumas, en especial las de las alas. Lo hacen secar y la usan para colocarlo sobre el caballo y espantar así con las plumas a las moscas y a los tábanos.

Uso de las plumas

"Para una tierra donde hay manadas tan grandes de ganado y

en la que el animal queda abandonado donde cae, son de gran utilidad las aves de rapiña que se alimentan de esos despojos, cuya abundancia, en especial junto a las ciudades y poblados, bastaría para apestar constantemente el ambiente con los restos en putrefacción"; y en la abundancia de esas aves no sin razón veía el Padre Baucke la sabia providencia de Dios en estas regiones del nuevo mundo. "La mayor de esas aves de rapiña, es el cóndor, que vive en las cumbres más elevadas. Junto a Córdoba, que está cerca a la cordillera, dice el Padre Baucke, he visto muchos de ellos."

Aves de rapiña

El Padre Baucke describe otras dos especies de aves de rapiña que se mantienen de la carroña. "La una es llamada por los mocobíes "dateguezan" y es el doble en magnitud que el cuervo mayor de Alemania. Su plumaje es enteramente negro, pero en el cuello y la cabeza tiene una piel negra y arrugada. Para un ave tan grande, su cuello es muy delgado. Tiene cabeza pequeña, con pico de unas dos pulgadas de largo, encorvado hacia abajo en parte anterior; las patas son negras y cortas. La otra especie se diferencia de la primera solamente en que la piel del cuello y cabeza no es negra sino algo colorada. Dondequiera haya carroña, están esas aves en gran abundancia posando en los árboles de los alrededores, de suerte que suelen ser una señal para los indios de que en las cercanías ha de haber algún tigre y para cerciorarse van derecho a examinar la carroña, para ver si tiene señales de las garras y así empiezan la búsqueda de la misma fiera."

Los chimangos

Había españoles que aseguraban al Padre Baucke que un ave rapaz percibía el olor de la carne o carroña desde distancia de tres a cuatro leguas; de sí mismo cuenta el Padre Baucke que muchas veces había cruzado bosques y llanuras grandes sin divisar ni una sola ave de rapiña; pero cuando se detenía al mediodía para comer y ponía su carne al fuego, muy pronto estaba rodeado de gran cantidad de aves de rapiña en busca de todos los desperdicios. Y así cuando los misioneros de San Javier quisieron trasladar la reducción seis leguas más al norte y fueron allá para examinar el sitio, no encontraron a su llegada ningún ave rapaz ni otro pájaro alguno, pareciéndoles un sitio muy triste; pero apenas hubieron empezado los indios a carnear, aparecieron luego ésas y otras aves carnívoras. Los cuervos no sólo se alimentan de carroña sino que suelen causar grandes perjuicios, en especial entre los corderillos, a los que arrancan los ojos cuando descansan tendidos sobre el pasto.

Gavilanes

Dice el Padre Baucke que "un oficio igual al de los cuervos es el de los halcones, que los españoles llaman caracarás y "yacade" los mocobíes: son grandes aves de rapiña con plumaje pardusco, con un copete de plumas en la cabeza, uñas agudas, con patas y pico rojizos, amarillentos o azulados. Hay otras aves en el Paraguay que se sustentan de la caza de las muchas serpientes que hay por allí, siendo así muy útiles y beneficiosas para la tierra. Una especie de ese género de aves de rapiña se parece mucho a los gavilanes. Tiene plumaje perlado de blanco y negro, uñas largas y muy agudas: los ejemplares de esa especie, de magnitud de un gallo, hacen caza especialmente de serpientes y víboras, llevándoselas en

alto y matándolas en el vuelo, posándose luego en algún árbol alto para devorar tranquilamente su presa. Otras aves de ese grupo son tan grandes como las águilas y atacan las víboras mayores, sobre las cuales se lanzan como flecha desde las mayores alturas. Con su pico desnucan primero la víctima, que agarran por el cuerpo con las garras, llevándosela por el aire donde las matan completamente y devoran. Las plumas de estas aves de rapiña las usan los indios con preferencia para guía de sus flechas.

Tucanes

"Muy provechoso para el Paraguay bajo otro aspecto, y muy curioso por su forma es el "tunka" de los guaraníes o "cotaa" de los mocobíes." A ochenta leguas hacia el norte de su reducción en el Chaco encontró el Padre Baucke de esas aves y mató una. "Valía la pena, dice el Padre, matar una para así examinarla de cerca y poderlo embalsamar; su descripción es como sigue: se posan siempre en la copa de los árboles más altos, el plumaje de la espalda y de los lados es completamente negro, algunos tienen plumas blancas que se extienden desde la garganta hasta la cola y tienen un pico verde; otros, en cambio, tienen la garganta toda negra y debajo de la cola las más hermosas plumas purpúreas; otros tienen el pecho y vientre enteramente amarillo con un pico amarillo rosado. Lo que más llama la atención son sus hermosos ojos, preciosamente radiados en colores varios y también el pico tan raro que es mayor y más largo que todo el ave. Siendo el ave de la magnitud de la más pequeña ramera o chova, su pico alcanza a tener un buen cuarto de vara, esto es, seis pulgadas de largo y tres pulgadas y media de ancho. Este pico arranca inmediatamente del vértice de la cabeza y tiene la punta encauzada hacia abajo, el borde lateral de unión de la porción superior e inferior es aserrado como serrucho; el extremo del pico es de color rojo vivo, la parte media amarillo claro y la base junto a la cabeza nuevamente rojo. En torno de los ojos de hermosos colores, como el arco iris, tiene plumas muy pequeñas de color azul celeste. El grito de esa ave es fuerte y parecido al que emite la hembra del pinzón cuando va al nido. El provecho que esta ave acarrea consiste en la diseminación de la yerba paraguaya, a la cual contribuye muchísimo, porque tragando la semilla de esa planta se libra de ella por las vías naturales y donde quiera que caiga una de esas semillas con su abono correspondiente, allí nace una planta."

Loros y papagayos

Una clase muy característica de habitantes del Gran Chaco la constituyen los papagayos, de los cuales hay una gran abundancia "de diversas especies y magnitudes y de colores raros y preciosos", pero no son buenos huéspedes para una reducción. Así opina el Padre Baucke, porque cayendo a centenares sobre los maizales no sólo comían lo necesario sino que destruían más de lo que comían, de suerte que debajo de los troncos de maíz quedaba todo sembrado de semilla partida y carcomida. El Padre Baucke solía disparar sobre ellos su arma de fuego, enviaba sobre ellos a sus chicos con sus flechas y ponía guardas especiales, pero siendo muy extensos los campos, los papagayos al levantarse de un extremo se posaban de nuevo en otro y "así, dice el Padre, todos los años tenía yo la peste papagaya". Para aminorar en lo posible ese perjuicio

todos los años, en el mes de febrero, cuando la cría vestía ya el plumaje, iba el Padre con cincuenta de sus chicos por los algarrobales circunvecinos para destruir gran número de nidos juntamente con la cría que contenían.

"Esos nidos, construídos con las ramitas espinosas del algarrobo, son redondos como un globo, con tres o cuatro puertas, de la magnitud exacta para que el papagayo pueda entrar y salir; si alguna ave de rapiña se sitúa delante de una puerta, la hembra se asoma por la puerta opuesta y da tales gritos, que los papagayos acuden de todos lados, rodean al rapaz y lo aturden tanto que éste emprende la retirada.

"Con manojos de pajas encendidos en el extremo de largas cañas se prendía fuego a los nidos que estaban en los árboles, de cada uno de los cuales pendían unos cinco o seis; las crías que caían, si aun no estaban muertas, se mataban, amontonaban y llevaban a casa para una comida para los chicos, pues la carne de los papagayos es muy sabrosa y suculenta. Por lo demás los indios aman a esos animalitos, porque algunos aprenden a hablar con facilidad, como por ejemplo: los verdes, los cuales tienen la magnitud de un tordo, y en mocobí se llaman "iquilic". Otra especie de papagayos verdes, pero notablemente mayores que los mencionados, que se encontraban al norte del Gran Chaco y los mocobíes llamaban "eclé", especie no muy apreciada en la reducción de San Javier. La traían por lo común como regalo los indios que vivían más al norte. No era necesario trabajo alguno para adiestrar a dichos papagayos; bastaba ponerlos sobre un palo delante de la casa, para que oyeran a la gente hablar, reír y silbar, y de esta manera lo imitaban todo y hablaban con tanta claridad que se les entendía perfectamente.

El "iquilic"

"Uno de esos papagayos, escribe el Padre Baucke, se encontraba junto a mi habitación; charlaba todo el día; de pronto lo oía llamar y luego llorar como los niños, a quienes se castiga; ya imitaba la risa, ya la voz humana; y todo esto lo hacía tan perfectamente, que al principio salía yo con frecuencia de mi cuarto creyendo que algún niño era castigado en demasía o que debía poner orden entre los chicos.

"El color de esos papagayos es verde; en la garganta y el pecho tienen un color amarillo claro. Las plumas remeras tienen entremezcladas hermosas plumas azules, rojo vivo y amarillas. Cuando jóvenes tienen sobre la cabeza plumas verde-obscuras; éstas se las arrancan los indios y en su lugar les nacen otras amarillas. Con las plumillas de la base del pico se hacen los indios frecuentemente flecos y borlas para sus sombreros."

Color de estas aves

De otra ave nos habla también el Padre Baucke, aunque él nunca pudo verla. La oyó muchas veces en los bosques, en especial de noche; su grito es igual al de un hombre que pide auxilio.

Cuando por primera vez la oyó el Padre Baucke durante la noche, en un bosque, despertó a los indios que estaban con él, quienes le respondieron: "Quédese tranquilo, no es más que un ave que confunde de noche a las gentes con las bestias." Otra ave de esa clase silba como un hombre y los mocobíes paganos estaban

en la persuasión de que pronto había de morir el primero que percibiera el silbido; era como si gritara: "Améloqui-atipinic" esto es: "Huye lejos, serás tragado por la tierra."

Otras aves

"En los bosques del gran Chaco hay además faisanes, de los cuales algunos se domestican fácilmente y, por tanto, resultan muy útiles, puesto que levantan y destruyen todas las sabandijas de la casa. Otra especie se distingue por su movilidad extraordinaria: estos faisanes no están un momento quietos; andan saltando constantemente de un árbol a otro. Su plumaje es pardo rojizo, con cola larga; el macho tiene un copete como el pavo real y la hembra y el macho andan siempre juntos. Su carne es blanca, pero muy seca. Muy de mañana, al rayar el alba, empiezan a gritar en los bosques las parejas de faisanes, y de tal suerte, que al terminar una comienza otra, y con tanto orden que parece que cada pareja sabe ya cuándo ha de gritar: dura la función durante unos siete minutos, quedando luego todo en reposo.

"Faltan por mencionar las palomas, de las que hay tantas en los bosques como en los campos"; tres son las especies que distingue el Padre Baucke: "La verdadera paloma salvaje es parecida a las de Alemania y sumamente abundante; las tórtolas, que también se encuentran con las primeras en los maizales: habita preferentemente en los lugares donde se estruja la uva, ya que es extraordinariamente ávida del orujo. Los mocobíes llaman a las primeras "covinir", y a las segundas "covinigodoli"; con este mismo nombre designan también una tercera especie de paloma muy pequeña y de la magnitud de una emberiza; esta tercera especie de paloma es muy rara, no anda en bandadas como las otras dos, puesto caso que las tórtolas son con frecuencia tan grandes que de una sola perdigonada se suelen matar de quince a veinte.

"No es extraño que con una riqueza tan grande en ríos, lagos y lagunas, como tiene el Chaco, hubiese también grande abundancia de aves acuáticas, y en especial patos y gansos salvajes. Donde quiera que hay una laguna, se encuentran ya cuatro o cinco parejas de patos salvajes." A distancia de un cuarto de hora de la reducción de San Javier había una laguna, en cuyas playas hormigueaban esos patos. "Hubiera sido imposible, dice el Padre Baucke que una sola munición de una perdigonada no acertara." Como ningún cazador los molesta, no se espantan y si en un extremo de la laguna se ahuyentan, se pasan al otro, después de dar unas vueltas sobre la laguna o bien se pasan a la laguna más próxima. Más fácil era la caza de los patitos, cuando aun antes de poder volar se iban con sus padres por el agua.

Aves acuáticas

El Padre Baucke no hacía más que enviar a algunos de los muchachos, quienes muy pronto volvían con abundante botín, capturado mientras nadaban los patitos. "Los patos salvajes, que en mocobí se llaman "decovi", no son allí tan grandes como los de Alemania, y hay de ellos varias especies: una, que los mocobíes llaman "bilibi", tiene plumaje pardo, patas y pico negro, garganta blanca y un estrecho anillo del mismo color en el cuello; estos patos salvajes están en la orilla de la laguna, por centenares, muy bien

alineados; uno queda siempre como centinela completamente solo, separado de los demás unos seis pasos.

Patos

"Esto lo he observado siempre, dice el Padre, riéndome no pocas veces de ello. Si uno o alguna bestia se acerca, el centinela da el grito de alerta, los demás, que quizá duermen, levantan su cabeza y gritan. Si el espantajo se acerca, emprenden todos el vuelo, posándose de nuevo en la orilla opuesta de la laguna. Aunque la carne de los patos salvajes sea buena y sabrosa, los indios la comen raras veces, o por lo menos, no a gusto; sólo les gusta otra especie de patos negros, que aparece en los ríos en gran abundancia en otoño e invierno. Estos patos, que se alimentan exclusivamente de peces, cuando andan nadando por el agua meten un ruido especial, que no es nada agradable, máxime de noche.

"Los nidos nunca los hacen en los pajonales, sino siempre en árboles altos y secos, que ya no tienen hojas ni corteza y en árboles que están junto al agua. Con frecuencia se puede contar más de cincuenta nidos en un mismo árbol, y desde lejos se oye la algarabía, tanto de los viejos como de los pichones." Cuenta el Padre Baucke que yendo una vez por el río Paraná a la ciudad de Corrientes, encontraron varios árboles con tales nidos. "Los indios no podían pasar de largo; tenían que atacar, gritando "jepeyec", para imitar a esos patos: no se entretenían en subir a los árboles y sacar la pichonada, sino que volteaban sencillamente el árbol y acudían a los nidos, ahogando a los pichones. Una vez conté más de doscientos patitos que los indios echaban en la barca (y por cierto que no despedían un olor nada agradable), pero para complacer a mis indios hube de callar. La preparación era sumamente sencilla: los indios les arrancaban más o menos la mitad del plumón y los chamusqueaban en el fuego, y sacándole la mitad de las vísceras, se inyectaba el pato en el asadón o se cocía en la caliente ceniza; hecho esto, les quitaban la piel y devoraban luego los repugnantes patitos. Al ver semejante comida, como dice el mismo misionero, le sobrevenía grande asco, mas cuál no sería su asombro al ver que uno solo de esos indios devoraba de cinco a seis patos, dando cuenta de todos ellos con el mayor apetito.

Gansos salvajes

"En cuanto a los gansos salvajes, escribe el Padre, he visto dos especies: una enteramente blanca; la otra, en cambio, tiene la cabeza y cuello y las puntas de las alas negros, siendo en lo restante blancos como los primeros. Se diferencian de los gansos europeos por su cuello largo, que con todo no llega a la longitud del de los cisnes; su graznido no se asemeja ni al del ganso doméstico, ni al del salvaje de Europa. Los indios tienen gran inclinación a denominar a las aves por su canto o graznido; así los indios charrúas llaman a esos gansos salvajes "godgororoy", pues así suena el graznido del macho; los mocobíes en cambio, "naqueteta", ya que el graznido más alto y claro de la hembra parece llamar al macho con la voz "naquetetadi". Vuelan en grandes bandadas, graznando también durante el vuelo; para matarlos a tiros hay que apuntarles a la cabeza, puesto caso que en el resto del cuerpo no penetra una munición.

El pelícano

"Por la multitud y variedad de gallaretas (cuyo relato exigiría demasiado tiempo), sólo mencionaremos aquí unas de las aves más grandes y otras pequeñas. Sea el primero el pelícano o picocuchara, el cual es enteramente diferente a aquel que se ve por Hungría. El del Paraguay tiene el pico rojo carmín y es corpulento; tiene el cuello y el pico largos con dos especies de cucharas redondas y planas en la extremidad, las cuales se sobreponen exactamente. Cuando quiere pescar, mete en el agua su pico y lo va moviendo de uno a otro lado; no se puede notar lo que pesca, porque todo cuanto atrapa lo traga inmediatamente debajo del agua; tampoco se le ve nadar.

Garzas

"Otra ave mayor que el picocuchara tiene plumas de color rojo vivo, carece de cola, tiene cuello y patas largas, con un pico negro, el que tiene junto al esófago con tal torcedura que no se comprende cómo come, como quiera que la parte superior cubre completamente a la inferior, que es muy corta. Pertenecen a este grupo las diferentes especies de garzas, que se parecen en todo a las europeas; las hay blancas y grises, grandes y pequeñas; son además, delgadas en las patas, con cuello y pico largos. Cuando una de esas garzas, que los mocobíes llaman "atigmaec", pasa en su vuelo por algunas de esas poblaciones y grita, creen (los que todavía son paganos) que les anuncia la muerte próxima de uno de los habitantes del pueblo."

Cigüeñas

Conviene mencionar los cigüeñas. El Padre Baucke distingue tres especies: "primeró, unas se parecen en todo a las de Alemania, con la única diferencia que en el Paraguay abundan más, llegando a veces a centenares; segundo, otras son pequeñas, blancas, con el extremo de las alas negras, el pico y patas igualmente negros; los indios dicen que vienen del cielo, porque nunca han encontrado nidos ni huevo alguno de ellas; las cigüeñas del tercer grupo son mayores que las mencionadas, llamadas "nategonac" por los mocobíes. Su plumaje es blanco, tienen ancho pico de color negro intenso, con el extremo encorvado hacia arriba, siendo su longitud de dos pies; la cabeza y cuello están revestidos por una piel negra, gruesa, lisa y desprovista de plumas. Desde un palmo del pecho hasta la mitad del cuello, esa piel tiene un color rojo intenso, que palidece completamente con la muerte.

El nido

"Cuando esta cigüeña está excitada repliega su cabeza sobre el lomo y produce con su pico un rechinar que se percibe a larga distancia. El nido lo construye en los árboles más elevados y en el extremo de la copa; al efecto, busca los árboles que estén ya desprovistos de hojas o bien que tengan muy pocas; de ordinario se encuentran dos o cuatro pichones en uno de esos nidos, que en lo demás se parecen a los de las cigüeñas comunes. Una vez, continúa el Padre Baucke, bajé una de un balazo; como las municiones no penetran, no quedó muerta instantáneamente, sino que todavía sobrevivió tres horas, atada a un árbol. Estaba de pie como si no estuviera lesionada, picoteando a los indios; éstos buscaron la bala al morir la cigüeña, y encontraron que le había atravesado el corazón. ¿Cómo fué posible, se pregunta el Padre Baucke, que siguiera viviendo?

"El enemigo más terrible para esta cigüeña es un gato salvaje, que se le acerca sin ser notado, cuando está junto al agua o sobre el nido; salta sobre su lomo, clavándole las garras de tal suerte que la infeliz cigüeña ya no se puede desprender del gato; si emprende el vuelo, el gato le muerde la nuca y chupa la sangre hasta que cae al suelo, donde la devora completamente. Los indios quitan a esas cigüeñas la piel por encima del cuello y cabeza, haciéndose con ella sendos zurrones, en los que llevan consigo la yerbamate. También suelen cortar la piel por la mitad del cuerpo, quitándola entera con la ancha, aunque corta cola; esa piel se la ponen luego en la cabeza para que se amolde a ella. Resultan de esta suerte una especie de gorras, a las que cosen también unas anchas alas; esos gorros los llevan cuando salen a los campos o cuando quieren hacer alguna parada."

Su enemigo: el gato salvaje

Uso de la piel

Siendo tan extraordinariamente abundante los animales de matanza y la caza de todo género, no es de maravillar que los indios mocobíes se preocuparan poco o nada de la cría de aves domésticas. "Aun en las ciudades, afirma el Padre Baucke, se conseguía un par de gallinas por algunas agujas o por un poco de jabón." El mismo Padre intentó hacer un parque avícola cerca de su reducción, mas la familia que había puesto a su frente para el cuidado, se consumía tranquilamente la provisión de maíz que les había dado para el alimento de los animales.

El Padre Baucke nos describe otras aves pequeñas que se encuentran en abundancia en el Gran Chaco. "Sus colores son con frecuencia tan metálicos y encantadores, que apenas se puede contemplar debidamente en el sol. A las aves cantoras pertenece en primer lugar el ruiseñor, que en el Paraguay no tiene un timbre tan sonoro, como el de Alemania; viene luego el cardenal, conocido por los españoles con el nombre de copetuda y los mocobíes "dotozale"; su color es ceniciento. Los españoles lo aprecian mucho y pagan bien por su canto." De estos cardenales había bandadas cerca de la vivienda del Padre Baucke, y como a él no le agradaba tanto su canto como a los españoles, enviaba jaulas llenas de ellos a Santa Fe, a fin de adquirir con su precio cosas más provechosas para su reducción.

Ruiseñores, cardenales

"Otro pájaro es el hornero, del tamaño de un tordo, con el lomo barroso-castaño y pecho amarillento. Es llamado carpintero por los españoles y "pioguac", por los mocobíes; "pioguac" significa brujo, y los indios lo llaman así por su habilidad en construir su nido. Este lo construye de barro al igual que las golondrinas, pero sobre los árboles en el encuentro de las ramas, y con tanta presteza que en dos días suele terminar. Una vez seco el nido, resiste a todas las lluvias y cuesta destruirlo; el interior del nido se parece a un caracol, con lo que defiende a su cría de las aves de rapiña, y para defenderla también del viento frío, orienta siempre hacia el norte la entrada del nido. Los indios, cuando están reunidos en deliberación, en cuanto divisan a uno de esos pájaros, le echan lo que tienen en las manos y cuanto pueden alcanzar, pues tienen la creencia de que ellos son los que revelan cuanto ellos tratan entre sí, y de esta manera, todo nido que topan ha de venir al suelo.

El hornero

El pequeño colibrí

"Finalmente, merece mencionarse el pequeño colibrí, con sus maravillosos juegos de colores. Los españoles a éste, el más pequeño de los pájaros, lo llaman picaflor por buscar su alimento entre las flores; mantiénese en suspensión y libre delante de las flores mientras mete en las mismas su largo pico, para pasar luego con la rapidez del rayo a otra flor. Mientras permanece en suspensión produce con sus alas un suave ruido, por lo cual los mocobíes llaman al pajarillo "nilimiagdona" o "nilimiagua", que significa ruido. El mismo nido de ese colibrí es una maravilla, pues está entretejido con fibras y pajas." En cierta ocasión encontró el Padre Baucke uno de esos nidos en el exterior de una choza, y estaba colgado con una crin de caballo con el travesaño de una pared lateral. Todo el nido tendría dos pulgadas de diámetro y tenía dentro cinco huevecitos, salpicados de manchas verdes; su tamaño no pasaba del de una cuenta de rosario: por esto se puede conjurar el tamaño del pajarillo.

Peces: Los dorados

De los peces que había en las aguas del Paraná y en las de algunos otros ríos santafesinos hace mención el Padre Manuel Canelas, aunque en forma harto concisa. Aludiendo al río Paraná, escribía que "cría dorados, que ellos llaman "achioaznac"; crecen hasta cuatro palmos y su cabeza puede servirse a un príncipe. Cría pacuz que llaman "docop"; su carne es mucha, sólida, y muy sabrosa; su largor llega a tres palmos, su anchura a más de uno. Cría también zurubíes que nombran "achioaznac", pez de ocho y nueve palmos, de mucha substancia y de tanta fuerza que se arrastra los hombres. Aunque no criara más peces que los de estas tres especies, hubieran tenido en este solo río con qué mantenerse, y aun regalarse, pero teniendo éstos en abundancia y otros muchos más como bogas, pescado de singular gusto; rayas, redondos y grandes como ruedas mayores de un coche; sábalos, anguilas, bagos y otros, no se sustentan de ellos.

"Sus riberas, con las campañas y bosques que se extienden hacia el poniente por muchas leguas, no son igualmente fértiles, antes bien se encuentran espacios muy infecundos. Es tierra muy igual, y sin caída para la corriente de las aguas que se detienen dejándola intransitable por algún tiempo, lo que aprovecha esta nación contra el español enemigo, que no puede entonces penetrar hasta sus rancherías, tanto le daña, porque le imposibilita la caza de que se mantiene. No se sirven de los muchos espacios fecundos, que logran, para siembras, dejándose solamente servir de ellos con lo que dan de suyo. Tienen algarrobales inmensos que son las viñas que les suministran el vino, y mucho chañar que es fruto que apetecen. De estas dos especies de frutales hace su economía toda y su única posesión, cuyos frutos guarda en los mismos bosques en pirúas de madera, tejidas de paja, sin otro que los guarde que la fidelidad que guardan entre sí y que pudiera ser de gran confusión a la poca lealtad que se usa a veces entre cristianos. No hay ejemplo que unos tomen de las pirúas de otros ni una vaina de algarroba, ni grano de chañar.

Frutales

"Después de convertidos y fundados cerca de las poblaciones de los españoles, prosiguieron a hacer estas provisiones en los bosques

Las despensas de los indios

y montes adonde también los hacían ellos sin que les ofreciese recelo alguno. Experimentaron en breve la deslealtad de los españoles, porque les robaron sus pirúas, y arrojaron por el suelo lo que no pudieron cargar; y fué tal el sentimiento y el escándalo que padecieron, que estuvieron a pique de perderse y fué necesario muchos pasos para sosegarlos. Con éstos y otros semejantes a éstos ponen los españoles a término de deshacerse las nuevas reducciones.

Bosques y maderas

"Hay también inmensos bosques de fortísimas maderas, y muy a propósito para varias fábricas. Hay quebrachos colorados, madera que excede en el peso y fortaleza al roble y emula al fierro. Su grosor de diámetro se extiende ya a tres y a cuatro, y a seis palmos, y crece como a sesenta. No se pudre, antes se endurece más clavado en tierra. Hay espinillos, que en el peso y fortaleza no les ceden. Hay palo blanco bien semejante al roble. Palo espina: éste brota a trechos por todo el tronco de dos y tres espinas juntas, todas de a palmo o poco menos. Lapacho de que se hacen ruedas para los carros y cuya dureza no hace muy necesario el fierro. Ibapai que no se quiebra, aunque le carguen mucho peso; solamente se arquea. Palo de lanza diverso del que hacen dardos; madera fortísima que reducida al grosor de un puño, sirve de ejes en los carros, sustentando toda la madera de que se forma el cajón del carro y 150 arrobas de carga. Hay otro de figura rara. Delgado abajo, conforme va creciendo se va engrosando hacia arriba, luego se contrae y queda con la figura de botija. Hay otros muchos, mas todos inútiles para ellos, porque no los necesitan.

"Sólo se valen del "etareguec", de que hacen sus dardos; palo de bellísimas cualidades. Comúnmente nace de la tierra en un solo brote, y, sin echar ramas, se va derecho elevando hacia arriba, y cuando llega a la altura de 24 ó 30 palmos o algo más, se corona con algunos gajos; otras veces nace en dos o tres brotes, que sin pegarse unos con otros crecen como los otros. Es madera fortísima y pesadísima: tiene el corazón rojo y el resto blanco: uno y otro duro, pero aquél más. Para hacer sus dardos, lo gastan hasta el corazón, y aun adelgazan éste hasta que quede manejable.

Clases de palmeras.

"De palmas hay tres especies: la principal se llama "ahalic"; la segunda "laciquic", la tercera no me acuerdo. La primera es sólida, las otras no. Aquélla, aun rajada, sirve para tijeras de casas y cabañas o, quitado su sólido corazón, sirve de tejas. Crece más que las otras, y llega hasta sesenta palmos. Sus cogollos son delicadísimos; cómense crudos; en la olla exceden a los nabos, y de ellos crudos o cocidos se hacen ensaladas a que no harán desdén los más delicados paladares. Los indios por falta de hachas, con que sacarlos, o porque es trabajoso el hacerlo, rara vez lo comen. Serviríanles estas palmas de mucho, si ellos no fueran para poco.

"Tienen cañas, y unas venenosas, de que hacen las puntas de sus flechas. Tienen pencas de chaguar: y de él tejen primorosamente paños para cubrirse las viudas la cabeza, que es su luto, y bolsas para guardar sus cosas que llaman "coteoqui". Le dan varios tintes principalmente negro y morado, con zumo o agua de astillas de ciertos palos que ponen en infusión.

"Logran hasta nueve especies de abejas, todas de diversos colores, tamaños y panales. Unas no crían cera, otras, sí, ya blanca, ya negra, ya media. Tenía escrita con prolija individualidad todas sus cualidades, más en esta inundación con otros se me mojaron estos papeles. La miel es una de estas especies, que ellos llaman "conitalá", que quiere decir abejas amarillas; puede quitarle la vanidad al más puro almíbar. Individuaré las cualidades de la especie que llaman "alobanaté", que por singulares tengo presentes. Son estas abejas en figura y color como las moscas, bien que más tenues que las más pequeñas. Fabrican su panal dentro de los troncos del quebracho colorado. Lo horadan con su agudo aguijón, haciendo un agujero, por donde sólo cabe una de ellas. Dos juntas no pueden entrar por él, sino una tras otra. Dejando esta estrechísima puerta, van cavando por dentro del tronco, hasta que tienen el buque bastante para su panal, que es más de un palmo de alto, ancho a proporción. Tiene la figura de un racimo grande de moscatel que llamamos romano. Todo él es de sola cera parda, y casi negra. Compónese de varias bolsitas sutiles de cera, que unidas unas a otras, como los granos de uva, se pueden despegar sin romperse. Estas bolsitas llenan de miel, y cabe en ellas tanta que cogida una en la boca, y apretándola contra el paladar, se rompe y llena la boca de tanta miel, que no se puede detener en ella sin arrojarla o tragarla. La miel es de bello gusto, bien que en un mismo bosque se encuentra diversidad de dulzura. El modo de sacar estos panales es ir desbastando el tronco alrededor del pequeño agujerito; necesitando el hombre de instrumento de hierro para desbastar un palo que cava tan tenue animalito con su aguijón o pico.

Especies de abejas

Caimanes

"A los caimanes nombran "ananéc". No son tan grandes ni tan bravos como los del Orinoco. Crecen hasta ocho o diez palmos. Estímanlos por sus dientes y colmillos, no por su carne, que no la gustan, y por su suave almizcle de que no hacen aprecio alguno. La virtud de sus dientes y colmillos contra veneno, malos aires y animales ponzoñosos, principalmente víboras, es grande, es cierta y probada. Un misionero con sólo ponerle delante y cerca una víbora, uno de estos colmillos, al quererle asaltar la hizo retroceder varias veces. Colgado uno a uno de dos perros a quien se dió un mismo veneno, el que tenía el colmillo lanzó el veneno y el que no, murió luego. Dió un mal aire a un jesuíta que llevaba al pecho un diente, éste se partió dando un estallido y él quedó sin daño. Una niña aun pasada ya de un mal aire, con tomar el diente en polvos quedó sana.

"El modo singular de andar de estos animales es éste, que una vez lo logré ver: a poca distancia del agua debajo de un árbol, habían levantado tierra sobre el suelo poco más de un palmo en círculo, que de diámetro tenía como de seis palmos. Sobre este terraplén había puesto sus huevos, eran doce o doce (sic) del tamaño, figura y color de los de pato; después los habían cubierto con más de dos palmos de tierra en alto; y sobre este montón estaba echado el caimán. No pude descubrir lo que hacen cuando han de salir del huevo.

Las crías

"La primera diligencia sí que hacen las madres, cuando ya los han sacado del montón de tierra es ir a nadar con ellos en el agua. Es cosa de gusto y admiración, ver aquellos serpentones, figuras vivas de demonios, seguidos de los chicos caimancitos, que en poco tiempo han de venir a ser tan horrorosos como ellos.

Yerbas medicinales

"Yerbas medicinales hay muchas y tantas que han asegurado algunos botánicos que muchas que se traen de afuera las hay, y que en equivalentes hay cuantas necesita la medicina. El famoso té se ha descubierto y a juicio de un insigne médico es el que se trae de afuera; y cuando en la figura difieren, en la virtud no se diferencia. Hay tamarindos, como se lo oí a un insigne botánico: éste con una vuelta que daba por tres o cuatro cuadras fuera de la ciudad de Santa Fe proveía su botica de varios medicamentos. Purgantes como el mechuacán y otros hay en abundancia. Para corregir la sangre hay mucho como chicorias, apio, parietaria, culantrillo, canchalagua, y ésta, aunque en el color es inferior, en la virtud es superior a la de Chile. La jarrilla que para liquidar la sangre, hacerla circular, por ventura es la más eficaz medicina, hay muchísima. A uno que de una rodada de caballo quedó por más de ocho días sin sentidos, tomándola a los ocho días lo hizo volver en sí y sanó luego. También se encuentra la jaqueca que para hacer correr la orina es eficacísima. El coro que éstos llaman "nazobedec", yerbas que tienen las mismas cualidades del tabaco y como tal la toman o mascan. Por fin hay la yerba que llaman "guacurú" que tiene muchas virtudes.

Flores curiosas

"Flores silvestres hay por todas partes, y se encuentran campañas y valles que parecen alfombras variadamente matizadas, en que cuanto le falta al olfato de recreo, le sobra a la vista; bien que se encuentran bosques y valles donde no queda el olfato quejoso. Entre todas sobrepuja la granadilla o flor de la pasión, en cuya misteriosa formación tiene en qué ocuparse a satisfacción el alma; pues se ve renacer en ésta con los instrumentos los padecimientos de Nuestro Redentor, quebrando en sus colores toda aquella viveza que alegra para introducirlos con más ternura al corazón. En este sitio proveído de más comodidad para la vida de aquella a quien aspira esta nación, se encontró el siglo 16, en que fué primero descubierta; ni hay entre ellos memoria de haberse visto establecida en otro. La mejor parte de ella estaba a la banda occidental del dicho río Bermejo desde los 23 grados, en que empieza a correr de Norte a Sur; y muy pocos a la Oriental."

Son del Padre Manuel Canelas estas últimas páginas que acaba de leerse y son suyas también e íntegramente suyas las que reproducimos a continuación sobre el carácter, dotes intelectuales, ideas espiritualistas, casamientos, educación de los hijos, vestidos, alimentos y ocupaciones diversas de los indios mocobíes.

El Padre Canelas

Canelas fué el único misionero de mocobíes oriundo de estas regiones del nuevo mundo. Había nacido en la ciudad de Córdoba, el 24 de abril de 1718, e ingresado en la Compañía el 3 de marzo de 1730. Su labor sacerdotal fué casi exclusivamente desarrollada entre los mocobíes a quienes conoció durante años y por quienes tenía grandes simpatías. Hallábase radicado en el Colegio de

Santa Fe cuando sobrevino la expulsión en 1767 y hallábase radicado en Faenza cuando terminó santamente sus días el 22 de marzo de 1773. Años antes había escrito la relación, valiosísima por cierto, que hoy tenemos la satisfacción de dar a la publicidad. Nada encontrará el investigador más completo y más fidedigno sobre el carácter y las costumbres de los indios mocobíes.

El carácter de los mocobíes

"Junta la nación mocobí con un porte nada arrogante, un espíritu muy belicoso. Fuera de los encuentros son unos corderos; en ellos unos leones. Su hablar por lo común bajo, y sólo en las borracheras alto. Su genio suave y dócil, y nada enojadizo. Entre los varones la riña es rarísima. Ocultan los sentimientos, y los vengan con el desvío. Cuando nos recogíamos a Ejercicios nos daban por enojados, y fué necesario explicarles la causa del recogimiento para disipar el temor en que estaban. No se oyen entre los varones cuentos ni murmuraciones; los tienen por cosa propia de mujeres, y miran con desprecio a los dados a ellos. Son algo reconcentrados, mas no traidores, bien que para los que juzgan no serles convenientes usan del disimulo y con él engañan. Mientras que su "sí" no es pronto y claro, no hay que hacer caso de él. Mas cuando lo es, son fieles en su cumplimiento, y aunque después encuentren dificultades en él, están a su palabra, y tienen por grande vileza el no cumplirla. Sucediónos muchas veces disuadirles la ejecución de palabras dadas y confesar serles más conveniente el no estar a ellas y conocer la desobligación de cumplirlas, con todo insistían en que una vez dada, sería deshonor suyo, el no cumplirla: en lo que se mantienen más firmemente cuando la palabra es entre nobles.

Cumplen con su palabra

"Sucedióme este pasaje. Vino al pueblo un cacique abipón y me dijo que deseaba detenerse por unos cuatro o cinco días. Concediósele. Pasó el término y como su detención no era al pueblo conveniente, habléle de esta suerte: Yo siempre he creído que sois uno de los caciques más nobles, pero estos días me ha estado viniendo este pensamiento. Los nobles de mi pueblo primero muertos que no estar a la palabra dada, y este capitán siendo tan noble y habiéndome dicho que sólo estaría cuatro o cinco días, ya ha pasado de ellos. Díjome: dices bien Padre; luego me iré. Así lo cumplió, y según tengo especie, el mismo día que le hablé se fué. Llamábase Cobachichi; y aunque estuvo algunos años en el pueblo de San Jerónimo al cabo murió sin consentir en bautizarse.

Idiosincrasias

"Cuando no les place lo que se les dice, escupen destilado o si esperan algún emolumento, regoldando el paladar del que indaga; arrebatándoles el interés o el complacer de tal suerte, el sí y el no que me solían parecer indeliberados. Y si cogidos en la falsedad se ven reconvenidos, dan la respuesta que antes con toda sinceridad, y sin rubor alguno, o dicen también "moli zatenatili", de balde de solo dejando caer la saliva, sin arrojarla, y están haciendo rayas en el suelo con la punta del pie y; cuando esto hacen bien se puede desistir de persuadirles, lo que se les propone, porque nada les entra, y divierten la atención de lo que se les dice. Estarán dando con la boca y cabeza el "sí" y nada cumplirán, porque ni atienden

al sí. Y así reconvencido después de la palabra, satisfacen diciendo: "maliaca içinapec o molizazat", que quiere decir: sólo lo dije por decir, o sólo quise decirlo, y se da por satisfecho el engañado.

"Si se les pregunta alguna cosa, principalmente acerca de otros, están a lo que juzgan que gusta el que pregunta, y mucho más engañe; y se quedan muy serenos. Por tanto solamente responden con verdad cuando se les pregunta con total indiferencia, y no descubren ellos la inclinación del que inquiere.

Poco sociables

"Su sociabilidad padece unos intervalos, que los ocupa un tal destemple que los vuelve intratables. Cuando se hallan en esta interior revolución, amorran de tal suerte, que ni con amenazas ni caricias se les sacará ni una sola palabra. Ni están para instruídos, ni para aconsejados, ni recibe luz alguna su obscurecido entendimiento hasta que de suyo se disipa el destemplado humor que los predomina. Pasión que aun de los muchachos se apodera.

"El sentir o no sentir ganas de hacer o dejar de hacer cualquier cosa, no sólo tiene para ellos fuerza de motivo para su ejecución, u omisión, sino que también tiene toda la virtud de razón para que otros los den por legítimamente desobligados. Mándeselo o convídesele para alguna cosa, si no tiene ganas de ello no lo hará, dice "calagan nati dijitem maçic", que quiere decir: pero si no tengo ganas, y nadie insta, todos lo dan por excusado. Sucedíanos mandarles alguna cosa a alguno, sentirse sin ganas de hacerla y negarse. Instarle a que la haga y salir otros en su defensa diciendo: Padre, cómo la ha de hacer, si no tiene ganas. Así llega en ellos a obtener la brutal inclinación todos los fueros de la razón. Cuánto costará reducir a ésta contra la propia propensión a un gentío que siempre veneró su inclinación en el tribunal de la razón. No se alcanza este triunfo en pocos años, ni con ordinarios medios.

Dotes intelectuales

"Su entendimiento al paso que en la mayor parte de ellos no es tardo para concebir, es en todos ineptísimo para prever. Son verdaderamente más despiertos que otras naciones, y de genios más alegres. Su conversar es más seguido, y sazonado con sus sales. Para pintar cualquiera acción en un símil es su talento singular, y si es para zaherirse o burlar o sólo reír, es singularísimo; en lo que las chinas, cuando se riñen, llevan la palma. Cuando con el comercio de los españoles empezaron a ver y oír cosas de que antes tenían alguna, luego las representaban en un tal símil, de las que ellos tenían especie, que las pintaban vivamente.

Son locuaces

"Se encuentra en uno y otro sexo personas de gran locuacidad, acompañada de acción tan viva, que dan a entender con las manos, lo que dicen con la boca. Estará un indio o india de éstas razonando por más de una hora con voz en cuello, cuando quieren persuadir algo al pueblo, sin cespitar ni faltarles que decir. Y producen cosas tan bien dichas, que si no las hubiera oído, no hubiera creído que entendimientos tan sin cultivo pudieran producir especies tal al intento y proseguir en la persuasión de una cosa por tanto tiempo. Las muchachas muestran más despejado su entendimiento, y más pronta su lengua, que los muchachos, bien que conforme van creciendo pierden mucho el despejo y tanto de la locuacidad.

A veces son activos

"La flojedad del mocobí es grande, y no tanto como la de otros indios. No proviene de falta de actividad, ni de agilidad, ni tampoco de habilidad para obrar: sino de falta de ganas, de costumbre, y de aquel no cuidar, a maneras de brutos, sino de lo presente. Y así cuando les viene ganas de emprender alguna cosa, son activos, ágiles, hábiles para ponerla en ejecución y llevarla al cabo, sin que les acobarde dificultad, ni venza el cansancio. Todo está en que les acompañe la gana; cuando ésta asísteles son para todo, cuando no, son para nada. El trabajo es en meterlos en ganas de trabajos; y no es trabajo pequeño porque es tan grande cuanto es inveterada la costumbre de vivir ociosos, a su capricho, y no cuidar de lo futuro.

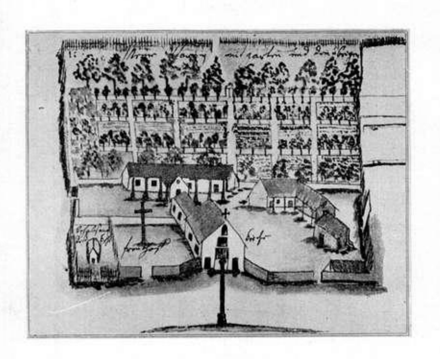
"Esta su activa agilidad y habilidad se conoció en los que cautivaban los españoles; decían que ni los esclavos y esclavas que habían criado consigo eran tan serviciales, y tan para todo, como los cautivos y cautivas mocobíes. En poco tiempo se imponían en todas las obras domésticas, y aún de pulimiento. Y por esto se sintieron sumamente el deshacerse de su servicio, cuando después convinieron en que los mocobíes les volviesen los cautivos que les habían tomado y ellos los que les tenían. Y sucedió que vueltos los cautivos mocobíes a su libertad, volvieron a aquella su inacción antigua o bárbara voluntariedad, y esto aun estando en el pueblo de los reducidos; sin que haya de buscarse otra razón a esto, sino que entre españoles se reconocían cautivos, y en el pueblo libres; pues en éste se tratan como tales, y entre los españoles como esclavos.

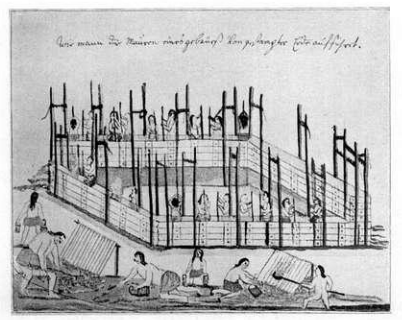
"Entre éstos estaban a la voluntad de los amos, en el pueblo a la suya; allí forzados, aquí rogados para el trabajo; allá finalmente sin posibilidad para volverse a sus tierras, y en el pueblo en campo abierto para el regreso a su antojo.

Recelosos por naturaleza

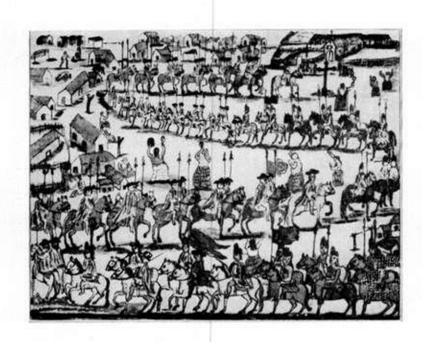
"Son también de genio sospechoso, y muy fáciles a la creencia de cualquiera cosa que a su juicio frise con lo que temen; de donde se originan mil temores y alborotos en los pueblos: no cediendo sino dificultosamente a persuasiones en contra, por tenerlos totalmente dominados el temor y despecho. Son también sensibilísimos cuando se les falta a lo que juzgan que se les debe, ni se sujetan a hacer lo que tienen por cosa vil. Y aquí era el trabajo en los principios alcanzar qué sea lo que tengan por vileza, por contraria a sus fueros; pues los veíamos que hacían mil cosas que para nosotros eran viles y se desdeñaban de lo que nadie entre nosotros se desdeña. Y aquí para sujetarlos a hacer algunas cosas que conviniendo hacerse, ellos las tenían por viles, no había otro medio que el persuadirlos que no lo eran, y traerles ejemplos de virtud en los españoles. De modo que la vanidad y presunción tanto se halla bajo de sus sucios quijapis como bajo de las mejores ágatas, y reside en sus viles ranchos como en los magníficos palacios.

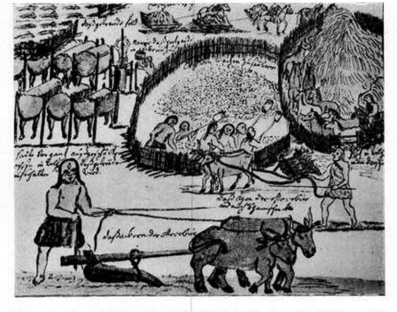
"Para la providencia y economía son totalmente inhábiles. Puedo a toda verdad aseverar que entre los muchos que en diez años he tratado no he encontrado uno solo próvido y económico, ni capaz de gobernarse por sí solo. A continuas instancias y repeti-





La Iglesia de San Javier (cementerio, patio central, iglesia, patio de los talleres; detrás, la casa de los Padres y la huerta de los mismos), y la construcción de paredes de adobe entre los mocobíes, según Baucke.





Una parada militar y la agricultura entre los mocobíes, según Baucke.

das persuasiones se alcanzaba de uno u otro tal cual reserva de comestibles. Procuran sí alguna cosa con instancia, con trabajo y por alcanzarla se privan de otras. Obtiénela y al punto, se deshacen de ella.

Les falta previsión

Vendían sus cosas, y por poco no se vendían a sí mismos por lograr algún ganado; lográbanlo y hambreaban por aumentarlo; y de repente lo disipaban; compraban una casaca o un sombrero a más de lo que valía; poniéndoselo unos días, y después andaba la casaca por todo el pueblo mudando de amos y dueños cada día. No hay testimonio más convincente de su inacción, que siendo su propensión a la chicha exorbitante y pudiendo con facilidad lograrla todo el año, por no reservar sus ingredientes sólo la beben mientras que se lo guardan y dan los árboles; y produciendo como ellos confesaban fuertes y prolongadas hambres, en tiempo de las lluvias, con todo nada reservaban y por mucha carne que lograsen en tiempos buenos, toda ésta cazaban y se acababan.

"Tienen entre sí, aunque bárbaros, sus urbanas observancias. Salúdanse con esta expresión: "la", repitiendo el saludo "la" y a veces "lala". También con ésta: "la ayim", retornando ésta: "la acani" o con ésta: "la acami" si se saluda a uno; "la acamiji" si a muchos, volviendo ésta "la ajim" si a uno; "locon" si son muchos los saludados. Si los que saludan son muchos dicen "locom" y se les responde "la comiji". "La ajim" quiere decir aquí yo o aquí estoy yo; "la acami" aquí tú o aquí estás tú; "lo acami" aquí nosotros o aquí estamos nosotros; "la camiji" aquí vosotros o aquí estáis vosotros. O si no quieren decir: yo saludo, yo te saludo.

"Los nobles se saludan y son saludados en esta forma. El varón noble saludaba así: "layimqui". La mujer noble "layimquen". Al varón noble se decía: "la acami"; a la noble "lacamen". Los de ciertas circunstancias que después se explicarán, se saludan en esta forma: al varón "la acamin". A la mujer: "la acamet". Nadie entra al rancho sin saludar ni sin que se le salude, y digan que entre. Ni se apea del caballo sin que después de la salutación se le diga que se apee. El que recibe la visita, ni se para, ni da su asiento. Sentado la visita, le da asiento y sentado la despide, aunque sea la visita de un noble. Danse sí según su predicamento la derecha. Si al que entra se le pregunta qué quiere o busca: ha de responder primero que nada, aunque venga a algún negocio, y después que responda que nada, dice a lo que viene. Al despedirse el que se va dice "la achic", me voy, y se le responde "loqui", andad. Si muchos se despiden "lacolac", nos vamos y se les retorna: "laquiji", andaos.

Cuando se visitan

"Por lo que respecta a su idioma, le tienen agradable y rico en expresiones. No es común a otros pueblos sino propio. Aun los mocobíes y abipones vecinos, los más cercanos, tienen expresiones diversas. Así los primeros dicen "lachic", yo me voy ahora; los otros "lahic". Los mocobíes dicen "licgdic", tú eres un infeliz; los abipones dicen "lichiegaric".

"La mayor parte de las palabras ni se parecen. Así "el perro"

entre los mocobíes es "ipicg"; entre los abipones es "cotinigor" y entre los indios charrúas es "lochan". Entre los mocobíes "lindo" se dice "udiaec", entre los abipones "ariahic", entre los guaraníes "iponor" ("iponor eté" = muy lindo), entre los charubas "bilú".

El idioma mocobí

"Uno encuentra entre los indios, escribe el Padre Baucke, lenguas tan complicadas e incomprensibles que el pobre misionero si no fuera por especial auxilio de Dios, jamás las pudiera entender ni hablar. Cuando hablan algunos indios apenas se perciben las sílabas pues sólo se oye como un murmullo de gansos u otros animales. Más de una vez les dije a mis indios que todo hacía creer que fué el demonio quien les enseñó tales idiomas, a fin de impedir al misionero su labor apostólica."

La dificultad gravísima, a lo menos entre los abipones y mocobíes era la diferencia grande y frecuente que existía entre los que hablaban esas mismas lenguas.

Muchos indios llevaban nombres de animales, llamándose el uno avestruz, el otro aguja, etc. Pero existía entre los citados indios la costumbre de que si un indio que llevaba nombre de animal moría, se cambiaba entonces el nombre del animal. Esto hacían para respetar al muerto y a fin de que el nombre del animal no trajera a la memoria el recuerdo del fallecido.

"Durante los primeros años que estuve entre los mocobíes, escribe el Padre Baucke, fallecieron tres caciques que tenían por nombre Ana, Aloatagangaiquin y Amaniquin. Pero "Ana" significa aguja, "Aloatagangaiquin" viene de "Zaloat" que quiere decir "matar" y "Amaniquin" viene de "amanic" que significa avestruz. Pues pasó que a la muerte de dichos caciques la aguja en mocobí ya no se llamó más "ana" sino "nevadagancato", ni "zaloat" significó morir ya que se reemplazó en tan triste oficio "zatetahat" y el avestruz dejó de llamarse de ahí en adelante "amanic". No recuerdo ahora el nuevo nombre o apelativo que le dieron."

Cambiaban las voces

Una costumbre tan trastornadora como ésta provocaba una rápida evolución lexicográfica y ponía en serios aprietos sobre todo a los misioneros poco expertos en el idioma e idiosincrasias de los indígenas. Sucedió algo muy curioso cuando falleció el segundo de los caciques antes mencionados. El domingo siguiente a su muerte el pueblo se congregó, como de costumbre en la iglesia, y oyó la predicación que versó sobre la Ley de Dios. El predicador disertó sobre los diez mandamientos y dijo entre otras cosas y en voz alta: "Totan aloatagano" que es el texto del quinto mandamiento: no matarás. Hasta entonces todos habían coreado con el predicador los cuatro mandamientos anteriores, ahora empero todos callaron y apartaron sus miradas del misionero.

Extrañóse de todo esto el Padre Baucke, pero insistió una y dos veces en que todos repitieran aquel mandamiento. Inútiles fueron sus empeños. Preguntó después a una vieja la razón del suceso y ésta le dijo que cuando murió aquel cacique murió también la voz matar y que en su lugar se había de decir "totan atitaható" y no "totan aloatagano" como antes. Hizo el experimento la vez si-

guiente y al llegar al quinto mandamiento no hubo aspavientos y oposición como anteriormente sino que todos respondieron sin tropiezo alguno. Era una de las maneras de manifestar el duelo por sus difuntos enterrar con ellos hasta los vocablos más comunes si habían ellos en vida valídose de los mismos.

Hablaban en voz baja

Esta era una dificultad para aprender el idioma, pero otra estribaba en el hecho ya indicado de que hablaban en muy baja voz, de suerte que apenas se les oía. Cuenta Baucke un caso casi increíble. Unos indios que deseaban reducirse y formar pueblo conversaron sobre el asunto con el misionero y determinaron traerle su cacique. Así lo hicieron. El Padre Baucke, que a la sazón hablaba el idioma con toda facilidad y exactitud, dirigió la palabra al cacique recién llegado y lo hizo dentro de su cuarto y delante de muchos indios. El cacique no atendió a las palabras del misionero y todo el tiempo estuvo mirando ya hacia arriba, ya hacia abajo, ya a un lado o al otro, como si quisiera ver muy bien aquella pieza, pero sin prestar atención alguna a las palabras que se le dirigían.

Preguntóle por fin el misionero qué tenía que observar a lo dicho, y el cacique entonces se volvió a los otros indios que estaban presentes y les dijo que nada había entendido porque el Padre había así gritado. Volvióse después al misionero y le dijo que cuando él hablaba con alguien y quería que le entendiera hablaba siempre en voz muy baja.

"Y así es: hablan en voz baja y confusa y para mayor desgracia abrevian entonces las palabras o letras y sílabas, de suerte que se hace muy difícil aprender el idioma." Puede suponer el lector cuán ingente fué la labor que realizaron los misioneros al empeñarse en reducir a reglas tales idiomas comenzando por las palabras radicales o raíces de las mismas.

Curiosidades glóticas

"Pero hay todavía otras rarezas glóticas entre los mocobíes. En primer término tienen diferencias de lenguaje según sean las personas con quienes hablan. Si no se habla a los distinguidos del pueblo, o sea a los valientes, se usa el lenguaje corriente y común, pero no así con las personas de distinción, pues en este caso hay términos adecuados. De una manera habla un indio con el hijo del cacique, de otra con una mujer casada, de otra diversa también con una mujer soltera. "Acami" significa "tú", pero al hijo del cacique se le dice "acamiji" y a una persona de distinción ordinaria "acamin", a una casada "acamet" y a una no casada "acamen". Otro caso: "Moagaji" significa ¿oyes tú?, pero se dirá según los casos antes dichos: "Moagonjin" o "moagajitedopec", "moagajet" y "moagajen". "Elacata" significa "él duerme" pero según sea la persona que duerme se dirá "elacainta" "elacaetet". "Lalo eda" significa "de él", pero se modifica er "lalain edadin" o "laloet edadet" según sea la categoría de l s personas a que se refiere uno.

"Con los pronombres sucede otra cosa curiosa, pues no solamente son diversas sus formas como entre nosotros que decimos éste, ése, aquél, sino que varía hasta indicar si la persona a que uno se refiere está presente o ausente, si va o viene, si está de pie, sen-

Variedades en los pronombres

tada o acostada. Así el mocobí dice "edon" que significa "éste", cuando se refiere a una persona del vulgo; "edadin" es éste cuando se refiere a personas de distinción; "edodet" si es persona casada y "ada" si es soltera. Si la persona es masculina y está sentada se dirá "ini" o "inidin", si es femenina y está sentada se dirá "ani" o "anidet"; si están recostados se dice "idi" o "anidin" o bien "ado" o "adodet". Aquél, aquélla, tratándose de personas ausentes se dice "eca" y "ecadin" o "aca" y "acodet". Si la persona se acerca o viene hacia el que habla se dice "ena" o "enadin", y si se ausenta "ana" o "enadet". Si es persona que se aleja y está ya a bastante distancia se dirá "esso" o "essodin" o bien "asso" y "assodet".

"Todos los pronombres, adjetivos, sustantivos, nombres propios y las palabras todas, tienen conjugación o declinación. Para formar los tiempos de un verbo tienen sufijos. "Quet" agregada a una palabra la transforma en pretérito imperfecto, "nalliacata" y "nalliaca", constituye de igual manera los pretéritos perfectos, "nalliacon" forma los pluscuamperfectos, la sílaba "o" constituye el futuro y anteponiendo "nozagdi" se tiene el optativo de un verbo.

"Veamos un ejemplo: "ajin" significa yo, o bien, yo lo soy. "Ajinquet" significa yo fuí, o existí, "ajinquen" significa yo pongo cuidado de serlo, de existir, esto es, yo me preocupo de serlo. "Ajinquen nalliacata", yo lo he sido; "ajinquen nalliacon", yo lo había sido; "ajimó", yo lo seré y "nozagdi ajimqet", si yo lo fuera.

Los sufijos y su riqueza

"En forma análoga y por medio de sufijos, se expresan las cosas más diversas. "Zalat" quiere decir yo me arrojo, pero "zalatoibo" yo lo he sido al suelo o a la tierra, "zalatini" o "zalatiqui" yo lo he arrojado hacia arriba, "zalatichiquen", yo lo he arrojado muy alto, "zazalatichiquenque" yo lo he arrojado debajo de algo, "zalatot" yo lo he arrojado alrededor de algo, "zalatezop" yo lo he arrojado sobre o por encima de algo, "zalatelec" (plural "zalatelgot") yo lo he arrojado hacia fuera, "zalatebec" yo lo he arrojado en algo (como en el pozo, en el canasto, etc.), "zalatabo" yo lo he arrojado del centro, "zalataboquin" yo lo he arrojado en el montón (de papeles, por ej.).

"Otro caso: "zilogjachiquem" quiere decir yo estoy acostado sobre la espalda, mientras "zilogjani" yo estoy acostado sobre el vientre o boca abajo, "zaticaton" o "zaticatodi" yo estoy triste, "notenatan" yo estoy triste a causa de la ausencia de mi amigo, "zcatenatan" yo estoy furioso o encolerizado, después de haber bromeado con otro.

"Cualquiera tendría por cosa cierta que el idioma de un pueblo que ha vivido en la barbarie sería un idioma bárbaro, y por ende pobre y sin ductilidad. Pero no es ese el caso del idioma mocobí, ni de los otros idiomas indígenas. No hay parte alguna del cuerpo humano o del cuerpo del bruto, hasta las arterias y tendones, que no tenga su nombre propio y particular. Por otra parte una misma palabra adquiere diversos significados según se le destina a este o a aquel uso. Así "ana" significa aguja, pero si es pequeña

se dice "anatole", si es de coser "ivadagontate" y si es para pinchar se dice "ivadagoncate". Un vaso para agua se llama "nivuma", pero si es para beber se dice "netoggui" y si es para verter su contenido sobre algo o sobre alguna cosa se dice "jocadagguic" y si es un vaso para con él sacar agua de un recipiente se dice "iliviaggui". Tres palabras mocobíes indican casa o morada de uno: "ibo", "inec" y "jeggui". No tenían casas pero no bien las vieron supieron acuñar palabras apropiadas y saben hacer con tal arte que los términos son adecuados a la representación de la cosa.

Riqueza en su vocabulario

"Nunca habían visto una iglesia ni había en su vocabulario bárbaro, palabra alguna para representarla. No obstante bien pronto tuvieron nombre para ella. La denominaron "natumnagui", esto es, Casa de Dios. También solían decir "Dios labo", que equivale a lo mismo. A la campana la llamaron "natoina" y al sonar de todas las campanas "natoinigui" y al hecho de hacerlas sonar "natoiniguilo".

"Algo curioso en el mocobí es el hecho de carecer de las consonantes F y R. Podría uno creer a veces que tienen o usan de ellas, pero es un engaño. En las palabras extranjeras tampoco las pronuncian y para salir de apuros reemplazan la F por una P y la F por una L o por otra consonante. Así no decían Santa Fe sino Santa Pe, ni decían Florian su gran misionero el Padre Baucke sino Llorian Baucke.

"Hecha esta disgresión sobre el idioma de los mocobíes, volvamos a lo que relatábamos sobre la forma que usan al hacer o recibir visitas. Si concurren con un cacique, o por acaso o por convite a comer algún asado, el asador con el asado se le pone al cacique o clavándolo en tierra o teniéndolo otro. Corta el cacique y no lo peor para sí, o deja intacto lo que quiere para sí, y va cortando el resto y dando a los otros, y luego se come lo que cortó o reservó para sí. Si es carne o raíces hervidas come todo en una cazuela, pónese ante el cacique, y la circunstan los presentes; empieza el cacique y siguen los otros. Si no hay más que una concha para todos, coge en ella el cacique el caldo, bebe, y va dando la vuelta la concha.

Fórmulas de cortesía

"Cuando se convidan con mascada de tabaco, o con el coro, raíz que era antes su tabaco, lo hacen con toda esta asquerosa pulidez. Coge uno el tabaco, máscalo, unta luego la palma de la mano con sal, o pone solamente sal en la mano; saca el tabaco mascado de la boca, pónelo sobre la sal, amásalo con ella, y hace una bola. Luego con mucha pulidez hace tantas partes cuantos son los presentes; dáles con cortesía a cada uno su parte, y ellos con su "naatic", que es la expresión del agradecimiento, la reciben, sin asco la meten a sus bocas, y prosiguen mascando y saboreándose con ella.

"Los plebeyos no osan hombrearse con los nobles, y éstos se desdeñan de juntarse con ellos. Teniendo sobre sus personas sólo aquella manta que suele dar la vileza; y así suelen servirse de ellos, y ellos mal o bien de su agrado, se les someten. Críanse desde niños con esta diferencia de respetos; y es preciso distinguirlos en el

Plebeyos y nobles

trato, para que no se resientan. Y no sólo unos a otros entre sí sino que aun los mayores, ancianos, nobles y caciques, y lo que todavía más, los mismos padres y madres tratan a sus hijuelos por pequeños que sean, con todos aquellos términos de respeto y nobleza que se dan a los nobles y grandes; observancia rara en que son más exactos los padres y madres por dar a entender a todos su nobleza.

"Mucho tiraniza al mujeriego la murmuración. Parece que viven de ella, y que les es el aire que respiran en su trabajosísima vida. Pasan luego a la boca lo que perciben los ojos y oídos, y entre ellas se puede contar por una maravilla un defecto oculto. Desde chicas se enseñan a ella y se perfeccionan cuando crecen y refinan cuando envejecen. De ésta principalmente se originan las riñas continuas entre chicas y grandes. Por una vez que riñen los varones, riñen mil las mujeres, y se tiran al rostro cuanto se han reparado, con dichos que penetran; y zahiriéndose tanto que o de pronto se emprenden o se desafía a la lucha.

Cuando riñen las mujeres

"Para ésta salen de sus ranchos, con los cuerpos de la cintura arriba descubiertos, blandeando sus dos armas que por lo común son sus dos brazos. Tal vez traen a la cinta algún cuchillo. Avistarse y soltar sus lenguas como víboras es la primera entrada. A las voces sale y las circunsta el pueblo que no hace otro oficio que ver y celebrar. Luego se acometen, no tanto a puñetes, cuanto a arañeos y como perros de oreja, tíranse a las suyas, metiéndose los dedos por los agujeros de los pendientes y rajándolos. Las heridas nunca son mortales, y aunque se hieran con los cuchillos, no tanto se penetran hasta se rasgan. Quedan sí, bien ensangrentadas y rasguñadas. Rara vez hay indio que las aparte porque gustan sumamente verlas en el palenque. Y sucede, como lo he visto, que estando la mujer peleando a la puerta, el marido se está mirándola, sentado o tendido sin moverse a la defensa de la esposa, aunque la otra la lleve vencida. Algo se resistían a nuestra interposición; menos dóciles en estas peleas que los varones en sus borracheras, quitándoles la cólera el respeto que no quitaba a los varones la chicha. A veces era preciso sosegarlas a palos, y no faltó tal vez algún indio que por su resistencia, las apartase a riendazos fuertemente asentados en sus desnudas espaldas, quedando como locas por la pena de las cuerdas. Acabada la pelea, los circunstantes se volvían con bastante materia para reír y conversar por muchos días, y ellas cuidaban sus rasgaduras y rasgadas orejas, con sólo ceñir un pedazo o colgajo con otro y atarlos con un hilo. Por ventura también de estos fuertes tirones que se dan de las orejas provendrá el crecerles tanto que algunas envejecidas en este marcial mujeril encuentro les llegan casi a los hombros, como yo mismo lo he visto con mis ojos.

"Socorrido y contento su cuerpo, con que tengan que comer y vestir, no tenían más cuidados de sus almas que el que tienen los brutos de su vida. Ellos las han creído inmortales, y con todo, sólo les han sabido el cuidado de mantenerla en el cuerpo, porque no les falte vida. Estaban en que después de muertos, iban sus almas

a otras partes, y lo demás no sabían explicar, y decían algunos que eran unos parajes donde había lagunas de buena agua y mejor vista. Pero no se las imaginaban tan abundantes y felices que no temieran en ellas algunas necesidades y trabajos, no como pena de delitos sino como accidentes propios de aquella vida. Por esto proveían los sepulcros de víveres para sus almas y lloraban sus difuntos por temerlos en algunos infortunios. Mas ninguno en vida hacía ni mandaba provisión para sí, ni temía padecer después de muerto; dejando esta provisión y este temor a la Providencia y compasión de los otros."

Conocimiento de lo espiritual

Parece referirse a la creencia en la otra vida lo que cuenta Southey haber leído en unas "Noticias del Paraguay", que tenía entre sus papeles: "Los mocobíes fingían un árbol, que en su idioma llamaban nalliadigna, de altura tan desmedida que llegaba desde la tierra al cielo. Por él, de rama en rama, ganando siempre mayor altura subían las almas a pescar en un río y lagunas muy grandes, que abundaba de pescado regaladísimo. Pero un día que el alma de una vieja no pudo pescar cosa alguna y los pescadores la negaron el socorro de una limosna para su mantenimiento, se irritó tanto contra la nación mocobí que transfigurada en capiguara tomó el ejercicio de roer el árbol por donde subían al cielo y no desistió hasta derribarlo en tierra con increíble sentimiento y daño irreparable de toda la nación." [1]

No conocieron deidad alguna

"Se ha advertido por los misioneros, escribía el Padre Bustillo, que fué uno de ellos, más observadores sobre este punto, no hallarse entre las dos célebres naciones mocobí y abipona deidad alguna, a quien prestaran, como a tal, el más mínimo culto; creen que partidos de esta vida viven en la otra y en ella ejercen las mismas operaciones que en ésta, por lo que acostumbran en su infidelidad al expirar hacerse matar los mejores caballos para tener, según ellos dicen, con qué en ella andar a caballo, correr animales y buscar su comida."

Confirma estos asertos el Padre Canelas en la valiosa relación que publicamos. "El simple conocimiento de la inmortalidad del alma, escribe este jesuíta, trae toda su inutilidad de la falta total que tuvieron del conocimiento de deidad alguna. No se descubre ni en sus usos, ni en los vocablos de su lengua, rastro alguno de religión. No hay costumbre suya que parezca rito ni palabra que indique Dios. Finísimos ateístas. Bien es verdad que tienen esta expresión: inimca abapegdi "el que nos crió", pero es subsecuente a la noticia de la creación que se les dió. También tienen ésta: ini namalican jecatanapec: "el que nada no puede", pero también es consiguiente al conocimiento de la omnipotencia. Pudiérase sospechar que a las estrellas que llamamos cabrillas tuviesen por su criador: así por el nombre gdoasudalgae que les dan y quiere decir: nuestros abuelos, como por el alborozo con que las celebran al descubrirse en sus tierras. Pero en esto no hay más que misterio, que como éstas se muestran al entrar la primavera, las celebran como señal de la proximidad de los frutos, no como causa de ellos;

1 "A tale of Paraguay", p. 580, n. 15.

y así, pasado aquel primer alegrón ya no se acuerdan más de ellas hasta que al año siguiente vuelven a aparecer en su hemisferio. Y así el llamarlas nuestros abuelos no es creencia de serlo sino acomodación de términos que usan mucho.

"También al demonio algunos llamaban cota, que quiere decir nuestro padre, mas no por hacerlo criador sino sólo por reconocerlo bienhechor. Examinados después de ilustrados con la fe si habían tenido antes algún conocimiento de Dios, siempre respondieron que no. Con ocasión de esto me refirió un indio capaz, que estando una noche algunos de sus viejos mirando al cielo y sus estrellas, empezaron a decir: ¿Cómo será este cielo y estos astros? ¿Si habrá alguno que los haya hecho? y que en esta curiosa ignorancia paró su corto entendimiento. Parece irrefragable que conocimiento de Dios no lo tuvieron, pero si fueron infelices por no conocer a Dios por Dios, digo felices fueron por no reconocer a criatura alguna por Dios."

El cielo

Y agrega a este propósito el Padre Canelas: "Dieron al cielo el nombre de ypiquem, que quiere decir arriba o lo de arriba, porque no arribó a más su entendimiento que a lo que alcanzó su vista. Juzgaban que por los horizontes pegaba en la tierra; y después que se les explicó lo que era y cómo estaba, era necesaria bastante instrucción para satisfacer a las preguntas que hacían. Al sol llamaban dazoá y a la luna cidaigo, invirtiendo el género y dando el femenino al sol y el masculino a la luna. Su nacimiento ocaso explican con la expresión de nacer y entrar. Su estar en el zenit con esta nataamcatigni que dice: derecho hacia la tierra. Por la luna regulan los meses y cuentan por primaveras los años. Cuando hay luna nueva, salen los muchachos a celebrar su nacimiento dando gritos y alaridos y estirándose las narices; como son algo ñatos querían que con la luna crezcan. Cuando se eclipsaba juzgaban que la asaltan ciertos perros. A una estrella que aparece a veces muy junta a la luna llaman "su amiga". Al lucero dicen neetegce que quiere decir, la que va antes del día. Al crucero llaman amanic, esto es, avestruz. Cuentan que corriendo un mocobí a un avestruz hasta el horizonte, el avestruz trepó por el cielo donde quedó luciendo, como las estrellas, y que de su lucimiento se forma el crucero. A la vía láctea llaman naadic, y significa camino. Tienen experimental conocimiento de los orientes y occidentes de las estrellas, y al mismo tiempo en que salen y entran. Por ellas se gobiernan en sus viajes de noche con acierto que admira.

No eran inmorales

"Una nación como ésta, privada por una parte del conocimiento de Dios, y por otra castigada del demonio y regida por los más eficaces parciales de éste, cuales son la pésima raza de los brujos, parecía que había de correr a rienda suelta tras los más abominables vicios; pero Dios que la tenía para formarse de ella una pequeña grey, en que gustoso estableciese su reino, supo ponerle freno a ella y a sus mortales instigadores para que no se precipitasen en tantas iniquidades como de otras naciones se leen y se experimenta, ni viviese tan ciega y obscura, que no la ilustren las luces de la razón algunas de sus operaciones.

"Bien es verdad, como ellos mismos confesaban, que el ardor de la guerra contra los españoles entibió de tal suerte el fervor de la observancia de sus gentílicos usos, que llegaron a dejar muchos y aun a perder la memoria de ellos; pero en esto mismo se reconoce la Providencia altísima de Dios, pues así como por medio de la guerra abrió la primera puerta para su conversión, en cuanto por ella dió noticia de esta nación, y con estas noticias excitó el celo de su reducción a la fe, así también por medio de ella fué quitando los impedimentos que la dificultan y retardan, que son sus costumbres bárbaras y gentílicas a que viven tan fuertemente asidos, que muchos mueren obstinados en ellas.

"De esto se originó en parte la menor dificultad que tuvo esta guerrera nación en convertirse a la fe, y por esto también sólo referiré aquellas costumbres que aun mantenían el uso y memoria cierta, dejando las que entre éstas estaban en disputa.

Qué precede a sus casamientos

"Las circunstancias que preceden a sus casamientos no son muchas. Desde que dan a luz sus hijos, ya piensan los padres en los futuros consortes; y desde que a los hijos apunta la luz de la razón, ya ellos también se toman este cuidado. Sus discursos son comúnmente éstos: aquél será tu marido; ésta será tu mujer. Mi esposo ha de ser aquél; aquélla ha de ser mi esposa. Y así acontece que muchas veces desde la niñez, ya están acordados los padres, parientes e hijos en los desposorios; y lo que es más, empiezan a tratarse con familiar llaneza, sin que ésta sea mal parecida, y con ser que este amigable trato pasa a juegos de mano, me llegó a asegurar una mujer de edad, juicio y cristiandad, que está tan contenida dentro de los términos de la honestidad, que ni aún les pasaba por el pensamiento el salir de ellos, y llegaban por lo común al tálamo sin conocerse. Gentil milagro. Ello era frase bastantemente repetida entre las mujeres: "mizi zaaden joale, teya, humcaidita jobá". No conozco otro varón, sino sólo a mi marido, y aunque esto bien pudiera juntarse con previo conocimiento, pero bastantemente lo excluye.

"Cuando no precede este convenio de voluntades, el joven pretendiente debe dar muestras de valor, principalmente cuando la pretendida es distinguida en sangre. Las primeras que dan, con darse varias heridas en los brazos, es ir con los mayores a caza de tigres y tomar dardo para acompañarlos en la guerra. Fuera de esto han de regalar no tanto a las esposas, cuanto a sus padres, con caballos, pieles, panales y animales de caza, para mirarlos siempre con derecho de compradas. Si los regalos llenan el deseo de los padres, la pretendida se ha de casar aunque no guste, y si no, no se casa por más que desee; bien que estos forzados ayuntamientos no son ordinarios."

Verdadero contrato

A estos pormenores que nos ofrece el Padre Canelas podemos agregar los que nos ofrece el Padre Bustillo. "En sus casamientos, nos dice este jesuíta, interviene verdadero contrato natural. Compran a la mujer por dos o cuatro caballos, con su silla o lomillos que es el aparejo de aquellas tierras, una lanza y a veces alguna otra cosa, pero son libres para rescindir, cuando quieren, el contrato, volviendo la mujer a sus padres o parientes, y tienen derecho

a recobrar lo que dieron por ella, si aún está en su ser. Si durante el referido contrato tuvieron hijos, al disolverse siguen y no se apartan de su madre, sin hacer caso de su padre, a quien miran por lo común como extraño.

Condiciones que reúne la esposa

"Para que una mujer sea aceptada por esposa debe estar instruída en todas las maniobras y quehaceres de las mujeres. Y finalmente debe decir que no quiere, cuando se le propone el casamiento, y hacer demostraciones de resistencia, por más que esté deseosísima de casarse. Tan medidas estaban en esto, que cuando después de bautizadas se les pedía el consentimiento para casarlos, respondían que no querían, y hasta que se les dijo que mientras no diesen el sí no se proseguiría el casamiento, no dejaron esta política: y con suma repugnancia daban su A, A, que es su sí, sí.

"Unos y otros deben estar libres de parentesco, de consanguinidad. Respétanlo tanto que sube su veneración hasta el quinto y sexto grado y extrañaban de tal suerte que entre los cristianos no hubiese este respeto, que se tuvo por mejor, no habiendo grave motivo mantenerlos en él. No así el parentesco de afinidad, pues miraban sin horror alguno el casarse uno a un mismo tiempo con dos hermanas. Los nobles no se juntan con consortes de menor graduación y mucho menos con gente plebeya: celando por extremo el decoro de sus familias. Tienen por tan vil el cautiverio que ni las personas de baja esfera se casarán fácilmente con cautivo. Ni el ser español vale, por lo que nada valen los cautivos. Sólo cuando se llega al punto del rescate valen los cautivos mucho, porque entra a valuarlos la codicia. Se ven sí algunos cambios de genios belicosos casados con chinas bien nacidas, porque sólo el valor puede habilitar su vileza. Por esto se encuentran entre ellos muchos cautivos españoles desesperados por casarse y casi desesperados de obtenerlo.

"Los indios plebeyos toman fácilmente mujer de otra nación: no así los nobles, porque colocan parte de su nobleza en no mezclarse con sangre extraña: y algunos se desdeñan de ella por buena que sea su calidad. Loando un indio noble su linaje, no produjo otra prueba de su nobleza que descender de solo mocobíes, sin que se divisase en toda su ascendencia sangre extraña. Tanto prevalecía en su juicio esta pureza. Y era indio en la realidad tal a quien nadie le disputaba su nobleza y todos le respetaban por ella.

Ideal femenino

"Lo que sumamente retrae a las mujeres de casarse con uno es, ser éste de genio enojadizo, porque aman sobremanera la paz con los maridos, como que es el único desahogo de sus fatigas. Se sujetarán a todos los afanes, pero no a los desabrimientos de un desapacible genio. Quieren tener en el esposo lo que en sí no logran: porque ellas son de genios inquietísimos; y si hay en un pueblo riñas, quienes las mueven son ellas; no obstante esto convierten toda esta su hiel para con otros, en miel para sus maridos. Los jóvenes pues de este genio viven forzado celibato, sin hallar quien los reciba por esposos, y cuando se ven algunos que andan sin lograr mujer, luego dicen: abelomatcaecó: será enojadizo. No obstante la fama de valiente suple la falta de buen genio y se sujetan a un natural enojadizo por lograr un marido valeroso, con-

tentas con respirar después de la vida penosa que les da el mal genio, con el aire que les da la fama del marido y con la indemnidad que les promete su valor.

El día de bodas

"Acordado finalmente el casamiento y llegado el día señalado, la parentela de la esposa, o espera en casa o va a la del esposo para que venga por la novia o para insistir en el no quiero fingido, hacen la deshecha de huir con ella a un bosque, adonde, o a la casa, van los parientes del novio y como a fuerza la toman con algazara y conducen a la casa del novio, siéntanla a su lado y acabó la fiesta. Todo queda hecho.

"Sus casas, antes de reducirse, eran sencillas por demás y un conjunto de ellas formaba pueblos o tolderías que ellos llaman niecá. Los disponían de suerte que había en el centro una como plaza, aunque no para ventas públicas, que no las tenían, sino para sus festejos y desahogo. Ese círculo es grande o pequeño según la mayor o menor cantidad de las familias que se juntan y a él se van agregando otros ranchos sin orden alguno.

"Las casas, toldos o ranchos, en su altura no sobrepasan la de un hombre, en su anchura la igualan, y en su largor la exceden. En este estrechísimo recinto se dan por desahogadamente acomodados padre, madre, hijos, hijas, abuelo, abuela y todos sus ajuares. Estos se reducen a un quijapi por persona. Raro es el que tiene dos. Seis piezas entre ollas, cántaros y platos. Unas árganas, una bolsilla en que tienen sus abalorios y algún hilo y conchast, algunas plumas, su recado de caballo, su arco y el dardo a la puerta. A esto se reducen sus haberes.

"Sus ranchos se componen de cuatro, seis u ocho palos delgados de seis a ocho palmos de largo, que por abajo fijan en la tierra y por arriba unos en otros; atraviesan de palo a palo unas barrillas, cargan sobre ellos paja o pieles, y he ahí concluída la gran fábrica, a que sus pequeñas puertas prohiben entrar sin hacerles profunda inclinación. Otros clavan los palos inclinados hacia el rumbo donde corre el viento, y sobre ellos cargan los cueros; múdase el viento y muda la casa de inclinación y aspecto. Varias veces nos sirvieron sus ranchos de veletas. Cuando mudan de sitio, que no es pocas veces, cargan con todo el puesto. Porque cada madre de familia en un solo caballo carga y lleva toda su casa, todo su ajuar, cuatro o cinco hijos y aun los perros si son pequeños. En una hora se deshace un pueblo. El día que se sale se deshace y el día que se llega ya queda hecho. Qué felicidad.

Crianza de los hijos

"En la crianza de los hijos, no tiene mucho lugar la educación, porque casi toda cuanta es se endereza a mantenerlos con salud y vida. Amanlos, y los cuidan con extremo, sacrificándose a su esmero, que no cede a trabajo alguno. Tiene este amor a sus hijos, mucho de temor a sus maridos porque cualquier falta de cuidados con ellos, la califican por desprecio propio. Porque es mi hijo, le tiran en la casa, no lo cuidaréis, y este dicho les hiere vivamente. No los dejan de sus regazos, noche y día, y se pasan noches seguidas sin dormir o sólo dormitando. No dejan brujo ni bruja que no consulten, ni reparan en deshacerse de cualquier

alhaja por pagarles la cura y asistencia. Y si el marido está ausente luego empiezan a lamentarse con un lúgubre canto: Su padre andará comiendo miel. Su padre estará comiendo fruta. Y a veces le hacen chasque, para que el miserable se abstenga y no mate desde seis u ocho leguas con lo que come a su hijo.

Vida y muerte

"Con este amor excesivo supo su barbaridad juntar una gran facilidad en matar sus hijos. Crueldad, a que no sólo les impulsa el rubor de haberlos antes de casados, o el temor de tenerlos de otros que los maridos, sino aun el solo afán de cargarlos por los caminos, o de criados en casa; y si ellos se mueren de suyo, hacen mil aspavientos y no cesan de llorarlos por muchos días. Conocí una a quien se le murió un hijuelo bautizado. Echóse a morir de sentimiento, y había antes echado dos al limbo, matándolos con sus propias manos.

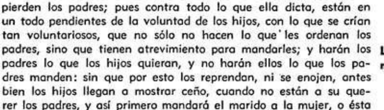
"Mas cuando no los matan recién nacidos, no los matan después de criados por algunos días. Supe esto con ocasión de pasar una gentil por el pueblo ya en días de parir. Porque reconociéndola en este estado una del pueblo, nueva pero celosa cristiana, vino muy afligida a decirme: Padre, ¿qué haremos que esta gentil está muy próxima del parto, y si prosigue su camino, seguramente matará la criatura luego que nazca; porque ésta era nuestra costumbre de los caminos? Díjele que la acariciase cuanto pudiese, y le ofreciese de mi parte el pueblo, y que no le faltaría buena y mucha carne que comer, todos los días, que quisiese detenerse. Con esto se quedó, luego parió, asistióla la nueva cristiana con todo cuidado, crió la criatura y después de días, me dijo: ya ahora, Padre, se puede ir, porque ya no la matará. No se bautizó, porque se volvía a sus tierras; pero Dios que tuvo esta providencia para que no perdiese la vida, también proveería lograse la de la gracia y se bautizase, como tantas otras se fueron bautizando después.

Costumbres infantiles

"Mientras que están en la infancia, si es varón, le ponen en la manecilla un arquito con su flechita, y cuando empieza a andar, la madre tomándole las manos le hace disparar. Y si es hembra le ponen un cantarito de cuatro dedos, con su hilo a la frentecilla, y cuando la madre va por agua con su cántaro, va ella con el suyo, y cargada de la madre, viene también ella cargando el agua que aun no bebe: empezando con la vida un oficio con que ha de cargar hasta la muerte. Por esto cuando grandes cargan con gusto arco y cántaro, porque desde la infancia empezaron a cargarlos por entretenimiento. Gran documento dan en esto poco en que su crianza muestra educación.

"Aunque usan de hamaquillas para sus chicuelos, pero por lo común duermen con ellos en una cama, y siendo esto tan expuesto a sofocarlos dormidos, no se oye entre ellos este acontecimiento. Así infantillos los pintan a su usanza, haciéndoles pasar por este martirio, para que no les falte lo que a sus ojos tanto les agracia. Hácenles a punta de espinas como de miniatura, sus puntos en los lagrimales, sus perrillas en las extremidades de los ojos, y entre las cejas, y con el tinte, que por las puntadas meten, quedan azulejas, y no poco les agracia; aumentando o disminu-

yendo estas pinturas por el rostro, según su mayor o menor gusto.



"Cuando apunta a los hijos el uso de la razón, parece que lo pierden los padres; pues contra todo lo que ella dicta, están en un todo pendientes de la voluntad de los hijos, con lo que se crían tan voluntariosos, que no sólo no hacen lo que les ordenan los padres, sino que tienen atrevimiento para mandarles; y harán los padres lo que los hijos quieran, y no harán ellos lo que los padres manden: sin que por esto los reprendan, ni se enojen, antes bien los hijos llegan a mostrar ceño, cuando no están a su querer los padres, y así primero mandará el marido a la mujer, o ésta a aquél alguna cosa que mandarla al hijo.



Los hijos dominan a sus padres

"Por esto cuando vieron que enseñábamos a los hijos el respeto, sujeción y obediencia que deben a los padres; y que hacíamos que les besasen las manos y les pidiesen la bendición; se alegraron, como si salieran de un cautiverio, y cooperaban tanto a su enseñanza, que por fuerza y a veces arrastrándolos los traían a la escuela. Mucho fué el fruto que se experimentó en los padres, por enseñar a los hijos su respeto. Esta falta de sujeción a los padres no se veía tanto en las mujeres como en los varones, pues aquéllas ayudan a las madres en los menesteres de casa, pero éstos a los padres sirven poco, y a las madres nada, y cuanto más van creciendo tanto más se van apartando de sus padres, y juntándose a quien quieren; en cuanto a las mujeres no dejan el lado de sus madres hasta que se casan.

"Cuando llegan a los doce años tienen gran cuidado las madres y mucho más las abuelas, de que los varones se hieran los brazos (lo que hacen con la espina del pescado que se dice raya, que es como antes se dijo a manera de una lutil) para que empiecen a dar muestras de su coraje y los padres cuando son algo mayores los hacen que se bañen en lo más riguroso del invierno para que se críen fuertes. A lo que se sujetan gustosos por lo mucho que valen por valientes. Algunas según la inclinación de los hijos les arrancan de raíz los cabellos desde la frente hasta la coronilla, formando como una entrada de dos dedos de ancho, y parece que se les extiende la frente hasta media cabeza, causa por que los españoles los llamaron frentones. También les arrancan el bozo, y pelos de la barba, y sustituyen en su lugar varias rayas unidas que las hacen a punta de espina como ya se ha dicho, y con el color que les meten, quedan con alguna apariencia de barbas.

Muestras de coraje

"Interin que se van criando les van imbuyendo en todas sus gentílicas creencias, imprimiéndoles un grande supersticioso horror a faltar a ellas con temor de mil males, confusamente concebidos y tenazmente creídos. En esta confusión los meten principalmente las abuelas y las brujas, como esposas del príncipe de las tinieblas y a esto se reduce la mala crianza de este miserable gentío.

"Criados de esta manera los hijos, así como es holgazana la vida del hombre, así es laboriosa la de las mujeres. Mientras jóvenes viven a su libertad, siendo solamente su gusto el móvil de sus operaciones. Si quieren salir a cazar, salen; si ir a la guerra,

Libertad de los hijos

van. Si no quieren, se quedan. Porque las palabras de los padres raras veces se pasan de indiferente insinuación; bien que comúnmente siguen de su voluntad a los padres adonde éstos vayan. Cuando toman mujer, no se intiman en mantener la familia tanto como obligación que les precise, cuanto como entretenimiento que les recree dejando cargar sobre la pobre mujer los mayores aprietos de esta obligación y así si amanecen ganas de cazar, van a la caza, si no ha de ir la mujer, aunque no tenga ganas. Otras veces les entra de golpe la flojedad y se están tres y más días recogidos en casa sin salir a nada y mientras que él se pasa sentado y tendido de barriga, todos los días que se le antoja; ha de andar la miserable mujer afanándose por el campo, para mantenerlo. A estos perezosos recogimientos llaman ellos "ncaametani", que quiere decir: estar sentado. Y cuando en este tiempo se les ordena algo, o se les convida para ir a alguna parte, se excusan con decir: "Nicaametani": estoy sentado: como si dijera: estoy muy ocupado. Y lo más bárbaro es, que como si produjera una grande razón, él se da y todos lo dan por muy legítimamente excusado. También cuando van a paseo, o a la guerra, no dejan provisión alguna para la familia, y queda la mujer con toda la precisión de mantenerla.

"Fuera de este grave peso, recarga sobre el frágil sexo, cuanto ocurre de servil y penoso, de modo que con nombre de esposas son verdaderamente nada más que esclavas. Desde que empiezan a andar, empiezan a servir, y a no ir creciendo la persuasión de que nacen para vivir con todo afán, fuera su vida una prolija muerte.

Esclavitud de las mujeres

Ellas han de ir por el agua, por leña, para hacer el fuego, cocer, servir la comida. Ellas han de ir a cavar las raíces para comer, a cazar animales pequeños, a coger fruta, a recoger la algarroba, ponerla en piguas y después irla acarreando a casa. Ellas han de hacer y servir la chicha en las borracheras. Ellas han de trasquilar, coger, beneficiar el chaguar, hilar, tejer, y pintar los hilados. Ocupación que la toma en lo más riguroso del verano, estando al mediodía con espaldas y cabeza descubiertas a los rayos del sol e inclinadas casi hasta la tierra porque tiene estaqueadas y casi pegadas al suelo los cueros que van pintando.

"Fuera de esto cuando los maridos han de salir al campo las más veces, han de ir ellas por la cabalgadura, y siempre ellas la han de enlomillar, tener la rienda, y dar el dardo para que monte. Y cuando vuelve con alguna caza, al punto han de ir a tener el caballo para que desmonte; y cuando éste va derechamente y se tiende a lo largo afectando cansancio o gravedad, ellas han de descargar la caza, y guardarla, han de desenlomillar la cabalgadura, manearla y echarla a pastar. Y estarán los hijos viendo a la madre en este afán y ni al tendido padre ni a la fatigada madre se les ofrece ordenar al hijo ayudarla.

En sus mudanzas

"Cuando mudan de una parte a otra la ranchería, parece increíble lo que hacen cargar a las mujeres, porque ellas han de llevar en solo su caballo todo lo que hay que trasportar. Hácenlo de esta suerte. Enlomillan su caballo con el recado ordinario; que es largo y totalmente extendido, cuyas caídas cubren todos los

lados de la cabalgadura. Ponen sobre este aparejo dos pares de árganas grandes de cuero de jabalí, en que llevan ollas, cántaros, platos y cuantas cosas menudas tienen. Por uno y otro lado acomodan los palos del rancho, los ijares y esteras, que abulta no poco. Hecho esto, monta la china y es necesaria no poca destreza para montar. Montada, va acomodando por los huecos los hijos, que no son de a caballo, y los perritos, que no pueden seguir por su pie. A veces llevan también un hijo por delante, y otro por detrás y si tiene alguno de pechos lo mete en una como bolsa abierta a lo largo que cuelga al pescuezo, y ya echa la bolsa con el hijuelo al pecho, ya a la espalda. Los pies no puede llevar colgando, estíralos hacia el pescuezo de la cabalgadura, y en esta incomodísima postura, toma la rienda y gobernándola con toda destreza camina cuatro y cinco leguas al trote. Una india en una bestia así cargada parece un carro.

Labor de las mujeres

"Quién no juzgará que resentidos sus huesos por tan largo camino en postura tan incómoda había de quedar incapaz de moverse; pero llegando al término, ella ha de descargar la bestia, formar el rancho, acomodar las cosas, y traer agua y leña para cocinar. Oficios todos, con que carga no sólo cuando de tiempo en tiempo mudan sus tolderías, sino aun todos los días, cuando andan cazando con sus maridos por las campañas y bosques. Esta es la vida que llevan estas miserables hasta la muerte, haciéndoselas llevadera la cerrada persuasión de que para esto nacieron. ¡Ah! si la creencia de que nacimos para servir a Dios nos hiciera tan llevadera la carga ligera de sus divinas leyes.

Los mocobíes usaban vestidos

"No ha desconocido tanto esta nación el rubor que no use de vestido. Usale, bien que expuestos a que padezca la honestidad sus desabrigos; porque como él se reduce a un solo cobertor abierto por un lado, de arriba abajo, ya al movimiento del cuerpo, ya al soplo del aire, expone el cuerpo. En la historia del Gran Chaco se dice que andan desnudos, pero el informante de aquellos tiempos debió haber padecido equivocación en la gran conmixtión de naciones que hubo entonces para la guerra. No ha andado ni anda desnuda esta nación, bien que dentro de casa se cubren en tiempo de calor, cuanto basta para no estar totalmente indecentes. Las mujeres están a veces poco más cubiertas que Eva, haciendo un pedazo de cuero o trapo el oficio de las hojas; los varones son menos escrupulosos que éstas en este punto, pues al calor algunos arrojan todo trapo y no tienen reparo en estar en casa delante de sus hijos como Noé después que se privó. Hablan sí desnudamente porque con sinceridad y sin rubor dan a cualquiera cosa su propio nombre.

A qué se reduce el vestido

"Todo su vestido se reduce a cueros cosidos unos con otros, y forman una manta no cuadrada del todo. Doblan un lado sobre el otro, y en el medio de arriba, tomando una y otra hoja, se echan un nudo, con lo que entre el nudo y el doblez, queda lo que basta para meter la cabeza, y un brazo, sacan el otro por debajo del nudo, el cual viene a quedar sobre el hombro, y ellos quedan vestidos, y con los brazos libres para cualquiera acción. Cuando quieren abrigar los brazos tiran el vestido hacia arriba y

meten dentro el brazo que quedaba fuera; y agarrando con una mano los dos lados para que no vayan abriendo, quedan bien abrigados. Cuando sienten calor, dejan que el viento vuele el vestido, y que el cuerpo vaya al aire."

Vestido común de las mujeres

Esta descripción es del Padre Canelas. Otro misionero, el Padre Antonio Bustillo escribía que "su vestido ordinario en los hombres es una piel de nutrias o de gamas, que a manera de manta doblada, y atada por una punta, se la mete por la cabeza por la parte superior del hombro derecho, e inferior del izquierdo, con que cubren la caja, o lo más del cuerpo, dejando siempre desnudos y libres los brazos."

"En las mujeres, escribe el mismo misionero, es la misma piel doblada, que ceñida por medio del cuerpo cubre toda su parte inferior de él, y dejan al aire toda la superior. Suelen algunas veces cubrir el medio cuerpo arriba con otra piel, que a modo de mantilla, o capotillo de mujer europea, ponen a los hombros. Sus viudas a más del referido vestido cubren su cabeza, y cara con un velo claro como red basta y ordinaria."

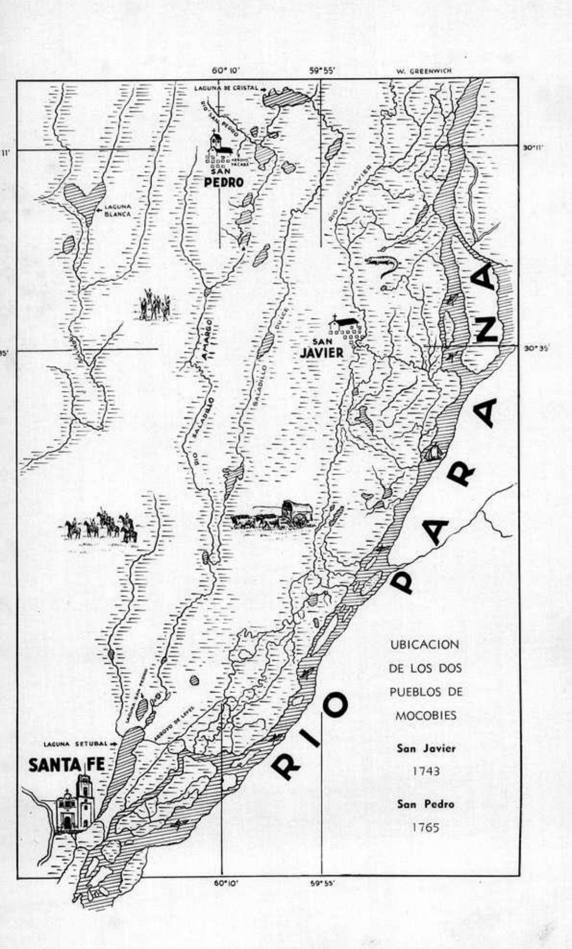
Mayores y más preciosos son los datos que nos ofrece el Padre Canelas sobre la indumentaria femenina:

"Las mujeres se ciñen a la cintura; dejando a veces para desembarazo, caer hacia abajo la parte de arriba, llevando sin rubor descubierto el cuerpo, la cintura arriba; y otras veces se cubren con ella como con mantilla. Siempre llevan su interior resguarde a medio cuerpo, lo que no hacen los varones, para no descuidar totalmente la honestidad. Estos vestidos que comúnmente se dicen "quijapis", y ellos llaman "lilaló", son de cueros de tigres, leones, gamas y otros animales. Cúrtenlos o ablándanlos, o con grasa, o a estrujones. Quedan suaves pero hediondos, bien que en la continuación de llevarlos pierden la hediondez, su fastidio.

Para defenderse contra el frío

"Para el invierno hacen sus "lilalós" de pieles de nutria, las que fueron muy apreciadas en Europa por su pelo. Ya se intentó enviar una gran porción, pero la polilla en la detención del embarque frustró el intento. Es animal pequeño de dos o tres palmos, críanse en lagunas y se cazan con flechas. Tienen dos pelos, una segunda al cutis como pelusa, y otro que por entre éste sobresale. Ambos suaves, pero aquél más que éste. Parece una vicuña, y, según oí decir a un práctico, muy parecido al castor. Su color es más oscuro, que el de la vicuña. Los talan y estaquean e igualados los cosen con chaguar muy delgado y fuerte. Por la parte que no tienen pelo, los pintan las chinas con el agua de las astillas de un palo que ponen en infusión y que da un color entre morado y colorado que con el tiempo tira a negro. Gastan en cada lilaló ya 100, ya 200, ya más o menos cueros; porque algunos los hacen dobles con el pelo por dentro y fuera, y éstos calientan con exceso.

"Cuando no son dobles, o por hermosura, o por mayor abrigo, antes de doblarlo de arriba abajo, doblan media vara la parte superior, luego lo doblan de arriba abajo, dejando aquel otro doblez hacia afuera; con lo que queda el lilaló con una como cenefa en la parte superior que adorna y juntamente abriga. Algunos usan



UBICACION

DE LOS DOS

PUEBLOS DE

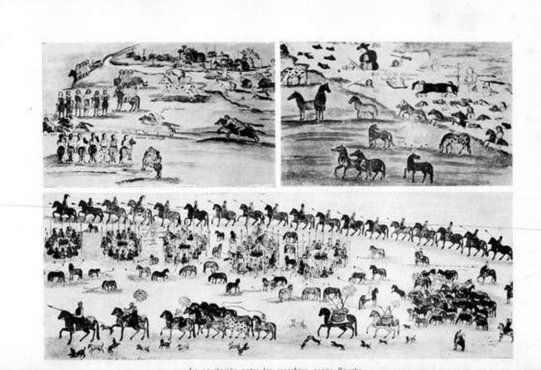
MOCOBIES

San Javier

1743

San Pedro

1765



La equitación entre los mocobíes, según Baucke.

dos lilalós, uno sobre otro, pero se los ponen de diversa suerte; porque el que va abajo o pegado al cuerpo puesto en la forma dicha, se lo ciñen en la cintura, y también no lo cinchan; y el que va encima se lo visten a manera de pluvial, o capa de coro, no con el nudo sobre el hombro, como queda el de abajo, sino con el nudo al pecho. Verdaderamente como que se ponen graves y parecen ancianos del Antiguo Testamento. Este género de vestido tiene la bella cualidad de servir a todos y para todo. Hoy sale con él el marido; mañana la mujer; al otro día, el hijo, conforme les antoja; con el nudo es vestido, sin el nudo es manta, es alfombra, es cortina, es techo en las casas, es lo que quieren.

Los "lilalós"

"Por lo común no usaban en sus tierras defensa alguna contra los ardores del sol, dándose por sobradamente socorridos sus duros cascos, con sus gruesas y engrasadas cabelleras. Decían los soldados españoles que no envidiaban al indio, sino su cabeza, y otra cosa, porque ni aquélla se resiente a los rayos del sol de todo el día, ni ésta al trote largo de día y de noche, cuando ellos yendo en blandos cojinillos, los que no usa el indio, sino un duro aparejo, se lastiman y aun llagan, y el indio después de trotar días y noches queda indemne. Después que en la guerra tomaron sombreros a los españoles los usaban más por gala que por necesidad; y se agradaron tanto de ellos que le basta a un indio para andar echando piernas, el ir con sombrero encasquetado; aunque en lo demás fuese hecho un puro andrajo.

"En sus fiestas añaden a estos ordinarios vestidos algunas plumas de varios colores, que distribuyen por brazos, hombros, cintura, rodillas, y pies, eligiendo las más largas para prehenderlas en su enredada cabellera, o para formar de ellas una especie de guirnaldas con que se coronan. Algunos usan unos capacetes brillantemente tejidos, y matizados de plumas de loro. Son preciosos. Otros se agujerean con espina de raya, que es como una pequeña y sutil sierra, el labio de abajo hacia la barba, y el de arriba hacia la nariz, y aun la ternilla de ésta, y por los agujeros meten pequeñas plumas. Adorno ideado de la presunción de aparecer hermosos, y de la ambición de aparecer valientes. Tratando de flojo a un indio gentil, viejo de buen humor, sacó al punto, sin podérselo estorbar, una de esas espinas, traspasóse a mi vista ambos labios, metióse luego unas plumas, y untándose los brazos con la sangre, que de las heridas brotaba, repetía: "Mizca ayím acalolgaec; ajím conogdac, ajím conogdac". Quería decir: No soy yo flojo; yo valiente, yo valiente. El alcanzó ser tenido por un valiente bárbaro.

Tatuaje del rostro

"Envíjanse, y esto no es más que untarse o mancharse los rostros y brazos con color negro y colorado, con lo que quedan poco menos que horrorosos que los diablos. Si logran algunos pedazos de metal amarillo, o plata, se los atan a la frente y cuello, y al modo que hacen en su lilaló o vestido. Echan también zarcillos a las orejas, que se abren desde pequeños, y collares al cuello de abalorios de vidrio y de pedazos de concha redondeados. A los caballos atan plumas y ponen jáquimas vistosas, las que después que lograron ovejas, tejen de lana teñida de colorado o amarillo,

con cordones de lo mismo en vez de riendas. Las flautas que tocan, las adornan, y a las que son de cuero les echan por encima un curioso tejido que esmaltado con pedazos de concha y abalorios, no luce poco. Llévanlas colgado al cuello o al nudo.

Adorno de las mujeres

"Las mujeres reducen todo su adorno a llevar descubierto todo el pecho, en cuya viva carne hacen desde tiernas varias y bien formadas labores a punto de ciertas espinas, hinchendo los agujerillos de una tinta negra que tira a azul. Costoso adorno por el dolor e hinchazón que padecen encerradas por cerca de un mes: sufriendo el estar por 30 días monstruosas para quedar a sólo su parecer hermosas. Píntanse también a este modo el rostro y brazos, unas más, otras menos, según lo que a cada una le representa más o menos hermosa la propia fantasía. Abrense también las orejas para sus pendientes, agujero que van agrandando con meterlo un pedazo de madera ligera cada vez mayor, el que llegan a hacer capaz de que por él entre y salga una bala aun mayor que de truco. Por lo común es pequeño, y en él cuelgan sus zarcillos; y cuando es grande tienen su misma grandeza por adorno y gala.

"Al cuello cuelgan cuantos collares de conchas y abalorios logran, los que a dos a dos dedos tienen pendientes cuantos pedazos de metal lucido logran; y de la parte inferior cuelga lo mejor. De las vecinillas y otras piezas de plata y metal amarillo, y cobre, que toman sus maridos a los españoles en la guerra, hacen todos estos colgajos, que vienen a valer muchos pesos y pesar muchas libras, que se les aligera el deseo de bien parecer. Nutren y untan con grasa sus cabellos, teniendo a gala el echar un mechón por un lado y otro por otro, dejando colgar por atrás el engrasado resto. Con esto quedan estas Medusas en su juicio Raqueles.

Cómo andan las brujas

"Las que corren por brujas colocan en su desaliño su adorno, en su deformidad su hermosura, y en su honor su respeto. Esposas propias del diablo engreídas en su propia monstruosidad. No hay otras ni más sucias, ni más hediondas, ni más horrorosas. Su cabellera grasienta y enredada; sus orejas colgando hasta los hombros, sus rostros mugrientos y renegridos; sus brazos dos tizones; sus vestidos viejos y despedazados. Así se muestran en público, haciendo gala de todo este horror; siendo lo más admirable, el que con tantos detractivos se concilian una pavorosa y casi común veneración.

"Estos son los adornos o galas de esta nación; con éstos se dan por tan hermosamente ataviados como un cortesano o dama con la preciosidad de sus preseas. No necesitan de muchos adornos para envanecerse, una pluma que echan a la cabeza, un trapo colorado que aten al cuello basta para que un indio, sucio y andrajoso en lo demás, se vaya pavoneando como un pavo, cuando arma la cola. Sucede muchas veces darle al indio el misionero un retazo pequeño, aunque sea de solo dos dedos, de algún género de color vivo; prehendérselo luego en el sombrero, o al cuello, y salir tan contento y envanecido como pudiera una dama con su preciosa joya. Es verdaderamente grande la inclinación a cual-

quier especie de adorno, y en las mujeres es excesiva. Nació una criatura con dos pedazos de carne, que le pendían un poco más abajo de las orejas, que tenían la misma figura de unos pendientes, que a la sazón se usaba en el pueblo, habidos de los españoles; y no hallamos a qué atribuirlo sino a la madre, porque era de las más presumidas y dadas a adornarse. Cortáronsele a la raíz, mas quedó para memoria señalado de suyo el lugar de donde nacieron. Juntan con toda esta vana propensión un descuido grande en lavarse, sin hacer asco de andar con un dedo de mugre, lo que llega a tal exceso a las veces, que parecen negras y no indias. Rara fantasía, que se paga a un tiempo del adorno y del desaliño.

Sus alimentos

"Contenta su desnudez con tan poco abrigo, y su vanidad con tan viles abalorios, al paso que no se satisface su voluntad con cuanto come, no aspira por condimento su apetito. La voracidad de este gentío retarda su creencia, aun a la vista. He visto indio, después de haber comido, cargar un espetón de carne fría, e ir por el camino a caballo dándose al espetón todo el día. Otro observé en campaña estar toda una mañana comiendo hasta mediodía sin cesar si no por brevísimos intervalos. Una noche pusieron entre catorce doce asadores al fuego, ensartados en ellos otras doce capiguaras, que son como cochinos medianos y en medio de los asadores una o dos grandes ollas, que llenaron de pedazos grandes de la misma carne sin quitarle aún el pelo, que es poco menos áspero que las cerdas. Pensaba que en este bosque de asadores preparaban cena y comida para el próximo día; pero tanto tardé en desengañarme cuanto éstos tardaron, que fué poco, en asarlos, cocerlos y acabárselos. Quedé maravillado, pero a la media noche pasó la admiración a pasmo. Acabada la cena pusieron otra vez al fuego seis capiguaras en otros tantos asadores, y se echaron a dormir. Hube de velar por ver en qué paraban las seis capiguaras. Estas seis, como las doce o catorce con las cocidas, pararon después del primer sueño, que echaron, en sus barrigas; y a la mañana ya todas estaban digeridas. A tanto llega su voracidad.

Son insaciables en el comer

"Después de reducidos a pueblo, nunca los pudimos reducir a que no acabasen en dos o tres días lo que se les daba para toda la semana. No pueden contenerse; mientras tienen comen y nunca se hartan de comer. A las instancias, que se les hacía, para que reservasen carne para los demás días, respondían que así como eran valientes en comer, eran también valientes contra el hambre. En parte decían la verdad, porque sufren y aguantan días sin comer, pero en gran parte les mentía su voracidad; porque cuando les faltaba comida andaban melancólicos, y se pasaban echados de barriga todo el día; y además confesaban después de reducidos a pueblo, que las hambres largas que padecieron en sus tierras en tiempo de lluvias, por no poder cazar, les movieron en gran parte a reducirse por ofrecérseles el mantenerlos.

"Hija de la voracidad es el ansia con que comen. Arrebátanseles potencias y sentidos, y parece que hasta con los ojos quieren tragarse lo que comen. Entre otras vi una vez un indio, con un grueso de carne en la mano, todo transportado con él, clavándole

dientes y ojos por todas partes, lamiéndolo con tal ahinco y relamiéndose los labios con tal gusto, que no me hubiera admirado, si le hubiera visto hacer diligencias por tragárselo. Duró la función un largo rato y ni una ojeada le vi echar a otra parte.

"De esta impaciente voracidad nace el no aguardar a cocer el alimento, y comérselo medio crudo, de lo que sólo referiré dos efectos admirables. Uno arrojó a fuerza de purgantes una bola de carne, por afuera con color de cruda y fresca, y adentro agusanada. Otro echó un pelotón de maíz, algunos de ellos brotados en el vientre. Ambos a dos se iban consumiendo con el terrible empacho hasta que se conoció y curó; y muchas de las enfermedades que padecen, juzgo que no son, sino empachos arraigados. He querido sacarle este defecto a esta nación, para que a su vista resalte la virtud a que llegó, y en la contraposición de uno y otro resplandezca más el poder de Dios.

Comen además con ansia

"Esta nación, siendo como hemos visto, tan brutalmente voraz, llegó después que recibió la fe, no sólo a abrazar sin repugnancia los ayunos y abstinencias que impone Nuestra Madre la Iglesia, sino también a aficionarse a ellos, de manera que aun los días de sola abstinencia de carne, ayunaban voluntaria y rigurosamente, y dispensados y avisados varias veces, que no estaban obligados a dejar la carne, por no haber a la sazón otra cosa que darles de comer, primero se condenaban a pasar todo el día o con sólo algún leve desayuno, o sin comer totalmente antes que admitir la dispensación de comer carne. A esto llegaron con grande gloria de Dios y confusión de muchos, criados a los pechos de la Iglesia.

Aceptan los ayunos eclesiásticos

"Unos decían: "si por andar corriendo potros nos pasamos a veces sin comer; ¿por qué no nos pasaremos un día o dos por observar lo que Nuestro Padre nos manda? Término tierno, con que comúnmente llaman a Dios. Otros, fuera de los días obligatorios, ya por la Virgen, ya por San Javier su Patrón; y era menester ir a la mano, para templar el fervor. Mujer hubo que llegó a pasarse dos y tres días sin comer, y habiéndosele mandado que no ayunase sin pedir licencia; venía a la puerta a pedirla, y aunque se le negaba, persistía por más de una hora llorando porque no se le concedía. Estas lágrimas y estos fervores endulzan los trabajos que en su instrucción se padecen.

La carne más apetecida

"Sustentábanse de la caza de los animales arriba expresados; ninguna carne apetecen más que la de tigre, y aun gustando muchísimo de la carne de vaca que no lograban en sus tierras y confesando algunos que por sólo comerlas se venían al pueblo, de lo que se valía Dios para reducirlos, con todo no pocos la dejaban por comer la de tigre; persuadidos de que por ser de una fiera de tanto coraje, con ella se sustentaba el cuerpo y acrecentaba el valor. Carne humana nunca han comido, por uso, ni mataban para comerla, bien que en las guerras comían algunos por venganza y golosina de aquellos más valerosos a quienes mataban, si a su valor acompañaba la gordura. Y decían que es carne dulce y suave. Toda carne la comen o solamente cocida en agua, lo que llaman "nebotec" o asada sobre masas inmediatamente, lo que dicen "ncoic", o en asador de palo, que dicen "nazeguec". Y con ser

que algunas son hediondas y desabridas, no usan de condimento alguno, porque tienen ellos en su voracidad cuanto encontramos nosotros de gusto en las especies. Tal vez hacían sal de vidriera, que más ennegrece que sala la comida, mas por lo ordinario comían aún sin este condimento. Por esto tienen observado aún entre animales de una misma especie que los de un color son más o menos sabrosos que los de otro.

Su delicado paladar

"Díjome uno por que nos elegía las vacas de cierto color, que ahora no se ocurre cual era, por ser éstas de carne más sabrosa; y respondiéndole que cuando están gordas tan sabrosas son las unas como las otras, replicó que como nosotros comemos siempre con sal, no distinguíamos cuales eran de suyo más gustosas, pero que ellos que comen sin ella, ni otro condimento tienen conocido, que las de este color que son de mejor sabor. Después que en el pueblo se les daba sal, la echaban a la comida, y gustaban tanto de ella, que se la comían sola, lamiéndose la mano en que la tenían. Sucedió echarle a un chicuelo en la boca un terrón de azúcar y arrojarlo; echarle uno de sal y saborearse con él. Les es provechosísima. No lavan la carne para cocerla, aun con pelo, como antes dije. No distinguen sus paladares entre sebo y grasa; igualmente les gusta y comen uno y otro. Vilos varias veces con sus escudillas de sebo al lado, mojándose en él el asado, que comían. En tiempo de ají verde, que comúnmente se dice "cumbari", y ellos llaman "itimagdaze", que quiere decir el picante, y en realidad lo es más que ninguna otra especia, lo comen molido juntamente con la carne. Otro condimento no usan, ni tampoco de otra especie de guiso.

Otros alimentos

"Las raíces las comen cocidas en el agua y el maíz lo comen cociendo o tostando al fuego la mazorca. La algarroba o la mascan o la muelen con agua para comerla de esta asquerosa manera. Siéntanse con una vasija en medio; en que está la algarroba así molida; y otra vasija al lado o fuente vacía. Van tomándola con conchas, bébense el caldo y prosiguen chupando y masticando el resto; sacan con la mano las heces y las van poniendo en la vasija vacía. Hasta aquí son limpios. Acaban de comer y chupar la algarroba del primer plato, apártanlo y ponen en medio el de las heces, échanle agua, revuélvenlas con las conchas, y las vuelven al lugar o bocas de donde salieron, y en que las apuran hasta no dejar jugo alguno en ellas, sin tener asco alguno.

La miel y los gusanillos

"La miel la comen o beben, estilándola del panal o metiendo éste en la boca lo mascan o chupan la miel. También comen los gusanillos o hijuelos, como ellos dicen, que se crían en los canutillos de que forman algunas abejas su panal. Estos son como una muy delicada mantequilla; y aun en el día de mayor calor se conservan fresquísimos. Comen también langostas, las crecidas, ensartándolas en alguna barrilla sutil y así tostadas las comen. Las chicas, antes que vuelen las echan enteritas en una olla al fuego con poca agua. Todas se hacen una mantequilla, realmente gustosa y suave; y así se vengan bien de las mangas de langostas, porque si éstas les comen los frutos, ellos les comen sus hijos. Sucedióme que entrando en algunos de sus ranchos en tiempo que

Comen las langostas

estaba el pueblo muy falto de alimentos, vi estas sartas y ollas de langostas al fuego y quedé traspasado de compasión, pensando que la necesidad les reducía a comerlos. Estando después de vuelta en mi rancho revolviendo estos compasivos pensamientos, entró un indio y reconociéndome contristado me preguntó la causa. Díjele cómo no me he de contristar pues acabo de ver con mis ojos, que la necesidad en que nos hallamos ha reducido a mis hijos a comer langostas. El se sonrió y díjome: Padre, las langostas son comidas nuestras y bien nos gustan, y así el comerlas no es tanto por necesidad cuanto por gusto. Vine después a entender que las grandes son su comida, y las chicas su regalo.

"A sólo esto se reducía todo el sustento y regalo que tenían en su gentilidad. Después de puestos en pueblo, aunque se hicieron a comer otras cosas como pescado, pan que antes no comían, pero nunca se redujeron a varios guisos, aunque hubiese con qué hacerlos, bien que gustaban mucho de comerlos. El apetito que les entró al pan fué increíble, siendo ellos golosísimos, mostraban gustarle más que la miel; no reparaban en dar por pan cualquiera cosa suya, y después que los españoles les daban pan por dientes de yacaré, casi los consumieron, pues apenas se encontraba uno, cuando antes se encontraban a pares.

Su gusto por el pan

"De un pan de media libra hacía veinte rebanadas o más, sutiles como unas hostias, y no sólo los chicos sino aun los grandes y entre éstos y aun los nobles, los recibían con mil ansias y agradecimientos, como si les repartiesen panes enteros. De este apetito al pan, se originó el ingeniarse ellos a hacer pan de cebada, y les salía tan negro, duro y desabrido, que sólo su apetito podía arrostrar con él, y sólo su calor digerirlos. Venció este apetito su gran flojedad y se aplicaron a hacer chacras de trigo y nos instaban porque hiciésemos atahonas en el pueblo a fin de satisfacer el grande gusto de comerlo. Para ganar a chicos y grandes la voluntad, no había cosa como el pan. Y no obstante este tan exorbitante apetito, sucedíame muchas veces y cada vez con mayor admiración dejar pedazos de pan sobre la mesa, salirme a propósito fuera, dejando muchacho en el aposento, y no haber ni una sola vez tomado un solo mendrugo de pan. Admirable cosa no írsele a un muchacho la mano a lo que le arrebataba todo el corazón. Bebidas usuales no tienen otra que el agua, y distinguen entre unas y otras propiedades que otros no perciben. El agua que ellos califican por buena seguramente se puede tomar sin recelo. No deja de ser cosa muy singular, tener un gusto tan tosco para la comida y tan delicado para la bebida. La chicha no es usual, pues sólo a sus tiempos la beben, como después diremos.

Bebidas usuales

"No obstante que la mayor parte de su vida pasa este gentío en suma ociosidad, vagueando de rancho en rancho, o de ranchería en ranchería, tienen no obstante algunas ocupaciones que sólo se las impone a cada uno el gusto propio o la necesidad. Una de éstas es el hacer sus armas, y por lo común cada uno se hace las suyas. Las armas que usan son dardos, arco de flecha, y de macana. Ya dije que del "etareguec" hacen sus dardos, por ser madera, por su peso y fortaleza la más apta para el efecto. El tra-

Diversas ocupaciones

bajo en hacerlos, siendo muy prolijo por falta de instrumentos, ellos se lo hacen llevadero con alzar mano de él, cuando les da la gana, y así el perfeccionar un dardo es obra de muchos meses.

Hacen sus armas de combate

"Todo aquel leño que cuando más delgado tendrá un palmo de diámetro, lo van adelgazando a fuego y raspándolo, con pedazos de conchas quebradas por el mayor filo y así tiénenla hasta que lo dejan en aquel grosor, que lo hacen manejable; y lo ponen tan liso y derecho, como si fuera a torno. No le calzan en la punta, ni yerro ni hueso agudo, sino solamente lo aguzan y sin más que con su aguda punta, hieren, rompen, penetran y traspasan la fiera o enemigo que acometen, sin que a su violencia se resista totalmente ni el hueso más sólido ni los coletos dobles de cuero que usan en sus peleas. Su grosor es de una pulgada casi hasta la punta, donde es menos. El largor es de cinco a seis varas españolas.

Uso del dardo

"El modo con que lo agarran y juegan es diverso del de otras naciones. La abipona lo agarra largo, esto es casi en el principio con el puño de la derecha hacia arriba, y el de la izquierda hacia abajo. Algo arriesga en el bamboleo el tiro. El mocobí al contrario tómalo en medio con el puño de la derecha hacia abajo, y el de la izquierda hacia arriba, con lo que quita el bamboleo, y penetra más porque lleva mayor fuerza. De modo que el abipón huye el cuerpo al enemigo, tirando de asegurar más la persona que el tiro, porque como toma el dardo de la punta no se acerca ni entra tanto al enemigo. Mas el mocobí, como lo toma del medio, se le acerca, y la entra más, no huyendo el cuerpo, y tirando a asegurar más el tiro que su persona: en lo que se conoce la excelencia de su valor, y mejoría de su coraje. Después que comerciaron con los españoles, usan muchas mojarras de hierro, que penetran con más facilidad el brazo la falta de sus fuerzas. Por lo común no despiden el dardo, ni lo dejan de la mano, sino en el caso que urja el coraje y se imposibilita el acercarse.

Las macanas

"Las macanas son siempre de madera pesadísima, su largor de una vara, su grosor como un brazo, con una grande porra en la punta, o bola cortada por medio, no añadida sino de una pieza con el resto. Llévanla o metida entre el cuerpo, y en el cinto, o colgada de él. Usanla o cuando les falta el dardo, o no lo pueden jugar, o tienen al enemigo en tierra para acabar con él matándole; porque con un porrazo de ella quiebran cascos y huesos.

Cómo hacen los arcos y flechas

"El arco lo hacen de cualquier leño fuerte, y sólo flexible a grande fuerza para que lleve más violento impulso la flecha. Armado y templado con la cuerda apenas dista ésta en el centro tres dedos del arco. Pero para disparar la flecha, tiran con tanta fuerza la cuerda, que la hacen distar del arco más de dos palmos, y sale la flecha como una bala. El largor del arco es por lo común de vara y media, o seis palmos. Las flechas las hacen de diversas maderas poco menos largas que el arco; si la madera es fuerte aguzan solamente sus puntas, dejándolas ya lisas solamente y agudas, y ya con muescas. En otras calzan una punta de hueso, o de una caña muy fuerte, y algo venenosa. No usan, como otras naciones, untarlas con veneno.

"La destreza en jugar sus armas es verdaderamente grande. Cuando pelean parece que sus cuerpos son de más coyunturas de las que tienen, según lo doblegan, inclinan y mueven a todas partes. No se paran en un lugar un momento, y si por sus venas corriera azogue en vez de sangre, no fuera más acelerado su movimiento. Con la velocidad que se acercan, se alejan; ya van, ya retroceden; ahora se hacen de un lado, luego al otro, ya se levantan en alto, ya se cosen con la tierra, ahora inclinan el cuerpo, al punto lo enderezan. Y en tan diverso continuo movimiento no dejan el arco, o dardo de la mano, al mismo tiempo apuntan, disparan, y emplean con acierto sus flechas. Corren con el dardo hacia uno, y lo encajan a otro. Verdaderamente que con esta singular destreza queda contrapesada la ventaja de las armas españolas.

Su gran destreza en el manejo de las armas

"Decía uno a un español: yo no me admiro que vosotros hagáis buenos tiros con la escopeta, porque cuando tiráis, vosotros estáis quietos, y también están quietas las cosas a que tiráis, y si éstas se mueven vosotros no os movéis al apuntar. Seguro estoy que no habéis de acertar si yo me pusiera a tiro porque ni un avestruz se moviera con tanta velocidad como yo, cuando me apuntarais estando yo en un lugar, al disparar ya yo estuviera en otro, y la bala se os fuera por el aire. Esto dijo, más provocando a la prueba no le dictó su prudencia el exponerse a ella.

"Ya no se hace admirable el acertar a un blanco fijo, estando ellos parados. No obstante vimos una vez entre otras tirar de gran distancia a una lonja de cuero que no tenía de ancho sino cuatro dedos y de largo algo más de un palmo; los primeros fueron clavando sus flechas en él, tanto que lo cubrieron, y los últimos no quedándoles ya espacio en el blanco, iban clavando las suyas sobre las primeras. No hubieran tantos acertado con escopetas, cuantos dieron en el blanco con las flechas.

Otra ocupación: la caza

"Su segunda ocupación es cazar. Los instrumentos de caza son sus armas. A éstas añaden otra que es un palo a manera de lanza; al que en su punta meten un hueso agudo con su muesca que entra y sale, y queda prehendida a un hilo fuerte atado al palo. Hacen esto para que clavado el hueso en el animal que hieren, y detenido de la muesca, salga el palo del hueso, y como prendido a él del hilo, lo lleva arrastrando, y así logran que se enrede más fácilmente en cualquier árbol, matorral o pajonal, y detenga la caza, y también el evitar los cimbrones que diera con él principalmente en el agua, si lo tuviera fijo al cuerpo con riesgo del que se echara al agua para agarrar el palo, y sacar fuera la caza.

"Vi en una ocasión este divertido pasaje. Nadaba por medio de una grande laguna un caimán, y sin sacar fuera del agua sino como un dedo del lomo, que parecía un leño que bogaba por el agua. Los indios no tenían la dicha arma sino sólo sus lanzas. Uno de ellos se resolvió a tirarle desde la orilla con su lanza, que tenía una grande mojarra de hierro, y lo hizo con tal destreza y acierto, que estando bien distante, le metió en el cuerpo toda la mojarra, la que se encajó en sus huesos de tal suerte que no se

desprendió por más que tiraba el caimán a desprenderse de él. Era de ver los violentos cimbrones que daba a todas partes, y la violencia con que a los saltos y brincos que daba, azotaba el agua con el dardo.

"Pero fué mucho más digno de verse y admirarse, el coraje, con que arrojando el vestido se echó al agua a tomar el dardo, y tirarlo a tierra; y la destreza y suma celeridad con que nadando evitaba los cimbrones, que daba a todas partes el enfurecido animal; hasta que después de largo rato, tomó al cabo la lanza y tirándole de ella con una mano, y nadando con la otra, lo sacó a tierra. Estaba tan arrabiado de dolor, que por largo espacio de tiempo no se rindió a los palos que le dieron. Al cabo, a golpes se adormeció su furor y rindió la vida.

Caza de caimanes

"Con este instrumento cazan los animales que están en agua, y verdaderamente lo hacen con primor, y suma destreza; y cuando al verse heridos, huyen con el palo, andan tras él nadando como peces sin cansarse hasta que lo toman, y sacan a tierra, no necesitando de perros de agua porque éstos no les exceden a ellos. Tienen sí un modo singular de cazar caimanes, cuando éstos están en el agua. Meten los dedos en la boca y hacen un cierto sonido que mete al caimán en grande cólera; y se viene hacia ellos sacando fuera del agua su horrorosa cabeza, en ademán de quererlos tragar. Mas no sale del agua, ni acomete, ni huye, ni muestra temor, antes bien, cuando se le tira con algo se irrita más y queda como suspendido de su misma cabeza en un mismo lugar, sin moverse de él, ni esconder en el agua la cabeza.

"Cuando lo ven montado en esta cólera y obstinada presunción, le tiran el lazo a enlazarlo de la cabeza; y aunque repitan los tiros, por errado los primeros y aunque los lazos le den en la cabeza o cuerpo, no por esto huye, antes bien persiste inmoble como despreciando los tiros. Aciértanle, queda enlazado, y cuando se siente tirar hacia la orilla, aquí es la furia: salta y se azota contra el agua como pudiera un demonio, y lo que lo tienen en tierra lo acaban a palos. Ya hablé del valor y modo con que cazan los tigres. En la caza de otras fieras y animales usan también sus bolas, que tiran, y juegan con gran destreza, o a pie o a caballo. Las bolas constan de tres ramales fuertes: cada uno tiene en una de sus extremidades una piedra redonda aforrada en cuero; las otras tres puntas las unen y atan entre sí. Agarran un ramal de la piedra retobada, y quedan colgando dos: boléanlas como una honda, y se las tiran a los pies del animal, enredándosele, para, y lo atrapan. De este modo también enlazan potros y yeguas, corriendo a toda carrera tras ellos.

Con el lazo

"No es de omitir, porque es de imitar, la legalidad que usan entre sí cuando concurren a cazar. Al primero que hirió la caza, sea de la calidad que fuere, le dan a escoger lo que más quiere de ella, sin que ninguno, aunque sea cacique, le quite este derecho. Y aun sucede, que si huyó la caza ya herida, y otro después la encuentra, y sabe quién la hirió, o le da aviso, o se la trae, como cosa totalmente suya. También cuando se juntan muchos para ir a cazar por algunos días, todos van sujetos a aquel que primero con-

vidó para ella, aunque éste sea joven, y los demás ancianos; yendo todos sin réplica al lugar que él quiere, saliendo todos los días a la hora que él señale, y volviéndose al pueblo cuando él determina. Verdaderamente que me admiraba de la alegre y ciega prontitud con que están a su voluntad. Llámanlos "dabegcataquac" que quiere decir el que lleva o tira.

Conocían pocos juegos

"Parece que a la ociosidad de su vida había de acompañar una grande inclinación al juego, pero no ha sido así.

"Pocos son los juegos que han tenido. El más célebre ha sido el de los puñetes, que con más razón se puede llamar duelo o pelea: porque o se desafían dos solos, o una parte de la ranchería con la otra para apuñetearse. Provócanse con las cornetas, y a su sonido salen de sus ranchos con grande algazara, y formándose en dos filas contrarias, empiezan a apuñetearse con gran barbaridad, pero también con gran destreza, la que consiste y muestran en tirar a herirse los rostros y cabezas, y evitar en éstos los golpes. No se ven ciertamente mejores entradas y escapes en la esgrima de diestros espadachines, que las que se ven en el juego de sus brazos y flexión de sus cuerpos para herir o defenderse.

El "box" salvaje

"Cuando de otras tolderías vienen muchos de paseo a una y hace luna clara, luego les provocan al puñeteo con las cornetas, y entonces lo toman con más bárbaro ardor pasándose en él toda la noche o cuanto dura la luna. Muchos quedan desmayados y totalmente sin sentido por largas horas, y mucho más hinchados y ensangrentados los ojos y rostros, porque los puñetes van de veras y con toda la vehemencia de su bárbaro coraje y brutales fuerzas. Yo me admiraba cómo algunos no quedaban muertos, pues de distancia de trescientos pasos llegábamos a oír el sonido de los golpes. Desde niños los enseñan y provocan a apuñetearse, y es cierto que es de ver dos de ellos en el empeño. Por fin tiene este juego de bueno el amaestrarse para la guerra.

Carreras de caballos

"Otra diversión que tienen es el correr sus caballos apostando algo de sus pocos haberes. No los largan a que ellos corran, sino que montan en ellos solamente en pelo, y con el freno y habiéndolos antes vareado a fuertes latigazos, los parean y al dar la señal rompen juntos, sin cesar de azotarlos hasta el término que es a veces de tres millas. Con ser que van a todo correr, jamás peligran, porque su destreza les hace salir salvos, aunque el caballo ruede y caiga, y se haga pedazos, como tal vez sucede.

"Juegan también a la pelota con unas grandes bolas y para su desembarazo arrojan todo vestido.

Otro juego singular

"Tienen finalmente otro que juegan con una macanilla. Toman cada uno su macanilla de una punta, corre con ella dándole vueltas al aire y la arroja de punta sobre el suelo, para que vaya dándose vuelta de punta en punta. El que con la punta toca más veces y lo hace ir más lejos, gana. A éstos se reducen sus juegos.

"Son de naturaleza muy sanos y robustos, y como ni les afligen cuidados, ni fatigan trabajos, ni estragan sus estómagos diversidad de condimentos en su comida, se mantienen a pesar de los años en grande robustez y sanidad. Un mocobí de ochenta años parece lo que un español de sesenta. Viven mucho y sin que

les corte el hilo de la vida otra enfermedad que la vejez, alcanzando hasta la tercera y cuarta generación. A una vieja que daba algunas noticias antiguas de cosas presenciadas por ella le ajusté ciento treinta años de edad. Ya no andaba por su pie, pero montada por sus tataranietos a caballo, a todos se adelantaba en la marcha. A otra su mucha edad y amor que nos tenía, le dió autoridad para llamarnos hijos, y no pocas veces nos repetía: Tened lástima de mí, que yo soy vuestra abuela. Divierta la lección este pasaje.

A los 130 años

"Había un viejo y una vieja catecúmenos, él mucho más que ella. Entrósele al viejo casarse con la vieja, y tanto importunó que obligó a que se le representase su pretensión a la vieja. Esta la rechazó; mas el viejo era padre del cacique fundador del pueblo, que dió en que se diese gusto a su anciano padre; se le volvió a instar a la vieja. Esta segura de la dificultad del cumplimiento puso esta célebre condición: "Yo, dijo, echaré a correr, y si él me alcanzare, me casaré con él, pero si no me alcanza, que cese de pretenderme." El cacique aceptó la condición, pareólos, hizo que rompiese primero la vieja, y luego el viejo que, dándole alas el amor que tenía a la vieja, corrió o voló tras ella y la alcanzó. Viéndose la vieja alcanzada, dió al cacique la palabra, quien los trajo a que mostrasen su consentimiento al cura. Este los catequizó, bautizó y casó poniéndole al viejo por nombre Simón y Ana a la vieja. Aunque sin sucesión vivieron casados bastantes años y aun no sé si la vieja ha muerto. Con tan robusta agilidad vencen la pesadez de la edad.

Carrera de viejos

"Fuera de las pestes y viruelas, pocas son las enfermedades que padecen y a no ser tanta su voracidad, fueran por ventura ningunas. Padecen empachos que los consumen y reducen a estado que más parecen éticos que empachados. Esto por la experiencia lo sabemos. Padecen también diviesos, y un solo indio llega a tener a un tiempo el cuerpo sembrado de ellos. Provenidos así éstos como los empachos de que ni su voracidad les pone término en el comer ni les permite tiempo para cocer el alimento. Padecen violentos encendimientos de la sangre que con sudores o sangrías luego pasan. Raros padecen corrimientos y dolores de cabeza, porque por los diviesos y con la chicha y con las hambres que padecen a tiempos, se purga mucho la naturaleza. Otras enfermedades casi no se experimentan en ellos, pues algunas que parecían diviesos en los accidentes, al cabo se declararon empachos.

Existían pocas enfermedades

"Las pestes y viruelas hacen estrago horrible en las rancherías, de modo que la arrasan y quedan varias cubiertas de cadáveres sin más moradores que los perros y los patos. Discurriendo con don Francisco Chitalín, famoso cacique y uno de los principales del pueblo, sobre la causa de la gran disminución de su nación mocobí, no juzgaba otra que el fatal estrago de las pestes y refería que la última que padecieron por los años de 18 o 20 de este siglo, según el cómputo que formamos, asoló de tal suerte sus tolderías, que pocas quedaron con gente y muchas ya con seis, ya con ocho y ya con ninguna familia. Y a la verdad es de creer, según los bárbaros desmanes que hacen, pues decían que estando con las viruelas y

Las pestes y viruelas

cuando apuraban las calenturas, se arrojaban al agua con lo que reconcentrándose el calor, acababa con ellos. Algunos quieren atribuir la disminución de algunas de estas naciones a las guerras habidas entre sí y con el español, pero quién sabe cuán pocos han sido los que mataron los españoles y que no son muchos los que unos a otros se mataron, no entrará en este juicio y antes la atribuirá a las pestes que a las guerras.

Sus médicos: los brujos y las brujas

"Los médicos de esta nación son los brujos o brujas. Médicos que con embustes, engaños y amenazas, más que con medicinas, logran toda aceptación y respeto. Su cura se reduce a chupar la parte dolorida, pero cuando hay herida, llaga y más si es de animal venenoso, bien se cuidan de no chupar en ella. Hacen esta operación con mil misterios, mil embustes, mil meneos y con los labios forman tal sonido que se oye bien lejos. Ellos dejan todo el mal en el cuerpo del doliente y se salen con lo mejor de sus bienes, porque nada se les reserva y ellos echan mano de lo que más les gusta. Los tenían tan impuestos en pagar la cura que cuando nosotros les aplicábamos cualquier remedio, luego querían darnos la mejor alhaja del enfermo, y quedaban asombrados de que no les recibiésemos.

"Cuando el mal no cedía a su chupar, ni el tiempo, ni la misma naturaleza obraba en su favor, luego salían con que un brujo o una bruja de tal parte lo malificaba, con que sus parientes ausentes comerían cosas dañosas al enfermo y embrollaban de tal suerte las cosas que el enfermo quedaba sin salud y ellos con su fama y su paga asegurada.

Las sangrías

"Usaban también el sangrarse, pero con toda esta brutalidad. Donde quiera que les doliese, allí se tajeaban aún a sí mismos y otras veces allí mismo se metían repetidas veces la espina de la raya, que, como ya se ha dicho, es como una aguda sierra, y al sacarla para reiterar la operación, levantaba bien alto el pellejo y la carne y salía al cabo con gran dolor rasgándola y rompiéndola. Martirio sin provecho, a que se sujetaban sin horror y que no les sacaba sino alguna sangraja. Cuando nosotros les hacíamos sangrar en las venas, se oponían diciendo que para qué les sangrásemos donde no les dolía, y querían que sólo se les sangrase donde sentían el dolor. Pero después que experimentaron así el provecho como la suavidad con que se sangra, a cada paso venían a que les hiciesen sangrar y aun los chicuelos extendían sus brazos sin miedo alguno.

Cómo curan las heridas

"Las heridas las curan con sólo atarlas, como también las quebraduras de huesos, y tienen una carnadura tan sana que en breve sueldan y poco se hinchan; y aun he llegado a ver un indio rasguñado de un tigre, cuyas uñas son venenosas, sanar de ellas sin la más leve hinchazón. A un gentil traspasó un español en una guerra de costado a costado sobre el pecho, mas sin penetrar a lo interior. Pasó por nuestro pueblo después de tres o cuatro días de herido sólo ceñido por una faja, y preguntando por él para curarlo, se encontró bañándose en el río, como un sano. La herida era grande y pudiéndose haber pasmado con el intempestivo baño, él sin más, sanó perfectamente de ella. Aún más, a las tres horas

de sangrado un indio en el brazo, lo vi hacheando madera, sin echar una gota de sangre a tan fuerte movimiento, y con la herida, como él decía, ya cerrada.

"En sus enfermedades están todos a la voluntad del enfermo, si no quiere comer, nadie le insta, y sin advertir en ello muere antes de la hambre que de la enfermedad. Adoperan brujos y brujas algunas yerbas medicinales, pero si el efecto no es instantáneo las arrojan. Mucho costó hacerles mantener o repetir un medicamento. Ni gustan de muchos; uno que se les dé, se lo aplican por un rato, lo tiran y no insisten más, esperando de aquella breve aplicación el efecto, bien que si a los tres o cuatro días no lo hay, piden otro. El desvelo y sentimiento y compasión de los enfermos es tanto, que más parece afectado que verdadero.

Otra ocupación: el emborracharse

"Pudiera contarse entre sus ocupaciones, por una de las más precisas, la borrachera, porque en el tiempo largo que para ella se toman, toda una ocupación es beber. Gastan en ella gran parte del año, y lo ocuparan todo si en todos tiempos tuvieran de qué hacer la chicha. Su inclinación a ella es verdaderamente imponderable, y a quien no la ha conocido se le haría un misterio el cómo a una propensión tan exorbitante le falta providencia, para reservar de qué hacerla en todos tiempos y venerar en ésta su falta de providencia la gran Providencia de Dios que reservó estos intervalos de juicio para la introducción de su conocimiento, porque en tiempo de chicha no hay que hablarles de Dios.

Cómo hacen sus bebidas

"Al brebaje con que se embriagan llaman "latagá". Hácenlo de algarroba molida o de panales de miel, que ponen con agua en cántaros grandes, o en noques de pieles. No le dan punto subido, o porque para esto se requiere más tiempo y no sufre dilaciones su apetito, o porque experimentan algunos malos efectos como vehementes dolores de vientre y de cabeza. Y en verdad, que un fuerte dolor de ésta le arrancó a un catecúmeno la envejecida costumbre de beberla. De donde es que el embriagarse no lo causa tanto la fortaleza, que es poco, cuanto la abundancia que es excesiva. El gusto que tiene es desabridísimo, y no obstante les sabe con extremo. Es rarísimo el varón que no la tome y es rara la mujer que la bebe. Tal cual vieja o bruja suele tomarla.

Epoca de las borracheras

"El tiempo en que la toman es todo aquel que dura la miel y la algarroba. El modo es éste: convídanse unos a otros, aunque sean de diversos pueblos. Júntanse en uno; están en él ocho días bebiendo y luego pasan a otro donde se detienen otro tanto, y a veces quince días, y van así repasando muchos. Para beberla o siéntanse alrededor del noque o puestos en un círculo las chinas se la van sirviendo en unos grandes mates que contendrán poco menos que un no pequeño frasco. De cada noque tocará a cada circunstante cinco mates. Acábase un noque y quedan tan serenos como si no hubieran tomado sino un sorbo. Acabado un noque emprenden otro, y ya se les empieza a alegrar los cascos. Pasan a otro rancho, rodean uno y ya se les trastornan las cabezas; al cuarto ya están calientes, y al quinto por lo común furiosos, con que tienen dentro el calor de 25 mates.

"Cuando comienzan a calentarse, comienzan ya a zaherirse

Cuando están borrachos pelean y luchan

con picantes dichos, y como han logrado un acumen singular para éstos, se hieren unos a otros sensiblemente, y entran en tal furor que cuando las chinas se descuidan alguna vez en esconderles las lanzas, en lo que rara vez faltan, por lo mucho que les cuesta, que no es menos que la vida; unos a otros se hieren y matan como perros, y algunos poseídos y arrebatados de furiosa locura, ya a pie, ya a caballo, vanse por los ranchos tirando dardazos a cualquiera persona que encuentran y lanzeando aún a los mismos ranchos. Cuando no encuentran sus armas, válense de sus puños, amoqueteándose fuertemente, ensangriéntanse, y al otro día aparecen con los rostros bien hinchados. La grita que en éstos meten es de demonios. Cuando ya les faltan las fuerzas y están tales que con un dedo se voltea el uno al otro, entran las chinas o los que no han bebido, los apartan y llevan a sus ranchos.

Afectos diversos

"Aquí es de ver la diversidad de afectos con que quedan. Unos tristes, otros en gran silencio, otros sollozando, otros llorando, otros dando alaridos, otros cantando lúgubremente.. Y por el contrario, otros alegres y riéndose a solas, otros hablando por los codos, otros enfurecidos y brotando mil amenazas y otros jactándose de valientes y dentro de poco quedan todos tendidos por los suelos, en un silencio y sueño profundísimo, arrojando dormidos, por la orina, cuanto despiertos habían metido por la boca, y esto en tanto exceso que al otro día aparece tan bañado el pueblo, que parece que aquella noche le ha llovido. Al siguiente día, vuélvense a la boca función que en cada pueblo continúan como dije, ya por ocho, ya por quince días. En esto es tan poco lo que comen que casi con sola la chicha se mantienen y, no obstante, les es tan provechosa, por lo que con ella se purgan, que acabadas las borracheras, se engordan y remozan.

Contra los españoles

"Este tiempo de las borracheras era el tiempo más fatal para los españoles, porque en él se sentenciaban a muerte y perdimiento de bienes. Sucedía que cuando se iban calentando con la chicha y empezaban a tirarse dichos, los españoles eran la común materia de ellos. Salía uno: "sí que yo he muerto tantos españoles y vos ninguno". Salía otro: "yo sí soy el más valiente, pues tengo más plumas en mi lanza que vosotros". "Sí, le tiraba otro, más plumas tenéis porque por cualquier chico o mujer que mates, echas plumas a tu lanza; yo sí que no echo plumas sino cuando mato hombres, y no siempre, sino sólo cuando mato a los que son valerosísimos como yo." A este modo se zaherían, y con el sentimiento se provocaban a ir contra los españoles a ver cuál salía con mayor y mejor despojo, y acabadas las borracheras cada uno de los muchos desafiados hacía gente, y unos tiraban por un rumbo, otros por otro, a ver cuál mataba más españoles y quién les hacía mayores daños.

"Después de catecúmenos sucedían en sus borracheras algunos pasajes, que no son de omitirse, por lo que tienen de gracia, respeto y sumisión. Hincábanse de rodillas cuando nos encontraban, siendo así, que estando en su juicio no pasaban de la demostración ordinaria de respeto. Pedían llorando lo que se les ofrecía, y no faltó quien después de borracho viniese a pedir licencia para

beber uno o dos mates más de chicha. Cuando sabíamos que estaban furiosos con armas o sin ellas, y entrábamos a apartarlos y sosegarlos, jamás nos perdieron el respeto, ni tardaban en sujetársenos, y andando entre lanzas y cuchillos nunca nos hirieron, aunque por herir a otros, nos pasaban por los hombros y lados sus cuchillos. La mayor resistencia a nuestras palabras consistía en decirnos: "Padre, ten compasión de mí, déjame matar a éste que me ha herido en el corazón con sus malas palabras", y llorando a gritos, algo forcejeaban por herir al ofensor, mas luego se sujetaban e íbamos agarrando de uno a uno a los más furiosos y llevándolos a sus respectivos ranchos echámosles agua fría en los cascos y los acostábamos sobre un cuero, poniendo de centinelas a las chinas, para que los contuviesen si otra vez les venía la furia y el enojo. Pasada la borrachera se acordaban de cuanto habían dicho y de cuantas amenazas habían fulminado, mantenían sus sentimientos y procuraban poner en obra cuanto furiosos habían determinado.

Respeto al misionero aun cuando borrachos

"La tercera ocupación es la guerra. Tómanlo con sumo ardor, propendiendo a ella su espíritu belicoso, como que en ella libra la vida su defensa, la venganza su desahogo, y la propia estimación la gloria mayor, a que ellos aspiran. La cautela con que se portan en la guerra, es casi ninguna, porque descubre en ella su entendimiento algún miedo que deslustra el valor. Hacen gala de meterse en los peligros y vanidad de no temer la muerte. Y así cuando acometen se arrojan con la presunción de ser para ellos tan glorioso el matar como el morir. Por esto, decía un valeroso cautivo español, que el mocobí una vez que acomete, no huye porque entra ciegamente resuelto a morir o a matar; cuando el abipón apunta con el ojo al enemigo, y mira con el otro, por dónde puede huir. Ha sucedido estar unos con otros resueltos a darse batalla, ver los unos que los otros traían por auxiliares a algunos mocobíes, y bastar esto para desistir del acontecimiento. Tanto se hacen temer con su impertérrito valor.

Sus guerras

"Allégase a esto la gran fidelidad que guardan con los que convocan en su auxilio, peleando en su favor contra sus padres y hermanos, si acaso los encuentran auxiliando al contrario; cuando se ha visto en otros que aflojan en la pelea cuando ven parientes suyos en el opuesto bando; lo que ellos sumamente vituperan, porque tienen por mejor negarse a dar auxilio, cuando al contrario favorecen sus allegados, que una vez concedido, faltarle en el ardor de la pelea, por atender a ellos. Oíle decir a uno, cuando vamos a dar batalla, no echamos los ojos, como los abipones, a ver si hay parientes nuestros, sino que acometemos cerradamente, resueltos a salir con gloria y sacar triunfante a quien auxiliamos, y después que hicieron las paces con los españoles, que les auxiliaban en las guerras, dieron repetidos nobles sentimientos de ésta su loable legalidad.

Fidelidad en sus alianzas

"El modo u orden que observan en sus guerras es éste. En primer lugar no guerrean por lo común, principalmente con el español, sino a traición. Porque como al principio aprendían en sus armas mayores ventajas de las que tienen, no osaban acometer sino

Estrategia mocobí

solamente de improviso. Mas después que en la poca destreza de manejarlos, experimentaron vana su ventaja, ya se atrevían a tomárselas con ellos cara a cara y cuerpo a cuerpo. Antes pues de asaltar cualquier lugar o pueblo, envían cuatro o seis bomberos a explorar el sitio, y todas sus entradas y salidas. Estos o van por entre bosques y pajonales para no ser vistos, o si por precisión han de ir por campañas rasas descubiertas, caminan sólo de noche, o de día en sus cabalgaduras se ocultan extendiéndose por sus lados de tal suerte y haciéndolos caminar a tal paso, que quien ve los caballos sueltos en que van, piensan que son caballos que van paseando y pastando por el campo. Lo que aun cuando muchos juntos lo hacen con tal arte, que varias veces han pensado los españoles ser tropillas de caballos, que andan por la campaña, y no los han conocido hasta que los han tenido casi sobre sí.

Labor de espionaje

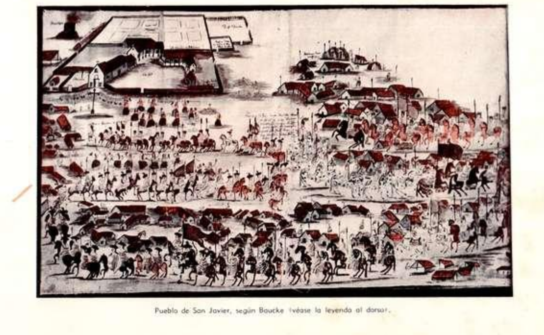
"De esta manera caminan días y meses, y cuando están cerca de las poblaciones dejan escondidos sus caballos en algún bosque, pajonal o valle, y desde allí ya inclinados, y por tierra arrastrándose, van al poblado una y muchas noches hasta que lo registran a su satisfacción y quedan totalmente prácticos del lugar. Entonces vuelven con la misma cautela con que fueron, y llegan a sus tolderías al mes y a veces al medio año. Hecha esta diligencia, disponen la salida y salen a su tiempo, llevando por cabeza a aquel que excitó y convidó para la guerra, que por lo común es algún cacique.

"En la marcha no llevan orden, porque como van con la precisión de buscarse cada día su comida, cada uno va por donde juzga que lo encontrará. Todos sí, mas cada uno por su rumbo, van a parar adonde determina el comandante. En el real o reales, que comúnmente ponen en lugar, de donde no pueden ser descubiertos, no usan centinelas; manean sus caballos, comen lo que tienen y se tienden a dormir a pierna suelta y sin temor alguno, con los dardos clavados en tierra junto a sí. Las jornadas que hacen son muy cortas, porque contemplan en sus cabalgaduras, que son muy pocas, reservando las más alentadas y generosas para el asalto y su regreso. Y así a lo más caminan al día cuatro o cinco leguas.

Cómo hacen sus asaltos

"Cuando ya están cercanos al lugar de la acometida se encastillan en el lugar más apto para no ser vistos ni sentidos. Explóranle de nuevo, y a cosa hecha dan su asalto. Si ven que no será fácil, el salir tras ellos en su seguimiento, dan al romper el día, y si reconocen comodidad en ser seguidos, lo dan al entrar el sol, para que la obscuridad de la noche retarde su seguimiento y puedan ellos huir a su salvo con la presa, sin ser vistos los rumbos por donde se retiran.

"Antes de salir al asalto, si tienen comodidad para hacer su chicha, se acaloran con ella, se envijan con manchas negras y coloradas, los rostros y brazos, deparándose otros tantos monstruos del infierno. Montan en sus caballos, salen con tiento hasta estar cercanos, y cuando ya están sobre el lugar que han de acometer, sofrenándolos los varean a fuertes latigazos al mismo tiempo, con lo que están saltando, y como por romper por el aire, lárganles



Pueblo de San Javier, según Baucke (véase la leyenda al dorso).

Pueblo de San Javier

Por las leyendas que se encuentran en esta lámina sabemos que representa una parada militar en San Javier, con ocasión de la fiesta de San Francisco Javier. Era la llamada "Compañía blanca" por ser todos los caballos de ese color, a excepción de los de los oficiales y portaestandartes que iban en caballos de color. Nos dicen además las leyendas que en el ángulo superior izquierdo se encontraba el horno y el secadero de ladrillos. A los lados de la iglesia se hallaba el cementerio y el patio principal. Detrás de la iglesia estaba la sacristía y a continuación las habitaciones de los Padres. Las otras tres alas de edificio fueron otrora iglesia y morada de los misioneros, pero en 1767 eran los talleres del pueblo. Lo más cercano a la pared era el taller de hilados y tejidos. Al fondo de todo, la huerta de los Padres y a la derecha el matadero (corral mayor) y secadero de pieles (corral menor). Las habitaciones más cercanas a estos corrales eran de los indios que no estaban aún bautizados. Entre la cruz y la iglesia están apostados los niños y niñas para contemplar el desfile militar y en dos grupos las mujeres del pueblo vivando a sus esposos e hijos. Las habitaciones del extremo inferior derecho son también de indios catecúmenos.

entonces las riendas y dando ellos formidables alaridos, rompen como furias infernales. Al grito, al estrépito y a la furia, todos se consternan, y unos a caballo y otros con pie en tierra a lanzazos, flechazos y macanazos, entran matando y destrozando cuanto encuentran. Hacen el pillaje que pueden cargar, cautivan los que no quieren matar, otros al mismo tiempo se echan sobre las caballadas si los hay. En una hora todo está hecho y se vuelven picando el paso cuanto les es posible, caminando a su casi iniguantable trote noche y día, y si temen que vengan en su seguimiento, caminan dos y tres días con sus noches sin parar ni a dormir, ni a comer, hasta llegar a distancia y lugar donde se juzgan salvos.

Preparación y fin

"Por esto sucedía que por más prisa que se diesen los españoles en salir tras ellos, rara vez los alcanzaban. Y como en éstas sus retiradas huyen a los pajonales grandes, van dispersos y hacen varias guiñadas, no era, sino muy difícil dar con su rastro, y por él, seguirlos, y así después de andar varios días en seguimiento suyo se volvían aun sin poder hallarles el rastro. En estos improvisos asaltos poco es el daño, porque siempre tratan de asaltar de repente.

Burlan a los españoles

"Otras veces salen sin ánimo de asaltar población alguna, sino sólo de tomar los ganados que pacen por el campo o están en los potreros, bien que si encuentran alguno de los contrarios, le quitan la vida, para que no dé aviso. Para esto no se juntan muchos, sino que van solamente como doce o catorce. Mas estas pequeñas gavillas, como más frecuentes, han hecho más daño que los trozos grandes de indios y han destruído las copiosas haciendas de los españoles.

"Otras veces iban a asaltar en los caminos, emboscándose cerca de ellos, y asaltaban a los caminantes cuando iban desarmados, o eran inferiores a ellos, o estaban dormidos o los veían descuidados, tirando siempre a asegurar el lance, y como entre los españoles hubo mucha falta de vigilancia y prevención, los estragos que en haciendas y vidas hicieron fueron también muchos. A los principios de las guerras no se atrevían a acometer a las carreterías cuando iban caminando, pero sí cuando paraban, porque el chillido que dan los ejes cuando no estaban bien encebados, les hacía aprender un no sé qué, que sumamente les acobardaba; pero cuando paraban, no chillaban, se imaginaba dormido aquello que temían, y las asaltaban con estrago grande; pero después que dieron en lo que era, o por propia experiencia, o por relación de los cautivos españoles que aprisionaban, se atrevían a ellas aun cuando iban marchando.

Salteadores de caminos

"Mas cuando en estos asaltos repentinos encontraban resistencia al mismo darlos, eran fáciles de huir, o en contenerse, porque no iban con la pretensión o ánimo de pelear. Y así sucede no pocas veces, que uno o dos o más que saliesen prontos a resistirles, principalmente si llevaban escopetas, ni doce indios se atrevían contra uno solo de ellos. Y así en una ocasión, uno solo con su escopeta en la mano, sin dispararla, sino con sólo estar apuntando ya a uno ya a otro de doces indios, que iba a acometer

Ante el enemigo

su carretería, los hizo huir sin que se atreviesen a acometer. Mas después que fueron experimentando lo mucho que erraban con las escopetas por ser los más inexpertos en su manejo, les perdieron mucho el miedo, los provocaban a disparar, y lo que disparaban les entraban con su dardo y traspasaban.

"Refirióme un valiente indio que en una acometida quedó solo con un español armado de escopeta y dos pistolas, sin que distasen el uno del otro más que ocho o diez pasos. Que con la ligereza que acostumbran hacía la deshecha de irle a acometer con su dardo, por irle haciendo disparar sus armas, y cuando ya le obligó a dispararlas todas sin que le acertase un tiro, sin darle más lugar le entró y cosió contra la tierra con su dardo. No obstante no a pocos burló el atrevimiento fundado en la poca destreza del español, porque se las tomaron con algunos que no erraban tiro. Sucedió este célebre pasaje:

"Estaban los indios a la una banda de un profundo río y los españoles detenidos en la otra sin poder pasarlo. Uno de los indios empezó con desvergüenzas a burlarse de ellos yendo de corrida hasta cerca del agua y dándoles el trasero descubierto. Entró en cólera uno de ellos y púsose con su escopeta a punto, esperándolo a que volviera a reiterar su burla, volvió y le apuntó y disparó con tal acierto que le metió la bala en el mismo orificio, y quedó el desvergonzado indio, como un pez tirado en la ribera, dando vuelcos hasta que rindió su miserable espíritu. Algo cubre o excusa la relación de este hecho la destreza.

Con el español

"Este era de modo ordinario con que ellos guerrean entre sí, y con que persiguieron a los españoles y destruyeron sus haciendas; y así cuando divisaban españoles armados, que o los esperaban o venían hacia ellos, al punto huían y sólo cuando los alcanzaban echaban pie a tierra para pelear, por ser excesivo el temor que tenían de las escopetas, pero después que experimentaron el poco daño que con ellos recibían y perdido el miedo se atrevían a hacerles frente y ponerse a pelear con ellos. Unas veces cuando divisaban ejércitos de españoles que marchaban contra ellos se emboscaban en algún bosque vecino al preciso paso y dando de improviso sobre ellos con sus alaridos infernales se iban formando, los desordenaban, peleaban y salían con más daño dado que recibido. Otras veces cuando el sitio no permitía embosque o cuando un vengativo coraje más los estimulaba, iban al encuentro o esperaban al enemigo español en el lugar cómodo a la pelea, y escaramuceando por delante de él en sus caballos vareados y llenando el aire de alaridos, y los ánimos españoles de temor, desmontaban con celeridad y acometían con sus dardos y flechas, como pudieran acometer unos demonios.

"Confesaba un soldado español muy belicoso y que en Europa se había hallado en varias guerras y encuentros, que jamás se había visto tan sobresaltado al temor al disparo de artillería y arcabuces, como cuando veía acometer a estos bárbaros, sentía sus alaridos y admiraba la celeridad pasmosa con que entraban en la pelea. No obstante, en estos encuentros, previstos, no salían tan victoriosos los bárbaros.

Las luchas de los indios entre sí

"En la guerra que se hacían unos a otros, como no había desigualdad en las armas, era otro modo de acometer; unas veces peleaban en lugar determinado por ambas bandas. Otras veces el de un bando esperaba cerca de su ranchería al contrario, por el lugar por donde juzgaba que había de acometer, y otras veces también sin previo aviso se asaltaban en sus tolderías. El modo de formarse para la pelea, es ponerse cada bando en una sola fila. El cacique principal el primero y luego sus hermanos y parientes. Luego toda la parentela, y así van alargando la fila según la familia. De modo que ninguno pone a su bando a otro por valeroso que sea, si no es pariente suyo, porque dicen que el extraño por valiente que sea puede o no defender con ardor al del lado, o desampararlo y dejarlo solo entre sus enemigos, pero que el pariente nunca desampara y tira siempre a defender a los de su propia sangre como que les duele verla derramada.

"Puesto pues en dos filas, empiezan los más ancianos y comúnmente los que tienen fama de grandes hechiceros, a pasearse por delante de las filas animándoles a la pelea, ya cantando lúgubremente, ya sólo recitando y lo que éstos acaban hacen también los caciques principales sus razonamientos y cierto que producen motivos muy al caso, y con gracia y agudeza. Referiré substancia de uno que yo mismo oí, con ocasión de venir un trozo de abipones contra el pueblo y estar los mocobíes ya formados esperando el acontecimiento.

"Comandaba a todos los del pueblo un indio de pocos años, pero de mucho valor y cristiandad, llamado Domingo Nevédagnac, de quien se hará después memoria a su gran mérito. Escogió el primer lugar para tomárselas con el principal del bando contrario que entre ellos se llamaba Devayacaiquin y entre los españoles el petizo, por serlo en realidad. Seguíanle al indio Domingo sus allegados y casi todos eran jóvenes que no se habían visto en semejantes encuentros. Revolvióse pues a ellos y con gran desembarazo entre otras cosas, que les dijo para alentarlos, produjo éstas:

Arenga mocobí

"Ni me digáis, que no podéis dejar de temer, pues ésta es la primera vez que los más de vosotros tomáis los dardos para pelear con hombres, porque esto mismo os debe animar y obligar a echar todo temor, pues ya que hasta ahora no habéis hecho acción digna de hombres y que os haga famosos, ahora se os ofrece ocasión de hacerla y quedar con fama de valerosos. Y por fin, no tenéis que temer al que viene contra nuestro pueblo; no, yo ya tengo medido su valor, y es menor de lo que se dice. A él lo llaman en español petizo, y lo es en realidad. Pues, creedme que del tamaño del cuerpo es su valor." Así acabó su razonamiento, y si yo no lo hubiera oído por ventura, difícilmente hubiera creído que un indio hiciese un tan concertado, eficaz y agudo razonamiento como el que hizo.

"Exhortados a la pelea empiezan a flecharse y, poco a poco, conforme se les van acabando las flechas se van acercando y al cabo se acometen con los dardos. Siempre hay algunos que van a propósito a solo ver el encuentro, y cuando han caído algunos pocos, toca a ellos apartarlos y pacificarlos como también el re-

coger los heridos y muertos, oficio que hacen también las chinas cuando por acaso se hallan presentes, quienes por lo común están escondidas con los chicos en los bosques cercanos.

"Para estas peleas no todos usan de los dobles coletos de cuero a manera de dalmáticas no tan anchos ni largos de que antes hablé: porque algunos tienen este resguardo por estorbo y otros por timidez. Acabada la pelea, los vencedores cortan las cabezas o los cascos con toda la cabellera de aquellos más famosos que, con mayor furor pelearon y fueron muertos, cayendo enteros o destrozados los cuerpos en el campo de batalla, y cargan con ellos para celebrar en sus pueblos el triunfo que es en este modo:

Al volver del combate

"Al entrar en sus rancherías elevan las dichas cabezas en la punta de los dardos, y salen las brujas y viejas, unas con sus tambores, otras con sus porongos, otras sin nada, y todas doblegando a uno y otro lado el cuerpo, alzando y bajando los brazos, gritando y dándose al mismo tiempo con las palmas de las manos en la boca, y diciendo en más lúgubres que festivos tonos mil vituperios a los vencidos y otros tantos loores a los vencedores. Clavan luego unos palos y suspenden en ellos las cabezas, y al otro día o después clavan dos pasando un lazo de uno a otro, y en el lazo las cuelgan. Todos los días del triunfo que prolongan, según su gusto, hasta un mes, van las viejas con toda la chusma con sus instrumentos músicos, y haciendo los meneos y ademanes dichos van dando vueltas alrededor de las cabezas, luego las descuelgan, cógenlas las viejas de los cabellos y con ellas en las manos con grande gritería pasean por todo el pueblo y vuelven finalmente a colgarlas.

Los heridos

"Mientras se ocupan en esta celebridad el mujeriego, si es tiempo de chicha, los varones celebran el triunfo dándose a los noques y emborrachándose a su placer. Mas los que salieron heridos en la batalla, entran al pueblo melancólicos como la más triste noche, y se están en sus ranchos recogidos, no tanto por curarse, como por avergonzados. Acabadas las fiestas sacan y limpian bien los cascos de las cabezas, y los que los mataron, tienen a grande gloria el servirse de ellos como de mates en que beben la chicha, en las borracheras, desvaneciéndose al aire de la vanidad todo el asco de la naturaleza.

Recuerdos de victorias

"Los que en la batalla mataron a otros sean hombres o mujeres, atan las puntas de sus dardos tantas plumas cuantos fueron los que mataron. Cuando daban guerra a los españoles, sus dardos parecían plumeros. ¡Tantos fueron los muertos! Demostración con que exponían al pueblo su valor y con que ellos se exponían a que o la envidia o la razón les zahiriese, con que los inermes mujeres muertas les costeaban el gasto de tantas plumas. Dicterio común entre ellos, con que hacían ridícula su vanidad.

"Los vencidos o dejaban por entonces los cuerpos muertos en el campo, y después volvían por ellos, o los descarnaban, enterraban la carne y cargaban con los huesos, que con grandes lúgubres alaridos, que daba el mujeriego, enterraban a su usanza y no se oían en sus tolderías por semanas enteras sino lamentos de día y de

noche, sonidos de sus tristísimos tambores y maldiciones a los enemigos.

"Estaban en el error, de que nadie moría, sino por instrumento ajeno. Y así cuando moría alguna persona principal mucho peligraban los brujos y las brujas, porque si entraban en sospechas de que ellos causaron la muerte, la pagaban con la vida. No obstante cuando uno moría, todos desamparaban el rancho y lo arrasaban, dando por razón de que ya la muerte sabía entrar en él y volvería por donde entró. Al punto que les parece que expira, o cuando ya es tenue la respiración, dándolo por muerto le aprietan y juntan fuertemente las carretillas y labios, teniéndoselos comprimidos por largo tiempo, para que no quede boquiabierto. Cuidado inspirado del diablo para anticipar lo posible la presa de sus almas. Cúbrenle luego el rostro, y en su "quizapi" envuelven todo el cuerpo de pies a cabeza, atándolo y cosiéndolo.

Cuando alguien fallece

"Si son prontos en cerrar la boca al muerto, mucho más lo son en abrir las suyas para llorarlo. Al punto prorrumpen en alaridos tristísimos al son lúgubre de los porongos y llenan de confusión la ranchería. Demostración que la mueve la costumbre más que el sentimiento. No tardan en darle sepultura, la que es siempre fuera del pueblo a distancia por lo común de una o dos millas. Cavan un hoyo dos palmas de hondo, ponen el cuerpo con un cantarillo de agua y algún comestible. Todo lo cubren con tierra suelta, echan encima una rama de algún árbol, cércanlo también con ramas, ponen el dardo del difunto y algún caballo suyo, y desamparan el cuerpo con los mismos lamentos que lo acompañaron.

Sus sepulturas

"Fuera de estas sepulturas tienen siempre un cementerio común, distante de los pueblos ya 30, ya 40, ya 50 y aún más leguas, adonde de años en años trasladan sus cadáveres. Función cuyo principio celebra el grito, y cuya prosecución acompaña un melancolísimo silencio. Duran los lamentos días, meses y aun años, porque raras serán las noches, en todo el año, en que no se oiga lamentos prolongados hasta el cielo, ya al son de los porongos, o de las ollas con agua, o ya sin él. Sonido el de la olla penetrantísimo pues aun pulsada lejos, suena como aplicada al mismo oído. Ni a otros que a ellos permite reposo, como nos sucedía a nosotros en los principios del pueblo, en que es forzosa la permisión y condescendencia a pesar del desvelo.

Cuando muere un marido

"No hay muertes más lloradas que las de los maridos. Dura el duelo hasta tener otros, y aún pasa de ahí, para dar a los vivos testimonios de que son leales en llorar a los muertos. Siempre juzgué sus excesivos llantos gobernados por razón de estado. Porque si no fingen sentimiento lo padecen verdadero con los dicterios, con que se ven zaheridos de los parientes del difunto. Y así sienta o no la mujer la falta del consorte, de cuando en cuando enderezándose sobre la cama ha de llorarle toda la noche. Admirábamos cómo estos largos e intempestivos lamentos ni fastidiaban, ni desvelaban a los del rancho o a los vecinos; todos dormían un profundo sueño, gritando ellas a sus mismos oídos. Gran virtud la de la costumbre.

"Su luto es tiznarse sin orden, los varones el cogote y hombros y las mujeres casi a raíz del casco. Las viudas échanse un continuo velo a la cabeza, que ni aun dentro del rancho se lo quitan, y con él persevera hasta otras nupcias o hasta la muerte. Algunas se los tejen de chauar teñido en parte de color negro o morado y con la labor del tejido y matiz del color salen buenos."

Tales son las noticias que nos ofrece el Padre Manuel Canelas sobre las costumbres de los mocobíes antes de reducirse a vivir en los pueblos fundados y sostenidos por los jesuítas. Después de su reducción a la vida civilizada y cristiana conservaron algunas de sus viejas costumbres, pero poco a poco las fueron abandonando, como verá el lector por los informes que nos proporcionan varios de sus misioneros, en especial, el Padre Florián Baucke, que fué como arriba expusimos, el sucesor del Padre Francisco Burgés, en la dirección y gobierno del pueblo de San Javier.

San Javier a la llegada del Padre Baucke

El Padre Burgés al dar la bienvenida a su nuevo compañero, recién llegado, rogóle que no se espantara de la pobreza con que se le recibía, pues era muy nueva aquella reducción. Véase lo que nos refiere el mismo Baucke, a quien extractamos. Empezando por la iglesia, no se la podía comparar siquiera con el galpón más primitivo, pues sus paredes las constituían unas estacas de madera hundidas en el suelo, sobre las cuales se habían tendido cueros vacunos sin adobar.

En cuanto al altar estaba construído con adobes y no tenía por adorno sino un crucifijo así como, a guisa de candelabros, dos astas de buey rellenadas con arena y en las cuales estaban colocados los cirios. El techo de la iglesia era de paja.

Al lado de la iglesia hacían las veces de campanario, dos cencerrillos que pendían de un pequeño andamio y luego venía la escuela cuya construcción, en cuanto a su carácter primitivo, en nada desmerecía de la del templo.

Las casas de los indios

Las chozas de los indios eran de paja y su altura máxima incluso el techo, no alcanzaba a seis pies, de modo que nadie podía estar de pie en estas viviendas; tampoco se había guardado uniformidad alguna en la distribución de las chozas; en toda la aldea no existía un solo callejón, ni paraje alguno que pudiera aspirar a tener el nombre de plaza; en cambio, abundaban entre choza y choza, montones de inmundicias, pues al lado de cada morada se beneficiaban los animales de abasto y como los indios sólo gustaban de comer algunas partes muy escogidas del animal, quedaban luego tirados en ese mismo sitio los residuos que servían de cebo a los perros y aves de rapiña.

La casa de los Padres

En peores condiciones aún se hallaban las viviendas de los dos Padres misioneros. La del Padre Baucke, por ejemplo, medía apenas 10 a 11 pies de largo por 6 a 7 de ancho; las paredes así como el techo eran también de cueros sin adobar, enclavados en la tierra con clavijas de madera, y si bien el borde inferior estaba resguardado con tierra movediza amontonada alrededor, las aguas en las épocas de lluvias penetraban por dentro con toda facilidad. Cada vez que llovía se ablandaban y aflojaban los cueros, y por otro lado estas paredes primitivas atraían por millares toda clase

de moscas y mosquitos, que naturalmente, causaban gran molestia a los que moraban en el interior de la choza. En tiempo de los fuertes calores se encogían los cueros hasta arrancar las clavijas de madera hundidas en la tierra, dando, desde luego, libre paso a cuanto bicho viviente se hallara próximo, como también a perros, gallinas, etc. De vez en cuando solían también visitar a los misioneros algunas víboras y serpientes así como también alguno que otro zorrino.

"Sin embargo, dice el Padre Baucke, a pesar de todas estas molestias, siempre me fué muy grata mi permanencia entre los indios, tan eficaz es la ayuda y tan grande el consuelo que Dios, Nuestro Señor concede a aquellos que por su amor se sacrifican para lograr la salvación de las almas."

Hace un nuevo altar

Lo primero que emprendió el Padre Baucke, fué la construcción de un nuevo altar, si bien tan sólo de carácter provisorio, y adecuado a las circunstancias, como por otra parte también lo eran tanto la iglesia como las moradas de los Padres misioneros.

Principió, pues, por hacer un sólido marco de madera, sobre el cual tendió fuertemente un cuero vacuno fresco, dejándolo expuesto al sol hasta que estuviera bien seco; luego lo limpió esmeradamente de uno y otro lado hasta dejarlo completamente blanco, y entonces, retirando del marco el cuero así preparado, escotó en el mismo diversas figuras, las que reforzó con papeles de color y pasó sobre lo restante una mano de cola, preparada con una decocción de los desechos, espolvoreó toda la superficie con talco molido, ingrediente que había traído de Córdoba, en buena cantidad.

El efecto así producido resultó muy atractivo, pues todo el altar relucía cual si fuera de plata causando su vista grande admiración y regocijo a los indios.

Fabrica ladrillos

Hubo luego que pensar en la edificación de una iglesia un poco más apropiada, y, naturalmente, el Padre Baucke tuvo que hacer de albañil. Empezó por hacer el trazado para la nueva construcción y luego preparó los moldes para la fabricación de los ladrillos. Eran los primeros que allí se hacían.

Los indios viendo al misionero trabajando la arcilla y preparando la argamasa, se acercaron a él; algunos llegaron a ofrecerse para ayudarle mientras otros se concretaban a sentarse a su lado para mirar lo que hacía.

Al notar esto el Padre Baucke, los convidó a poner ellos también manos a la obra; contestáronle unos que "tenían pereza", y otros alegaron que no eran prácticos en esta clase de labores y que, de no ejecutarlas bien, quedaría descontento el Padre, y luego tendrían que avergonzarse.

Medios de hacer trabajar a los indios

Trató, sin embargo, el Padre Baucke, de combatir por todos los medios posibles la tan arraigada desidia de sus indios, quitando de por medio todo obstáculo que en alguna manera pudiera impedir la consecución de ese fin. De cuando en cuando echaba a perder, adrede, cualquier trabajo que tenía en la mano, o se fingía inepto para ello y luego preguntaba a uno de los indios que estaba a su lado si él se creía capaz de ejecutar tal o cual cosa. Entonces echábase el indio a reír y decía:

"El Padre nos quiere enseñar a nosotros a trabajar, y él mismo no puede sino echar a perder, a cada rato lo que tiene entre manos". "Ven tú, pues, replicábale entonces el Padre Baucke, ven tú, y haz la prueba, y luego si tu trabajo sale mejor hecho que el mío, te daré algún regalo."

Así, animado, el indio se ponía a la obra y trabajaba durante media hora junto con el Padre, mostrándole pieza por pieza sus productos para que viera si la ejecución era de su agrado.

El Padre, elogiaba la asiduidad del indio y luego le exhibía a su vez sus propios trabajos, en varios de los cuales, de propósito, se había descuidado, para que le saliesen defectuosos, de lo cual recibía gran gusto el indio, quien aprovechaba con marcado placer la ocasión que con esta inocente artimaña se le brindaba para a su vez criticar los defectos de que adolecían las producciones del mismo misionero.

He aquí de qué manera se consiguió poco a poco inducir y acostumbrar al trabajo a estos niños de la naturaleza.

Entre otras cosas que también merecieron la preferente atención del Padre Baucke, en ésta su nueva esfera de acción, fué el aprender a fondo la lengua de los indios.

Dificultades para aprender el idioma

"Cuántas veces, dice el Padre a este respecto, casi lloraba yo al convencerme de cuán grandes eran las dificultades que este estudio ofrecía y cuán lentos eran mis progresos en el mismo."

El Padre Burgés, empero, solía consolarle e infundirle nuevos bríos, declarándole por otra parte que, con toda probabilidad llegaría antes que él a poseer dicho idioma por aventajarle al Padre Burgés en que siendo su lengua nativa el alemán, de pronunciación por cierto algo áspera, hallaría alguna mayor facilidad para asimilarse la del indio.

Sin embargo, después de haber proseguido sus estudios durante algún tiempo, ayudado también por un vocabulario manuscrito que el Padre Burgés ya desde antes había venido formando paulatinamente, pudo ver que los libros que tenía a mano adolecían de errores y sobre todo que las indicaciones dadas acerca de la manera de pronunciar, en muchos casos no guardaban consonancia con la efectiva pronunciación de los naturales.

Por tanto decidióse a proseguir los estudios mediante el exclusivo y directo contacto con los indios y al efecto empezó por dirigirles toda clase de preguntas conducentes a ese fin, inquiriendo la significación exacta de cada vocablo, los nombres de una infinidad de cosas, etc. Los indios a su vez, mostrábanse muy contentos en cuanto notaron que el Padre Baucke ya principiaba a balbucear algunas palabras en su lengua mocobí.

Este nuevo método dió excelentes resultados, siendo tan rápidos los progresos alcanzados que ya en el segundo año de su permanencia entre los indios, pudo el Padre Baucke catequizar a sus hijos y al año siguiente ya predicaba sermones en dicho idioma.

Combatiendo la borrachera

Como uno de los caracteres más pronunciados del indio salvaje es la borrachera, bien se comprende que para lograr estirpar este hábito inveterado, sobre todo en una reducción recién creada y compuesta casi en su totalidad de gente pagana, era menester

mucho tiempo y una paciencia a toda prueba. "No pasaba un solo día, dice el Padre Baucke, sin que fuéramos molestados por algunos de estos beodos, especialmente cuando venían algunos de los salvajes vecinos para visitar nuestra reducción."

Véase de qué medio se valieron los Padres Burgés y Baucke para combatir y corregir este vicio tan arraigado entre aquella pobre gente: había en las misiones guaraníticas plantaciones de yerba mate, que solían llamar té paraguayo, con el cual se prepara una excelente bebida, tan saludable como exenta de todo efecto embriagador. De esta yerba pudo el Padre Baucke procurarse una buena cantidad, y pronto se le ofreció ocasión propicia de darle favorable aplicación.

Tenía ya la Reducción cinco años de existencia cuando un buen día presentóse en ella el cacique Cithaalín, y, con toda ingenuidad dijo al Padre Baucke, entre otras cosas, lo siguiente:

"No te admires de que yo no me haga bautizar, pues he observado que aquellos indios que tú has bautizado han dejado aquella bebida fuerte que acostumbramos. Pues bien, si yo fuera cristiano, me incumbiría hacer otro tanto, así que prefiero quedarme como estoy, porque me sería demasiado difícil el abandonar esta mi vieja costumbre."

El caso del cacique Cithaalín

Trató el Padre de explicar al caudillo que lo que Dios prohibe no es la bebida en sí, sino el beber inmoderadamente porque esto destruye cuerpo y alma, y agregó que, por más aficionado que fuera a embriagarse, esto no impedía que, con el tiempo se deshabituase de tan feo vicio.

"Déjame tiempo, contestó a esta proposición el cacique; voy a reflexionar sobre el particular y quizá me resuelva a seguir tu consejo."

Después de varias recaídas en el mismo vicio volvió el cacique al misionero diciéndole:

"Todo lo que me observaste, está bien . . . pero . . . pero . . . apiádate de mí y permíteme, que por última vez beba a toda mi satisfacción, que en adelante ya sabré refrenarme y cuidar de nunca caer en semejante vicio."

El Padre Baucke replicó al cacique: "Esto no puede ser, porque no soy yo sino Dios el que lo prohibe en su santa ley: pero vete, que yo te daré otra bebida que es más agradable que la tuya, y que nunca te embriagará."

Con esto fuese muy contento nuestro Cithaalín. En seguida el misionero preparó el mate o té paraguayo; el cacique, al día siguiente de haberlo probado, no pudo menos que decir al Padre: "Si de esto tuviere yo todos los días, fácil me sería olvidar del todo nuestra bebida: este brebaje que acabo de probar no sólo me gusta mucho, sino que no me ocasiona dolores de cabeza."

El mate

En oyendo esto el Padre Baucke, tomóle la palabra al caudillo y acto continuo celebraron un pacto según el cual se les daría a él y a sus amigos, día por día, la cantidad de yerba paraguaya que necesitaran, debiendo ellos en cambio obstenerse en adelante de probar chicha que es su líquido embriagador.

Luego cuenta el Padre Baucke cómo los indios poco a poco se acos-

tumbraron a la yerba paraguaya y, después de haber vencido a fuerza de sufrimientos y heroica paciencia aquel vicio tan arraigado entre los mocobíes salvajes, logró aún otras cosas de mayor cuantía y aun más difíciles.

Poco después otro cacique llamado Alitín, cuñado de Cithaalín, se presentó al Padre misionero pidiéndole una ración diaria de yerba. El Padre le significó entonces, que si él con su gente, además de abstenerse de la chicha, querían contribuir con su trabajo personal al bien común de la Reducción, se les daría yerba en tal abundancia, que aun durante el trabajo pudiesen tomar mate; Alitín manifestó desde luego su conformidad y se puso acto continuo con su gente a trabajar. Notando el cacique Cithaalín poco después, que su cuñado recibía una ración de yerba que era mayor que la suya, presentó sus quejas al Padre misionero. Este le hizo presente que aquella mayor porción era debida y aun necesaria al trabajo personal, y si él con su gente querían imitar el buen ejemplo del cacique Alitín tendrían como él mayor cantidad de mate. A esto repuso Cithaalín, que él era ya demasiado avanzado en edad para tomar parte en las obras de la Reducción. Explicóle el Padre que en manera alguna se pretendía que él en persona pusiera mano a la obra, sino simplemente que llevara al trabajo el contingente de los indios que se hallaban bajo su mando y que al propio tiempo los vigilara para que trabajasen con ahinco.

Los nuevos agricultores

"Y, ¿en qué quieres tú que se ocupe mi gente?", preguntó Cithaalín.

"En cultivar la tierra", repúsole el Padre Baucke. El cacique pretextó que mal podían sus indios labrar la tierra, puesto que jamás habían aprendido a hacer semejantes trabajos; pero el Padre le prometió que él en persona les enseñaría. Con esto mostróse muy conforme nuestro cacique y al poco tiempo presentóse a trabajar él con veinte de sus indios.

Acto continuo se efectuó un abundante reparto de yerba entre todos estos nuevos trabajadores; Cithaalín que ya tenía pronta su bolsita recibió una libra entera y rebosando de contento montó su caballo y se fué con sus indios al campo cercano. Aquí prepararon fuego y pronto estaban todos ellos probando el mate.

Baucke los dirige

En este intervalo el Padre misionero hizo preparar los bueyes de tiro así como los diversos instrumentos de labranza y con ellos trasladóse al sitio donde se encontraban los indios, quienes le acogieron con mucho cariño.

Vale la pena copiar aquí las textuales palabras del gran misionero alemán que con tanta habilidad introducía en tierras santafesinas la agricultura:

"Dispuse primeramente, escribe Baucke, que algunos de los indios ayudasen a atar los bueyes al yugo y luego tomando yo mismo el arado empecé a labrar la tierra, ordenando a todos los indios que se colocaran a mi lado y que pusiesen toda su atención en lo que yo hacía, para que de este modo pudieran ellos a su vez aprender cómo debían ejecutar esta labor.

"Verdad es, que mi labranza resultó muy mal hecha, siéndome imposible abrir ni un solo surco que fuera rectilíneo, pues todos

ellos se asemejaban más bien a un rastro de serpiente, y a pesar de mis grandes esfuerzos, cuando aun no había abierto sino unos nueve o diez surcos, ya nadaba en sudor.

"Venid ahora vosotros, dije a mis indios, y haced la prueba para ver qué tal os saldrá el trabajo.

"Pero, he aquí, la respuesta que me dieron: sigue tú arando no más, Padre, pues lo haces a las mil maravillas.

"Bonito fuera, contestóles el misionero, que vosotros os quedarais ahí con los brazos cruzados bebiendo mate con toda fruición y me dejaseis trabajar a mí solo.

"Habéis recibido la yerba con la condición de que vosotros también trabajaréis y si sólo queréis estar bebiendo mate, sin participar en los trabajos, no se os dará más yerba.

Táctica del Padre Baucke

"Y ahora, como yo ya he trabajado, me toca a mí el turno para descansar y tomar mate, y tampoco os voy a convidar. En oyendo esto el cacique Cithaalín, dijo a sus indios:

"Id, id no más a trabajar, que pronto habréis de acertar. Dicho y hecho; uno de los indios tomó en seguida el arado y al poco tiempo de labrar, ya me superaba en su manera de trabajar, pues los surcos que abrió salieron mucho más regulares que los míos.

"En viendo este resultado, exclamé: verdaderamente que jamás hubiera yo creído que vosotros de tal manera me habríais de avergonzar pues tengo que convencerme de que vosotros sois mucho más expertos que yo, y esto hasta tal punto que ya no me atrevo a seguir arando delante de vosotros, pues temo que me vais a dar mucho mayor bochorno. Continuad, pues vuestras labranzas; ahora me voy a mi casa, pero antes de mediodía he de volver acá; quizás por entonces se me haya pasado la vergüenza.

"Luego me retiré con el corazón rebosando alegría de ver así coronados mis esfuerzos, yéndome en seguida a dar cuenta a mi Superior, el Padre Burgés, del brillante resultado alcanzado.

"A las diez subí otra vez a caballo y me trasladé adonde estaban mis labradores, a fin de darme cuenta de lo que habían hecho en ese intervalo y aun cuando, dado el tiempo transcurrido, era poco lo que habían trabajado, sin embargo, no les escatimé mis elogios, mostrándome muy satisfecho de su trabajo."

Arte de persuadir a los indios

De esta manera tenían que proceder con sus indios los Padres misioneros, para poder conseguir algún resultado práctico, y sobrada razón tenía el Padre Baucke cuando decía que era menester valerse de medios peculiares y de mucha astucia para encaminar al pobre salvaje por la senda del bien.

Y adviértase que para alentar al indio a mantenerse en esta senda, era del todo contraproducente emplear largas exhortaciones, pues el único efecto que con ello se conseguiría no podría menos que causarle fastidio hasta tal punto que concluiría por evitar todo contacto con el misionero.

También es menester, cuando se le habla, cuidar de no levantar demasiado la voz, pues de lo contrario se imagina que uno le quiere constreñir o bien que se le está regañando.

Si por cualquier causa que fuere, estuviese el indio sufriendo los efectos de alguna agitación interior, era necesario dejarle en paz

hasta que se hubiese del todo tranquilizado. Precisamente a este respecto relata el Padre Baucke algunos incidentes:

"Aun cuando ya tenía adquirida cierta experiencia en el modo de tratar convenientemente a los indios, sin embargo no alcanzaba a comprender cómo era que, habiéndoles ya dirigido cualquier exhortación y preguntándoles luego, si me habían entendido, no me era posible conseguir que me contestasen ni afirmativa ni negativamente, sino que, encerrándose en un mutismo absoluto se limitaban, por toda respuesta, a una especie de ronquido; además se quedaban con la vista clavada en el suelo y trazando en el mismo con el dedo pulgar del pie alguna figura u hoyuelo, escupían a uno y otro lado.

Su absoluto mutismo

"Al notar esto no atinaba al principio a darme cuenta de lo que podían significar tan extraños ademanes, pero tampoco se me ocurrió tomarlos a mal. Un buen día, empero, hallóse presente el cacique Alitín en el momento preciso en que un indio reproducía la escena que acabo de describir.

"Empezó el caudillo por hablar al indio con mucha moderación y sosiego, apoyando la exhortación que yo le acababa de dirigir. Pero el único resultado que obtuvo fué, que el indio, con más arrebatamiento que nunca, siguiera cavando en la tierra con el dedo del pie y escupiendo sin cesar por todas partes.

"En notando esto, llamóme aparte el cacique y me dijo:

"Mira, Padre, ya veo que por hoy no surtirá efecto alguno tu exhortación, pues este hombre seguramente ha sufrido algún contratiempo que le aflige o le causa enojo; deja pues, por hoy, que se retire a su casa, hasta tanto que haya digerido la causa de su descontento, pues de lo contrario corremos el riesgo de que se enfade contra ti y que no vuelva más a dejarse ver.

"Siguiendo, pues, el consejo del cacique despedí al indio con algunas palabras amistosas y con un regalito; esto último lo aceptó, pero sin dar la menor señal de agradecimiento y luego, sin despedirse siquiera de nosotros, dió media vuelta y se retiró.

"Sin embargo, al día siguiente ese mismo indio me volvió a visitar espontáneamente, y en llegando me saludó con mucha afabilidad, me miró sin preocupación a la cara y, habiendo contestado a todas mis preguntas, se quedó todavía algún tiempo más a mi lado mostrándome buen semblante y prestando especial atención a cuantas observaciones le hacía.

Su extraña emoción

"En otra ocasión, prosigue el misionero, pude comprobar otros nuevos indicios de esa extraña emoción que a veces suele embargar a los indios. Habiendo reunido a algunos de ellos para instruirles, aun cuando me empeñaba por hacerlo con la mayor dulzura, observé que se les llenaban los ojos de lágrimas y que su mandíbula inferior empezaba a temblar como suele suceder cuando uno está por llorar. Creí, al principio, que era una especie de enternecimiento, producido quizás por haber ellos tomado a pecho mis exhortaciones; pero en eso me había equivocado enteramente, pues no era sino la cólera y la bilis que los embargaba, comprobándomelo muy pronto lo atrevido e irrespetuoso de algunas de sus respuestas.

"Era especialmente el cacique Cithaalín, quien más que ningún

otro solía estar dominado por esta fuerte emoción interior. Apenas se presentaba algún acontecimiento susceptible de contrariarle, cuando ya le subían las lágrimas a los ojos, y le empezaba a temblar la barba."

Uno de los medios más conducentes para que los misioneros pudieran granjearse el afecto de los indios, consistía en acomodarse, a su propio modo de vivir, en cuanto esto era posible y factible.

Cuánto gusta a los indios que el misionero obre como ellos

En uno de los viajes entre Santa Fe y la Reducción, que en distintas ocasiones tuvo que emprender el Padre Baucke, y en el cual, como casi siempre solía suceder, le acompañaba buen número de indios, así adultos como muchachos: hallándose de regreso, dió el Padre permiso a sus acompañantes para emprender una cacería en escala mayor, enlazar caballos monteses y recoger miel silvestre.

"Una tarde —prosigue el Padre Baucke— hallándonos reunidos alrededor del fuego yo y todos los indios adultos, mientras los muchachos en número de quince habían hecho para sí un fuego aparte pero próximo adonde nosotros estábamos, les oía entreteniéndose y charlando respecto de lo que en el día habían cazado, las peripecias que habían experimentado y la cantidad de miel que habían reunido, y noté que en el curso de su relato echaban de vez en cuando alguna mirada furtiva hacia mí. Aunque no les hice gran caso, sin embargo, no dejaba de llamarme la atención que, mientras efectuaban entre sí la distribución de su botín, continuaban observándome muy a menudo. Entonces se me ocurrió que tal vez habrían deseado de muy buena gana obsequiarme con una parte de la caza; pero que, por temor de que yo quizá no lo aceptara y sobre todo de que me negara a probarlo, no osaban poner en práctica la idea, que a estar yo en lo cierto, los impulsara.

"Terminado, pues, el reparto sin que me diesen a mí nada, pregunté a mis muchachos cuál era el motivo que les guiaba al dejarme así en ayunas.

"Apenas oyeron esto, se apresuraron a traerme los pedazos más exquisitos de su caza y lo más escogido de la miel que tenían recolectado.

"Debo advertir que hasta entonces yo nunca había probado ni siquiera demostrado el menor deseo de comer de estos venados monteses, lo cual fácilmente explica la cortedad que habían tenido en ofrecerme de aquella caza.

Complaciendo a los indios

"Tuve que hacerme gran violencia al mandar asar y ponerme a comer semejante carne, que estaba sin lavar siquiera, y aun chorreaba sangre.

"Con todo, impelido como me sentía por el vivo deseo de complacer a mis indios y de ganar cuanto antes su aprecio, y teniendo en cuenta que todos los que me rodeaban demostraban marcado interés, no sólo por saber si yo efectivamente probaría de lo que ellos mismos comían, sino también por averiguar si mi modo de comer era distinto y hasta qué punto discrepaba del suyo; atento a todo eso, digo, mandé a uno de los muchachos que me asara un buen pedazo.

"Con una rama verde pronto preparó uno de mis indios llamado

Sebastián un asador, en el cual ensartó una porción de dicha carne no lavada, y luego la arrimó al fuego.

"Entretanto decía yo para mis adentros: Este manjar va a revolverte el estómago.

"Una vez a punto la carne, tomó Sebastián el asador y apenas lo hubo clavado a mi lado en el suelo, cuando se dirigieron a mí las miradas de todos los circunstantes, para ver si realmente me animaría a tomar de esa carne.

"Aun cuando mi estómago se rebelaba contra semejante alimento, corté una buena tajada y me puse a comer como si tal cosa.

"Al ver esto, prorrumpieron los indios en gritos de alegría y tales y tan alegres que me infundieron ganas de continuar, con tal que de esa suerte consiguiera mantenerlos en tan excelente disposición.

"Hablando después los indios unos con otros, emitieron sobre mí el siguiente juicio:

Comiendo venado montés

"Mi e padri toton eguemgaec, cnamca eenza mocon" lo cual traducido al español, significa: "El Padre no es un forastero sino que, en verdad, parece ser uno de los nuestros."

"Y luego me preguntaron: "Mal na mani" es decir ¿te gusta?, a lo cual contesté: "Loi de za" o sea "en verdad, es muy rico". Al oír esto, renováronse los gritos de contento.

"A partir de este momento pude notar que los indios me eran aún más afectos, y siempre que salían a cazar, indefectiblemente me traían algo de lo que habían conseguido matar.

"No puedo negar que este primer esfuerzo me costó mucho, pero de ahí en adelante, me fué fácil vencer toda repugnancia, hasta tal punto que poco tiempo después comía de cuanta carne montés mis indios me ponían delante; hice aún más: me sentaba muy a menudo en su compañía y compartía con ellos todo lo que comían, a pesar de existir para mí y mis muchachos un servicio completamente aparte.

"Procediendo de esta manera con estos pobres salvajes, conseguí no solamente aprender su idioma más rápida y radicalmente sino que la amistad y confianza que me tenían iban en constante aumento."

La escuela de la Reducción

Una vez que el Padre Baucke hubo dominado completamente la lengua de los indios, empezó a enseñar las primeras letras y demás rudimentos culturales a los niños de la Reducción.

Uno de sus más ardientes deseos era lograr la simpatía de los hijos de Cithaalín a fin de que por ese conducto consiguiera ganar para sí al cacique mismo.

Eran tres los hijos de éste, a saber: Devatcaiti, Acanagqui y Cadiodi. Ya antes se había esforzado el Padre Burgés en reducir a estos tres muchachos; pero todos sus esfuerzos fracasaron porque Cithaalín era demasiado altivo para permitir que sus hijos entrasen al servicio de los Padres misioneros, aunque no se oponía antes bien les exhortaba a que concurriesen con asiduidad así a la escuela como al catecismo, y se mostró también muy satisfecho al saber que habían de ser bautizados.

A pesar de todo ello, el Padre Baucke supo, gracias a su buen

tino, vencer todos los obstáculos, hasta tal punto que concluyeron estos tres jóvenes por pasar casi el día entero en la vivienda del misionero, siendo finalmente bautizados. He aquí los nombres que en este acto recibieron:

Devatcaiti recibió el nombre de Sebastián, Acanagqui el de Vicente y Cadiodi el de Antonio.

Entre todos ellos el que mayor cariño manifestaba para con el Padre Baucke, era Sebastián el cual, efectivamente, permaneció durante muchos años a su lado; en cuanto a Vicente, no quiso el cacique desprenderse de él, porque decía que deseaba criarlo a su manera y porque de todos modos era menester que retuviera a su lado a uno de sus hijos, por lo menos, para que le ayudara.

En cuanto a la escuela, fué creciendo paulatinamente la asistencia, y con respecto a las aptitudes naturales de los niños indios, he aquí de qué modo se expresaba el Padre Baucke:

Capacidad intelectual

"Antes de conocer a fondo a estos muchachos, me había formado la idea de que eran sólo capaces de muy limitada instrucción y que costaría un triunfo inculcarles siquiera algunos conocimientos rudimentarios; pero el tiempo me demostró cuán errada era esta opinión pues entre dichos niños hallé a muchos que daban prueba de poseer bastante capacidad y de tener un entendimiento asaz despejado."

Y ¿por qué no debía ser así? ya que en el mismo Perú existen seminarios frecuentados exclusivamente por muchachos indios, los cuales cultivan las ciencias y más tarde alcanzan a recibirse de abogados y aun llegan a ser canónigos.

Los principales ramos de enseñanza eran la lectura, la caligrafía y la música. En esta última materia el Padre Baucke, que era tan hábil en la ejecución como buen compositor, obtuvo tan excelentes resultados, que a los tres años ya tenía unos veinte muchachos que dominaban otros tantos instrumentos y con tanta perfección que cuando tocaban en la iglesia alguna composición de música sagrada, causaban admiración, no solamente a los indios, sino también a los mismos españoles que tenían ocasión de oírlos.

He aquí los instrumentos que componían esta pequeña orquesta: 6 violines, 1 violoncelo, 4 flautas, 2 arpas y 1 trompa.

La escuela de música

"Grande fué dice el Padre Baucke, el regocijo de todos los indios al oír esta música y, sobre todo, el de los padres de nuestros pequeños ejecutantes; día por día fué creciendo la concurrencia a la Santa Misa, particularmente de los indios infieles, quienes, atraídos por la música, asistían diariamente con gran regularidad."

Al año siguiente —que ya era el cuarto desde la llegada del Padre Baucke a la Reducción— esta banda de músicos fué invitada a dar diversas representaciones así en Santa Fe como en la misma ciudad de Buenos Aires, adonde efectivamente los llevó más tarde consigo el Padre Baucke y bajo cuya dirección arrancaron numerosos y merecidos aplausos.

Como el Padre Baucke desde un principio se había determinado a consagrarse totalmente a la vida de misionero entre salvajes, cuidó de prepararse con tiempo para todo cuanto podría serle necesario y útil en la ejecución de tal propósito.

Al efecto, visitaba con mucha frecuencia los talleres de diversos artesanos, para así aprender algo de cada uno, ya dirigiéndoles preguntas al respecto, ya mirando con atención cómo ejecutaban sus trabajos.

Habilidades del Padre Baucke

De todo cuanto podía aprender de esta manera, tomaba sus apuntes y dibujos: en seguida hacía él mismo algún que otro ensayo: adquiriendo de este modo conocimientos prácticos que más adelante, cuando se encontrara en América, habían de serle muy provechosos.

Si bien este Padre no era maestro consumado en todos y cada uno de los oficios que trataba de enseñar a sus indios, con todo solía citar el proverbio de que: "En tierra de ciegos, el tuerto es rey", y así aun lo poco que logró enseñarles, contribuyó en gran escala a la conversión de muchos indios.

"Porque, dice el mismo Padre, lo que percibían con los ojos surtía en ellos mucho mayor efecto que no aquello que por sus oídos penetraba; y aunque yo no era muy hábil, sin embargo no puede negarse que mi aplicación y constancia, tuvo por resultado, que los indios me profesaran mayor cariño y al propio tiempo, estuvieran mucho más atentos a mis instrucciones."

De esta manera, mientras el Padre Burgés como Superior de la Misión, tomaba a su cargo la instrucción cristiana de los adultos, la distribución de los quehaceres diarios y el reparto de los alimentos y demás cosas necesarias; y mientras el otro misionero, el Padre Manuel Canelas, dedicaba todo su tiempo a aprender la lengua de los indios; cuidaba el Padre Baucke de poner la base material de la Reducción, para así asegurar la duración de su existencia en el porvenir.

Frisaba, a la sazón, el gran jesuíta alemán en los treinta años de su bien aprovechada vida y era de un temperamento jovial, de una constitución sana y bastante robusta, y hacía todo lo posible para distribuir del mejor modo los diversos trabajos de la misión.

Trabajo de los niños

Todos los días, por la mañana y por la tarde, daba una hora de clase de música proporcionando luego a los niños una ocupación cualquiera, para acostumbrarles al trabajo.

Entre otras cosas, les hacía llevar los adobes bajo techo para que éstos no sufrieran deterioro por la lluvia, pero cuidando al propio tiempo, de que ningún niño llevara más de un solo adobe, a fin de evitar que sus padres pudieran quejarse de que a sus hijos se les recargaba con un peso excesivo.

Como capataz de todos funcionaba Sebastián, hijo de Cithaalín, el cual, como hijo de cacique, sabía fácilmente hacerse obedecer. Una vez terminados los trabajos que se tenían entre manos, distribuía el misionero algunos pequeños donativos entre estos jóvenes trabajadores, o bien mandaba prepararles una buena olla de carne, lo que agradaba tanto a los muchachos como a sus padres.

Pronto se ofreció una nueva ocasión para dar empleo a estos niños, a saber, la preparación del jabón y la fabricación de velas, artículos que hasta entonces debían traerse del pueblo de Santa Fe, y llegaban a menudo en muy mal estado.

El Padre Baucke, aprovechando una de sus visitas a dicho pue-



Pueblo de San Pedro, según Boucke. (véase la leyenda al dorso).

Pueblo de San Pedro

Fundóse en 1765 "sobre el río Inspin Chico, distante del Paraná como a 9 leguas al poniente, 28 de la ciudad de Santa Fe hacia el tramontano y 13 leguas de la Reducción de San Javier" o sea "en los 30 gr. 25 m. de latitud y 317 gr. y 16 m. de longitud". Esto asevera el Padre José Jolís en su "Historia del Chaco" (I, 528), pero sus aseveraciones son inexactas y nos han impedido no poco dar con la exacta ubicación de aquel pueblo. El Padre Bustillo que fué misionero del mismo y se hallaba en él con el Padre José Lehman en 1767 asevera que estaba sobre un río de agua dulce, que nace a unas dos leguas y estaba como catorce leguas al poniente de San Javier y 37 al norte de la ciudad de Santa Fe y distante 7 leguas de la laguna Blanca que está al poniente del pueblo. Con estos datos y con la valiosa cooperación del agrimensor señor Bernardo Vázquez, cuyo conocimiento de aquellas zonas santafesinas es muy grande, pudimos concretar la ubicación de San Pedro sobre el río Inspin Chico, llamado también río de los Padres y al presente conocido con el nombre de río o arroyo de San Pedro, único de agua dulce que desemboca en el Saladillo amargo.

blo, se había enterado cabalmente de la manera de fabricar esos dos artículos y apenas hubo regresado a la Reducción, puso en práctica los conocimientos adquiridos, consiguiendo un éxito que superó todas sus esperanzas.

Fabricación de velas y jabón

Pronto tuvo ya preparadas las materias primas, pues la planta denominada "quinoa silvestre" le proporcionó la ceniza salina para la lejía, y en cuanto a sebo, tenía en abundancia.

Después de pisoneado el sebo, lo hizo hervir en la lejía y luego, en un cuero vacuno suspendido por sus cuatro extremos, echó la mezcla para que se enfriara.

Acto seguido se dió principio a la fabricación de velas. Colocáronse las varillas de madera con arreglo al sistema que el Padre Baucke había tenido ocasión de observar ya en Alemania; colgáronse los pábilos de unas cañas muy delgadas y luego derritióse el sebo. El resultado de este primer ensayo fué, que en una sola tarde quedaron hechas 500 velas.

Mucho placer proporcionó a los niños esta fabricación, especialmente cuando, sin ser vistos, podían tomar un buen sorbo del sebo derretido.

Para inaugurar sus trabajos de carpintería, escogió el Padre Baucke a tres de los muchachos más despejados de entre los de la tribu del cacique Aletín. Verdad es, que el maestro tuvo que hacer prueba de mucha paciencia con sus aprendices, pues éstos, apenas sentían el menor cansancio, ya se sentaban a charlar durante un buen cuarto de hora y aun por más tiempo, pero en cambio fué grande su contento al tener delante, perfectamente terminados, una mesa y un marco de ventana. Acudieron todos para admirar esta obra maestra, y Aletín, más que ninguno, se alegraba al comprobar la pericia de sus propios indios.

Trabajos de carpintería

Presentóse luego la necesidad de aprontar un torno con su correspondiente volante, obra que en seguida emprendió el mismo misionero. En viendo esto, abandonaron sus trabajos los oficiales carpinteros recién formados, y mirando este nuevo procedimiento, admirábanse de que un trozo de madera de forma angular pudiera ser transformado tan rápidamente y con tan poco trabajo en una pieza cilíndrica, causando en muchos otros gran regocijo cuanto producía una máquina tan nueva como extraña.

El Padre Baucke invitó a algunos de los espectadores a poner su mano en el torno, pero todos rehusaron, diciendo que temían echar a perder el trozo de madera con gran disgusto del misionero. "Y aunque así suceda —díjoles el Padre— ¿qué importa que se pierda un pedazo de madera?" Al oír esto, todos querían hacer una prueba y al efecto arrancábanse unos a otros las herramientas de las manos.

Indicóles luego el misionero de qué manera debían colocar y manejar los formones, gubias, etc., y después de haberse cerciorado respecto de la mayor o menor habilidad que estos neófitos mostraban, propuso a los más aptos enseñarles este nuevo oficio, con tal que le prometieran poner todo su empeño en aprenderlo.

Pronto se presentaron dos postulantes, quienes también hicieron tales progresos, que dentro de poco tiempo supieron ejecutar

perfectamente todos los trabajos sencillos que corresponden al oficio de tornero.

Al principio, naturalmente, costó mucho empeño y paciencia, pues aun cuando muy a menudo resultaba defectuoso algún trabajo, no por eso dejaba el misionero de alabarlos; pero luego les hacía notar en qué consistían estos defectos de ejecución y, por otra parte, cuando uno u otro dejaba de concurrir al taller, nada decía al respecto, ni averiguaba el motivo de su ausencia, ni siquiera manifestaba señal alguna de descontento. De esta manera logró mantener en buena disposición a sus indios y que estuviesen dedicados a sus labores.

Construcción de órganos

Antes de transcurrir mucho tiempo, ya contaba la reducción con ocho carpinteros y cuatro torneros, suficientemente adiestrados todos ellos en la ejecución de cuantos trabajos de madera eran necesarios para la construcción de la iglesia y de la casa para los misioneros.

Tan perfecta llegó a ser la ejecución de estos oficiales que el Padre pudo hasta construir un órgano con cinco registros, por el cual, si hubiese querido venderlo, le ofrecieron en Santa Fe 800 pesos, y aun consiguió más tarde formar a unos 25 indios, los cuales, por sí solos construían carromatos de todos los tipos, llegando la reducción a poseer unos 36 vehículos para el transporte.

Taller de escultura

Inicióse también a cuatro muchachos en el arte de escultura, y fueron ellos quienes ejecutaron más adelante para la Iglesia de los jesuítas en Santa Fe, un tabernáculo y dos frontales, todo en trabajo calado; mientras otros seis muchachos efectuaban los trabajos de dorado y pulimentación.

Dedicóse luego el mismo Padre a montar talleres de herrería y cerrajería. Adquirió a ese fin las herramientas de un antiguo taller, es decir, un yunque, un mazo y diversos martillos, raspas y limas, en cuyo manejo instruyó a tres muchachos robustos, quienes, en breve, ya sabían componer las herramientas de labranza deterioradas, poniendo el hierro a la fragua, batiéndolo y machacándolo y luego volviéndolo a templar; otro tanto hacían con las marcas que servían para los ganados.

Tanto progresaron los indios en estas artes, sobre todo después de algunas lecciones que el Padre les hizo dar en la herrería del Colegio de los jesuítas en Santa Fe, que pudieron fabricar sin más ayuda, varias herramientas de labranza completas, así como las marcas y contramarcas en cantidad suficiente para llenar todas las necesidades de la reducción.

Herrería y cerrajería

Como ésta poseía, a la sazón, 24.000 cabezas de ganado vacuno, 3.000 caballos, 1.300 yeguas, 400 mulas y 182 asnos, era necesario tener en uso continuo durante casi un mes entero (tiempo que duraba el herradero de los animales) unos 18 contramarcas de hierro, de modo que, sólo con la fabricación y reparación de ellas así como de las diversas herramientas de labranza, hacía la reducción, al efectuar estos trabajos en sus propios talleres, una gran economía.

Llegó entonces la oportunidad de preocuparse también de las mujeres y niñas, pues era en sumo grado conveniente que esta

parte de la población, a su vez, contribuyera con algunas labores, al bien común del cual participaba.

Hasta entonces la mayor parte del contingente femenino se había divertido cazando, o bien permanecía en sus chozas, pasando días enteros en la más absoluta indolencia y sólo una que otra mujer, se sentaba al huso cuando para su propio abrigo tenía mucha necesidad de algún vestido de lana.

Labor de las mujeres y niñas

Para llevar a efecto, pues, esta nueva idea, convocó el Padre a todos los caciques de la reducción y les hizo comprender cuán conveniente sería que persuadiesen a sus esposas e hijos a que tomaran parte en la labor común, mientras él, por su parte, les prometía encargarse de buscar una persona idónea que les enseñara a hilar, teñir y tejer la lana, proporcionándoles al mismo tiempo la materia prima y los tintes necesarios. Agregó el misionero que se daría por satisfecho con que se confeccionara entre cada tres mujeres una manta por año y se comprometió a darles por recompensa, la lana y las tintas necesarias a fin de que pudiesen también tejer para sus maridos mantas de lindos colores en sustitución de las pieles que hasta entonces constituían su único vestido.

La proposición del Padre agradó mucho a los caudillos y no hubo discordancia al respecto sino es por parte de algunas indias en extremo indolentes.

Mantas bien hechas

Tenía entonces la reducción unas 1.700 ovejas de buena cría, cuya lana se repartió entre las mujeres, con exclusión de las pocas perezosas de que acabamos de hacer mención, y fué tal la diligencia de que dieron prueba, que a los tres meses ya tenía el misionero reunidas 73 mantas bien hechas. Enviólas a la Asunción del Paraguay, recibiendo, en cambio, para su reducción, 48 quintales de yerba paraguaya, 15 de tabaco y algunos panes de azúcar, todo lo cual le permitió ser más liberal en el reparto diario de estos artículos. De este reparto, sin embargo, quedaron excluídas las indias remisas, mientras cada una de las otras recibía el vellón de cinco ovejas y las tinturas de que había menester.

"En notando aquéllas este resultado —cuenta el Padre Baucke— pronto se desengañaron y deploraron vivamente no haber ellas también aportado su contingente a la labor común, y al convencerse de que habían dejado escapar el momento oportuno, tomaron en serio la lección, sirviendo de esta manera su propio descuido e indiferencia de saludable escarmiento.

"Muchas de ellas me rogaban que les diera trabajo, comprometiéndose a terminarlo en el mismo año, pero ya tenía yo resuelto no encomendarles labor alguna para el año en curso."

Trabajo de las niñas

A fin de atraer al trabajo a las niñas, fué menester que el Padre Baucke ideara otro ardid. Como celadora de ellas había sido nombrada una anciana india, viuda de un cacique, a quien incumbía el cuidar de que sus pupilas asistiesen diariamente a la doctrina cristiana, a la santa misa y al rosario, pues en cuanto al trabajo, sólo habían prestado hasta entonces alguna ayuda en la cosecha del maíz.

Un día, pues, encargó el Padre Baucke a la celadora, que, ter-

minada la doctrina, le llevara a su vivienda a cuatro de las niñas más despejadas, porque quería confiarles cierta labor.

Así se hizo, y al llegar las niñas, ya les esperaba el misionero con un gran montón de lana que debían clasificar y separar en distintas calidades, amontonándola en otros tantos lotecitos.

Emulación femenina

Las cuatro niñas se sentaron a la puerta de la casa del misionero y emprendieron su trabajo con mucho celo; pronto acudieron varias de sus compañeras, la mayor parte de ellas tan sólo para mirar; algunas con todo se asociaron a las clasificadoras y les ayudaron, "motu proprio", en la ejecución de su tarea. Cuando llegó después el misionero para darse cuenta del resultado, vió que había ya nueve niñas trabajando diligentemente, pero a pesar de ello se hizo el desentendido, y aun para la labor del día siguiente no invitó sino a las cuatro que habían sido llamadas primero.

A la mañana siguiente, apenas concluída la santa Misa, se apresuraron éstas a reanudar su tarea de la víspera y un poco más tarde, cuando llegó el misionero, encontró a unas veinte más, reunidas en torno de la anciana celadora y ocupadas todas ellas en separar la lana en sus respectivos grupos.

Acercósele luego ésta y le contó algo de lo que en su conversación habían dejado caer las niñas; unas, por ejemplo, pedían que además de clasificar se les dejara también hilar, mientras que otras, muy resentidas, se quejaban de que todavía no hubiesen sido admitidas a formar parte de ese círculo de artesanas, pues también querían ser de alguna utilidad.

Bien se deja entender la satisfacción que recibió el Padre Baucke, quien acto continuo ordenó a la celadora que admitiera a cuantas niñas se ofreciesen y dejara a cada una escoger la ocupación que fuese más de su agrado, el desmenuzar la lana o el hilarla, y si alguna de ellas prefiriese teñir o tejer lana, también les fuese permitido.

A los pocos días había unas 50 muchachas adultas que concurrían regularmente y con grande asiduidad al trabajo. El Padre les hizo construir un local a propósito, en donde pudieran ejecutar sus labores a la sombra; les proporcionó toda la materia prima de que necesitaban y les enseñó él mismo, todo cuanto había conseguido ver y aprender de dicho oficio, y continuó ayudándolas y animándolas hasta tanto que supieron trabajar con absoluta independencia.

Mantas y alfombras

Llegado el momento de empezar a tejer, el Padre eligió entre las muchachas a algunas de las más crecidas y les enseñó cómo debían urdir los estambres y les hizo tejer sucesiva y progresivamente diversas piezas, primeramente fajas de 3 a 4 pulgadas de ancho y de un solo color, y luego varias tiras hasta con dibujos.

Una mujer india, que antes había estado durante muchos años al servicio de los españoles y sabía tejer perfectamente fué constituída maestra e inspectora de las niñas, y llenó tan bien su cometido que a los pocos meses salieron seis de ellas tan expertas que elaboraban por sí solas, alfombras de varios colores y aun con algunos sencillos diseños.

Luego venían a visitar su taller las indias casadas de la reducción con el fin de aprender esta industria, y no hubo transcurrido un año cuando frente a cada choza, salvo pocas excepciones, hallábase ya instalado un telar (si bien aun muy primitivo) en el cual trabajaba la madre junto con sus hijas.

De esta manera pronto se halló el Padre Baucke en condiciones de poder remitir al Paraguay 300 mantas escogidas, que fueron pagadas a razón de 25 pesos algunas, 12 la mayor parte, y las inferiores a 6 pesos.

Satisfacción de parte de los hombres

Otro resultado que se consiguió, fué, que los hombres, en viendo el esmero y la asiduidad con que sus mujeres se dedicaban a esta nueva industria, pusieron también ellos todo su empeño en mejorar y aumentar el ganado lanar y, por lo que atañe a su vestido, pronto desaparecieron las pieles de tigre, león y nutria, y fueron reemplazadas por bonitas mantas de varios colores.

"La reducción entera —dice el Padre Baucke— se regocijó en extremo al ver tan brillante éxito, porque efectivamente la gente palpaba el gran provecho que sacaba de sus industrias.

"Ya no se fabricaban las mantas tan sólo para enajenarlas, sino también para trocarlas por ovejas, negociación en la cual siempre me vi obligado a hacer de intermediario a fin de evitar que mis indios fuesen explotados.

"Muy a menudo se conseguía por una sola manta 18, 20 y a veces aun más ovejas, y de vez en cuando también trocaban sus caballos por ellas para ir así aumentando sus rebaños.

"La impresión que todos estos progresos causaron a los indios infieles que frecuentaban estos parajes, y el contraste que ofrecía su estado mísero primitivo comparado con el que los nuestros habían alcanzado, fué un incentivo poderoso para inducirlos a que, cada vez en mayor número, viniesen a incorporarse a la reducción."

El gran consumo que se hacía de ganado vacuno, proporcionó al Padre Baucke una nueva oportunidad para ensanchar su campo de acción, extendiéndolo a la preparación de cueros. Comprendió perfectamente que debía redundar no poco en provecho de sus indios esta industria y por esta razón decidióse a tentar un primer ensayo.

Curtiduría

En un viaje de regreso desde Santa Fe a la reducción, los que acompañaban al misionero, cazaron en un solo día, ocho ciervos, un tigre y un zorro de gran tamaño. En casos análogos, los indios no se llevaban, por lo general, sino solamente la carne y abandonaban lo restante del venado; esta vez, mandóles el Padre Baucke que llevasen consigo las pieles de todos los animales que habían muerto, y apenas hubieron llegado a la población, hizo el misionero los preparativos necesarios para poder empezar la nueva industria.

Comenzó por tender los cueros sobre un marco de madera sólidamente construído, quitó los restos adheridos de carne y grasa, así como también todo el pelo, hasta que quedaron completamente blancos; luego los untó de ambos lados con sebo de caballo, y sacándolos del marco los dejó amontonados de esta suerte durante algunos días. Después los dejó sumergidos una noche entera en

un baño de lejía y los entregó después a sus indios para que, llevándolos al río, los enjabonasen y lavasen bien y los exprimiesen hasta hacer salir a la superficie toda la grasa, la cual finalmente debían quitar raspando los cueros con conchillas. Finalmente volvió a colocar los cueros en el marco de madera para darles la última mano y dejarlos secar.

Habiendo tenido éxito esta primera prueba, eligió el Padre Baucke de entre sus indios, a dos hombres de los más fuertes, a los que agregó cuatro o cinco ya adultos y a todos ellos encargó muy especialmente estos nuevos trabajos. Muy pronto tuvo la satisfacción de ver que ejecutaban esas manipulaciones con toda perfección y por sí solos, sin ayuda alguna.

Habilidad de los indios

Al propio tiempo combinó con esta nueva industria, un medio de recreación. Eligió a diez jóvenes de 13 a 15 años de edad, y los despachó a cazar ciervos, dando a cada uno una remonta de 4 a 6 caballos escogidos y haciendo que fueran acompañados de cinco o seis hombres armados de lanzas para defenderlos contra las fieras. Dió además a cada grupo un novillo para el caso de que la cacería misma no llegara a proporcionarles el alimento necesario.

Grande fué el júbilo de los muchachos, y como que varios otros se juntaron sigilosamente a ellos para tomar parte en la cacería, el producto fué muy copioso, pues volvieron a la reducción con más de 30 cueros. Entregó el Padre a cada uno de ellos y a título de remuneración, un cuchillo.

Manifestaron los muchachos vivos deseos de emprender prontamente otra partida, pero el Padre opinó que no convenía ir tan de prisa, pues de lo contrario había peligro de que los cueros por su mucha aglomeración se echaran a perder.

Así siguieron progresando las diversas labores en la población, llegando el día en que el Padre tenía reunidos para enviar a la ciudad de la Asunción 92 de estos cueros de ciervo, todos bien trabajados, como también 74 alfombras. Así estaban las cosas cuando sobrevino la expulsión de los misioneros en 1767. "¿Qué hacer en tal caso? —escribe el Padre Baucke. Como estos cueros eran el fruto de la labor de mi propia gente, los repartí entre los caciques y aquellos indios que más habían contribuído con su trabajo al bien común de la reducción. Cada uno recibió dos cueros y guardé para mí algunos de menor tamaño que después logré llevarme a mi regreso a Europa."

He aquí, pues, de qué manera procuró el Padre Baucke enseñar a sus indios el ejercicio de las diversas industrias, infundiendo así poco a poco en estos hijos incultos de la naturaleza, los hábitos de diligencia y actividad.

Capacidad artística y mecánica de los mocobíes

Pero hay más. El Padre Baucke aprovecha esta ocasión para hacer constar cómo todos los indios mocobíes eran capaces de una cultura superior. Respecto de los productos artísticos de los indios guaraníes, tapes e itatines, cuyas reducciones datan de dos siglos a esta parte, nos dice, que no existe ni oficio ni arte que no haya sido ejercido por esos indios, pues fundían campanas magníficas, labraban la plata, fabricaban toda clase de instrumentos de mú-

sico y estaban muy adelantados en caligrafía, dibujo y pintura.

También se admiró mucho el Padre al encontrar allí algunos viejos misales y rituales con letras negras y de color, todos hechos a mano por los mismos indios y con tanta perfección que parecían impresos.

Reproducían con la pluma los grabados sobre cobre, y con arte tan consumado que solamente por lo obscuro del tinte se acertaba a distinguir la copia del original. En cierta ocasión un sacerdote había mandado traer de España un ornamento completo para el servicio de la iglesia y como faltase para la casulla casi una vara de paño, llamó a un indio tejedor de oficio y le preguntó si se creía capaz de fabricar igual tejido. El indio pidió un pequeño recorte de la casulla, lo examinó con suma atención, desmenuzó cuidadosamente la hilacha y después de hacerse dar la seda y los hilillos de oro necesarios, se puso a tejer el paño que faltaba, saliendo tan hermosa y perfecta su labor, que fué imposible distinguirla de la misma casulla.

La agricultura en San Javier

Los misioneros de las reducciones se veían obligados a cuidar no solamente de los intereses espirituales, sino también de los bienes temporales de sus indios. No bastaba enseñarles las verdades del cristianismo y bautizarlos, sino que en la mayoría de los casos tenía que preocuparse igualmente en proporcionarles alimento, vestido y casa, hasta que se hallaban en estado de mantenerse a sí mismos.

La donación de 500 pesos que hacía el Rey pero que no se pagaba siempre, era por una sola vez al fundarse la reducción y con destino a la adquisición de una campana y demás objetos imprescindibles para el culto; fuera de eso era cosa forzosa al misionero el mantener, como mejor pudiera, a sus indios y hacer cuanto fuera necesario para asegurar la existencia de la reducción.

Además de las artes e industrias que en la reducción implantó el ingenioso Padre Baucke, preocupóse seriamente en todo lo relacionado con la agricultura. Véase lo que él mismo escribe a es. propósito:

"Aun cuando la situación topográfica del Gran Chaco es muy baja y hay en él numerosas vertientes, ríos y pantanos, sin embargo, cuenta también muchos parajes altos, los cuales, con mucha frecuencia, se encuentran en medio de los mismos bosques y que una vez cultivados ofrecen un golpe de vista espléndido."

"El suelo es muy feraz, siendo la tierra en su mayor parte negra y gorda en su capa superior, la que alcanza por lo general un espesor de dos pies. Cavando a mayor profundidad encuéntrase, generalmente, arena o bien arcilla dura y delgada. A pesar de que el surco abierto por el arado del indio penetra apenas medio pie en el suelo, todo lo sembrado crece con mucha exuberancia."

El arado mocobí

Del arado usado por los mocobíes nos ha dejado el Padre Baucke una viñeta muy expresiva y una relación concordante con ella:

"Escógese para hacer un arado una rama de madera dura, encorvada hacia arriba en su extremidad anterior; una gruesa vara sirve de pértiga; en la punta mayor de esta última, se abre un agujero cuadrilongo en el cual se encaja la parte curva de la

rama, que luego se sujeta fuertemente con una cuerda, mientras que el yugo se ata al extremo opuesto de la vara. Detrás de este arado sujétase un fuerte palo vertical que hace las veces de timón y que el indio maneja con la mano derecha, mientras en la izquierda tiene una cuerda delgada atada a la oreja izquierda del buey y una larga caña que le sirve de picana. Finalmente cada arado va acompañado de un hacha para poder renovar el corte de la reja cada vez que se halle embotado."

Sólo tres clases de grano

Para estos trabajos agrícolas tenía siempre cuidado el Padre Baucke de que estuviesen listos 20 a 25 yuntas de bueyes bien amansadas, como él relata en sus interesantísimas memorias.

No se cultivaban sino tres especies de grano: la cebada y dos clases de trigo: uno llamado trigo chileno, que no se molía, sino que simplemente se machacaba, cociéndose en ese estado, y la otra clase que suplía la harina fina; es menester que todo lo cortado durante el día, sea también recogido, trillado, limpiado, medido y embolsado en ese mismo día; por esta razón en la reducción de San Javier durante la época de la cosecha, que duraba unos quince días, se concedía permiso para trabajar aun los domingos y días festivos.

En la siega

El Padre Baucke ocupaba a unos 40 segadores, los cuales no regresaban a sus casas hasta terminar la siega, aun cuando el sitio de su labor distaba apenas unos 2.000 pasos del pueblo. Durante todo el tiempo que duraba la cosecha, el misionero no se separaba de sus trabajadores, salvo el tiempo indispensable para trasladarse todos los días a caballo a la reducción para decir la Santa Misa.

En el mismo perímetro del área cultivada, habíanse construído cuatro barracas de regular capacidad, recubiertas con ramas verdes y que servían para la conservación de las mieses, etc.

Al apuntar el día y después de un buen almuerzo, principiaban los trabajos; los segadores se ocupaban en su labor hasta las nueve y luego ayudaban a trillar durante otra hora. De 10 a 2, o sea durante las horas de calor excesivo, se dejaba pacer a los animales mientras los trabajadores comían y dormían la siesta; luego se reanudaban las labores, que duraban hasta las 8 y 9 de la noche, según lo requerían las circunstancias.

En la trilla

Por lo que toca a la comida, era siempre abundante, y el agua potable traída en barriles cargados sobre carros hechos a propósito, se distribuía a todos en jarrones repletos, habiendo para ello varios muchachos que iban y venían todo el día entre los labradores, dándoles de beber.

Continuaba casi sin interrupción, de día y de noche el consumo de mate y repartíase copiosamente tabaco, sal y otros artículos necesarios.

El consumo total en una sola cosecha, cuya duración no excedía de quince días, importaba según los cálculos hechos por el Padre Baucke, un quintal de tabaco, dos quintales de yerba y 30 animales vacunos. A veces el consumo era aún mayor.

"Pero también, agrega el Padre, no había época más grata para los indios y en la cual se divertían."

Todos los pormenores que hasta aquí tenemos referidos, comprueban cuán grandes fueron los sacrificios hechos por los misioneros para lograr transformar a los indios en hombres civilizados y cristianos.

Aquí debemos comprobar, que entre las naciones del viejo mundo, la española se distinguía noblemente en secundar con grandes sacrificios la obra de cristianización, pero a pesar de esto, no faltaron españoles en América, que por intereses personales y deseos de codicia no dejaron medio para contrariar esta grande obra y lograr así mejor su mal intento. A este fin inventaron y publicaron por todas partes calumnias contra los misioneros.

Dificultades de parte de los españoles

En efecto, uno de los males más perniciosos para las reducciones era el trato frecuente de los indios con ciertos españoles, quienes con el fin de lucrar en ello, trataban de inculcar a estos pobres salvajes —ya por sí tan fáciles de engañar—, máximas que se hallaban directamente en oposición con las medidas de orden, indispensables para la conservación de un pueblo. Por esta razón vióse el Padre Burgés en la necesidad imperiosa de oponerse tenazmente, y desde un principio, a que fueran demasiado frecuentes las comunicaciones de los indios con la ciudad, llegando las cosas a tal extremo que, por un lado quedó vedado a esos españoles, todo contacto con la reducción, y por el otro, los indios mismos ya escarmentados repetidas veces por los engaños y perjuicios que habían sufrido, concluyeron por mantenerse alejados de ella.

Incomunicados con los indios

También tuvo el Padre Baucke motivos para formular sus quejas a este mismo respecto. Uno de sus más ardientes deseos era el lograr algún día encaminar por la senda del bien al cacique Cithaalín y que concluyera por dejarse bautizar; el caudillo, empero, siempre tenía algún pretexto que aducir en contra; entre otras razones pretendía, que esto amenguaría la consideración de que gozaba, y que por otra parte había oído decir repetidas veces a sus abuelos que el agua empleada por los misioneros al bautizar a los niños era un veneno mortífero con el que pretendían oponerse al aumento y propagación de su raza.

Manifestaciones de Cithaalín

Un día, empero, habiendo logrado el misionero ganar el corazón del caudillo, éste se franqueó con él y le declaró con toda llaneza que los mismos españoles le habían asegurado, que la única cosa en la cual debía él poner su atención era cuidar de que sus indios no los molestasen a ellos, y que en cuanto a todo lo demás, podía llevar la clase de vida que más le pluguiera, pues era obligación de los misioneros cuidar de los indios y proporcionarles todo cuanto hubieran menester, y que para este objeto precisamente habían contribuído tan generosamente los españoles, a la fundación de las reducciones —que él era un cacique y continuaría siéndolo, y que no debía permitir que los misioneros le tratasen como si fuera un niño.

Así como supo esto el Padre Baucke presentóse al comandante de Santa Fe en actitud de queja, declarándole que si no ponía prontamente un dique a tan graves inconvenientes, él daría cuenta de lo ocurrido al Gobernador de Buenos Aires y luego al señor Obispo y si fuera necesario, aun al mismo virrey de Lima. A con-

secuencia de esta queja les fué prohibido a los españoles dejarse ver en la reducción, bajo cualquier pretexto a no ser con permiso del comandante. Si tenían que tratar algo de importancia con los indios, no les era permitido hacerlo sino en presencia de un misionero. Esta misma condición se exigía aún en caso de venta y compra, so pena de multa. Tales medidas eran motivadas por la suma ignorancia y sencillez de esta gente salvaje que se dejaba fácilmente engañar y explotar por los españoles.

Engañan a los indios

A pesar de estas prohibiciones, poco después, un hijo del cacique Aletín fué engañado por un español, durante un viaje que hizo con el Padre Baucke. La madre del niño le había dado para el viaje una manta nueva de mucho valor. Apenas llegado al pueblo de Santa Fe, el muchacho encontró un vendedor de panecillos, de vista y olor muy tentadores para él. Como el muchacho se hallase sin dinero, un español que se hallaba presente le sacó de este apuro, ofreciéndole una manta muy vieja y además cuatro reales por la nueva que el indio llevaba.

El pobre joven se dejó engañar, entregando su manta flamante para recibir en cambio la otra y el dinero, con el cual se apresuró a comprar por 2 reales 4 panecillos, creyendo haber realizado una buena ganancia.

Cuando el Padre Baucke encontró al niño vestido con la manta vieja le preguntó dónde había dejado la suya, a lo que contestó el joven refiriéndole con toda ingenuidad lo que había ocurrido. Inmediatamente el misionero mandó un sirviente del colegio, acompañado del indio, en busca del mencionado español, a fin de recuperar la nueva manta. Pronto dieron con el hombre, quien, sin embargo, se negó a devolverla alegando el pretexto que la tenía comprada, y que el niño había mostrado su plena conformidad, que por lo que tocaba al misionero, no tenía éste ningún derecho para intervenir en el comercio de los indios; que éstos eran dueños absolutos de lo suyo y podían por lo tanto disponer de ello como se les antojara sin obligación alguna de pedirle su parecer sobre el particular, ni siquiera en el caso de querer desprenderse de balde de lo que les perteneciese.

Este modo de argüir fué el que movió principalmente al Padre más que ningún otro motivo, a llevar el asunto ante los tribunales. El resultado fué que el español tuvo que restituir inmediatamente la manta, sin recibir compensación alguna, antes bien fué condenado a satisfacer una multa de algunos pesos.

Naipes, dados y juegos de azar

Otro motivo que inducía a los misioneros, no sólo a desear la mayor separación posible entre españoles e indios, sino también a impedir en cuanto estuviera a su alcance las relaciones entre los mismos, eran los juegos de naipes, dados, bolos, etc., que aprendían los indios durante su permanencia en la ciudad y que a su regreso introducían paulatinamente en la reducción.

"En cuanto a juegos, los indios mocobíes, ya desde un principio, tenían el suyo propio, el cual estribaba no precisamente en el valor del premio ganado, sino ante todo en la manifestación de mayor fuerza bruta que hacía cada uno. Cavábase en la tierra una pequeña zanja a la cual llegaba el indio en tres saltos y lanzaba

en la misma su maza con tal ímpetu que rebotaba con violencia, dando muchas vueltas mientras describía un arco en el espacio. El que hacía llegar su maza a mayor distancia había ganado el premio. Este sólo consistía en hondas, tejos, flechas, perlas de vidrio y otros abalorios por el estilo.

"En cambio, prosigue el Padre Baucke, una vez que mis mocobíes entraron en relaciones con los españoles y con su trato frecuente pudieron enterarse de sus juegos, comenzaron también ellos a darse a los naipes, dados y demás entretenimientos, resultando de todo ello que al poco tiempo empezaron a abandonar sus labores y matar el tiempo jugando."

La influencia cristiana

Con toda energía procuró el Padre Baucke poner fin a estos males. Principió por llamar a los dos caciques, Domingo y Aletín, y les hizo comprender cuán pernicioso era para la reducción esa clase de juegos, sobre todo cuando revestían ellos el carácter de una pasión; luego, estando de antemano seguro del apoyo de los caciques recogió todos los naipes, dados, etc., existentes en la reducción, y lo echó todo al fuego, prohibiendo al propio tiempo que se introdujeran en adelante semejantes juegos en la población. Logró de esta manera extirpar de raíz este feo vicio sin dar tiempo para que arraigara en las costumbres de los indios.

Poniendo en juego todos los medios favorables a las buenas costumbres y al espíritu netamente cristiano, cual correspondía, llegaron los Padres Burgés y Baucke a cosechar en abundancia opimos frutos de piedad y virtud. El mismo Padre Baucke no podía menos de admirar el maravilloso cambio que se manifestaba entre los indios bautizados y los infieles. Ese cambio se reflejaba hasta en los mismos semblantes, y este hecho no se ocultó a los mismos españoles, quienes solían decir que a primera vista conocían si un indio era cristiano o salvaje, y aun en el caso que éste último vistiese el traje característico del primero.

En efecto, los indios bautizados se mostraban mucho más alegres y contentos y de trato más íntimo que los no fieles, cuyo semblante siempre conservaba cierta expresión de fiereza y sobreceño. Por otra parte sus ademanes y su porte exterior revelaban al hijo de la selva sobre el cual no había el cristianismo ejercido aún su influjo moralizador.

Se comprende que los misioneros tratasen de atraer al cristianismo, ante todo, a los caciques, pues su ejemplo debía necesariamente influir benéficamente sobre los demás indios y en especial sobre los de su propia tribu.

Bautismo de Aletín

Fué Aletín el primero de los caudillos mocobíes que se bautizó. Después de haber recibido junto con otros la necesaria instrucción solicitó espontáneamente el ser admitido entre el número de los cristianos; y efectivamente le fué concedida poco después y no sólo a él sino también a su mujer y a sus hijos y a seis indios más con sus respectivas familias. Grande fué la impresión que este acontecimiento produjo entre los demás indios. Todos ellos acudieron a presenciar este solemne acto. Ya de antemano los misioneros habían convidado a varias personas distinguidas de Santa Fe que gustosas se prestaron a servir de padrinos a estos neófitos.

Una vez bautizado Aletín, que recibió el nombre de Javier, se mostró aún más afecto a los misioneros, dispuesto siempre a ejecutar cualquier labor que se le encomendara y muy constante en su asistencia al divino culto. Tan excelente ejemplo no podía menos de cundir rápidamente entre los demás indios reducidos, quienes, a su vez, concurrieron con la mayor asiduidad al servicio religioso. Visitaban también muy a menudo a los misioneros, los cuales se valían de estas ocasiones para aconsejarlos en sus dudas y aumentar sus conocimientos de las verdades cristianas. Esto dió también lugar a que el Padre Baucke se convenciera del hecho que la enseñanza particular y las conversaciones íntimas y amistosas surtían en el temperamento y carácter de los indios un efecto más benéfico que aquel que se pudiera esperar de largas prédicas dadas en la iglesia.

Instrucción religiosa personal

Por lo tanto, resolvieron los dos misioneros recibir sucesivamente todos los días en su casa a dos o tres indios para instruirlos en los principios de nuestra santa religión, y en seguida los despedían dando a cada uno un pequeño regalo.

"Con estas exhortaciones y coloquios íntimos, dice el Padre Baucke, conseguimos poco a poco que un gran número de indios solicitaran el Sacramento del Bautismo, y a su tiempo fueron efectivamente recibidos en el gremio de nuestra Santa Iglesia. Entre aquellos que más celosos se mostraron fueron los que componían la tribu de Aletín, mientras que la gente de Cithaalín, escandalizados en cierto modo por los perversos principios de este caudillo pusieron más obstáculos a las luces del Evangelio."

Aletín desde el primer momento, había impresionado muy bien a los misioneros. Era un joven muy hermoso, robusto, de alta estatura y con cabellera negra rizada. En su semblante se descubría cierta expresión de severidad mezclada con dulzura, al par que su conversación revelaba un grado de inteligencia poco común. Ayudado de tan bellas cualidades supo atraer a otro cacique muy parecido a él en carácter. Tal era Nevedagnac.

Entre sus compañeros, gozaba este caudillo de mucha fama como hombre de gran valor, y en sus encuentros con los cristianos nunca le guiaba el instinto de matar, sino tan sólo el deseo de arrebatarles caballos y ganado. Pocos meses después de su primera visita, regresó Nevedagnac a San Javier con 40 familias de su tribu, y se estableció definitivamente en esta reducción, mostrando él y toda su gente tanto celo para instruirse en las verdades de nuestra santa religión, que al poco tiempo ya se hallaban preparados todos para recibir el Sacramento del Bautismo. Mientras se preparaban a este solemne acto ya cundió la noticia de esto en la ciudad de Santa Fe adonde fueron llevados el caudillo con toda su gente y allí fueron bautizados por el Padre Rector del Colegio, disputándose el honor de ser sus padrinos las personas más distinguidas de la colonia española.

Conversión de Nevedagnac

Después del acto solemne fueron convidados por el Padre Rector a un modesto banquete en el Colegio, al cual asistieron entre otras familias principales el mismo Comandante de Santa Fe, quien por medio de un intérprete se entretuvo amigablemente con el cacique,

y a consecuencia de dicha conversación felicitó calurosamente al Padre Baucke encomiando con frases muy halagüeñas la trascendencia de sus palabras y felicitando en nombre del Rey y de los españoles al misionero, por este gran triunfo, terminó su brindis con las siguientes palabras: "Yo conozco muy bien y por propia experiencia a este gran caudillo; en varias ocasiones, cuando tuve que pelear contra él, no he podido menos de apreciar y hasta admirar su gran valentía. Hoy día me es muy satisfactorio el poder trasmitir a Córdoba, Tucumán, Santiago y la Asunción, donde su valor es bien conocido, que este Saulo se ha convertido en un verdadero Pablo. Hagamos votos al cielo para que se conserve esta preciosa joya en la reducción de San Javier, pues su conservación nos augura una paz duradera tanto para nosotros como para otras ciudades y provincias."

Fiesta en Santa Fe

En seguida se levantó el caudillo cristiano, que en su Bautismo había recibido el nombre de Domingo y dirigiéndose a un intérprete le dijo: "Transmitid al noble Comandante de esta ciudad, los sentimientos que actualmente abriga mi corazón: Como he recibido mediante el Sacramento del Bautismo la inestimable dicha de ser miembro de la gran familia de los cristianos que reconocen a Dios como Padre de todos, siento una gran alegría al poderme llamar vuestro hermano. Hasta ese momento nada sabía de nuestro Padre Celestial, de lo contrario jamás me habría mostrado tan hostil para con los españoles. De aquí en adelante, trataré de reparar los errores que cometí en mi ignorancia; deploro muy de veras todo el daño que anteriormente causé a los españoles que son desde ahora mis hermanos. Antes los miraba a todos como enemigos, pero conozco al presente que estaba equivocado. Me comprometo de hoy en adelante, cada vez que me necesiten, a ayudarles contra sus enemigos con toda mi gente como verdadero amigo y hermano. Decidles que pueden prestar entera fe a mis promesas; que recuerden, que nunca los engañé siendo todavía infiel, cuanto menos ahora que soy cristiano."

Todos los que oyeron estas palabras del caudillo cristiano, que fueron vertidas al español por un intérprete, quedaron sumamente satisfechos y complacidos y cuando pocas horas después el nuevo cristiano emprendió su viaje de regreso a la reducción fué muy agasajado y colmado de regalos.

El caso de Cithaalín y de Nalangain

Mayores dificultades ofreció el bautismo de Cithaalín, ya por su edad avanzada, como también por sus inveterados vicios. No obstante, así la heroica paciencia de los misioneros como sus exhortaciones e industrias, ayudadas por la gracia divina, acabaron de ablandar este corazón de hierro. El caudillo acabó por rendirse gustoso y recibió con gran júbilo el Santo Bautismo. Animado con tan noble ejemplo el cacique Nalangain poco después pidió y consiguió la misma gracia. Con esto quedaron bautizados los cuatro principales caudillos, a los cuales pronto siguieron los demás indios de la reducción, en número de 900 aproximadamente. De ahí en adelante todo marchó como sobre rieles, llegando el misionero a bautizar mensualmente de 20 a 30 neófitos.

Ya hemos visto arriba que la iglesia de la reducción de San

Javier, cuando el Padre Baucke la visitó por primera vez, se encontraba en un estado de suma pobreza y sin atractivos algunos para esta pobre gente salvaje. Empeñáronse los misioneros en construir un nuevo templo, más grande y hermoso, con altares bien labrados y elegantemente adornados, y en el que resonara buena música, cánticos armoniosos. Por este medio consiguieron que los indios concurrieran con gran gusto a los divinos oficios, no solamente los días festivos sino también los días de entre semana. En el altar mayor habíase colocado la estatua de San Javier, Patrono de la reducción, mientras la de la Virgen Santísima adornaba otro altar del templo. Este poseía además una campana, herencia de una antigua reducción destruída hacía ya unos 20 años.

La iglesia y los altares del pueblo

Vivía en la reducción de San Javier una india devota llamada Eulalia, de estado casado, la cual además de ayunar todos los miércoles, asistía al catecismo cada día, mañana y tarde; continuó esta vida tan devota aun después de haber fallecido su marido, hasta que ella también, a pesar de hallarse todavía en la flor de su edad, acabó santamente su vida. Momentos antes de expirar dirigió al Padre Baucke esta súplica: "Padre mío, no toméis a mal lo último que voy a pediros: Siento un muy gran deseo de ser sepultada en la misma iglesia." "¿Y por qué?, preguntó el misionero, ¿acaso nuestro cementerio no ha sido bendecido?" "No lo ignoro, repuso la moribunda, pero el motivo por el cual desearía ser depositada en la iglesia es, que siempre me ha sido tan grato el asistir a este templo y especialmente en las horas en que se explicaba la doctrina cristiana, y como en adelante esto ya no me será posible, desearía, que por lo menos, siguiesen asistiendo mis restos mortales a todos los actos religiosos." El Padre Baucke prometió acceder a sus deseos y efectivamente, accedió.

Sepultura en la iglesia

Este suceso tan edificante tuvo por resultado el que muchos otros indios pidiesen el mismo privilegio. Sin embargo, el misionero declaró formalmente que nadie sería enterrado en la iglesia a no ser que hubiese dado pruebas muy distinguidas y ejemplares de una vida verdaderamente cristiana y santa, de donde resultó, que el fervor en el cumplimiento de los deberes religiosos aumentaba de día en día entre muchos de los indios.

He aquí un rasgo genuino de devoción filial que nos refiere el Padre Baucke: solía éste en las vísperas de las fiestas mayores de la Santísima Virgen, adornar la estatua de la Madre de Dios con todo lo mejor que poseía la iglesia. Cuando cierto día el joven Sebastián, hijo del cacique Cithaalín, notó que la corona de la Virgen, aunque muy hermosa no era de oro sino de papel dorado, concibió la idea de conseguir una corona más digna. Observando que la mayoría de sus condiscípulos, que concurría a la doctrina cristiana, llevaba en sus cuellos chapas de plata de diversos tamaños, les propuso pedir a sus respectivos padres el permiso para donar esas prendas a la Madre de Dios, a fin de que su estatua fuese adornada con una corona de plata.

Devoción a la Virgen

La idea gustó a todos, y al día siguiente, terminada la instrucción del catecismo, todos los muchachos ofrecieron espontáneamente al Padre Baucke sus prendas de plata, pidiéndole aceptase

ese óbolo en honor de la Virgen, para que tuviese una corona más rica. Estas dádivas fueron tan numerosas que con ellas pudo fundirse, no sólo una espléndida corona de plata para la Virgen, sino que sobró lo suficiente para una linda aureola que se colocó en la estatua de San Javier.

Población en aumento

Iba en continuo aumento el número de los habitantes de la reducción de San Javier; llegó a tener 1.900 bautizados y 300 infieles. Cuando el Padre Baucke en cierta ocasión celebró una solemne novena en honor de la Madre de Dios, concurrieron los indios en tal número para oír la divina palabra y recibir los Santos Sacramentos, que el misionero con justa razón pudo afirmar que jamás se había imaginado encontrar entre los indios una devoción tan tierna como general. Terminada aquella función tan solemne, todos los caciques se presentaron al Padre ofreciéndole sus más rendidas gracias por la magnífica fiesta, tan linda y tierna que les había preparado, rogándole les proporcionase semejantes solemnidades pues eran un verdadero bálsamo para sus almas.

Para que se vea mejor todavía el gran provecho que sacaban los indios del uso de los Sacramentos, agreguemos lo que frecuentemente y con toda sencillez manifestaban los indios al Padre misionero: "Cuando acabamos de recibir los Santos Sacramentos experimentamos en nuestros corazones un consuelo muy grande que nos dura semanas y meses enteros, y nos sentimos cada vez con nuevo fervor de llevar una vida cristiana; pero si nos alejamos de la reducción, aunque no sea más que por 15 días, para cazar y correr por los montes, sentimos que este fervor principia a debilitarse y perderse."

El día de la Primera Comunión

Una de las festividades religiosas que mayor solemnidad revestía, era la primera comunión de los niños. Muy laudable por otra parte era la costumbre que en la reducción habían establecido los misioneros y consistía en que sus propios padres acompañasen a sus hijos a la sagrada mesa. El día fijado, unos y otros concurrían al templo un poco antes de principiar la función, para oír una ligera recapitulación de las enseñanzas preparatorias del acto; acto continuo se recitaban algunas oraciones para los niños, estando todos ellos arrodillados al derredor del altar y llevando en sus cabecitas unas pequeñas coronas de flores y en la mano un cirio encendido adornado con un ramito. Acabadas las oraciones se acercaban padres e hijos a la santa mesa.

Después de la comunión volvíase a recitarles oraciones y una vez terminada la función todos concurrían a la morada de los misioneros, en cuyo patio se les servía un almuerzo.

Semana Santa

Durante toda la cuaresma era vedado el salir a cazar o el emprender cualquier excursión, a fin de que nadie faltara a las pláticas cuaresmales que tenían lugar cada miércoles y viernes, así como a las instrucciones preparatorias para la confesión. Cada semana se repartía entre los caciques el turno de dar las dichas instrucciones a sus subordinados y durante la misma debían abstenerse de toda obra servil. El viernes y sábado oíanse las confesiones y el domingo siguiente todos participaban de la sagrada Eucaristía. Recién entonces podían reasumir sus labores acostum-

bradas, observándose este mismo orden hasta que todos hubiesen cumplido con el precepto eclesiástico. El Viernes Santo a la tarde, había gran procesión durante la cual se rezaba el Rosario, dirigiéndose después de cada decena una plegaria al Redentor crucificado.

Frases de un español

En una palabra, la concurrencia a todas estas solemnidades religiosas, nada dejaba que desear. "Era hermoso ver, prosigue el Padre Baucke, cómo en día de domingo o festivo, los indios se hallaban todos prontos y preparados delante de sus puertas, aguardando tan sólo el toque de la campana para correr a juntarse en el templo." Un domingo hallábase de visita en la reducción, un español tan virtuoso como temeroso de Dios, quien viendo con qué fervor acudían los indios a la iglesia, exclamó, dirigiéndose al Padre Baucke: "He ahí una escena que nos humilla a todos los que nos llamamos cristianos. Ved esa gente, señor Padre, que ayer todavía se hallaba sumergida en el salvajismo, hoy apenas resuena el repiqueteo de la campana convidándoles al templo, cuando ya todos a una, cual multitud de hormigas, salen de sus chozas y se apresuran a reunirse en la iglesia para ofrecer al Creador sus preces y alabanzas." "¿En cuál de nuestras ciudades cristianas, podríamos contemplar acaso, un espectáculo tan edificante?"

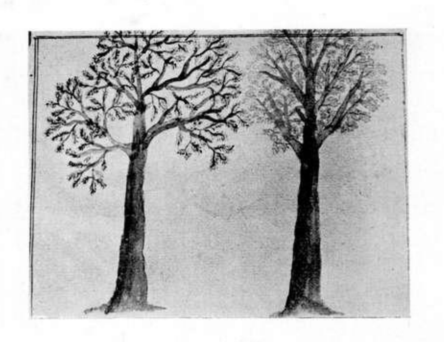
Fiestas del pueblo

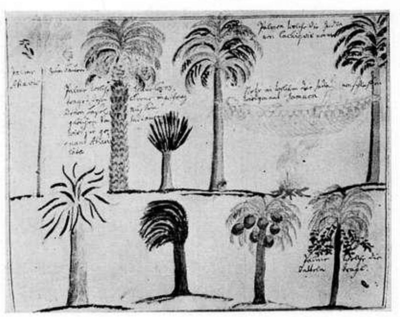
Era costumbre en las ciudades españolas de América, celebrar una solemne procesión el día del Patrono del pueblo, formándola todos los vecinos en traje de gala y montados a caballo, precedidos por sus respectivos magistrados, yendo al frente un alférez real. "Valiéndome de esta costumbre, escribía el Padre Baucke, me había empeñado en enseñar a mis indios, por medio de procesiones religiosas, el culto exterior que se debe al Señor de los Cielos; así también quería infundir en sus almas el respeto, que en calidad de vasallos habían de tener a su Rey y Señor temporal."

A este fin disponía el celoso misionero cada año a sus indios para que el día de San Javier hicieran cuanto estaba de su parte para que la fiesta fuera lo más solemne posible. Ante todo se escogía entre los caciques uno que representase al Rey con el nombre de Alférez Real; en seguida se formaba unas 15 a 16 compañías, de 25 hombres cada una, con sus correspondientes jefes, con dos tambores y dos portaestandartes. El Padre Baucke procuraba que cada compañía se distinguiese de las otras por el color de sus caballos, por el traje de sus jinetes y el adorno de sus banderas. Dos alcaldes o mayordomos a caballo abrían la procesión, seguía luego el Alférez Real y en pos de él las diferentes compañías.

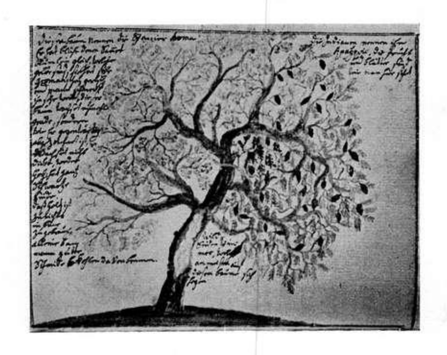
El estandarte real

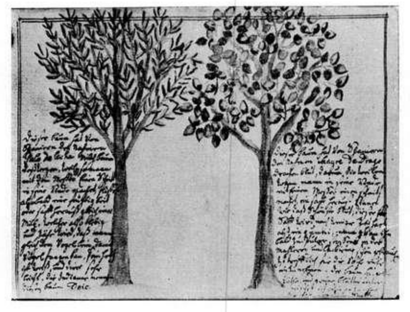
Así formados hacían su entrada en la población, marchando hacia la iglesia, frente a la cual hallábanse colocados de un lado los jóvenes y del otro las muchachas. Apeándose luego los indios entraba la procesión en el templo, yendo adelante el Alférez Real con la bandera y con la cabeza cubierta, ocupaba del lado del Evangelio un muy hermoso asiento con aparato real. Terminada la función religiosa, salía la concurrencia del templo precedida por el Alférez Real e iba hacia la plaza donde se había erigido un





Flora santafesina, según Baucke.





Flora santafesina, según Baucke.

arco de triunfo. Allí colocábase el estandarte real, quedando custodiado por una guardia de honor.

Entretanto los demás concurrentes se dirigían a sus casas a preparar la comida que habían recibido del cacique, consistente en una res y el maíz correspondiente; dispuesto ya todo para ser servido, remitían varios platos de manjares para que los misioneros los bendijeran y en seguida sentábanse a comer. A la caída de la tarde, los indios formando dos grupos ejecutaban un simulacro de combate, siendo recompensados bajo el arco de triunfo los victoriosos con la entrega de premios que consistían en objetos de piedad o prendas de vestido o herramientas de labranza o piezas de montura o en paquetes de tabaco.

Bendición de los manjares

"Este día, dice el Padre Baucke, era para los indios el de mayor entusiasmo y alegría en todo el año y como hasta entonces no se había celebrado acto análogo en ninguna otra reducción del Gran Chaco, se esparció muy pronto, por toda la región, la noticia de esta gran fiesta acudiendo a presenciar este torneo hasta los mocobíes que residían a 300 leguas de la reducción de San Javier. Esta era ocasión para que muchos salvajes sentaran sus reales por allí para entrar luego en el seno de la Iglesia."

Como es natural, llegaron también a Santa Fe los pormenores de esta fiesta anual en honor de su excelso patrono, y su noticia movió al comandante de dicha ciudad, como también a varios españoles residentes en ella, a presenciarla. En efecto, el Padre Baucke enviaba dos caciques con sus indios a Santa Fe ocho días antes de empezar las fiestas para invitarlos, y en especial a don Narciso de Echagüe, que profesaba particular cariño por esta reducción, fundada durante el gobierno de su padre. Recibida la comitiva con los agasajos propios del caso y llegado el día de la fiesta, el dicho comandante, todos sus soldados y demás señores se confesaban y comulgaban, dando con esto un ejemplo de edificación a los naturales.

Los santafesinos en San Javier

Poco después los indios todos, tomaban parte en una procesión presidida por el señor comandante, siguiéndose la comida y el torneo, donde distribuía éste mismo, muchos premios que había traído consigo. Durante la comida, la banda de música de los indios, ejecutaba entre otras piezas una especialmente compuesta en honor del Rey de España y del señor comandante que presidía. Al regresar la comitiva, era acompañada del pueblo hasta cinco leguas de la población y 25 de los naturales llegaban hasta Santa Fe, donde eran obsequiados con algún ganado vacuno y lanar.

Una de las cosas que más consuelo daba a los misioneros era ver la ordinaria solicitud de los indios de conservarse en gracia de Dios y la extraordinaria solicitud que en tiempos de peligro manifestaban de tener sus conciencias puras y limpias. Así, cuando tenían que salir a luchar contra los salvajes rebeldes, que les promovían guerras, o tenían que ocuparse por largo espacio de la caza o en el corte de montes, procuraban recibir previamente el Sacramento de la Confesión.

En gracia de Dios

Otro tanto sucedía con las mujeres en los casos difíciles de la vida, y no bien habían dado a luz, procuraban el inmediato bau-

tismo de su prole. "Debo confesar, dice el Padre Baucke, que era para mí un motivo de gran consuelo atender a los indios en sus postreros momentos, porque notaba que ellos morían no sólo exentos de todo temor, sino hasta contentos y abrigando la firme esperanza que, al separarse de este mundo encontrarían allá, cerca de su Padre Celestial, una vida perdurable llena de dicha. Muchas veces preguntaba al moribundo si no sentía algún motivo de inquietud o si no le causaba pesar que en adelante sus hijos debieran quedar huérfanos. De ninguna manera, Padre, replicaba, no me aflijo en lo más mínimo por ellos, pues si bien yo me voy, no por eso se hallarán desamparados, pues vos hasta ahora habéis sido el padre de ellos y seguiréis siéndolo en adelante, y desde que vos habéis cuidado tanto de ellos durante mi vida, cuánto más no lo habréis de hacer después de mi muerte. ¿Y por qué me habría yo de afligir por tener que dejar este mundo? ¿No nos habéis enseñado vos mismo tantas veces, que si en esta vida hemos amado y servido a Dios, Nuestro Señor, la muerte misma nos proporciona una felicidad eterna en el cielo? Esto lo he creído siempre y ahora también lo espero firmemente. He ahí, prosigue el Padre Baucke, el modo cómo, por lo general, morían mis indios, esto es, con una quietud y paz imperturbable, que viéndola, rebosaba de consuelo mi corazón, pues no me era posible dudar de que alcanzarían la eterna bienaventuranza."

Solicitud por los sacramentos

Y así, al sobrevenir la peste de viruela, no desmentían tan sólidos principios de fe, aunque no existe para los indios una calamidad mayor. Al momento que advierten que la peste ataca a los indios de la selva y sienten la intensa fiebre que se produce al principio, arrójanse al agua, cerrándoseles los poros del cuerpo y produciéndose el derrame virulento hacia adentro. Esto les causa casi siempre la muerte. Por lo cual tiene su razón de ser el pánico increíble que produce entre los salvajes la invasión de las viruelas. Apenas se declara en una toldería un solo caso de viruela, todos los demás huyen precipitadamente, abandonando a su suerte al atacado del flagelo ya sea el padre o la madre, el hijo o la hija, lo único que hacen es colocar a la cabecera del lecho un jarro de agua, carne asada y frutas silvestres, para el caso que le vinieran ganas de comer algo.

En tiempo de peste

Relatan los mocobíes los inauditos sufrimientos que han padecido por esta enfermedad cuando vivían en los bosques: habiendo desaparecido la epidemia, solían vagar durante mucho tiempo por los montes en busca de sus padres o parientes, y no pocas veces encontraban las tolderías completamente abandonadas, y delante de ellas los perros que habían devorado los cadáveres de aquellos infelices. Si tales eran los estragos que causaba entre ellos la peste cuando vivían en las selvas, no fueron menos los que causaba en las reducciones. "Poco antes de mi llegada a la América del Sur, en el año de 1745, escribía después Baucke, esta asoladora enfermedad había estallado en las misiones del Paraguay, que entonces comprendían 30 poblaciones y fueron varios los esfuerzos ingentes y las medidas todas que tomaron los misioneros para conjurar el mal, pues segó la vida a 72.000 naturales."

En el año 1760 se declaró esta maligna enfermedad en la reducción de San Javier y lo primero que se hizo fué recorrer las chozas una por una para conocer la extensión del mal y resultó que el número de los atacados por primera vez, ascendía a 800 entre niños y adultos.

A los pocos días se hallaban unos 80 indios en estado de gravedad.

Con los enfermos

Fué en ese momento que el jesuíta alemán y su compañero de entonces, el Padre Tomás Poole, iniciaron su heroica labor, así para cuidar de los intereses materiales como de los espirituales de sus queridos indios. Su único afán era aliviarles en su enfermedad y administrarles los santos sacramentos.

Por la mañana, después de la Santa Misa, salía el Padre Baucke con 8 o 10 muchachos, llevando consigo agua de cebada y de lino, y otro refrescante preparado con agua, azúcar y pepitas de sandía, de melón, de zapallos y de calabazas machacadas, siguiendo el tratamiento, recomendado en algunos casos por médicos españoles, se hacía sangrar al paciente en el primer momento, y esto muchas veces producía muy buen resultado. Llevaba también consigo el misionero, una porción de manteca, que mezclada con albayalde, servía para cubrir las costras de los variolosos. Bien pertrechados de elementos marchaba el Padre con sus niños desde el alba hasta muy entrada la noche, de choza en choza, suministrando consuelo y socorro, así material como espiritual. Oía las confesiones de los enfermos, los preparaba para bien morir, mientras su compañero el Padre Poole les administraba los Sacramentos de la Sagrada Eucaristía y Extremaunción. En cuanto a los muertos, los hacía cubrir en un lienzo cosido y depositar en el atrio del templo hasta que el Padre Poole, terminada su tarea del día, podía hacerles dar sepultura.

La mortandad llegó en los meses de noviembre y diciembre hasta la cifra de 14 por día. Durante este tiempo hubo 8 indios que se ocuparon de continuo en abrir las fosas.

Vida sacrificada del misionero

"Así pasaban los días, dice el Padre Baucke, y en llegando la noche me echaba sobre mi cama para tomar un momento de reposo, pero como en esta enfermedad los dolores y angustias aumentan durante la noche, tenía que levantarme hasta seis y aun más veces durante ella para acudir a prestar mis auxilios. A consecuencia de esto, tuve que permanecer desde mediados de septiembre hasta principios de diciembre, con la luz siempre encendida durante la noche, quedándome vestido sobre el lecho, a fin de estar pronto a cualquier llamado que se me hiciera."

Tantas atenciones y fatigas no interrumpidas, concluyeron casi por agotar las fuerzas físicas del misionero, hasta el punto de llegar a sentirse muy enfermo y creer que peligraba su propia vida. Por esta razón despachó un mensajero a Santa Fe para solicitar del Padre Rector de aquel Colegio que le enviara al Padre Canelas, que se hallaba en ese Colegio y conocía perfectamente la lengua mocobí. También le pidió enviara una enfermera española para el cuidado de los enfermos de mayor gravedad. El mismo día que llegó el mensajero a Santa Fe pusiéronse en camino el Padre Ca-

nelas y dos españolas, religiosas Terciarias, llegando a la reducción de San Javier al día siguiente por la tarde.

Con estos nuevos cooperadores pudo ser más eficaz el trabajo, de modo que ya a fines de enero había desaparecido casi por completo el terrible huésped que tantas víctimas había causado. Llegaron éstas a la cifra de 221; con todo, el Padre Baucke dió rendidas gracias al Señor por haber sido relativamente reducidos los casos fatales que se produjeron entre aquellos 800 individuos que por vez primera habían sido atacados del flagelo. Dolor más intenso experimentó el misionero al notar que entre los que sucumbieron al azote, se hallaban sus mejores músicos y en especial los cantores más aventajados, como también algunos de los más hábiles artesanos. Así que al considerar el tiempo y los esfuerzos que costó preparar y enseñar a los unos y a los otros, y cuán difícil sería reemplazarlos, bien se comprende cuán profundo fué el pesar del misionero, que sólo resignado a la voluntad del Altísimo, adoraba sus inescrutables designios.

Nuevas reducciones

Fundada y bien consolidada la reducción de San Javier, habían deseado los jesuítas en repetidas ocasiones destinar al Padre Baucke para que fundara otras reducciones de indios mocobíes, como él también lo deseaba y pedía con ahinco, ya que no eran pocos los indios mocobíes que deseaban abrazar la fe y en San Javier apenas cabían ya más.

Pero se tropezaba, por lo común, con dificultades casi insuperables en la ejecución de este plan: unas dificultades puestas por parte de los indios de San Javier y otras por los españoles residentes en Santa Fe. Los primeros, una vez que comprendieron que podía faltarles el Padre Baucke, declararon que ellos abandonarían la reducción y seguirían tras su misionero; los españoles protestaron por su parte, contra la idea de dar otro destino al Padre Baucke, puesto que la permanencia de éste con sus indios en la reducción de San Javier, era de una importancia trascendental para la quietud y seguridad del pueblo de Santa Fe. De esta suerte veíase el Padre Baucke privado de realizar sus ardientes deseos de convertir nuevas tribus de indios. Sin embargo, quiso el Padre Baucke penetrar tierra adentro unas 300 a 400 leguas, para anunciar el Evangelio a los infieles mocobíes que por allí moraban.

Primeros pasos

En consecuencia, aunque sin haber prevenido a los indios del propósito que tenía en vista, solicitó del Padre Provincial el permiso para emprender este nuevo trabajo; fuéle acordado, pero con la condición de que previamente obtuviera la aquiescencia de los indios de su reducción. Con poca esperanza, a la verdad, de poder lograr su fin, puso en conocimiento de sus indios su intento, expresándoles al propio tiempo que su expedición tendría por objeto visitar a los indios de su propia tribu y que luego regresaría a San Javier. Ellos le escucharon con toda tranquilidad y contra lo que esperaba el misionero no le contestaron ni sí ni no. Fué necesario provocarlos a que manifestaran su parecer. Después de mucho esperar hablaron dos: Domingo Aletín y Nalangain. Dijeron que ellos no permitirían que él se expusiera en viaje tan largo, tan cansador y tan peligroso, que sería mejor que permaneciera

en la reducción y escogiera algunos de los indios del pueblo para que recorrieran el Chaco en busca de infieles mocobíes, que mandase hacer esto así y ellos irían con sumo gusto.

Esta respuesta deshacía los planes de Baucke. ¿Qué hacer? No había más remedio que seguir el dictamen de los indios. Escogió Baucke diez indios, los provee de caballos y provisiones y los envía a esta misión. Con el fin de que ni los españoles ni los indios infieles los molestara hizo hacer el Padre Baucke una banderita blanca en uno de cuyos lados había una imagen de San Francisco Javier y en el otro una de la Virgen Dolorosa. En caso de tropezar con españoles debían sujetar esta banderita a una lanza, mostrarla y al momento clavar la lanza en tierra; acto continuo y en forma natural, no disciplinada o militar, acercarse a los enemigos o amigos y mostrarles el pasaporte que para su seguridad les entregó el misionero. Además cargólos con presentes y regalos para que con ellos ganaran las voluntades de los indios, particularmente las de los caciques.

En busca de localidad

Fué un día de trabajo que, después de confesados, presentáronse los diez indios en la capilla con todo su equipaje. Dejaron los caballos afuera pero introdujeron sus lanzas, las que apoyaron contra la pared de la iglesia. Oyeron con fervor la Santa Misa, recibieron la Sagrada Comunión y antes del último evangelio se les impartió con asperges la santa bendición.

No bien salieron de la iglesia, montaron a caballo y se fueron a colocar junto a la cruz que había frente al templo. Allí aguardaron a que saliera el Padre Baucke. Entretanto Domingo Aletin y Ethaalín los exhortaron a que se condujeran como buenos cristianos dando buenos ejemplos a los infieles a quienes debían invitar a la reducción; particularmente les recomendaron que no bebieran chicha con los infieles a fin de no pelearse con ellos.

Después de estas advertencias salió el Padre Baucke, quien a su vez les dió sus consejos y los despidió con su bendición. Pronto desaparecieron de la vista de todos, saliendo del territorio de la reducción y penetrando en la selva. El jefe de todos ellos era Nalangain, hermano de Domingo.

Expedición al efecto

Estuvieron ausentes cuatro meses. Uno de ellos había apostatado quedándose en la selva con los suyos, pero como para llenar este vacío traían consigo uno de los caciques más renombrados por nombre Elebogdin. Después cambió su nombre llamándose Amaquin. Traían además otros dos caciques de menor valía y otros cuatro indios. Total siete infieles.

Estarían distantes unas 30 leguas cuando supo el Padre Baucke su venida. Al frente de una lucida comitiva fué el misionero a su encuentro. No bien vieron a su Padre y cura fueron en derechura a él quien los recibió con grandes muestras de gozo.

Dejó pasar algunos días y determinó bajar con todos ellos a Santa Fe. Era su intención presentarlos al señor comandante. Este los acogió con mucha afabilidad y en repetidas ocasiones indagó de los infieles si querían que se les fundara pueblo como el de San Javier. Manifestóles que en caso afirmativo destinaría a esta labor al mismo Padre Baucke, de lo que ellos se alegraron mucho. Todo

quedó allí concertado y hasta los españoles donaron muchas vacas y ovejas para el nuevo pueblo.

Con estos antecedentes regresaron todos a San Javier y comenzó el Padre Baucke a discurrir los medios de realizar sus proyectos. La empresa no era fácil. Preguntaba a los recién llegados si querían formar parte del pueblo de San Javier o si preferían constituir otro pueblo. Ellos escogieron lo segundo, que era lo que deseaban así el Padre Baucke como el señor comandante. Al cabo de dos meses que estuvo Elebogdin en San Javier, obsequiado con vacas y ovejas y tratado con toda amabilidad, partió al Chaco para juntarse con los suyos y persuadirlos a formar pueblo. Prometió regresar al cabo de tres meses con todos los suyos.

Con el comandante de Santa Fe

A fin de ubicar bien el nuevo pueblo, escribió el Padre Baucke al Reverendo Padre Provincial y se entrevistó con el señor comandante de Santa Fe. Era su deseo tener todo arreglado para cuando llegaran los infieles. Desgraciadamente el procurador de Santa Fe no se comprometía a hacer a tiempo la entrega del ganado necesario, ni se obtenían los ornamentos de iglesia que se necesitaban. El mismo señor comandante suscitó algunas dificultades contra la fundación de un nuevo pueblo. No se le ocultó al Padre Baucke la raíz de este cambio del señor comandante. Era cosa manifiesta que aspiraba a que la nueva fundación apareciera como obra suya a fin de medrar así él como su hijo en el concepto y estima del Rey. Como tenía el misionero la plena aprobación del señor Gobernador de Buenos Aires, y del Padre Provincial no se preocupó mayormente de las veleidades del señor comandante.

Venida de Elebogdin con 400 indios

Habiendo transcurrido los tres meses prefijados por Elebogdin, recibió el Padre Baucke un aviso de que este cacique al frente de 400 indios se acercaba al pueblo. Dió cuenta de esto al señor comandante y llevando consigo a algunos de los caciques recién llegados, se puso en camino para buscar un lugar en donde ubicar la nueva reducción. Después de mucho cabalgar halló una gran laguna (que los españoles llaman laguna blanca) de agua dulce, que en tiempos de sequía retrocede de 60 a 70 pasos. Nacía en un cenagal pestilente donde difícilmente y no sin peligro podrían los indios bañarse en tiempos de calor. No obstante quería el señor comandante que en este paraje se pusiera el nuevo pueblo. Manifestóle el Padre las desventajas, como la abundancia de tigres y leones, la escasez de campos de labranza y otros inconvenientes. Viendo que el comandante por razones personales deseaba se fundara en este paraje, escribióle el misionero que dejaría él todo este asunto a los mismos indios. Entretanto remitió al señor Gobernador de Buenos Aires un informe de todo.

En esto estaba el Padre Baucke cuando supo que Elebogdin se aproximaba a San Javier. El cacique detuvo a los suyos a respetable distancia y envió a cuatro de ellos para informar al misionero de su llegada e interrogarle en qué día quería que entrara en la reducción. El Padre le envió otra embajada portadora de diez vacunos y rogó al cacique que se aproximara hasta distancia de media legua del pueblo, pues allí iría él en persona a saludarle. Al efecto le señaló día y paraje.

Cuando fué el momento subió el Padre Baucke y subieron también a caballo sus indios y en buen orden partieron al encuentro de los infieles. Estos efectivamente se habían ubicado en el lugar convenido. Al encontrarse hubo mutuos saludos y terminados éstos se puso en movimiento toda la gente en formación. A ambos lados cabalgaban los mocobíes de San Javier con las lanzas en alto, en el centro iban los recién llegados. Estos en señal de amistad perfecta, arrastraban sus lanzas. A la cabeza del séquito cabalgaba Elebogdin, a su lado el Padre Baucke con sus caciques.

El recibimiento hecho al nuevo cacique

Cuando la manifestación penetró en el pueblo se echaron a vuelo las campanas y todo el pueblo estaba congregado para saludar a los nuevos huéspedes. Como a 500 pasos del pueblo, donde había una alameda alta con árboles de grande sombra, asentaron provisoriamente sus reales los recién llegados. Era necesario hallarles pronto un lugar adecuado para formar reducción. Rehusaron en absoluto el paraje que había señalado el señor Comandante y por otra parte no querían oír hablar de anexión a la reducción de San Javier.

Baja el Padre Baucke a Santa Fe

Fuéle necesario al Padre Baucke bajar a Santa Fe para conversar con el comandante. Bajó en efecto acompañado de Elebogdin, de Domingo y de Nalangain. Manifestó gran placer el señor comandante de ver a estos indios y con ellos dos de los caciques recién salidos del Chaco; se holgó de las novedades que le dió el Padre, pero se mostró algo frío y reservado con el misionero. Aunque agasajó a los indios no aprobó la fundación del nuevo pueblo en paraje diverso del escogido por él. Esto dejó en los mocobíes una impresión desagradable. Costó al Padre Baucke tranquilizar sus espíritus, pues los de San Javier querían regresar cuanto antes a su puesto y los caciques de los indios infieles pensaban volverse a sus selvas.

Es el mismo Padre Baucke quien nos ofrece todos estos pormenores a los que podemos agregar los que nos ofrece el Padre Antonio Bustillo que, como veremos, fué quien más ayudó a aquel misionero en la fundación de San Pedro. Aludiendo Bustillo al viaje que hizo Baucke a Santa Fe y a las dificultades subsiguientes escribía como sigue:

"Bajó inmediatamente el Padre Florián Baucke con algunos de los mocobíes recién venidos, y sus tres caciques a la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz a presentarlos al señor teniente don Francisco A. Vera y Mujica, y ver el modo de establecerlos en pueblo. Fueron humanamente recibidos de dicho señor teniente, pero respondió no ser circunstancias a propósito para nuevas fundaciones de indios cuando se trataba con todas veras librar por la guerra urgente de ingleses y portugueses las (colonias)[1] españolas. Con esta respuesta sin otro fruto volvieron a San Javier en donde aún esperanzados de lograr sus deseos perseveraron algún tiempo pero advirtiendo retardarse su logro, y desconfianza de él, algunos sin poderlos contenerse tomaron a los montes, y otros a persuasiones de los Padres misioneros se estuvieron quietos.

1 En el manuscrito parece leerse Antillas o Antiguas.

"Con el cacique principal de estos mocobíes nuevamente agregados se puso por segunda vez en la presencia del sobredicho señor teniente el mencionado Padre Florián Baucke en la misma ciudad de Santa Fe de Vera Cruz reiterándole la súplica sobre las pretensiones de aquellos pobres infieles. La respuesta en conclusión no más favorable que la primera fué que la nueva fundación por entonces era impracticable, que se agregasen por tanto a la antigua de San Javier. El agregarse al referido pueblo de San Javier estos últimamente venidos mocobíes era del todo inasequible por faltar fondos al pueblo para los alimentos de tantos, y lo otro por no querer ellos, ni su cacique principal sujetarse a pueblo, que gobernasen con dependencia alguna ajena. Con esta resolución del señor teniente quedó totalmente disgustado el cacique fundador del futuro pueblo; y con la noticia al mismo tiempo de la muerte de un hijo suyo muy amado, pero ya cristiano, en el pueblo de San Javier, aquellos pocos días de su ausencia, se le aumentó notablemente su desazón. El Padre Baucke previendo que estos dos sensibles golpes con el de habérsele en el mismo pueblo de San Javier muerto, también meses antes, una de sus estimadas mujeres, serían en el indio poco fortalecido con la luz de la razón y de la gracia, forzosos antecedentes de infaustas consecuencias, acudió sin pérdida de tiempo con lenitivos de suaves exhortaciones a dilatar aquel corazón encogido. Suavizóse al parecer el pobre indio y salió de la dicha ciudad de Santa Fe en compañía del mismo Padre Baucke resignado.

Dificultades de parte del señor comandante

"A pocas horas de camino para San Javier, apartándose de todos sus compañeros y del Padre Baucke se metió poco a poco taciturno por los montes. Envió luego por los montes en su seguimiento el Padre Florián Baucke algunos mocobíes de su compañía ya cristianos antiguos, a que lo consolasen y llevasen al pueblo de San Javier adonde también despachó otros a los caciques que lo detuviesen allí hasta su llegada. Ya en el referido pueblo de San Javier, el mencionado Padre procuró por todos los medios posibles, disipándole sus sentimientos, contenerle en su compañía en el pueblo. Partió sin remedio para los montes, dejando a todos menos afligidos por las promesas de que volvería cuanto antes, como lo cumplió.

Muere un hijo del cacique

"Le dió no obstante el Padre Florián para su compañero inseparable un único hijo que le quedaba, y que por muchos años casado "in facie Ecclesiae" y con mucha edificación había vivido en aquel mismo pueblo de San Javier. Al cabo de algún tiempo sin su padre, para desconsuelo universal, entro en él de vuelta este buen mozo, pero los consoló a todos volviendo a pocos días después al pueblo este deseado cacique. A no mucho tiempo de su llegada probó Dios más a este pobre cacique con la muerte del referido hijo, que para su consuelo vivo siempre miraba. Mantúvole Dios constante después de tantos reveses aun a la vista de este tan imponderable.

"En el año de 1764 visitando el ilustrísimo señor don Manuel Antonio de la Torre, obispo del Paraguay, y entonces, ya de Buenos Aires, el pueblo de San Javier, bautizó solemnemente en él,

bien instruídas a las únicas hijas que a falta de varones para su alivio a este paciente cacique Dios vivas reservaba. Dió su ilustrísima a la mayor los nombres de Manuela Antonia, y a la menor de Antonia Manuela, concurriendo personalmente con no poca admiración y gozo a este solemne acto, aunque infiel su mismo padre, y dando por remate a su modo en muestras de agradecimiento obligado extraordinarias gracias a S. S. ilustrísima.

El provincial de los jesuítas pone remedio a las dificultades

"Por noviembre del mismo año de 64, en cumplimiento de su oficio, pasando la visita por aquellos pueblos, el Padre Provincial Pedro Juan Andreu, mallorquín de nación e hijo de Palma, encontró el pueblo de San Javier gravado sumamente con el sustento cuotidiano a sus expensas por más de un año de aquellos nuevos mocobíes, y a sus moradores por los gastos privados en vestirlos y proveerlos de lo necesario, faltos de lo preciso, y a los recién venidos mocobíes, aburridos de esperar, determinados a no pasar allí más tiempo, si prontamente no se les proveía de misioneros que, separados de los vecinos del pueblo de San Javier, los instruyesen y estableciesen en pueblo.

"Muchas e insuperables eran las dificultades que retardaban las loables pretensiones de estos miserables mocobíes, la falta de fondos, ni medio de adquirirlos, para formar el pueblo y en él conservarlos, la imposibilidad de lograr por entonces facultad real por estar en aquellas circunstancias el Exmo. gobernador de Buenos Aires don Pedro de Cevallos atendiendo únicamente en su gobierno forzoso a las plazas recientemente conquistadas, y en disponerlas con fuertes fortificaciones y valerosas guarniciones, a una invencible resistencia en caso de segunda guerra contra ingleses y portugueses, y el corto número de jesuítas, que para sus multiplicados ministerios entonces tenía la Provincia. Superior a todo estorbo de la conversión de los infieles el invencible celo del referido Padre Provincial Pedro Juan Andreu consoló paternalmente a los nuevos mocobíes con las promesas de enviarles cuanto antes misioneros, que los instruyesen y formasen con real permiso en su apetecido pueblo.

El Padre Antonio Bustillo pasa a las misiones de mocobíes

"Para cumplir con toda presteza lo prometido, receloso de alguna inconstancia en los infieles mocobíes el Padre Provincial partió sin detenerse a Córdoba del Tucumán, de donde a los dos días del arribo de su Reverencia a ella, tres de haber yo recibido el presbiterado, y el mismo día de celebrada mi primera misa, el 4 de diciembre de 1764, me señaló por compañero en el pueblo del Padre Florián Baucke, cura actual del pueblo de San Javier. Caminé sin demora alguna a incorporarme con dicho Padre Baucke en el mismo pueblo de San Javier, al que llegué el 24 del propio mes de diciembre.

"Con mi llegada fué increíble el gozo de los nuevos mocobíes, satisfechos de ver con sus mismos ojos ya puestos por obra sus piadosas intenciones. El once de enero de 1765 salimos el Padre Florián Baucke y yo del pueblo de San Francisco Javier con los mocobíes infieles, habitantes del futuro pueblo, y algunos otros ya cristianos y vecinos del mencionado pueblo de San Javier, que para ejemplo con sus edificantes acciones de los recién converti-

dos gustosos nos acompañaron y sirvieron con mucho alivio nuestro en todo lo necesario.

"Anduvimos algún tiempo por los campos entretenidos con gusto en hacer una hacienda de ganado para el próximo futuro pueblo, en que levantamos un corral capaz de encerrar en sí 4 ó 5 mil vacas. Estableciose esta hacienda en el paraje nombrado en mocobí el Matitzatolec, y en nuestro idioma el Sauzalcillo. Dista este referido lugar del pueblo de San Javier, que mira a su Sur, nueve leguas, siguiendo la costa del gran río Paraná, y por el mismo rumbo camino derecho y trillado para la ciudad de Santa Fe, y el referido pueblo de San Javier, y por el Norte de la misma manera para el de San Jerónimo, y 7 del sitio en que poco después se fundó el deseado pueblo de San Pedro, que observa casi a su poniente.

La autorización real

"En estas caravanas nos ocupamos dando lugar a que llegase por escrito la facultad del Exmo. señor gobernador don Pedro de Cevallos para la fundación del pueblo. Firmóse la real facultad para la fundación por el Exmo. señor gobernador el 9 ú 11 de enero o febrero de 1765, señalándose individualmente en ella el terreno para el establecimiento del nuevo pueblo y ordenándose al teniente de Santa Fe de Vera Cruz, a quien se dirigió, diese jurídica y pronta posesión del paraje que se le decía, y fomentase en lo posible la nueva población.

"El disgusto de algún otro autorizado santafesino sobre el sitio prescrito para la formación del pueblo de San Pedro demoró a los indios el consuelo de verse con la posesión autorizada señores de él hasta el día 1º de mayo del mismo año de 65, y a nosotros por consecuencia el que nos corriesen hasta el propio día los sínodos, que se dan según real recopilación de Indias a todos los doctrineros de Indios."

Todo esto es del Padre Bustillo y sabemos además por Baucke que Cevallos ordenó al comandante que pusiera a disposición del misionero 150 hombres para ayudar en la construcción de la iglesia y morada de los indios.

Buscando un paraje adecuado

Así las cosas, no pensó Baucke sino en buscar un paraje adecuado. En compañía de un grupo de indios penetró en el yermo y aunque hallaron varios parajes al parecer excelentes, el uno carecía de agua potable, el otro tenía escasas praderas, en el otro no había leña. Continuaron pues la búsqueda durante cuatro meses. No es posible relatar en pocas líneas todo lo que sufrió el misionero en este tiempo: calores, lluvias, vientos, tormentas, insectos, hambre, polvo y mosquitos. Todo lo sobrellevó de buen grado a fin de hallar el paraje más adecuado. En una oportunidad se detuvo el misionero, pero los indios se alejaron de él como ocho leguas y dieron con un lugar ideal. Había una llanura adecuada para dehesas y una altura bien poblada de árboles. Relativamente cerca de esta altura muchísimas lagunitas, cuya agua aunque no muy dulce no era tampoco tan salobre que el ganado se negara a beberla. Había además y muy cerca un arroyo, bastante profundo en algunas partes, con abundante pesca y no pocos cocodrilos en sus riberas. Más de uno mató el misionero los primeros días

que estuvo allí. Hacia el Oeste se extendía una gran llanura con tierras aptas para la agricultura. Tenía esta llanura una extensión de unas ocho leguas hacia el poniente y Norte, y después comenzaba un gran bosque que se extendía en una distancia de 100 leguas hacia el Norte. El paraje descrito distaba de San Javier unas 16 leguas.

Visto y explorado este paraje por el misionero llamó al cacique Elebogdin y a los demás y llevólos a la altura ya mencionada. Mostróles todo el paisaje y les suplicó que examinaran el territorio y francamente expusieran su opinión. Todos confesaron que el lugar escogido les agradaba y que deseaban morar allí. Pues, si así es, les dijo el Padre, será conveniente que os pongáis a trabajar. Todos declararon ser ésa su voluntad.

El lugar elegido

Permanecieron todavía dos días en la mencionada altura, examinando detenidamente los alrededores, especialmente un bosque cercano para ver si hallarían maderas buenas para la construcción de sus chozas. Regresaron después al campo que habían elegido para las dehesas. Entretanto hizo traer el Padre Baucke los necesarias herramientas y los carromatos que serían utilizados en la formación del pueblo.

Acto continuo escribió el Padre Baucke al comandante de Santa Fe, anunciándole que se había encontrado y elegido un sitio a propósito y rogándole el envío de los 150 hombres que había ordenado el señor gobernador para que ayudaran en los trabajos de la nueva reducción. El citado comandante concedió primeramente 50 soldados que puso bajo el mando de don Jerónimo Leyas, y poco después trajo él mismo consigo un segundo contingente de 80 hombres.

Antes de escribir al comandante y recibir esta ayuda hizo cortar el Padre Baucke 4.000 troncos para empalizar toda la población, construir los corrales, edificar las chozas y morada del misionero. Hizo también marcar todo el ganado. Para iglesia se construyó no un gran galpón de madera recubierta de pieles, como en San Javier, sino una verdadera iglesia. Al lado estaba la cabaña que debía servir de morada del Padre Baucke y de sus sucesores.

Constrúyese el nuevo pueblo

Fué de imponderable ayuda al Padre el antes citado don Jerónimo Leyas. Era un grande y sincero amigo, y grande admirador de la obra que entre los mocobíes realizaban los jesuítas. Tenía una estancia a 8 leguas de Santa Fe y el Padre Baucke nunca iba a la ciudad sin pasar por esta estancia, pues estaba en la ruta y el señor Leyas se mostraba siempre tan afable con los indios. "Era éste un hombre recto, escribe Baucke, mi gran favorecedor y con quien podía hablar con toda confianza. Yo le apreciaba y también mis indios."

Con la ayuda tan entusiasta y eficaz de hombre tan benemérito se pudieron fabricar en breve 16.000 ladrillos con que cubrir la iglesia, la casa del misionero y otras casas.

En esto estaban las obras cuando el mismo comandante de Santa Fe se presentó en el nuevo pueblo con 80 hombres. No traía semblante de muy amigo. Cuando vió la gran pila de ladrillos

preguntó destempladamente para qué era todo eso. Contestóle el misionero que para el templo. Le pareció un derroche. El Padre Baucke no replicó, pero poco después se retiró a su vivienda en compañía de sus indios.

Al día siguiente había cambiado de parecer el señor comandante. Asistió a la misa y después de ella ordenó a sus soldados iniciar las obras del nuevo pueblo. Al efecto mandó pedir los planos que tenía hecho el misionero. Vino el hombre con espíritu desasosegado y poco en armonía con el Padre Baucke, pero pronto se doblegó. Tomó los planos, solicitó la ayuda de los indios, y éstos a la par de los españoles pusieron manos a la labor. En poco tiempo surgieron las empalizadas, chozas y corrales, con grande alegría de todos: de los españoles porque deseaban regresar a Santa Fe y de los indios porque deseaban poseer una reducción como la de San Javier.

Entrega del pueblo

Cuando todo estuvo terminado se hizo la entrega del pueblo. Para ello comenzó el comandante a señalar en nombre del rey el terreno perteneciente al pueblo, a saber dos leguas hacia el Sur y cuatro hacia el Norte, Este y Oeste. El Padre Baucke creyó suficiente esta extensión. La entrega se hizo con solemnidad. Señalado el día, se presentaron montados a caballo así los indios como los españoles y se colocaron en dos hileras a ambos lados de la plaza. El comandante estaba junto a la iglesia, teniendo a su derecha al Padre Baucke y a su izquierda al cacique Elebogdin. Tomó el señor comandante a ambos por la mano y los llevó al centro de la plaza. Allí profirió la fórmula: "Yo Francisco Antonio de Vera y de Muxica como representante de S. M. entrego a ti, Padre Baucke, y al cacique presente Elebogdin en nombre del rey nuestro señor esta tierra como propiedad y hago esta entrega en nombre de la Santísima Trinidad." Al decir estas palabras arrancó tres veces hierba del suelo, la entregó cada vez al Padre Baucke y éste la tiraba al aire. Con esta entrega ya no podía persona alguna poner su morada en la jurisdicción del pueblo sin las debidas licencias ni podía el pueblo albergar a los criminales que a él fugaran. Ese mismo día de la entrega partió el comandante para Santa Fe llevándose sus soldados. Por espacio de media legua los acompañó el Padre y sus indios.

Temores de los indios de San Javier

Mientras se trabajaba en la formación de la nueva reducción comenzaron los indios de San Javier a recelarse de que el Padre Baucke se quedaría en definitiva allí, cosa que en manera alguna iban a permitir. Al efecto hicieron que unos 30 a 40 hombres estuvieran en San Pedro para impedir que el misionero abandonara el pueblo de San Javier como temían. El por su parte trabajó todo lo posible para poner el pueblo en buen pie por si acaso tenía que abandonarlo. En solo el primer año pudo catequizarlos de tal suerte que pudo bautizar a un centenar entre adultos y niños y casar 13 parejas.

Para el nuevo pueblo dispuso el Padre Provincial que pasaran a estudiar el idioma mocobí los Padres Antonio de Bustillo y Ramón Termeyer (Wittermeyer, Mittermeyer). Este último era hijo de un comerciante holandés radicado en Cádiz y que se había conver-

tido al catolicismo. El Padre Baucke retuvo en San Pedro al Padre Bustillo y envió a San Javier al Padre Termeyer.

El citado Padre Bustillo nos ha dejado una relación de su arribo a San Pedro y de las primeras dificultades de aquella fundación. Nos indica, además, y con toda puntualidad la ubicación del pueblo. "El 8 de febrero (de 1765) por la tarde, escribe Bustillo, caminamos del Sauzalcillo para el Inspin-Chico, así se llama el lugar donde después se estableció el pueblo de San Pedro, y llegamos a él el próximo siguiente día a cosa de las nueve de la mañana, vadeados primero dos ríos, que se encuentran en el camino, y por sus aguas algo salobres se llaman en aquellas partes Saladillos: en tiempo de aguas están a nado y en casi todo el año aun en caballo alto llegan sus aguas a los encuentros.

Ubicación de San Pedro

"Entre el pueblo de San Pedro y el de San Javier, que está con poca diferencia a su oriente, hay catorce leguas de mal camino en tiempos de aguas por las muchas que derramándose por los campos de los Saladillos dichos los ponen intransitables; entre él mismo y la ciudad de Santa Fe que cae a su Sur, 37 leguas; entre el propio y el de Charruas, que también cae a su Sur, nombrado Nuestra Señora de la Concepción de Cayastá, así se llama el paraje, donde está este pueblo y está a cargo de los reverendos Padres Franciscanos observantes, siete; entre el referido y el pueblo de San Jerónimo de la nación abipona, que mira al norte, 28 o 30; y entre él, por último, y la célebre laguna Blanca, sita a su poniente, siete.

"Por un lado del pueblo de San Pedro, como a tiro de piedra distante, corre de poniente a oriente un arroyo de agua dulce, que teniendo su origen en unos manantiales retirados de San Pedro como dos leguas desagua en el Saladillo más próximo a él de los dos arriba mencionados, y apartado como un cuarto de legua hacia su oriente. En este arroyo de agua dulce se encuentra una multitud inmensa de sábalos, abundancia de bagres, palometas y crecido número de cocodrilos o yacarés, según frases de aquellas tierras.

"El pueblo de San Pedro fundóse sobre una lomería vistosa, y continuada casi por algunas leguas mayormente de sur a norte, y a su oriente en distancia de casi media legua, pasado el primer Saladillo, hay una laguna mediana de agua salada, y otra mayor pero bastante caída sobre el norte, y poco más retirada, que parece en tiempos de aguas un mar chiquito.

Vida difícil de los misioneros

"Desde el día 9 de febrero de 1765 en que como llevo dicho, entramos en el Inspin-Chico, nos mantuvimos hasta el 7 de setiembre del mismo año, en que nos recogimos en nuestros ranchos de paja ya formados, haciendo el Padre Baucke y yo a cuerpo descubierto en el sobredicho paraje guerra a todas las inclemencias del tiempo sin otro defensivo para dormir y descansar que un cuero de toro que sobre cuatro palos estirado quebrantaba algo los rayos del sol, y nos defendía por la parte superior de las lluvias.

"Nuestra única comida y toda nuestra manutención no era otra que un poco de carne entonces flaca por la mudanza de te-

rreno reciente de animales, y continuo encierro de ellos, cocida en agua sin otro condimento ni adherente, con algunos mendrugos de pan, que contra la mohosidad tostados al horno, habíamos llevado de Santa Fe. Nuestra iglesia un altar portátil con unos ponchos de lana a manera de mantas, vestido propio de los indios, y al cual llaman "quiapi", y aun de los españoles en aquellas partes, con que en lugar de capas metidas en la cabeza por medio de ellas, y descansando perfectamente sobre los dos hombros y brazos que del todo cubren, se defienden a caballo de las lluvias y fríos."

Subsistencia de San Pedro

Sólo dos años subsistió esta reducción de San Pedro, cuya fundación había tropezado con tantos inconvenientes y cuya consolidación tantos y tan ingentes esfuerzos costó a sus celosos misioneros. Apenas fundada regresó el Padre Baucke a su reducción de San Javier, y entró a reemplazarle el Padre José Lechmann, natural de Landesck en Silesia.

La obra de catequización fué lenta pero efectiva. Dos veces al día, en la primera hora de la madrugada y a las dos de la tarde se congregaban a ese fin todos los indígenas del pueblo. Al ponerse el sol concurrían también para rezar las oraciones y al acostarse volvían nuevamente a juntarse en coros para cantar, como solían con grande habilidad y unción religiosa, diversos cánticos particularmente el que comenzaba con estas palabras: "Buenas noches, nos deis Madre, hija del Eterno Padre, yo mucho me regocijo que tengáis a Dios por hijo, etc."

Los indios se instruían con empeño

"Desde el 9 de setiembre de 1765 se entabló la escuela: dos horas por la mañana y dos por la tarde. Se enseñaban los rudimentos, leer, escribir y contar, y se les enseñaba a ayudar a misa. Salieron en este ejercicio, escribe el Padre Bustillo, ya en la sustancia, ya en el modo tan diestros algunos, que causaban admiración a los mismos españoles más dispuestos y pudieron competir en este punto con los más bien instruídos.

"En el curso del primer año se había ya bautizado sobre un centenar de indios y fueron unos quince los que dejaron la poligamia, a que estaban habituados. Entre unos y otros se contaron dos caciques llamados Pablo Lavagancaiquén y Santiago Cachin Caciguа. Anaquín, el fundador del pueblo, no recibió entonces el bautismo, por ciertos inconvenientes por más que lo ambicionaba.

Escuela en San Pedro

"Sin especial molestia nuestra, escribe el Padre Bustillo, concurrían diariamente y a todas las horas señaladas y acudían con singular prontitud, a las cosas de devoción. Ni tenían reparo alguno en que sus hijos recibieran el bautismo antes lo facilitaban. En esto se diferenciaban enteramente de los abipones que siempre se mostraban reacios.

"Desde el mes de setiembre de 1763 en que llegaron la primera vez estos nuevos mocobíes al pueblo de San Javier hasta el 1º de mayo de 1765 en que con real autoridad se hicieron dueños del sitio de San Pedro, se mantuvieron en un todo a expensas de los moradores del sobredicho pueblo de San Javier, quienes gustosos dividían sus cosas con sus pobres paisanos, amigos y pa-

rientes. Desde el día pues primero de mayo del mencionado año de 1765 empezaron a comer de las limosnas que con mucha caridad les hicieron los señores de Santa Fe que se extendieron a mil y quinientas vacas, de las que dió 300 nuestro colegio de Santa Fe de la Vera Cruz, lo que ascendía a cuatrocientos pesos fuertes en plata con algunas menudencias para adornar la iglesia, y herramientas para las maniobras."

Algo después el Provincial de los jesuítas, Rdo. Padre Andreu, diligenció otras seis mil cabezas de ganado vacuno y dos mil ovejunos, sin contar potrancas y potrillos. Fueron en esta ocasión sus generosos bienhechores el teniente de Santa Fe, Vera y Mujica, el rector de Córdoba, Padre Manuel Querini, el rector de Santa Fe Padre José Brigniel y el gobernador de Buenos Aires, señor Cevallos quien "aunque tan embarazado en aquellos momentos con extraordinarios negocios del real servicio, volvió misericordiosamente los ojos al pueblo de San Pedro fundado bajo su gobierno y denominado así en su honor".

Las dificultades económicas

A fines de 1766 pasó el Padre Lechmann al pueblo de San Jerónimo de indios abipones, y entró a sucederle el Padre Pedro Pool o Pole, natural de Londres y que juntamente con el Padre Bustillo fueron los últimos misioneros del pueblo de San Pedro de indios mocobíes. Ocupábanse celosamente ambos jesuítas en sus rudas tareas cuando el día 18 de julio de 1767 pasó por el pueblo el doctor Bernardo Garmendia y entregó a los misioneros una nota, cuyo contexto era el siguiente: "Habiendo su Majestad extrañado de todos sus dominios a los Padres de la Compañía de Jesús, como se ejecutó en esta (ciudad de Santa Fe) el 15 del corriente, prevengo a vuestra paternidad no haga novedad en su ministerio respecto a haber venido el orden, para que se ejecute con los sujetos de los colegios, y no con los Padres curas de reducciones."

El Padre Pool sucede al Padre Lechmann

Así era en efecto. El día 16 de julio de 1767 habían sido presos los jesuítas del colegio de Santa Fe y conducidos en carretas a las afueras de la ciudad, desde donde se les trasladó poco después a Buenos Aires. Cinco o seis días más tarde la noticia había llegado a oídos de los indios de San Javier y a San Pedro y había producido entre los habitantes de ambos pueblos una indignación increíble. Para cerciorarse de la verdad de los hechos partieron algunos indios a Santa Fe, y regresaron con su más palmaria confirmación. Inútiles fueron todos los esfuerzos de los misioneros. Antes que caer en poder de los españoles estaban todos decididos a volverse a sus bosques como poco después lo hicieron, según veremos más adelante.

Son apresados por real orden los jesuítas de Santa Fe

El Padre Baucke, después de conseguir cierta tranquilidad entre sus indios de San Javier, partió a San Pedro en compañía de cinco indios de toda confianza y acompañado de uno de sus mejores caciques, el cacique Domingo. Toda una noche anduvieron por campos y bosques y cuando a la alborada siguiente llegaron a San Pedro, fué enorme su dolor. Estaban enteramente solos los dos misioneros. Los indios se habían fugado. Celebró el Padre Baucke el Santo Sacrificio de la Misa y, sin tomar siquiera un leve des-

canso, salió en busca de los fugitivos, a quienes alcanzó casi a boca de noche en un bosque del Norte. Las exhortaciones del Padre juntamente con las de Domingo tuvieron feliz éxito, dando por resultado la vuelta de los indios al lado de sus misioneros.

Apenas habían pasado quince días cuando a raíz de sus frases que dijo a los indios de San Pedro un español que pasó por el pueblo, volvieron los indios a desbandarse y volvió, por segunda vez, el Padre Baucke a reunirlos. En esta oportunidad dejó en San Pedro a dos indios de toda su confianza para que comunicaran de inmediato cualquiera novedad relativa a una nueva retirada de los indígenas.

Apenas había realizado el Padre Baucke este plan cuando el teniente de Santa Fe envió a San Javier al sargento Francisco de Andino para poner en su conocimiento que así él como los demás misioneros debían abandonar los pueblos, así de mocobíes como de abipones, y partir a Buenos Aires en condición de presos. Fué inútil que así el misionero como el sargento ocultaran estas novedades a los indios.

Alborótanse los indios de San Pedro

Los supieron los de San Pedro y por tercera vez se dieron a la fuga y se encerraron en sus madrigueras naturales, pero por tercera vez regresó a la nueva población el Padre Baucke y volvió a reunirlos. Para evitar una cuarta retirada, llevóse consigo a San Javier a los caciques de los indios que integraban la reducción de San Pedro.

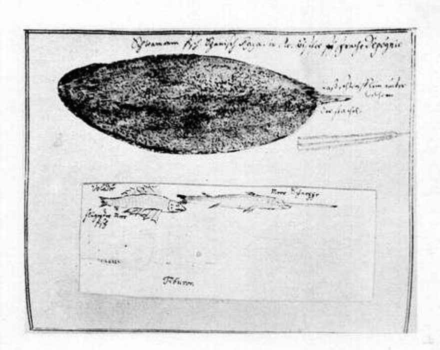
El 17 de agosto de 1767 llegó a esta reducción el Comisario don Pedro de Miura, y con lágrimas en los ojos, intimó a los dos misioneros el decreto de expulsión. Los testigos y servidumbre que con él vinieron, estaban igualmente apenados y tristes, aunque nos dice el Padre Bustillo que al momento se entraron en los almacenes y depósitos y comenzaron a valerse de todas las cosas como si fueran de su propiedad.

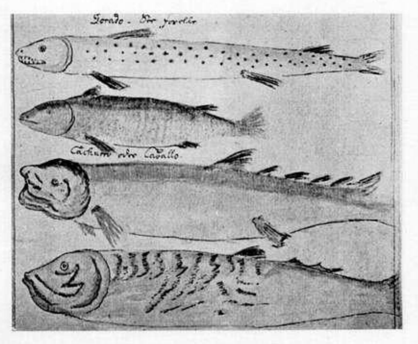
Son expulsados los jesuítas de las misiones

Se levantó inventario de todo. Se hizo constar, agrega el Padre Bustillo, que había 5.000 y tantos vacunos y más de 800 ovejunos. Constaba la casa de los Padres de tres aposentos embarrados, con su techo de paja; había una capilla de ocho varas de ancho y veinte de largo, hecha de adobes y con techo de paja. En la huerta había dos algodonales muy crecidos a los dos lados del pueblo y en los depósitos había 98 arrobas de algodón muy especial ya recogido. En la capilla había diez ornamentos, de los que seis eran de color blanco, uno rojo, otro negro y un tercero verde. Había cinco ricas albas, tres hermosos manteles: había cáliz y vinajeras de plata.

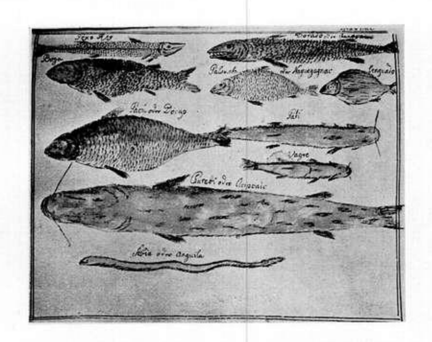
El Padre Bustillo después de consignar detalladamente cuanto poseía el pueblo de San Pedro, agregaba que "en todo esto, y en las demás cosas del pueblo, como en su fábrica, no había aun gastado nuestro monarca ni un cuarto. Debía este pueblo 800 pesos al oficio o procaduría de Santa Fe, pero también nos debía el rey los sínodos de dos años y tres meses, que a razón de 400 pesos al año por los dos misioneros eran 900.

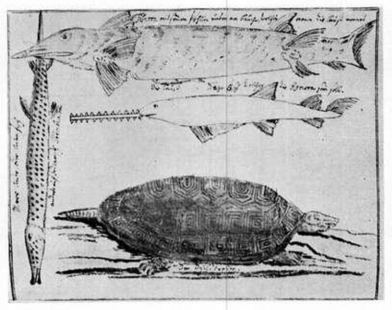
"La población del pueblo era de 150 almas y había ya conciertos con varios caciques quienes habían empeñado su palabra





Ictiología santafesina, según Baucke.





Ictiología santafesina, según Baucke.

de formar parte del mismo trayendo consigo de 500 a 900 almas más."

Tal fué la recompensa que por sus muchos desvelos y continuados sacrificios recibieron de las autoridades civiles y aún reales los abnegados misioneros. Apena ciertamente la forma deshonrosa con que fueron tratados, y apena también el que la mayoría de los cronistas e historiadores modernos con una ignorancia absoluta de los hechos y con un apriorismo manifiesto lejos de reconocer los grandes servicios prestados por los jesuítas a la ciudad y provincia de Santa Fe, afirmen o insinúen por lo menos, que las reducciones fueron para ellos medios de acaudalar ingentes riquezas con perjuicio de los vecinos y moradores españoles.

Refiriéndose a la fundación del pueblo de San Javier pudo escribir el Padre Manuel Canelas algunas páginas en las que con hechos concretos pone de manifiesto cuánto tuvieron que sacrificarse los misioneros de mocobíes y abipones a fin de sostener las reducciones, no obstante la dejadez y pereza del indio y a pesar de las exacciones y desplantes de muchos de los moradores de Santa Fe.

Pobreza de los pueblos de mocobíes

Después de relatar el viaje del Padre Burgés en compañía del señor General y del Provincial de los jesuítas hasta el sitio en que debía levantarse la nueva reducción, escribe el citado Canelas que "vueltos a Santa Fe el señor general con su comitiva y el Padre Provincial, quedó el pueblo y el Padre Francisco Burgés en él, tan faltos de humanos medios, para su sustentación y catequización que sólo Dios, que se agradó de esta pequeña grey, pudo con especiales providencias conservarlo y conducirlo al estado feliz que llegó. Un gentío no acostumbrado al trabajo, y a quien por entonces más movía a reducirse de pueblo el deseo de comer carne, que otro motivo alguno, quedó sin finca para mantenerse, ni medios para fundarla. El misionero sin tener con qué acariciar una gente que sólo con dádivas se amansaba, y sin intérprete capaz para instruirse así en su lengua y en ella la fe. La iglesia sin atractivo alguno acomodaba en todo al que por nuestro amor escondió su decoro y hermosura, y al mismo pueblo sin ranchos bastantes aun para las pocas familias que lo formaban, ni haber quien los edificase, y sin todos aquellos atractivos, que siempre se han juzgado en necesarios en otras fundaciones; por fin como pueblo en cuya erección metía mano la desconfianza de su consistencia.

Necesidad de fincas o haciendas estables

"De tan desproveída reducción se encargó la Compañía de Jesús exponiendo a sus hijos a las incomodidades de la vida y oportunidades de la muerte, sólo por la gloria de Dios logró de la sangre de Jesús y esperanza de que por medio de ella se facilitase la conversión de toda la nación mocobí y otras naciones bárbaras, y finalmente lograse el público en paz estable el superado fin de guerra tan calamitosa, como así sucedió, dignándose el Altísimo Señor de facilitar sus apostólicos arrojos con la concurrencia de su benigna omnipotente diestra.

"Puestos pues en el empeño, o en la precisión de mantener y doctrinar un pueblo sólo fincado en futuros contingentes, por ventura no se hará creíble cuán dificultosa fué su manutención. Grande

fué el trabajo de instruir sus almas en la fe, pero el de sustentar sus cuerpos tuvo un exceso comparable al que de éstos hacen aquéllos. Jamás el pueblo peligró por la inconstancia de los indios tan temida y muchas veces estuvo en términos de deshacerse por falta de mantenimiento muy facilitado. Empezó esta reducción con las pocas familias de un solo cacique, y en esta poquedad se engañó la facilidad de mantenerlos. Al mes ya se agregaron dos caciques, más con todas sus tolderías, y esa facilidad se perdió de vista. Cada año había grande aumento de familias, a pocos años llegó el número de almas a 800, luego a 1.000 y conforme iba creciendo el número se iba descubriendo la dificultad hasta que apareció con tanto cuerpo que asustó y cargó con tal peso, que a no concurrir Dios con providencias especiales a llevarlo, hubiera rendido la gran fuerza al celo y empeño en mantenerlo. Esto finalmente abrió los ojos para conocer que reducciones de la calidad de este gentío no se pueden fundar sin finca estable, que de anual mantenimiento. Todo lo que no es esto, es proyecto al aire, es esperar milagros, y es detener los progresos de la doctrina por atender a cómo mantenerlos; viniendo a ser los misioneros no tanto los curas de sus almas cuanto procuradores de sus cuerpos, como se irá viendo.

No era posible mantenerse los pueblos con su trabajo propio

"Porque en primer lugar, pensar mantener este gentío de solo su trabajo, es lo mismo que intentar mantener del suyo y el procurarlo en los principios es un ejecutivo impelerlos a abandonar el pueblo. Gente nunca acostumbrada sino a voluntaria ociosidad ¿cómo no ha de mirar con horror irresistible la fatiga? Jamás llega su trabajo sino a ayudar de costas, y esto tarda años en llegar. En este largo ínterin es totalmente preciso hacerles todo el gasto. Por otra parte intentar que se mantenga como en sus tierras, fuera de ser querer que vivan como en ellas en un suponible en las circunstancias de vivir en pueblo. Así como los potros cerreros necesitan de estar encorralados y atados al palo para amansarse, así éstos requieren para cristianarse y civilizarse de estar en el recinto del pueblo ligados al tronco de una continua e infatigable instrucción. Después toda libertad para vaguear por el campo, y disparar semanas por los bosques en busca de un mantenimiento, y repetirán en ellos las costumbres gentilicias que interrumpieron en el pueblo, y vueltos a él proseguirán en ellos. Pasáronse años y civilidad no se verá y la cristiandad arraigará. Qué de veces experimentamos los malos efectos de sus paseos al campo, con ser que se procuraba que no se tomasen más que los precisos para no aburrirse del recogimiento y buscar algunas cosas de que ellos necesitaban, y nosotros no podíamos suministrarles. Los efectos eran olvidar lo enseñado y contraer terca dificultad en dejarse gobernar. Por lo que nos hallábamos peor que antes con la dura precisión de vencer menos estorbos para reedificar lo edificado, y si esto sucedía en paseos no continuados ¿qué avendría si se les diera desde los principios amplia y diaria libertad para vaguear semanas y aun meses, como fuera preciso para buscarse su cotidiano mantenimiento? Ni a este inconveniente se ocurre con concederles tiempo determinado para proveerse en el campo de mantenimiento y el resto estar en el pueblo atendiendo a su instrucción; porque en

Ocasiones peligrosas

gentío como éste nunca acostumbrado a provisión económica nunca la hiciera, y saliendo vano el arbitrio no se evitaría los dichos inconvenientes.

"No siendo pues posible mantenerlos por estos medios, era necesario proveerlos de todo lo necesario, y aquí se atravesaba aquella dificultad que sólo Dios no tiene de hacer algo de nada. Ni el cura del pueblo, ni el procurador en la ciudad tenían de qué valerse de qué mantenerlos, aun sólo cuatro meses, ni tampoco esperanzas humanas para más. Verdad es que siendo la fundación de este pueblo más provechosa para la ciudad de Santa Fe que para otras, podía de ellas esperarse algunos socorros y a la verdad que los hubiera dado grandes, si se hubiera visto con sus haciendas pobladas, y si todos sus vecinos hubieran consentido en la utilidad de su fundación, pero como aquéllas por la guerra se hallaban despobladas, y de éstas por el temor de la constancia de los indios, muchos daban por perdido cuanto se daba para mantener al pueblo, no se hallaba la ciudad en disposición de contribuir con los socorros necesarios y así se experimentó, pues valuado cuando se contribuyó entre animales y utensilios, como asegura el Padre Francisco Burgés, apenas arribaba a valor de 400 pesos, lo que no era bastante ni aun para los dos primeros meses.

Poca ayuda que prestaban los españoles

"Por esto se hubo de poner toda la esperanza en Dios, y los ojos en el sínodo, que asigna S. M. para la sustentación de los misioneros; el cual si por cesión voluntaria de los codiciosos jesuítas no hubiera bajado de 300 pesos, que antes era, a solo los 200 que es ahora, no hubiera ayudado poco para el sustento de los indios. Así pues, como contra toda la persuasión de la codicia convinieron en tan noble rebaja, así ahora contra todos los suspiros en la propia necesidad, consintieron en que se echase mano para el sustento de los indios del real sínodo que señala S. M. para el suyo; sacrificándose así el dicho Padre Burgés, como todos los demás misioneros, que le fueron acompañando y sucediendo, a vivir rotos y mal comidos para que no se deshiciese al mismo formarse, antes bien se llevasen adelante una reducción en que se veía cimentada la paz del público, y conversión de otras naciones.

Vida sacrificada de los misioneros

"Mostró Dios, como suele, cuánto le agradó esta apostólica resolución así porque movía a tiempo los corazones de nuestros hermanos para que nos procurasen algún vestido ya nuevo, ya viejo o usado, como principalmente porque nos dejaba a tiempo gozar los duros efectos de ella; pues unas veces nos hallábamos sin tener que comer, otras teniendo muy poco, y por lo común usando una comida que entraba sin aprobación del paladar; porque no teniendo con qué costear un cocinero, fiaba este oficio ya a indios de mucha voluntad y ninguna habilidad, ya a solos muchachos que guisaban a su discreción y juicio. No se podía atender a la cocina, porque este cuidado robaría la asistencia a tanto que hay que hacer en un pueblo nuevo, y para lo que se requiere agilidad que supla por bilocación. En una breve temporada concurrimos cuatro sujetos, tres sacerdotes y un hermano, y no faltando en qué ocuparse todos, solamente los días festivos se aplicaba el Hermano de su buena voluntad a hacer un par de platos a sabor del paladar.

En otra se logró un cocinero en sus buenos tiempos bueno, pero como era viejo, salía la comida acomodada al deseo de sus años. Pan no se usó por muchos años, sino solamente de algún bizcocho, y tiempo hubo que no se comía sino un pedazo de masa cocida a la ceniza. Condimentos y dulces ni aun se nombraban entre nosotros y perdido el paladar del buen sabor, se había acostumbrado ya a comer tigres, capiguaras, y cuantas sabandijas gusta el indio. Todo lo sazonaba Dios.

La pobreza en el vestir

"El vestido seguía las calidades de la comida, sólo decente a los ojos de los mal cubiertos indios, pero a los de otros tal que cuando se iba a la ciudad vecina a negocios del pueblo, no se permitía aparecer en público, con el que se llevaba, y se vestía de prestado todo el tiempo de la detención. Sólo se cogían las rituras que exponían la carne; en lo demás colgaban pedazos por todas partes, según se explicaban por diversión como fimbrias de judíos. Sabiendo esta trabajosa pasadía uno de los procuradores, que ha habido del pueblo, propuso al Padre provincial socorrerlos del sínodo para pasarlo siquiera menos mal, y la respuesta del Padre fué favorable a la necesidad de los indios, y no de los propios hijos; bien que conforme al gusto de éstos, a quienes no se les había pasado por el pensamiento tal propuesta. No obstante esta miseria, en que se vivía, y que no era oculta a los ojos, no faltó, quien dijese a su cara a un misionero que ya tendría en el pueblo o un buen condado o una pingüe canonjía, pero a la pronta cesión de ella le hizo el misionero a un hijo suyo, dobló su sencillez la hoja.

"Determinados a valerse para el sustento del pueblo del real sínodo, por no haberse éste aun exhibido, con la esperanza en su recobro se valieron de dinero ajeno así para comprar algún ganado como para asalarear peones que empezasen a laborar la tierra. Pasóse con esto no tan mal por algunos meses, más como no era bastante para el anual sustento, y las limosnas que por entonces de daba eran tenues, varias veces se divisaba el triste rostro de la necesidad, y del sensible aprieto de largar los indios a que se buscasen su mantenimiento por el campo, con riesgo de que se volviesen a sus tierras. Mas nunca quiso Dios mortificarnos con ponernos en conflicto tan apretado, porque con admirable providencia disponía que al ir ya acercándose, sin haber ni noticia ni esperanza de socorro, venía alguno o comprado o de socorro bastante a evitar por entonces el fatal lance. Providencias eran éstas tan frecuentes e inexpectadas que solía yo decir, que este pueblo se había de llamar el pueblo de Dios porque sólo El podía ver y evitar el inminente riesgo. Pero él siempre se llamó pueblo de San Javier por el gran mérito de este santo apóstol daba tal fuerza a su intercesión que hacía Dios por él, lo que parece que sólo Dios podía hacer.

El pueblo de Dios

"Verdad es que informados nuestros Superiores de las buenas esperanzas que daban los indios de aprovecharse de nuestra doctrina, y de los riesgos de disiparse por falta de mantenimiento, hicieron extraordinarios esfuerzos y diligencias para que no les faltase, y aun procedieron con el ejemplo de concurrir con mil pesos, que exhibió el oficio de provincia. También noticiados de lo mismo los

superiores y curas de los misiones de guaraníes y esperanzados de que con la subsistencia de esta reducción al cabo cesaría la guerra, que parte de la nación mocobí y la abipona daban a los pueblos, sobre el Paraná, hablaron a los corregidores y cabildos, para que se les diese algún socorro; y que en efecto así los dichos pueblos, de sus haberes, como los misioneros de sus propios sínodos, hicieron varias limosnas ya de utensilios para la iglesia, y viviendas de los misioneros que estaban desproveídos aún de puertas, ya de lienzo, algodón y algún dinero.

Generosidad de algunos santafesinos

"Del mismo modo los señores vecinos de Santa Fe viendo la estabilidad de los indios, y su aumento, y experimentando que con tener el pueblo de frontera, la paz se iba asegurando, y que a su sombra y defensa podían ya ir restableciendo sus haciendas, como en efecto iban poblando sus desamparadas tierras, también concurrieron con algún ganado, instrumentos mecánicos y utensilios. Socorros todos que si hubieran venido juntos hubiera sin duda habido con qué fincar el mantenimiento del pueblo, pero como entre unos y otros había sus intervalos, ni cada uno de ellos bastaba sino para pocos meses, cuando venía el segundo ya se había consumido el primero, y así ni se podía establecer estancia competente, ni se dejaban padecer necesidades, ni se perdía el temor de que por falta de su sustento, se deshiciese la reducción, pues la deuda que se iba contrayendo en mantenerlos en estos intervalos, que a veces pasaban de año, a los siete años de fundado el pueblo ya llegaba a nueve mil pesos, y cada año iba creciendo, hasta llegar a catorce o dieciséis mil pesos, y como no se descubría cómo poder resarcirlos, no pocas veces se pensó cómo detenerla con alzar mano de la reducción.

"Estos aprietos, bien experimentados, abrieron totalmente los ojos como insinué antes, para formar juicio de que sin estancia, que dé el anual mantenimiento no es conveniente encargarse de tales reducciones porque no es posible el mantenerlas sin ella. Desde los principios de este pueblo no faltaron quienes conociesen esto, y quienes por tanto no perdonasen a trabajo y diligencia, a fin de que se estableciese una tal estancia y aun hubo quien juzgase conveniente el fundarla, aunque fuese empeñándose en algunos millares, con la esperanza, no mal fundada, de que la misma estancia daría con qué pagar la expensa de su fundación. Y a la verdad que no se hubiera visto el pueblo tan adeudado con esta deuda, como se vió adeudado por no contraerla. Quiero dar de paso la razón de esto, por lo que tiene de instrucción.

Los gastos de un pueblo de indios

"Porque aunque se gastaran 8 mil pesos en comprar 7 u 8 mil cabezas de ganado crecido para fundar una competente estancia, una vez fundada, ella misma no sólo fuera dando sin menoscabarse, con qué cada año mantener el pueblo de comida, sino que también al mismo tiempo fuera contribuyendo con qué ir cada año resarciendo la deuda. Lo primero porque aunque el pueblo gastara al año 1.400 cabezas, bien puede una estancia de 7 u 8 mil cabezas dar 1.400 novillos para el gasto, y otras tantas crías para reponerlos. Y al siguiente año no sólo diera otro tanto del gasto, sino que diera mucho más, pues 7 u 8 mil cabezas ya aquerencia-

das, enseña la experiencia que fructifican la tercera parte, aun paciendo a su libertad sin juntarse en rodeo, sino dos veces a la semana; y si se juntan con más frecuencia he visto y experimentado que fructifican la mitad. Y así de 7 mil cabezas salen ya 2.300, ya 3.400 crías según la frecuencia del rodeo. Y he ahí como sin menoscabarse, antes bien con aumento, fuera dando todo el anual sustento.

Medios para cubrir los gastos

"Lo segundo fuera también contribuyendo con qué ir resarciendo la deuda. Porque habiendo ganado, en qué escoger, sólo se echará mano para el mantenimiento del crecido y gordo, para lograr sebo, grasa y cueros que ir vendiendo y minorando el débito. Y si al año se mataran 1.400 cabezas, que es el número de que poco más o menos necesita un pueblo de 800 a 1.000 personas, gastando los cueros de los 400 en los precisos menesteres del pueblo, quedaban mil que vender, y que aunque no se vendiesen, unos con otros, sino a 12 reales, ya tenía cada uno con qué pagar 1.400 pesos, y a los 6 o 7 años quedaba pagada toda la deuda, con sus intereses, con el renglón sólo de los cueros. De lo que se ve que si desde los principios se hubiera empeñado el pueblo en la cantidad dicha, a los ocho años, cuando más se hubiera visto no sólo desempeñado, sino con estancia o finca establecida, que le fuese dando todo lo necesario para su mantenimiento. Y por no haber hecho este esfuerzo, sobre pagarlo hasta los 12 años con mil trabajos y riesgos de deshacerse al cabo de ellos se vió sin finca establecida y con deuda de 14 o 16 mil pesos contraída. Porque como no se compraban sino cortas tropillas de ganado, y la necesidad forzaba a echar mano de chico y grande, de flaco y gordo, y de las crías y también de las madres, no se lograban ni cueros de ley, ni sebo ni grasa, ni crías, sino muy poco de todo y de ninguna manera suficiente aun para estorbar el adeudarse más para darles aun sólo de comer.

"Mas como la temida inconstancia de los indios y las más temidas invasiones de los enemigos, en cuyo campo estaba el pueblo a manera de un avanzado presidio, enfriaban de tal suerte los ánimos, que no les quedaba el ardor necesario para el empeño de una deuda impagable, si los indios reducidos desamparaban el pueblo o los enemigos destruían la estancia, sólo hubo aliento para fundar una pequeña y distante, para la pequeñez poco se aventurase en caso de deserción y en la distancia se asegurase aun esto poco de cualquiera enemiga invasión. Estancia tan proporcionada al temor, como sin proporción al fin deseado. En breve se experimentó que los gastos en pagar capataz y peones para que la cuidasen eran mayores que el fruto que el cuidado por la dificultad de visitarla por su distancia era menor que el necesario y por consiguiente el fruto era ninguno, causa porque vino a deshacerse no por los robos, que el temor abultaba, sino por la advertencia a estos daños que robó el temor. Fin ordinario de tímidas resoluciones.

Otros gastos

"Con este escarmiento, no dándose tantos oídos al temor, se tomó la resolución de fundar otra algo y sólo distante del pueblo hacia Santa Fe 5 o 6 leguas; mayor para siquiera el gasto no fuese mayor que el fruto, y a que éste no podía menos que ser menor que el

necesario mantenimiento del pueblo; y poco distante del pueblo para el resguardo de los enemigos. Púsose sobre un brazo del Paraná, en un lugar llamado los Calchines, a cuidado de un capataz español, pocos peones asalariados y algunos indios de la reducción. El fruto que se sacaba de ella era alguno y hubiera sido mayor, si la fidelidad y vigilancia del capataz hubiera sido constante, y si no hubiera padecido las invasiones temidas del enemigo, bien que éstas no hicieron tanto daño en la hacienda por el temor que tenían, que los del pueblo cayesen luego sobre ellos, pero lo hicieron grande en la vida del mejor indio que en ella había, que era el que hacía cabeza entre los indios que la cuidaban; el cual murió a sus manos por defender la estancia, y los otros la desampararon por haber muerto él. El suceso fué de esta manera: pero introduzcamos a su muerte por su vida, pues bien merece en esta historia alguna memoria su vida por justa y dada al bien del pueblo, la merece eterna. Llamóse Juan en el bautismo. Era buen cristiano, aunque nuevo; asistente a la doctrina y funciones de iglesia; de mucho juicio, de edad, y no pequeño celo del bien del pueblo. Un año que logró buena chácara, dijo de suyo al cura, que mientras le durasen sus frutos no hiciese gasto de carne ni en él, ni en su parentela que era grande. Acto en un indio heroicísimo. Ofrecióse con los suyos a ayudar al capataz español en el cuidado de la estancia, privándose de pasear a su libertad por el campo, a que sumamente propenden. Contando yo un día el ganado, y encontrando menos del que debía haber, según la cuenta que se lleva, al punto levantó la voz: Padre, pocos días ha, que echaba menos algunas tropillas, decíale al capataz que fuésemos a buscarlas, y él me respondía: nada falta, qué sabes tú indio sonso de ganado. Soseguélo por reconocerlo enardecido contra el capataz y habiendo de pasar allí la noche, y no teniendo rancho acomodado para acogerme a él, me ofreció desocupar el suyo, mas como no lo acepté, no queriendo que durmiese al descampado, se fué al punto por los ranchos, recogiendo dardos, ponchos y cueros de que me formó en breve tiempo posada cómoda y separada, asistiéndome aquella noche, y sirviéndome en persona con el mejor modo que le dictó su capacidad y posibilidad. No es creíble el consuelo que se recibe de estos hospedajes que sólo hace cómodos el afecto de un pobre gentil ayer, y hoy cristiano.

Los indios cuidaban mejor de sus estancias

"Muy pocos días después de esto sucedió su muerte de este modo: saliendo una mañana a repuntar el ganado con sólo el capataz y dos nietos suyos, se encontraron con una gavilla de indios abipones en disposición de hacer presa en él. El capataz llevaba su escopeta, él sólo cuatro flechas, y sus nietos dos fizgas, y no obstante que se reconocieron inferiores en número y armas, montando Juan en coraje y celo, se acercó a ellos y lo que estuvo a tiro de flecha, empezó a hablarles con todo este brío y acierto: ¿Qué mal os hacemos con habernos reducido a pueblo para que vengáis a hacernos daño? ¿Os matamos? ¿Os hurtamos? ¿Si queréis carne de vaca, por qué no os reducís?, pues entonces la comeréis como la comemos nosotros y no anduvierais como las fieras del campo

Muerte de un indio fidelísimo

asaltando lo que no es suyo. Y al ir amplificando este asunto, les iba disparando sus flechas con tal acierto que no perdió una, como lo aseguró el capataz, y según los indicios que después se observaron, uno de los enemigos fué muerto flechado. Mientras que le duraron sus flechas, ninguno de los abipones se atrevió a acercársele, sino a hacer ademanes solos de acometerle. Los contendría también el temor de la escopeta que el capataz tenía en la mano, pero luego que vieron que las flechas se le acabaron y observaron que la escopeta del capataz no daba fuego, pues el susto le robó la advertencia de montar el gatillo, cayeron sobre el ya desarmado indio con sus dardos, y aunque sus nietos lo defendían con sus débiles fizgas no pudieron estorbar que le diesen sobre el corazón un lanzazo, de que al punto murió, sin cesar de reprenderles o de predicarles hasta que con la vida le faltó la voz. Hízose el entierro como que había muerto en defensa de la hacienda del pueblo, con el aparato y solemnidad posible, y lo que a nosotros mitigó el grande sentimiento que en realidad tuvimos, fué el juzgar que atendido el poco tiempo a que se había bautizado, su madurez, su modo de concebir de ellos y el temor de su vida, él había muerto con la gracia del bautismo. Feliz de él si así fué.

Sus causas

"Ahora esta muerte no hubiera ciertamente sucedido si el celo del indio se hubiera desfogado en sola reprensión, pero como era cristiano nuevo y guerrero viejo, el ardor envejecido de venir luego a las armas le hizo pasar sin advertencia los límites del celo cristiano, a que no estaba acostumbrado, y así vino a morir defendiendo, porque sólo quiso defender matando. No obstante por este fatal suceso se tomaron algunas resoluciones dirigidas a asegurar más la estanzuela y la vida de los indios. La primera fué mudarla a lugar más vecino al pueblo, y sólo distante de él una legua, para que el temor de ser sentidos, y luego seguidos de los indios de él, que siempre giran por sus cercanías, contuviese a los enemigos, como en realidad los contuvo, pues desde que vieron la estancia a una vista del pueblo, no se atrevieron a acercarse a ella. Tuvo esta determinación por contrario al temor, no imprudente de que la ocasión de hurtos, que se daba en la distancia a los enemigos, se diese en las cercanías a los indios del pueblo, pues estar todos los días pasando por entre el ganado y no echar el lazo a las ternerillas se temía como un imposible en indios nuevos y sumamente apetitosos de carne. Mas así como este temor se venció con la facilidad que la cercanía daba para el cuidado y vigilancia, así el zozobro de ésta lo quitó la fidelidad, que se experimentó en ellos, pues con ser que por este tiempo se les daba la carne muy menuda, y no pocas veces padecían sus hambres, nunca se atrevieron a matar ni a una ternera, ni se encontró jamás indio en disposición de hacerlo. Milagro entre las naciones descubiertas sólo visto entre los mocobíes.

Encorralamiento del ganado

"La segunda determinación fué tener de noche el ganado encorralado, y de día a la vista, sin dejarlo pacer a su libertad, porque no se alejase, y aunque esto suele ceder antes en atraso que en adelanto de una estancia por lo que así se enflaquece y esteriliza el ganado, pero se atendió a evitar el mayor daño, que padecería

expuesta de noche en campo abierto al enemigo; y Dios convirtió el daño menor a que se exponía en mayor aumento de ella, pues cuando antes gordas por pacer a su libertad, no todas parían y ninguna daba dos crías, entonces flacas y encorraladas todas salían con sus crías y algunas con gemelos.

"La tercera y más provechosa determinación que se tomó, fué el de despedir a los capataces españoles y entregar todo su cuidado a solo los indios, pues la fidelidad, celo y desinterés que se deseaba en aquéllos, se iba descubriendo en éstos, y por otra parte en la práctica de manejar el ganado si no excedían, ciertamente igualaban a los españoles. A que influía no poco el ahorro de los crecidos jornales y pagos que se les daban y el excesivo consumo de yerba y tabaco en ellos, pues hubo capataz español que desde el primer canto del gallo empezaba a matear y al aclarar el día tenía ya embuchados catorce mates, como yo se lo oí, y si al solo levantarse llevaba tantos, buen número llevaría al acostarse; ejemplo dos veces malo para los indios; malo porque como eran tan aplicados a beber, lo tomaron con tal exceso que el gusto era excesivo; y malo también, porque aunque se aplicaban al trabajo, porque se les diese yerba, después no trabajaban por beber, gastando más tiempo en echar mano al mate que a la azada; y así si iban a trabajar, habían de llevar su yerba, hacer fuego, poner sus cambuchis, sentarse muy despacio alrededor, atizar el fuego, cebar sus mates y hartarse de ellos; y luego empezar su arada, la que interrumpían cuantas veces el cansancio o el apetito de beber levemente se les insinuaba. Exceso en que los mantuvieron contra nuestras persuasiones los malos ejemplos de los españoles. Bien que experimentando que esta afición a la yerba iba debilitando su afición a la chicha, tuvimos por mejor el no insistir mucho en minorar el exceso, pues con un mal menor se iba desarraigando un mal mayor. Todo lo convierte Dios en provecho.

Todo al cuidado de los indios

"Señalóse, pues, por capataz, Lucas Quevachin, indio de apreciabilísimas cualidades, noble y estimado entre ellos, de juicio, valor, pocas palabras y que había dado grandes muestras del celo del bien común del pueblo, aplicándose con tesón y sin desdén a cualquiera trabajo que en bien de él se le encomendaba; juntando a esto lo más apreciable que era verse acomodado sin repugnancia a las costumbres cristianas, asistiendo con constancia y reverencia singular y que lo distinguía entre los otros, a todas las funciones de doctrina, Misa y Rosario, todos los días sin falta; y si reparaba que algunos estaban sin la reverencia debida no cesaba de corregirlos con seriedad y modo. Nunca se metía en bullas y si se juntaba a otros en conversación, siempre mantenía su gravedad acompañando con ella los chistes que refería, por lo que se había granjeado entre ellos veneración. Su tenor de vida era sin exageración irrepresible. Lo confesé por algunos años, siendo sus confesiones de más confusión para mí que para él. Culpa mortal no hallaba y tal vez me costaba de qué absolverlo. Estos prodigios, obra de Dios en indios, en virtudes cristianas nuevos y en vicios envejecidos; y con ellos nos aliente Dios a vivir entre esos alegres y contentos. Su mujer era sin igual, y si se tiene presente lo que dije

El capataz Quevachin

de la inclinación de los indios a reñir entre sí, voy a referir un gran prodigio de ella; jamás la vi reñir; la crianza de sus hijos y celo de que asistiesen a la escuela, música, doctrina y trabajo, era el que de tales padres se puede pensar; y el respeto que nos guardaba era el que indica el aprecio y ejecución de toda nuestra enseñanza. Nunca lo instruí o aconsejé sin que se lo agradeciese con expresión cordial, ni hacía cosa alguna sin buscar primero nuestra aprobación.

Procederes de Quevachín

"Puesto en el empleo con todos sus hermanos y allegados para su ayuda, pues, entre este gentío difícilmente se sujetan a obedecer a extraños; no sólo llenó sino excedió la expectación del cumplimiento. Esperábase de él fidelidad y vigilancia de su parte, pero no dominio para mandar ni espíritu para reprender a los que pasan la juventud, pues aun a los caciques respecto de sus vasallos no se encuentra este señorío, reduciéndose en especie de mando a un débil ruego o voluntariamente ejecutado o impunemente desobedecido. Pero en el indio Lucas tuvo excepción esta falta común de espíritu señoril. No sólo reprendía al que faltaba a su deber sino que descargaba sobre él el latigazo y cuando ni a la reprensión ni a este castigo experimentaba enmienda les decía que él no necesitaba compañeros que le ayudasen a no dar cumplimiento a sus obligaciones, sino de quienes cooperasen al desempeño de ella y les añadía que el estar al lado de la mujer mejor lo lograrían en la quietud del pueblo que en el afán de la estancia, y con este desaire los despedía y tácitamente detenía porque no se publicase que por flojos eran despedidos, sonrojo, que vivamente les duele como ellos explican, tenían por mejor a pesar de su flojedad el quedarse y procurar ser diligentes, bien que a la larga sintiendo y rindiéndose al peso de la preciosa vigilancia en que los tenía buscaban pretextos para eximirse de él. Ni este celoso coraje se extendía solamente a los que estaban debajo de su mando, sino también a cualquiera otros que alguna vez se atrevían a atropellar algunas órdenes que se le daban acerca del ganado, y así debiendo de traer de la estancia al pueblo ganado que se había de matar y metido en el corral para que allí cada uno enlazase la res que le tocaba, el deseo de matar cuanto antes y de escoger lo mejor obligó a algunos a ir a encontrar el ganado en el camino y allí sobre la marcha echar el lazo a la que era más de su gusto con riesgo que las otras disparasen por el campo como alguna vez sucedía, pero si ellos tuvieron este atrevimiento, a él no le faltó coraje para cortarles con el cuchillo el lazo con que las tenían enlazadas y dejar así burlada su atrevida resolución. Y fué realmente de admirar que aunque se atrevieron a repetir un atentado, pero nunca se atrevió ninguno derechamente contra él ni con una palabra, pues para aquello los arrebataba el apetito de lograr carne más gorda, y para esto los contenía el conocimiento de la razón que movía al indio a hacerlo. Y más cuando luego para su escarmiento y enseñanza sucedió lo que ya viene al caso y a la pluma, no quiero dejarlo para después, y que tuvo algunos rasgos de maravilla.

Su valentía y honradez

"Como el enlazar en el campo y el venir caminando el ganado,

fué varias veces causa que disparasen las reses, y por venir las precisas para el gasto, por no poder atajar todas, quedasen algunas familias sin carne que comer, juntos todos, se dió general orden que ninguno enlazase sino en el corral, y que fuesen escogiendo reses según su dignidad y el orden que el cura hiciese para evitar la confusión y que tuviesen los principales del pueblo la regalía de ser de los primeros, y encargó a los caciques celasen lo que se mandaba. Al primer día que hubo de matanza, ninguno enlazó res en el camino y así entrado el ganado en el corral, señalé dos que entrasen a escoger reses para los dos caciques principales; entraron éstos, y a mi vista entró otro de suyo a enlazar para sí. Todos enlazaron, pero al sacarlos tirando, al que entró contra la orden se le hizo pedazos el lazo de suyo mismo, y no a los otros. Como callé el atrevimiento de su entrada, callé también a este suceso, que así yo como otros indios notamos. Señalé otros dos para que cogiesen reses para los que según su graduación se seguían a los caciques; entraron éstos, y con ellos se atrevió a entrar otro de suyo. Enlazan todos, tiran sus reses y sucede lo mismo, rompiéndosele el lazo al que entró furtivamente. Luego los indios empezaron a hacer misterio y a hablar sobre lo sucedido, pero yo no me quise aun dar por entendido, disimulando todavía la falta al orden cometida a mi vista, y haciendo del que no reparaba en el suceso. Volví a señalar otros dos, y con éstos tuvo aun atrevimiento uno para entrar sin ser señalado. Al entrar éste oí a un muchacho que decía: egue mdatipie, a ver si a éste se le corta el lazo. Enlazan, tiran, y vuelve a suceder lo mismo. Al punto haciendo púlpito de un alto horcón sobre que estaba, les dije con todo el calor cuanto el caso pedía. Todos se compungieron, sin que mientras yo hablaba se oyese otra voz; pero apenas acabé, empezaron a predicar todos, menos los culpados, que corridos y también arrepentidos desaparecieron de allí a digerir el rubor en el retiro de sus ranchos, ni después se faltó a lo ordenado. Con esto quedó acreditada la acción del capataz de haberles antes cortado el lazo y bien recomendada la obediencia que deben tener a las órdenes de quienes en lugar de Dios les gobiernan. El fruto que de este suceso dimanó no fué pequeño, porque mudada la pequeña estanzuela a lugar no expuesto a hurtos, ni invasiones de enemigos, despedido el capataz español y puesto en su lugar uno de tanta vigilancia, iba dando todo el fruto correspondiente; mas como de un capital improporcionado para tantos indios que habían de disfrutarlo, aunque se lograse mucho, era imposible percibir todo lo necesario para su sustento, sucedió que no bastando lo que la estancia daba aún, para las bocas que tenía de presente el pueblo, se fueron agregando tantos a él, que no bastando para su manutención todo el novillaje que había, se empezaron a matar terneros, no siendo éstos suficientes se mataron las madres, que aún tenían crías al pie, y ni aun bastando éstas hasta se mataron las que estaban con las crías en el vientre, con lo cual quedó la estancia casi del todo acabada, y el pueblo en términos de deshacerse por no ser ya posible mantenerlos: estado sensibilísimo en que no una vez nos vimos.

Algunos casos acaecidos

Evitando el derroche propio de los indios

"No se puede esto atribuir a falta de economías y a diligencia, porque en realidad, se ponía cuanta era posible en las circunstancias y aun se usaron medidas difíciles de aceptarse y que con gran desabrimiento de los indios y temor de que alguno se tentase, se pusieron en ejecución, sólo por evitar el mal mayor, de que faltando a todos todo sustento, todos abandonasen el pueblo y volvieran a sus tierras con daño de sus almas y no pequeño del público.

Medidas de economía

"Porque, en primer lugar, cuando a los principios se les daba ración de carne cada dos días por ser el apetito a ella el impulso mayor de su reducción a pueblo y sólo poderlos contener y tenerlos gustosos; después de pasado algún tiempo y usando de ardid y maña para no desabrirlos sin aumentar la cantidad de la ración, se les prolongó el término a cada tres días, luego a cuatro, después seis, hasta llegar a dárseles cada siete, lo que al principio se les daba cada dos. Bien sentían esto que les apretaba el hambre aunque cuando antes les afligiese los apretábamos con razones, venían bien en la prolongación del término, pero para divertirlos del sentimiento les dábamos algún grano a media semana y esto después que se fueron aplicando a la chacarería y que se hizo granero común, y cuando el grano se acababa, el jueves se mataban dos novillos grandes y sólo éstos se repartían a todo el pueblo. ¿Qué les tocaría? Mas como tener tanto de niños, iban contentos con un pedacito de carne en la mano para engañar su apetito y divertir el hambre. El viernes ya no tenían bocado qué comer y si las mujeres no lograban algunas raíces en el campo se las pasaban al traspaso, ayuno que se les hacía llevadero la devoción de ayunar en lo que entraron tan bien como tan necesario a sus almas y conveniente al ahorro de la carne que aunque lograsen los viernes alguna carne y aunque se les dijese que podían lícitamente comerla, pues otra cosa no tenían siempre, se abstenían de ella. Un año en que faltó el grano y la carne estaba escasa, estorbó Dios el hambre y mayor gasto de carne que hubiera habido, con esta providencia y que se tuvo por especial, pues no habiendo en todas las cercanías del pueblo conejos, sin saberse, como de repente se vieron como inundados de ellos en abundancia tal que se acercaban hasta el mismo pueblo saliendo chicos y grandes, hombres y mujeres, a socorrerse de ellos. Bien pudo enviar conejos a los mocobíes quien envió codornices a los hebreos."

Lo que escribe el Padre Baucke sobre la faz económica en las reducciones

Todo esto es del Padre Canelas. Su compañero de apostolado, el célebre Padre Baucke se ocupó también de este tema y como nos ofrece datos de otra índole, reproducimos a continuación su reseña.

"Es cierto que el Rey, escribe Baucke, contribuía generalmente al establecimiento de cada reducción con una suma equivalente a unos 200 pesos, si bien hubo varias reducciones que fueron fundadas sin esa ayuda, como por ejemplo, la de San Pedro, de indios mocobíes. Desde su fundación estaban estas poblaciones exentas de todo impuesto durante cierto período de tiempo, que en un principio fué de 20 años y más tarde, a partir del reinado de Felipe III, limitóse a 10 años."

Sería un error grave suponer que estas reducciones no rendían beneficio alguno a la corona y mucho mayor error sería el pensar que eran para la corona una carga muy pesada.

Aun prescindiendo del hecho de que todas las poblaciones de indios reducidos constituían otros tantos puntos de seguridad para las ciudades circunvecinas de españoles, mientras que estas últimas, no ofrecían a aquéllos ningún amparo positivo contra las incursiones de los indios infieles, conviene recordar que muchas reducciones y aun la mayor parte de ellas, abonaban anualmente un fuerte tributo al Rey de España, tributo que recaudaban los empleados llamados corregidores y ascendía a 7 pesos anuales por cabeza.

El problema de los impuestos

"Daba lástima, dice el Padre Baucke, ver de qué manera procedían estos empleados con los pobres indios del Perú y de otras regiones americanas. Era de regla que todo cuanto necesitaba el indio, sea para su propia manutención o para otro fin cualquiera, tenía que pedirlo al corregidor, quien no se lo daba sino a muy subido precio, mientras que cuando el corregidor compraba algo al indio, no le pagaba sino la mitad de su valor real. El abuso de estos corregidores llegaba al extremo de encajar a los indios fuertes partidas de artículos completamente inservibles, como son cajones enteros de naipes, sabiendo como sabían que el único destino de semejante mercancía era el pudrirse en las chozas de los indios."

Las antiguas misiones de los indios guaraníes, tapes y tobatines, pagaban al Rey, impuestos anuales de 25.000 pesos o sea 50.000 florines. Los misioneros, para reunir esta suma, enviaban los productos de las reducciones, como cueros, lienzos, algodón, cereales, cochinillas, etc., cargados en grandes barcos, a los procuradores de los colegios de Santa Fe y Buenos Aires, quienes los enajenaban y reduciéndolo todo a dinero, satisfacían así los impuestos.

Como que la venta de estos artículos producía siempre más plata que la reclamada por los impuestos reales, compraban los procuradores con el sobrante, ropa, herramientas, cuchillos, azadones, y las demás cosas necesarias que enviaba a su vez a la reducción. "He ahí, dice el Padre Baucke, aquello que se dió en llamar: el enorme comercio ejercido por los jesuítas del Paraguay."

Dificultad para poder pagarlos

Es verdad que aquellas misiones antiguas poseían grandes yerbales, pero también es cierto que, con el fin de evitar todo perjuicio a los españoles comerciantes en yerba mate, existía para los indios una prohibición absoluta de plantar y cultivar mayor cantidad de yerba que la estrictamente necesaria para su propio consumo, además de unos 1.000 quintales que podían destinar a la venta.

No era un gran problema el hacer que los indios catequizados y que vivían en viejas y organizadas reducciones pagaran el tributo anual, pero cambiaba completamente de especie cuando se intentaba recaudar contribuciones a los que ignoraban absolutamente lo que significaba un impuesto y que, por otra parte, eran

excesivamente celosos de su libertad e independencia salvaje. Muy lenta y paulatinamente, y con mucha dulzura debían los misioneros emprender su tarea de acostumbrar a los indios al trabajo, a fin de lograr que sus esfuerzos produjesen no solamente lo indispensable para llenar sus propias necesidades, sino también el exceso conveniente para poder cubrir dichos impuestos.

"Por lo que toca a la reducción de San Javier, tuvimos, dice el Padre Baucke, la buena suerte de que los comandantes de Santa Fe tenían en cuenta nuestra pobreza. Pero fuera de esas contribuciones, presentaban también los indios de las reducciones otros servicios, y no de poca importancia a la corona de España."

Otros servicios de los indios

Cuando los españoles sitiaron la ciudad de la "Colonia del Santísimo Sacramento" que estaba en poder de los portugueses, fueron en ayuda de los primeros, varios miles de indios de las misiones guaraníes, y fueron ellos quienes tomaron por asalto la ciudad; en esta ocasión acabó su vida cierto misionero alemán que acompañaba a los indios en carácter de capellán del ejército.

Si bien es cierto que luego, al concluirse la paz, fué restituída a los portugueses la referida ciudad, sin embargo, cuando se volvieron a abrir las hostilidades entre España y Portugal, enviaron de nuevo las antiguas misiones guaraníes su contingente, compuesto de 5.000 indios, para ayudar a los españoles a arrancar otra vez a los portugueses esa misma ciudad; esta vez iba por capellán de los indios otro jesuíta alemán, el Padre Francisco Baur, oriundo de la Suabia y amigo del Padre Baucke.

El comandante de estas tropas, tanto de las españolas como de las indígenas, era don Pedro de Ceballos, Gobernador de toda la provincia de Buenos Aires. Los españoles procedían en su mayor parte de Santa Fe, Corrientes y Buenos Aires. En cuanto a tropas de línea, no había sino un regimiento de infantería y otro de caballería.

No se cansaba el comandante de admirar y elogiar el denuedo y valor de que daban prueba los indios, quienes bajo un cañoneo incesante abrían las trincheras. Al poco tiempo tuvieron los portugueses que evacuar la ciudad.

Entretanto avistáronse en la ciudadela española de Montevideo, siete buques de guerra, uno inglés y seis navíos portugueses, que se acercaban en ademán de querer atacar el fuerte.

"Ceballos dió en seguida la orden de que sus artilleros se trasladasen a Montevideo, porque de otra manera la ciudadela no se podría sostener. La orden fué ejecutada, pero apenas se hallaron preparados para resistir a un ataque, cuando la flotilla de guerra se alejó, dirigiéndose a velas desplegadas con rumbo al puerto de Colonia.

En la colonia del Sacramento

El buque inglés se internó muy adentro en el puerto hasta llegar cerca de la costa y entonces con diez cañones abrió un fuego nutrido sobre la ciudad. Don Pedro hallábase, a la sazón, enfermo en cama, pero en oyendo tronar los cañonazos hizo un último esfuerzo y se levantó, y como notara que no le había quedado casi ningún artillero, corrió con sus indios a los cañones que estaban emplazados sobre el muro de la ciudad; enseñóles

apresuradamente el modo de cargar y disparar los cañones y luego se puso a correr del uno al otro cañón encargándose él personalmente de la puntería. El cañoneo duró algunas horas y finalmente un tiro certero incendió el buque de guerra inglés. Al ver cómo subían más y más las llamas, el capitán echó en medio de ellas primeramente su espada y luego se tiró él mismo a la hoguera. Muchos de los tripulantes se lanzaron al agua, intentando ganar la orilla a nado que lograron la mayor parte, secundados por el mismo Ceballos, quien despachó varios botes para recogerlos. Al caer de la tarde, el fuego penetró en la santabárbara y el navío voló por los aires. En cuanto a los buques portugueses, ya habían tomado las de Villadiego.

Los indios de San Javier

Don Pedro de Ceballos con sus tropas auxiliares indianas, persiguió a los portugueses por unas 300 leguas tierra adentro, hasta Río Grande. Pero dejemos éstos y tantos otros servicios análogos, prestados por las misiones de indios a España, para ver algunos de los que hicieron en tiempo del Padre Baucke los de San Javier.

Durante los 18 años que estuvo el Padre Baucke en la reducción de San Javier, salieron a campaña sus mocobíes más de 35 veces contra los indios infieles, unas veces solos y otras acompañados por españoles, y en diez de estas salidas los acompañó el Padre Baucke, por haberle sido posible conseguir un Padre sustituto durante ésta su forzosa ausencia. Hubo también algunas ocasiones en que el Padre negó el auxilio pedido, y con sobrada razón, por faltar la correspondiente orden, tanto del rey como de parte del gobernador de Buenos Aires.

No se cansaban los españoles de admirar el valor y la ligereza que mostraban los mocobíes en estas expediciones. Sucedía a menudo que cuando los soldados españoles salían solos en busca del enemigo, ni siquiera alcanzaban a verle, mientras que cuando iban acompañados de los mocobíes, raras veces volvían éstos sin algún trofeo de sus hazañas.

En uno de los encuentros, que tuvo lugar entre los indios abipones y los mocobíes de San Javier, arrojó uno de éstos su lanza sobre un abipón a una distancia de 15 a 20 pasos, con tal ímpetu que le derribó de su caballo. En el mismo instante apeóse, degolló al indio caído y con su cabeza en la mano saltó sobre su caballo y partió al galope, en todo lo cual no empleó más de medio minuto. Eran precisamente esos indios abipones los que causaban tan a menudo grandes perjuicios en Santa Fe, no sólo arreando ganado vacuno y caballar, sino también matando en campo abierto a los peones.

A petición del señor comandante de Santa Fe

El comandante de Santa Fe había apostado una guardia avanzada a unas diez leguas de la ciudad, y pidió al Padre Baucke que le enviara allá un refuerzo de 30 indios que se debían relevar mensualmente. En compensación de este servicio hacía grandes promesas, como el dar un subsidio para la reducción y sufragar todos los gastos. Esta proposición no fué del agrado de los indios, pero con todo consiguió el misionero inducirlos a prestar el servicio solicitado. Mas antes de dar el asentimiento definitivo,

así el suyo y el de sus indios, quiso el Padre Baucke que los españoles se diesen cuenta previamente del resultado que obtendrían yéndose ellos solos al encuentro de los salvajes. "Habiendo, pues, tenido noticias, refiere el Padre, de que una horda de bárbaros se preparaba a tomar por asalto la ciudad de Santa Fe, emprendí con 40 indios míos un reconocimiento por todos aquellos caminos recónditos que sabíamos habían de elegir los salvajes para llegar más pronto a la ciudad. Al segundo día encontramos señales de su paso, como eran las cenizas de fuego, cueros de potrillos recién beneficiados y, además, todos sus enseres, los cuales, con excepción hecha de sus armas, habían escondido en distintos parajes del bosque, para luego recogerlos a su regreso de Santa Fe.

Asalto a Santa Fe

"Apenas hecho este descubrimiento, mandé avisar en seguida al comandante de la ciudad, que habíamos encontrado rastros de los bárbaros, encomendándole que estuviera sobre aviso, que diese las órdenes necesarias para la defensa del pueblo y que al propio tiempo despachara soldados al encuentro del enemigo, a fin de que éste no llegara a robar nada en las estancias circunvecinas, le manifestaba además, que yo, en el entretanto, vigilaría con mi gente el avance de los salvajes.

"Nos hallábamos entonces a 40 leguas de la ciudad y, sin embargo, mis mensajeros, con caballos de remonta llegaron allí en 18 horas, mientras otros dos fueron a preparar el puesto de avanzada y dos más se dirigieron a la reducción para que todos se dispusiesen a la defensa."

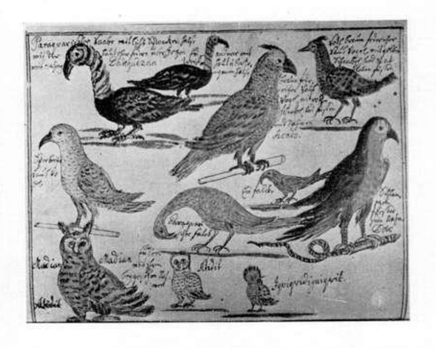
El comandante de Santa Fe, no se dió mucha prisa en seguir las recomendaciones del Padre Baucke, y su dilación tuvo por consecuencia que al día siguiente y en las primeras horas de la mañana fué invadida su propia estancia por una horda de indios, quienes mataron a los peones y se llevaron unos trescientos caballos.

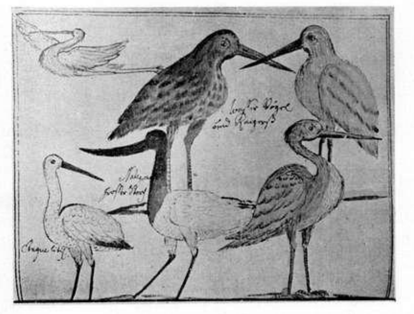
Al tener conocimiento de este nuevo asalto, los comerciantes españoles empezaron a temer por sus expediciones de mercancías y resolvieron hacerlas acompañar en adelante por soldados; muy poco les aprovechó esta nueva medida. Así sucedió que un tal Andino, comerciante, quien envió al Perú unos 20 carros cargados de mercaderías, los hizo custodiar por 14 soldados, y apenas había la caravana andado unas 40 leguas del camino, cuando fué asaltada por una horda de bárbaros que asesinaron a todos los hombres incluso la escolta; un solo soldado se salvó. Los indios se llevaron toda la mercadería, caballos y bueyes, quemando los carros y todo lo que no pudieron llevar.

Asalto a una caravana

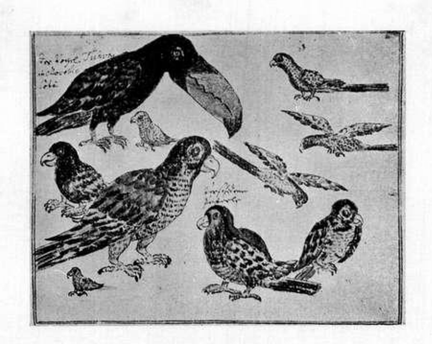
Este triste suceso atemorizó en gran manera a los habitantes de Santa Fe. Cuando poco después prepararon una nueva expedición de mercaderías vinieron a solicitar del Padre Baucke algunos de sus indios para acompañarla. El misionero al principio se negó, pero, vista la insistencia del mismo comandante, no pudo menos de despachar al efecto unos 20 de sus mocobíes a la ciudad de Santa Fe.

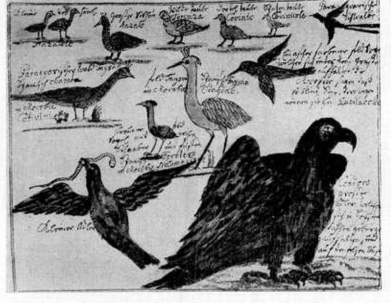
Esta nueva caravana fué asaltada en el mismo paraje que la anterior, pero los mocobíes supieron de tal modo disimular su





Avifauna santafesina, según Baucke.





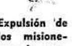
Avifauna santafesina, según Baucke.

presencia, andando siempre detrás de las carretas, que no fueron vistos por los salteadores al salir éstos atropelladamente del bosque. De repente salieron los mocobíes y arrojándose con furia sobre los bárbaros, derribaron a dos de ellos al primer encuentro. Ante este espectáculo se retiraron los demás precipitadamente a los montes, adonde los persiguieron los mocobíes, matando tres más. Después de esto regresaron a la reducción y cada uno de ellos recibió a título de compensación, 7 pesos así como cueros nuevos, lienzo y franela de color. Después de algunos meses de tranquilidad, llegaron a San Javier 6 abipones cristianos con una carta dirigida al Padre Baucke, comunicándole que ciertas tribus de indios habían invadido la reducción de San Jerónimo, robando millares de caballos y animales vacunos; añadieron que aquellos salvajes se disponían a retirarse con sus despojos; rogaban por lo tanto, al Padre Baucke, mandase algunos mocobíes en auxilio de su reducción.

En ayuda del pueblo de San Jerónimo

De los tres caudillos de San Javier sólo estaba presente en esta ocasión el cacique Aletín, quien con 40 de sus indios se trasladó inmediatamente a San Jerónimo. Los mensajeros habían llegado a las 2 de la tarde, y a las cuatro ya se puso en marcha el caudillo, recorriendo las 40 leguas que existen entre las dos reducciones en pocas horas, y, sin apearse de su caballo, reunió los combatientes de la reducción de San Jerónimo, persiguió con ellos y con su propia gente al enemigo y, después de haberle derrotado, recobró unos 4.000 animales de los que tenían robados a la reducción de San Jerónimo. Luego regresó Aletín triunfante a San Javier, cuya reducción gozó durante 2 a 3 años de una paz no interrumpida.

De todo lo dicho y de otros sucesos análogos se sigue, que las reducciones no eran como sus adversarios lo han dicho, un perjuicio para los españoles y sus pueblos, sino que les servían de defensa y de antemuro contra la furia de sus enemigos. Se sigue en segundo lugar, que el uso de armas era cuestión de vida para los indios reducidos, como lo enseña su historia. Y ésta fué la causa de que por orden expresa del rey se enviaran oficiales militares a las reducciones antiguas de indios guaraníes con el cargo de instruir a los indios en el manejo de las armas de fuego.



Expulsión de los misioneros de mocobíes

Como hemos mencionado más arriba y relataremos extensamente más adelante, fué en agosto y septiembre de 1767 que tuvieron los jesuítas que abandonar sus queridas reducciones levantadas a costa de tantos sacrificios y que tan útiles eran a la ciudad y jurisdicción de Santa Fe. ¡Con cuánto dolor se alejarían de su pueblo de San Javier los Padres Florián Baucke y Ramón Termeyer, y del pueblo de San Pedro los Padres José Lechmann y Antonio Bustillo!

Unos y otros se vieron pronto reunidos con los Padres Francisco Navalón y Pedro Poole, procedentes del pueblo abipón de San Jerónimo, con los Padres Pedro Gandón y Alonso Sánchez, procedentes del pueblo de Concepción de Abipones y con los Padres José Brigniel y Jerónimo Rejón, que habían tenido que alejarse, por la misma causa, del pueblo de San Carlos o Timbó, poblado igualmente de indios abipones.

"En todos estos pueblos, escribía después el Padre Bustillo, se confesaron antes (de la partida de sus misioneros) todos los indios con tales demostraciones de ternura que movían a compasión a todos y más a aquellos que en Cristo los habían engendrado por la gracia y les obligaban a derramar abundancia de lágrimas."

Llegan los expulsados a Santa Fe

El día 2 de septiembre partieron los dos misioneros de la reducción de San Pedro de mocobíes y los indígenas no se resignaban a verlos partir. Acompañaron atónitos y silenciosos a sus misioneros, entre ellos el cacique Domingo Nevegdanac. El día 5 de dicho mes llegaron los expulsados a Santa Fe, "pero pasamos por un lado sin entrar en la ciudad, vadeando el Río Salado por el paso conocido de Ziburu y arribamos a Santo Tomé, hacienda que fué de nuestro Colegio. Aquí nos detuvimos en nuestras carretas hasta el día 8 sin poder entrar en la hacienda, habitar en sus aposentos, ni decir misa en su capilla.

El Padre Ocampo

"En este tiempo se incorporaron con nosotros el Padre Juan Francisco Ortiz de Ocampo, que pasando del Colegio del Paraguay para el de Buenos Aires, se le arrestó por orden del teniente de Santa Fe, Joaquín Maciel, en el Convento de Santo Domingo, y el Hermano Miguel Martínez, que para dar cuentas de la Procaduría de Misiones, se le había detenido en el Convento de la Merced.

"El día 8 caminábamos para Buenos Aires con el comisionado N. Piedra Buena que nos condujo hasta los Arroyos, y se portó bastante bien, pero antes de iniciar esta travesía fué la despedida que nos hicieron los indios que hasta entonces nos habían acompañado. Viendo finalmente ellos ser precisa esta separación, postrados a nuestros pies y hechos mares de lágrimas, nos suplicaron encarecidamente los tuviésemos presentes en nuestras oraciones, mayormente en el Santo Sacrificio de la Misa, y que jamás nos olvidásemos, que nos acordásemos que éramos sus Padres, a quienes ellos habían amado y amarían."

Camino de Buenos Aires

Llegado a los Arroyos, reemplazó al comisionado Piedra Buena un tal Benítez, de quien escribe el Padre Bustillo, que "se hubo con nosotros muy bien" y sin percance alguno llegaron los desterrados misioneros a Buenos Aires el día 2 de octubre. Desde ese día hasta el 10 de marzo, estuvieron así los misioneros de mocobíes como otros muchos procedentes de diversos colegios y misiones, encerrados y bajo severa vigilancia en el Colegio de Belén. Un tal Francisco González, que era el alcaide de aquella improvisada cárcel, despojó a los reos de todo cuanto habían conservado hasta entonces.

Hacia Montevideo y Cádiz

El día 10 de marzo fueron conducidos a Montevideo, donde se hallaba fondeado La Esmeralda y allí nuevamente fueron recluídos en las bodegas del barco, hasta el día 6 de mayo en que desplegó velas y partió aquella nave rumbo a Europa. El 21 de agosto arribaba a Cádiz y allí nuevamente fueron internados los beneméritos misioneros en la Casa-Hospicio hasta que meses después fueron finalmente conducidos a los Estados Pontificios.

Algunos nunca llegaron a su destino final. De los quince jesuítas que desde 1743 hasta 1767 trabajaron en los dos pueblos

de mocobíes, tres fallecieron, antes de la expulsión colectiva, o sea los Padres José Gaete, Jaime Bonenti y el Hermano Agustín Almedina. El Padre Gaete era oriundo de La Rioja y por razones de salud vióse precisado a abandonar las misiones mocobíes y pasar al Colegio de Santa Fe, donde falleció en 1757, a los setenta años de su edad. Le había precedido en el viaje a la eternidad el Padre Jaime Bonenti, quien falleció en el mismo Colegio de Santa Fe en el curso de 1744. Fué tan sólo uno de los iniciadores del primer pueblo de indios mocobíes. El Hermano Agustín Almedina era natural de Montilla, en España, y su principal ocupación así en los colegios como en las misiones fué el de enfermero y médico. Falleció en Santa María la Mayor en 1768. El benemérito Padre Miguel de Cea, que tanto hizo por las reducciones así cuando Rector del Colegio de Santa Fe como cuando procurador de las misiones de abipones y mocobíes, murió en vísperas de la expulsión. Ya habían abandonado los jesuítas sus colegios y la mayor parte de sus reducciones cuando terminó el Padre Cea su larga y fructífera vida de apóstol de Cristo. Falleció en las misiones guaraníes a fines de 1768.

Ultimos días de algunos misioneros de mocobíes

El Padre Cea

Era el Padre Cea, español natural de Carmona. Nació el día 9 de agosto de 1694 e ingresó en la Compañía de Jesús el 8 de julio de 1712. Vino al Río de la Plata en la expedición del Padre Jerónimo Herrán y desde su ordenación sacerdotal ocupó cargos de gobierno para los que le había Dios particularmente dotado.

El Padre Núñez

Durante la travesía falleció otro de los misioneros de mocobíes, el Padre Jerónimo Núñez. Era este Padre natural de Chinchilla de Murcia. Nacido el día 3 de junio de 1705, ingresó en la Compañía el 6 de marzo de 1722 e hizo sus postreros votos el 15 de agosto de 1739. Hallábase en Buenos Aires cuando sobrevino la expulsión colectiva de 1767. Como ya lo hemos escrito en otra oportunidad,[1] fué el Padre Núñez no sólo un insigne teólogo, sino también un profundo filósofo y un buen exegeta. Antes de pasar a las misiones de mocobíes ocupó varias cátedras en la Universidad cordobesa y escribió dos tomos de comentarios escriturísticos que yacen aún inéditos en los archivos españoles.

Los Padres García y Canelas

En el mismo año de 1773 y en las lejanas pero hospitalarias tierras italianas fallecieron dos ex misioneros de mocobíes, los Padres José García y Manuel Canelas. El primero terminó sus días a los sesenta y tres años de edad el día 6 de junio de dicho año; el segundo a los cincuenta y cinco el día 22 de marzo del mismo año 1773. Ambos moraban en Faenza. El Padre Canelas había nacido en Córdoba del Tucumán el día 24 de abril de 1718 e ingresado en la Compañía el 3 de marzo de 1730. Moraba en el Colegio de Santa Fe cuando sobrevino la expulsión. En la lejana Rioja se hallaba en esa ocasión el Padre José García, oriundo de Montilla, como aseguran unos contemporáneos, o de Fernán Núñez según consignan otros. Nacido el 19 de marzo de 1710, ingresó en la Compañía en 1726 y pasó al Río de la Plata en la célebre y numerosa expedición del Padre Jerónimo Herrán.

1 "Glorias santafesinas", pp. 43-44.

El Padre Cardiel

Apenas estuvo cuatro meses entre los mocobíes el gran misionero que en vida se llamó José Cardiel, pero es justo que consignemos aquí su nombre y su noble labor. Fué él uno de los operarios de primera hora. El mismo Burgés, fundador del pueblo de San Javier, recordó en su memoria histórica la vigorosa labor desarrollada por Cardiel en la fundación de aquella reducción. Natural de la Guardia, en la Rioja peninsular, ingresó en la Compañía de Jesús a los diez y seis años, el día 8 de abril de 1720. En 1729 llegó a Buenos Aires y desde esa fecha hasta 1767 fué enorme y altamente benemérita la labor de este apostólico varón. En otra publicación [1] hemos detallado su ingente labor. Falleció en Faenza el día 6 de diciembre de 1782. Fué Cardiel, a juicio de Hervás y Panduro, "un misionero verdaderamente apostólico, de singular humildad, mortificación y celo, intrépido para emprender obras grandes por la gloria de Dios y por la salvación de las almas".[2]

El Padre Navalón

Dos años después de Cardiel falleció el Padre Francisco Navalón, castellano, natural de Olmedo, donde nació a 2 de marzo de 1716. En 1732 ingresó en la Compañía de Jesús y en 1734 pasó al Río de la Plata. Los registros navieros nos informan que era a la sazón "blanco, ojos negros y un poco belfo". Después de haber sido misionero entre los mocobíes primero y entre los abipones después, tuvo Navalón que partir al destierro con sus hermanos de religión. Falleció también en Faenza, el 28 de enero de 1783.

El Padre Pool

El Padre Poole o Pool o Pole, que de todas tres maneras hallamos escrito su británico apellido, era natural de Londres, donde había nacido el 12 de noviembre de 1728. Formaba parte de la tripulación de un buque inglés que se incendió frente a la Colonia del Sacramento y habiéndose salvado en aquella oportunidad, ingresó Poole en la Compañía de Jesús el día 10 de octubre de 1748. En 1767 se hallaba en el pueblo mocobí de San Pedro en compañía del Padre Antonio Bustillo. Vuelto a su patria se ubicó en Londres donde falleció el día 9 de enero de 1793.

El Padre Lechmann

Había sido misionero de este pueblo de San Pedro el Padre José Lechmann o Lechman, pero estaba al frente del de San Jerónimo de indios abipones, cuando sobrevino la expulsión general de 1767. Lechmann como Baucke, era natural de la Silesia y, como él, misionero hecho para todo lo difícil y heroico. Nacido en Landesck el 22 de noviembre de 1723, ingresó en la Compañía de Jesús el 11 de septiembre de 1747. Una vez terminados sus estudios en Córdoba pasó a las misiones de Santa Fe, habiéndole tocado trabajar en la reducción de San Javier de Mocobíes y en la de San Jerónimo de Abipones. Sabemos que regresó a su patria, después de 1767, pero ignoramos la fecha de su deceso.

De los Padres Francisco Burgés, Florián Baucke y Antonio Bustillo nos hemos ocupado en otras partes de este trabajo. Pero queremos detenernos en la persona del gran misionero y hombre de

1 Guillermo Furlong y Félix F. Outes: "Diario del viaje y misión al Río del Sauce realizado en 1748". Buenos Aires, 1930-1933.

2 "Biblioteca de escritores", t. I, fol. 37 v. Archivo de Loyola (España).

El Padre Termeyer

estudio, Padre Ramón Termeyer, ya que a él como a los antes citados debemos muchas y muy curiosas noticias sobre los indios mocobíes.

En las páginas, aun inéditas, de las "Aggiunta alla Cronaca Zanelli", compuestas por los años 1777, encontramos unas frases que fueron para nosotros una verdadera revelación: "El señor abate Ramón Termeyer ex jesuíta de la Provincia del Paraguay, que vive en Faenza, matemático y aficionado a la óptica, posee instrumentos muy apreciados por los peritos en estas ciencias. Tiene un microscopio que aumenta en gran manera los objetos y es muy raro y de gran valor; tiene telescopios, máquinas eléctricas, máquinas neumáticas y cámaras oscuras; se dedica al estudio de la naturaleza, y con la ayuda de su microscopio ha hecho nuevos descubrimientos en los insectos y en otras cosas de la naturaleza. Ultimamente ha publicado en los "Opuscoli interessanti di Milano" una "Memoria per servire alla compiuto storia d'un insetto aquatice conosciuto da naturalisti soto il nome di pulce acquaglio arborescente-Pulex aquaticus arborescens".

Era un gran estudioso de las ciencias naturales

Estas singulares frases nos indujeron a estudiar a este aficionado a las ciencias físicas y hemos podido recoger no pocos datos sobre su persona y su obra. Termeyer era español aunque de padres alemanes como lo indica su apellido. Había nacido en Cádiz el 2 de febrero de 1738 y joven aún ingresó en la Compañía de Jesús, el 11 de octubre de 1755.

Cultiva el gusano de seda

Cuatro años más tarde, según él mismo nos dice en uno de sus escritos,[1] comenzó a especializarse en el estudio del gusano de seda y desde 1759 hasta 1762 se dedicó con afán a tema tan singular. Pasó al Río de la Plata en 1762 y "queriendo proseguir mis observaciones, llevé conmigo en una ampolla, casi herméticamente cerrada, unos huevos o semillas de gusanos de seda. A pesar del tiempo que transcurrió y a pesar del calor de la estación, aquellos huevos se conservaron en buen estado y de ellos nacieron crías en septiembre de 1763, fecha en que comienza la primavera en América. Desde el 26 de mayo de 1762 hasta el 19 de septiembre de 1763, o sea durante diez y siete meses, se conservaron los huevos en buen estado. Yo ya me hallaba en la ciudad de Córdoba del Tucumán cuando comenzaron a germinar".

Conservación de los huevos

"No bien pisé tierra americana, escribe Termeyer en otra parte de sus memorias, comencé sin dilación a propagar mis gusanos. Así lo hice en Montevideo, en Buenos Aires, y últimamente en Córdoba." Esto escribe Termeyer, aunque en los documentos de la época no hallamos indicio alguno de la noble labor cultural realizada por este jesuíta. ¿Habremos de considerarle como el introductor al Río de la Plata de la industria sericola?

Nada nos dicen los papeles de la época sobre sus aficiones científicas pero nos ofrecen algunos datos acerca de su actuación como misionero. Cuando en 1767 acaeció la expulsión colectiva de los jesuítas, hallábase el Padre Termeyer en el pueblo de San Fran-

[1] "Opuscoli", t. I, p. 52.

cisco Javier de indios mocobíes y era compañero del Padre Florián Baucke. Con anterioridad Baucke había fundado el pueblo de San Pedro, también de indios mocobíes, y lo gobernó dos años hasta que fué reemplazado por los Padres Antonio Bustillo y Termeyer.

Cultiva la seda de arañas

Fué en una de sus excursiones chaqueñas que se inició en el estudio de la seda de las arañas. A unas 180 millas de la ciudad de Santa Fe y en pleno Chaco hallóse Termeyer tan molestado por las telarañas en los tupidos bosques que apenas pudo desentenderse de la maraña que llegó a cubrirle a él y a su caballo. Fué entonces que se le ocurrió la idea de utilizar la telaraña en vez de seda. Esas telarañas eran obra de la "Aranea latro Linn", afirma Termeyer, y en una de las ilustraciones que tanto enriquecen sus escritos nos ha dejado una gráfica representación de la araña en cuestión. "Con una specie d'entusiasmo viddi questi Ragni, e la loro seta . . ." (Opuscoli, t. 1, p. 69), nos declara Termeyer y no duda que de entre las diez especies de arañas que halló en América era la más digna de ser estudiada y aprovechada.

De esas diez especies halló que nueve eran venenosas, aunque las picaduras de las mismas no eran mortales. "Algunas arañas son del tal magnitud y de aspecto tan feo que causan a la verdad espanto e infunden terror en las gentes. Son, sin embargo, bastante inocuas. El 13 de enero de 1766 hallé en Santa Fe una araña de regulares dimensiones y todos me aseguraban que era mortal su picadura. La puse sobre un cordero, sobre una gallina, sobre un gato y sobre un perro, y a este último en la región cardíaca, y sólo causó su mordedura unas simples inflamaciones pero no la muerte. Esos animales no sólo no perdieron la vida, pero ni aun el apetito."

Desterrado Termeyer a Italia en 1768 dedicóse casi exclusivamente al estudio de las ciencias físicas y naturales. El Padre Diego González decía de él que era el hombre "de linterna mágica y barómetro, matemático de xícaras y perito en telas de araña". Lo cierto es que se dedicó a las ciencias naturales con verdadero entusiasmo. Allá por 1790 residía en Milán y toda la casita se había convertido en un nido de arañas, hasta preocupar a los vecinos que no simpatizaban con los huéspedes de Termeyer. En 1796 al entrar en Milán las tropas francesas fué bombardeada la casita del misionero que estaba junto a las murallas de la ciudad y el vivero de arañas pereció o se diseminó por la ciudad como era lo más probable. Fué un rudo golpe para el aficionado arácnido.

Un nido artificial de arañas

Determinó entonces no ocuparse más de tales industrias, pero había ya publicado varias memorias sobre las mismas en 1779 en las páginas de la "Della scelta d'opuscoli interessanti di Milano", memorias que en 1784 habían sido reproducidas con algún aplauso; había además remitido a la Corte madrileña una colección de arañas, colección que la señora Carolina de Villavieja contempló con grande satisfacción suya y de otras personas que tuvieron oportunidad de ver tan singular obsequio. Estos antecedentes obligaron a Termeyer a volver a iniciar su labor primera, y así lo

hizo con los pocos elementos que habían sobrevivido a la catástrofe de 1796.

Lo que admira no es el haber este misionero colectado arañas, ni el haber estudiado sus particularidades cuanto el haberse valido de ellas para la fabricación de seda, si es que se puede usar este término. El mismo Termeyer nos ofrece estos datos que consignamos a continuación. "En mayo de 1788 remití al Rey de España un par de medias fabricadas con seda de araña y junto con el obsequio le envié un memorial suplicándole aceptara ese pequeño presente de mi industria." Desgraciadamente o no llegó a recibir S. M. C. el obsequio o no se dignó agradecer al buen misionero su presente. "Le mie calze furono perdutte . . . la mia raccolta di storia naturale spogliata del miglior prezze . . ." (p. 293).

Fabricó medias con seda de arañas

Más éxito tuvo en obsequios análogos que hizo a la Reina Catalina de Rusia, al Rey de Nápoles y a Fernando, archiduque de Austria.

Las medias enviadas a Carlos III iban acompañadas de un memorial y llevaban además, una inscripción latina que el mismo Termeyer reproduce en su libro y que merece ser aquí transcrita:

TIBIALIA · EX · ARANEARUM · BOMBYCIBUS
CAROLO · III · HISPANIARUM · REGI
QUAE · ANNA · LUCRETIA · RASPONI · FERRARENSIS · ACU
STUDIOSE · TEXUIT
CATHOLICO
SCIENTIARUM · ET · ARTIUM · TUTORI : FAUTORI
AMPLIFICATORI
RAYMUNDUS · MARIA · DE-TERMEYER
GADITANUS
DOMINO : AC : PRINCIPI · SUO · INDULGENTISSIMO
DDD
III · CAL. · JUN. · ANN. · C. · I. . ICCCLXXXVIII

Como lo indica esta inscripción y nos lo dice el mismo Termeyer en sus escritos o memorias, todas esas medias y demás objetos regalados "fueron fabricados del hilo o telaraña extraída de las entrañas de las arañas "Diadema" y hábilmente enhilada en la rueca y tejida después con sutiles agujas por doña Lucrecia Rasponi, mi pariente y habilísima en toda clase de labores" (p. 294).

Regala unas medias a Napoleón

Además de las medias regaladas a los príncipes mencionados, hizo Termeyer un par de guantes para su propio uso y los usó durante muchos años. Hizo también una serie de objetos que exhibió en la exposición de Breva celebrada en 1806, con general admiración de los curiosos, objetos que donó después a la Emperatriz Josefina, a la reina Augusta Amalia y "al Gran Napoleón". Estas últimas son palabras suyas.

Según Termeyer, sólo cuatro naturalistas le habían precedido en el estudio de la seda arácnea, y por esta razón considera suya la gloria de haber sido uno de los que más se habían dedicado a tan importante estudio. (Prólogo, p. XXXI.)

Otros estudios de Termeyer

No fueron felizmente las arañas el único y exclusivo estudio de Termeyer. Escribió y publicó sus propias observaciones sobre las propiedades de la "Pulce Dafnia", sobre la prolongación de la vida de los ovíparos, sobre las excelencias del té paraguayo y sobre diversos coleópteros, como el "Luacnus Minimus" y la "Mantis religiosa". Era íntimo amigo de un tal Marco Polo Odescalco y ambos se pasaban los días enteros dedicados al estudio de la naturaleza, principalmente al de ciertos insectos. Sobre ellos, como después veremos, publicó Termeyer no pocas monografías.

Aunque vivió generalmente en Milán, le hallamos también en Génova, donde sabemos que moró durante once meses y de donde pasó a Faenza. En todas partes iba acompañado de sus arañas. El número de éstas era de 1.348 en Génova y de 2.000 en Milán.

El curioso lector que deseare tener mayor caudal de noticias de este misionero y de sus aficiones y estudios consulte los

Opuscoli scientifici / d'entomologia / di fisica / e / d'agricoltura / dell'Abate / D. Raimondo Maria de-Termeyer / Gaditano / Socio della Gia'Reale Società Agraria di Torino. / (viñeta) / Milano 1807. / (fileto doble) / Nella Stamperia del Giornale Italico di Carlo Dova, / Contrada S. Rafaello, Num. 998.

4º (160 x 198). — Ej. del señor Enrique Peña (Buenos Aires). Antep. — v. con unas palabras de Linneo. — Port. — v. en bl. — Dedic. al señor Pedro Moscati, director general de educación. — v. en bl. — Indice, 3 pp. — 1 p. en bl. — Discorso preliminare, pp. (IX), (CXX). — Texto pp. (1), (318). — 2 pp. en bl. — Indice delle cose più notabili, pp. 319/416. — Errata, pp. 417/421. — Lista delle Madami e signori associati agli opuscoli scientifici d'entomologia . . ., pp. 422/425, 1 p. en bl.

La seda de arañas y la de gusanos

Todo este primer tomo está dedicado a un solo asunto: "della seta dei Ragni comparata con quella de'bachi da seta". Más de trescientas páginas para demostrar que la seda de las arañas es muy superior en cuanto a su rareza, a su hermosura y a su duración, a la seda de los gusanos legítimos productores de esta rareza.

El tomo segundo tiene idéntica portada:

Opuscoli scientifici / . . . / Milano 1808 . . .

Antep. — v. con unos versos de J. Comire S. J. — Port. — v. en bl. — Indice, pp. v. / XI. — 1 p. en bl. — Al benevolo legitore, pp. XIII / XV. — 1 p. en bl. — Texto, pp. (1), (578). — Errata, pp. 579 / 581. — 1 p. en bl.

Todo este tomo versa sobre los tejidos de los antiguos, comparados con los modernos. Al ocuparse de la lana en sus diversas manifestaciones y usos, refiere sus experiencias americanas y no deja de asentar que, además de la de cordero, existe la de los guanacos, cuyas propiedades relata y pondera. Como continuación de este tomo segundo, es el tercero:

La lana de los guanacos

Opuscoli scientifici / . . . / Milano 1808 . . .

Antep. — v. con unos versos. — Port. — Indice, pp. XII, XVI. — v. p. en bl. — Texto, pp. 585, 1031. — 1 p. en bl. — Errata. — en bl.

Mucho más interesante es el tomo siguiente que constituye el cuarto de la serie:

Diversas monografías

Opuscoli scientifici / ... / Milano 1809 ...

Port. — v. en bl. — Portadilla. — v. con unas palabras de Aristóteles. — Indice, 2 pp. s. n. — Al benevolo leggitore, pp. I, IX. — 1 p. en bl. — Texto, pp. 1, 522. — Errata, pp. 523, 527. Al fin del texto hay tres láminas.

Contiene este tomo las siguientes monografías:

La storia della Daphnia Pulce (Pulex Lanceata), pp. 1/36.

Osservazzioni intorno a due nuovi insetti, pp. 37/56.

La conservazzione delle uova fresche, pp. 57/144.

Prolungazione della vita degli ovipari e de'vivipari, pp. 145/220.

La descrizione compiuta del The del Paraguay, pp. 221/522.

En esta última monografía llega a exclamar: "¡Oh The del Paraguay quanti vari sono stati gli effetti che hai tu cagionato a tuoi agricoltor!"

El quinto tomo es de todos el más interesante, ya que su autor lo dedicó íntegramente a la historia de las misiones guaraníticas del Paraguay:

Opuscoli scientifici / ... / Milano 1809 ...

Port. — v. en bl. — Portadilla. — v. con unas palabras de Aristóteles. — Indice, 1 p. s. n. — Al benevolo leggitore, pp. I/IX. — p. en bl. — Texto, pp. 1/522. — Errata, pp. 523/527. — Al fin del texto hay tres láminas que se refieren al mismo.

Estudios históricos americanos

Hasta la página 306 reproduce una serie de notas entomológicas, algunas de las cuales fueron presentadas por su autor a la Sociedad Patriótica de Milán como nos asegura Termeyer. Desde la página 306 hasta el fin del volumen desarrolla los siguientes puntos de historia americana: Las misiones guaraníticas, 306-307; las turbulencias del Paraguay, 307; resolución de Felipe V, 308-309; falsas riquezas, 312-315; su única riqueza, el The, 316-317; cómo los jesuítas consiguieron que los indios se dedicaran al trabajo, 346-349; las artes y oficios entre los guaraníes, 349-350; la música, 350-352; el respeto en las iglesias, 353-354; los ejercicios militares, 355-356; victorias alcanzadas sobre los enemigos, 356-357; cómo los Gobernadores se aprovechaban de los servicios de los indios, 357-360; gobierno político y económico de las reducciones, 360-361; la magistratura, 361-362; el gobierno eclesiástico, 363-366; conducta de los misioneros con los indios, 366-368; cómo organizaron la vida familiar, 368-370; cuánto cuesta educar a los indios guaraníes, 370-376; incapacidad económica del indio, 377-380; el tributo al Rey, 380-389; los pueblos guaraníes no eran ricos, como se ha dicho, 389-395; conjuración de los príncipes volterianos contra la Compañía de Jesús, 395-403; los inventores de las calumnias: B. de Cárdenas, 403-405; Antequera, 405-408; Matías Barúa, 408-409; B. de Aldunate, 409-412; Ibáñez, 412-415; Monseñor Frezier, 415-436; la cuestión de límites, 436-494; el Rey Nicolás, 495-499.

Defensa de la Compañía

Los cinco tomos de Termeyer que acabamos de mencionar y los demás artículos que publicó en diversas revistas y analectas de la

Los cinco tomos de Termeyer

época, son enteramente desconocidos a los escritores rioplatenses. No sabemos de uno sólo de nuestros historiadores o escritores que haya recordado los escritos de este misionero. No así en Inglaterra donde Alexander Caldcleugh tradujo al inglés los datos más interesantes que sobre Sudamérica había consignado Termeyer en diversas partes de sus "Opuscoli" como puede verse en "Travels in South America during the years, 1819-1820-1821", London, 1825, t. 2, pp. 332-334 y 359-360, en las que reproduce la página 570 del tomo V de los Opuscoli y las páginas 258 y 254 de la misma obra.

A petición de Lorenzo Hervás, que estaba ocupado en la composición de su magna obra sobre las lenguas americanas, remitióle Termeyer algunas notas o

Elementi della lingua Mocobi

como nos informa el autor de la "Idea del Universo" (t. 7, p. 40) por estas palabras del mismo Termeyer: "le mando i documenti, che con grande stento ho formati, e che Ella richiede per formare gli elementi della lingua Mocobi. Sembrami, che essa sia matrice, o dialetto dell'Abipona, che ne sarà stata matrice, poiche fra questa lingua, e la Mocobi si ravissa grand affinità".

Ignoramos la fecha en que falleció Termeyer, aunque parece haber sido por los años de 1814. Sabemos que en ese año aún vivía como se colige del Catálogo del Padre Diego González y de otras listas de la época, todas las cuales llegan hasta fines de la primera década del siglo XIX.

Salen de San Javier los últimos jesuitas

Termeyer y Baucke fueron los últimos misioneros del pueblo mocobí de San Francisco Javier. Valiéndonos del relato que el segundo de los mencionados jesuítas escribió sobre lo que acaeció al tener ambos que abandonar el pueblo, vamos a consignar los principales hechos que entonces tuvieron lugar. Los jesuítas del Colegio de Santa Fe habían sido apresados el día 16 de julio de 1767 pero esta novedad no llegó a San Javier hasta el 21 del mismo mes. En ese día llegó el Sargento Mayor Francisco de Andino, portador de una carta para el Padre Baucke, en la cual le comunicaba el nuevo comandante de Santa Fe, que los Padres de ese Colegio habían tenido que abandonarlo dirigiéndose a Buenos Aires; que en cuanto a los misioneros, nada aún se había resuelto, y por lo tanto rogaba al Padre que no diera a conocer a los indios lo que pasaba, y que continuara como hasta entonces ejercitando su ministerio en la reducción; en efecto, el Padre así lo hizo limitándose en medio de su amargura, pues presentía la triste suerte que correrían sus amados indios, a contestar al portador, que si se trataba de un rescripto real él también tendría que acatarlo. Todo esto pasó en media hora.

Entretanto, un joven español llamado Ponciano, discípulo de música del Padre, se había encontrado esa misma mañana con el sargento y sabido de sus propios labios los indignos sucesos de Santa Fe, los que contó a los indios a su regreso a la reducción. En un momento se alborotó la población, estallando de todos los pechos quejas y lamentos tales, que muy pronto llegaron a oídos del misio-

nero, quien se enteró además que varones con sus mujeres y niños se aprontaban para abandonar inmediatamente la reducción e internarse en la selva.

Baucke procura tranquilizar a sus indios

En medio de tan pavorosa conmoción corrió el misionero por todo el pueblo, consolando a unos y exhortando a otros; y con sus propias manos arrancó la brida a los caballos que estaban preparados para el viaje. Pero por más que preguntaba el porqué de su llanto, no respondían los indios, antes continuaban haciendo los preparativos de su marcha; siendo los mismos caciques los que más consternados se mostraban, y entre ellos Cithaalín, quien compareciendo al llamado del Padre no pudo articular ni una sola palabra; ¡tan intenso era su dolor!

Empero, no atinando el Padre con el remedio que podría aplicar a tan deplorable estado de cosas, convocó a los caciques Domingo, Nalanguín y Aletín, y les encargó que tranquilizaran a los indios y que no permitieran que ni uno solo saliera de la población. Con el fin de consolar y retener a sus indios les decía el Padre que aguardaran tranquilamente hasta que llegaran noticias más positivas, mas esto mismo fué lo suficiente para que varios saliesen esa misma noche para Santa Fe, con el fin de cerciorarse por sí mismos. A la noche siguiente estaban ya de regreso y referían el completo allanamiento en que se encontraba el colegio de los Padres. De nuevo repitiéronse las escenas de retirada en los indios y de apaciguamiento por parte del misionero, quien les aseguró que si él se separaba, vendría otro sacerdote para atenderles en sus necesidades; que permanecieran a su lado para que no le hicieran más amargada su despedida.

Sentimiento de Cithaalin

Con todo, Cithaalín, anegado en lágrimas, acercóse al misionero y le habló con estas palabras: "No tomes a mal, Padre mío, lo que expreso, pues mi dolor es tan profundo que no puedo quedarme aquí; porque en viniendo los españoles, o les acometeré con mi gente o me moriré de pena, si tuviera que contemplar impasible cómo os expulsan de aquí, como lo han ejecutado en Santa Fe con vuestros hermanos. Así que os ruego que no tengáis a mal que no me quede. Me voy a la reducción de San Jerónimo." Todo el empeño del Padre para hacerle cambiar de parecer fué inútil y se marchó Cithaalín con 400 hombres de su tribu. Al día siguiente se supo que los indios de la reducción de San Pedro habían dejado solos a sus Padres Misioneros.

En compañía de 5 indios de confianza y del cacique Domingo, salió a caballo el Padre Baucke con dirección a San Pedro; adonde llegaron a la mañana siguiente encontrando a los dos misioneros de aquella reducción completamente abandonados. Celebró el Santo Sacrificio, y prosiguió Baucke su viaje en busca de los fugitivos, a quienes alcanzó casi a boca de noche en un bosque del Norte. Las exhortaciones del Padre juntamente con las de Domingo tuvieron feliz éxito, pues se obtuvo que los indios volvieran al lado de sus misioneros.

Durante el resto del mes continuó el Padre suministrando a sus indios de San Javier las obras de su infatigable celo apostólico, y al propio tiempo comunicó al Comandante de Santa Fe detallada-

mente todo lo sucedido como también la salida de Cithaalín con toda su gente. Esta nueva causó gran perturbación en los vecinos de Santa Fe, pues temían la venganza que podría tomar contra los españoles ese temible caudillo.

Vicisitudes de los indios de San Pedro

Por los dichos de un español transeúnte, de que en un breve plazo quitarían a los misioneros de San Pedro, los indios volvieron a escaparse, obligando al Padre Baucke a renovar sus esfuerzos para hacerlos volver, como lo obtuvo por segunda vez. Después de esta segunda vuelta dejó allí dos indios de confianza para que les impusiera al punto del menor ademán de una nueva retirada de los indios.

Transcurrida una semana, se presentó nuevamente el citado don Francisco de Andino e informó al Padre de parte del Comandante de Santa Fe que era cosa resuelta que los misioneros todos abandonaran el Paraguay, y por tanto que se sirvieran mandar un buen número de indios armados a fin de que acompañaran a los Comisarios Reales hasta las reducciones. A esto contestó el Padre que se haría lo ordenado, pero aconsejó que no hiciera acompañar a los Comisarios de soldado alguno, pues dado el encono de los indios, él no podía responder de la vida de aquéllos. Regresó el Sargento no sin haber tenido antes el Padre que intervenir enérgicamente para que no atentaran los indios contra él.

Impuestos los de San Pedro de tal resolución, se escaparon por tercera vez y el prudente misionero, por tercera vez también, consiguió su vuelta.

Dificultades con los indios de San Javier

La consternación de San Javier había subido de punto: los indios arrearon sus ganados hacia las islas vecinas, y propusieron al Padre con muchos argumentos que se escondieran todos llevando consigo los objetos del culto. Entre otras razones, el Padre les replicó que tal proceder equivaldría a desobedecer al rey, y entonces creerían en el decantado imperio de los jesuítas en el Paraguay, y esto sería muy mal recibido por todas las naciones de Europa; a más que muriendo él, les faltaría un guía espiritual y con su falta se retornarían a la antigua vida salvaje, sin Dios y sin ley. Finalmente, que debían permanecer allí, pues ya les enviarían los españoles, sacerdotes que cuidaran de su salvación.

Mas los indios respondieron que los españoles, como tantas veces los habían engañado, ya no les merecían fe. "A vosotros sí, creemos, porque sois nuestros misioneros que tanto habéis hecho en obsequio y bien nuestro. Sin embargo, si nos aseguráis que vuestro reemplazante nos atenderá fielmente como vosotros, nos quedaremos por un año, confiando en vuestra vuelta; pero si no volviereis no sabemos qué sucederá."

Obtenido este triunfo parcial, comprendió el Padre que si tal no se hubiera conseguido, todo se les habría atribuído a los jesuítas, y así habrían ido todos a parar a los obscuros calabozos de San Sebastián, en el puerto de Santa María, como tantos otros de sus hermanos fueron allí con el título poco honroso de delincuentes ante el público. "Dios Nuestro Señor, agrega aquí el Padre Baucke, protegió visiblemente mis pasos en tan críticas circunstancias. Loado sea El."

No sólo no se internaron los indios, sino que ni pretendieron arrasar a la ciudad de Santa Fe, aunque algunos indios hicieron correr la idea y hasta se lo manifestaron al misionero.

Conducta de las autoridades españolas

Como las autoridades españolas no se atrevían a presentarse en algunas reducciones, presentáronse espontáneamente los Padres a las autoridades respectivas a volver con ellos para hacer el traspaso de lo existente. Así procedieron los misioneros al ser lanzados a la proscripción.

Veamos el proceder de las autoridades. En San Javier, llegado el día prefijado, fueron los indios solicitados, y regresaron con el comisario, un eclesiástico doctor don Miguel de Ziburu, quien por la amistad que le ligaba con el Padre Baucke había aceptado reemplazar a éste para que los indios permitieran salir a su amado Padre de la misión, tanto más que éste creía que el rey revocaría su edicto y todos serían restituídos a sus misiones.

El comisario nombrado fué don Pedro de Miura, hombre temeroso de Dios y amigo de los misioneros; traía en su séquito algunos testigos y sirvientes. Estos últimos, apenas llegaron, cayeron como aves de rapiña sobre el almacén y la huerta, dando lugar a muy amargas quejas por parte de los indios, quienes creyeron que primero despojarían al Padre para después entrar a saco en la reducción. Por esta causa quejóse de lo que acaecía el misionero, siendo atendido en su petición.

Los tesoros de los jesuítas

Inician el inventario con la minuciosidad más escrupulosa, tomando hasta las dimensiones de los objetos por insignificantes que fueran. "Después, dice el Padre, me interrogaron por el dinero, contestándoles que en 18 años de permanencia en la misión no había visto circular dinero, pues cuanto necesitábamos nos lo procurábamos cambiando nuestros propios productos, unos por otros. Mas para que conozca el monto exacto de todo mi capital en efectivo, obra usted ese cajoncito; allí encontrará toda mi fortuna." Hízolo el comisario, y encontró tan sólo trece reales de plata que habían sido obsequiados al Padre por don Francisco de la Mota. "Entonces me preguntó si tenía dinero en alguna otra parte y como respondiera que no, exigieron los testigos que prestara juramento respecto a esto, a lo que repliqué que para mí era bastante hacer mi declaración como palabra de sacerdote. Al oír esto, enternecióse don Pedro, y los circunstantes rompieron en llanto exclamando: Dios mío ¿serán éstas, por ventura, las riquezas fabulosas que espera nuestro rey encontrar en poder de los misioneros?"

En seguida se prosiguió con el inventario de la iglesia y después con el ganado, constando éste a la sazón de: 24.000 cabezas de bovino, 1.700 de caballar, 1.700 de ovino, 500 bueyes de tiro y 400 mulas.

¿Con qué corazón presenciarían los indios todo lo que pasaba, y el Padre que a todo trance deseaba evitar que la desesperación se apoderara de sus ánimos y no fueran a hacer terminar aquello en una memorable tragedia?

Mas le quedaba reservado al infatigable misionero un gran consuelo, como conclusión de su ministerio pastoral en esta pobla-

Sentimiento y religiosidad de los indios de San Javier

ción y fué el siguiente: Convencidos los indios de la partida definitiva de su Padre, acercáronse espontáneamente a él y le rogaron que les oyera por última vez en confesión, que les reconciliase con Dios, puesto que el nuevo Padre aun no sabía su lengua, y les sería muy deplorable si a alguno le sobreviniera una muerte repentina, encontrarse privado de la confesión; que por lo demás ya se cuidarían ellos para en adelante de no ofender a Dios.

En efecto, mientras la comisión ejecutaba el minucioso inventario, el Padre Baucke oyó la confesión de todos sus indios. "Creo, escribía después el celoso misionero, que de todos los indios de la reducción, grandes y chicos que se hallaban en condición de poder recibir los santos sacramentos ni uno solo faltó en esta solemne ocasión."

Aun más: antes de salir del pueblo celebró tres matrimonios y bautizó nueve indios. Terminado el traspaso de San Javier continuaron los comisarios con el de San Pedro y San Jerónimo, rogando y consiguiendo que el Padre Baucke les acompañara.

Vueltos a San Javier y reunidos los seis misioneros, emprendieron la retirada hacia Santa Fe. No quería el Padre Baucke que ninguno de los indios le acompañase para que no le hiciesen más amarga su despedida, pero con respecto al cacique Domingo fué imposible conseguir que desistiera de su intento, pues hacía largo tiempo que estaba montado a caballo con 25 indios escogidos y bien armados, para servir de escolta a sus Padres misioneros.

La despedida

Al ponerse en marcha los Padres, el pueblo entero que había acudido a despedirlos rompió en llanto y exclamaciones de suerte que los españoles no pudieron contener las lágrimas. Todos clamaban: "Idos, Padres, buen viaje; pero que volváis pronto." Aletín, encargado de cuidar al nuevo misionero, habló por fin al Padre en estos términos: "Os agradezco Padre la compasión y misericordia que me habéis demostrado, y me acordaré de ello hasta el último momento de mi vida." "Idos, pero volved pronto."

En el camino a Santa Fe no se les permitió hablar con el sargento mayor don Jerónimo de Leyas y su familia, que estaban muy desconsolados por la retirada de los misioneros, aunque invocaron algunas órdenes terminantes de parte del rey; sólo permitieron entregar unos cuantos bocados de comida, fundados en que el comandante había amenazado con la cárcel y deportación al infractor de sus órdenes con relación a los misioneros.

Increíblemente ridículo era el interpretar así la ordenanza dictada por el rey. Llegó la cosa a tal punto, que para evitar toda comunicación con los habitantes de Santa Fe, a un cuarto de hora de la ciudad hicieron alto, y se les hizo pasar la noche en los mismos coches, vigilados por seis soldados armados. Junto con el informe de lo hecho, la comisión manifestó temores de agresión por parte del fiel y respetuoso cacique Domingo y su comitiva, ordenando el comandante que de madrugada se retiraran éstos a San Javier.

Oyó indignado el cacique Domingo la orden de apartarse, a lo que replicó así: "No puedo imaginarme que vuestro rey haya ordenado que a nosotros, pobres indios, se nos despoje así de nuestros

El cacique Aletín

sacerdotes y menos todavía que nos sea vedado el hablar ya con ellos. Sois vosotros mismos quienes por cuenta propia habéis convenido en observar semejante proceder para con ellos. Vuestra propia malignidad que ya habéis evidenciado en contra nuestra y de nuestros ascendientes y que hoy volvéis a poner en práctica, ella es la única causante de esta desgracia, tan inmensa como imprevista, que en estos momentos nos aflige. ¿Creéis, por ventura, que seréis más dichosos cuando hayáis consumado la expulsión de nuestros misioneros? Por mi parte no alcanzo a comprender cómo hayáis podido suponer ni esperar semejante resultado. Bien sabéis cuál era nuestra actitud respecto de vosotros, cuando aun carecíamos de misioneros. Mas ¿qué cosa buena podéis ahora esperar de nosotros, cuando nos quitáis a nuestros Padres, quienes nos han enseñado a llevar una vida cristiana y a ser individuos leales al rey?

"¿Sois acaso seudocristianos, u os hacéis los cristianos con el único fin de podernos embaucar? ¿Están ya cicatrizadas las heridas de antaño que os abrimos? Tened cuidado, pues podríamos volver a abríroslas. No dejo de reconocer los favores que nos habéis dispensado una vez que nos hubimos sometido a la Cruz; pero en manera alguna, vosotros con vuestras espadas y armas de fuego nos habéis sujetado al rey, sino que son nuestros misioneros, quienes con la cruz del Redentor en la mano nos han vencido; pero nosotros no somos esclavos vuestros.

Su discurso

"Tampoco es posible que las órdenes que invocáis hayan emanado de nuestro rey, cuya clemencia cristiana nos ha sido en todo tiempo tan preconizada por nuestros mismos misioneros. Si vosotros fuerais buenos y verdaderos cristianos, seguramente que os había de pesar tanto como a nosotros mismos la salida violenta impuesta a estos nuestros Padres. Decid a vuestro comandante que ha muy poco recibió su bastón de mando, mientras que yo hace ya tiempo que llevo el mío, el cual, por otra parte, me fué conferido y remitido espontáneamente por el señor gobernador. Que venga acá, pues, vuestro comandante y nos dé una muestra de su valor en vez de quedarse allá en la ciudad. Si él quiere atacarnos que sepa que aquí le esperamos; que no crea que hemos de rehuir el encuentro; pero si no viene, que se quede a mandar allá en su pueblo, que en cuanto a nosotros, él nada nos tiene que ordenar. Yo no emprenderé mi viaje de regreso sino cuando me plazca hacerlo; y si este temperamento no fuere del agrado de vuestro comandante, que venga él acá con su gente, y nos desaloje por la fuerza. Por orden suya, yo no me retiro, sino que hemos de acompañar a nuestros misioneros hasta donde alcancen a llevarnos nuestros caballos."

Tal impresión causó en el comandante el conocimiento de las razones y de la actitud asumida por el cacique Domingo, que mandó que le respondieran que tenía él plena libertad para acompañar a los Padres hasta donde quisiera, porque en manera alguna había ordenado el comandante que los indios se retirasen; que tal disposición no podía sino atribuirse a invención de algún soldado, el cual si llegara a descubrirlo le daría un ejemplar castigo.

Efecto que producen sus palabras

La energía sin igual de Domingo trajo por consecuencia que gran número de españoles hiciesen caso omiso de la incomunicación de los Padres, viniendo diariamente a visitarlos, acompañarlos, y ofrecerles a porfía toda clase de atenciones; distinguiéndose en esto los señores don Pedro de Miura y don Narciso de Echagüe.

Finalmente, dispuso cuanto antes el comandante la traslación de los misioneros a Buenos Aires, y sólo permitió, a ruego de caracterizados vecinos, que los religiosos, que iban cada uno en su vehículo aparte, pudieran llevar útiles de cocina, previo el recuento delante de todos, y con la condición de devolverlos sin deterioro a las autoridades así que llegaran a Buenos Aires.

Parten los misioneros de San Javier

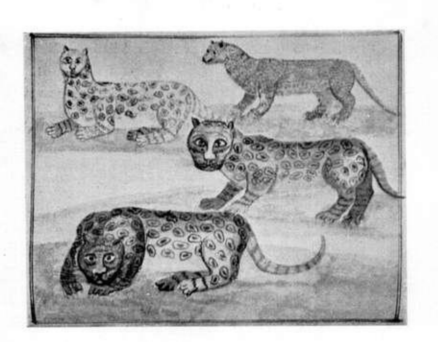
El día 6 de septiembre pusiéronse en camino los misioneros, custodiados por un oficial y seis soldados, acompañados siempre del fiel cacique Domingo y de sus indios. Los soldados se mostraron muy serviciales con los Padres hasta donde les era permitido; el oficial aceptó comer con ellos todos los días, por lo cual las armas de la guardia fueron puestas en depósito permaneciendo así hasta las inmediaciones de la capital. El día 7 llegaron a una aldea donde pasaron la noche en los coches y en campo abierto; el 8, día de la Natividad, los soldados y arrieros fueron a misa, y los Padres pidieron celebrar uno y que los demás comulgaran, pero sólo obtuvieron la negativa, con gran descontento de Domingo y de los indios. El 10 atravesaron el río Carcarañá que se halla a 22 leguas de Santa Fe en la estancia de San Miguel, de la Compañía, donde 30 negros quisieron saludar y despedir a sus Padres y no les fué concedido; aceptaron sí las aves, corderos y quesos que traían. El 14 llegaron a la capilla del Rosario, 43 leguas de Santa Fe. Aquí el Padre Baucke determinó despedir a Domingo y a sus indios, a quienes agradeció la gran lealtad que les habían mostrado pero les rogó que se volvieran.

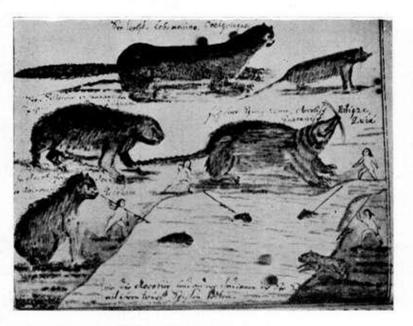
Creyendo Domingo que el gobernador de Buenos Aires se apiadaría de ellos y les devolvería al Padre Baucke, se resistía a volver. El misionero tuvo que hacer comprender al agradecido indio que el gobernador sólo cumplía las órdenes del rey, siendo éste el único que podía revocar sus ordenanzas; y que aun si esto sucediera no se realizaría antes de un año, así que lo más prudente era que se volviese a su reducción de San Javier. Agregó el misionero: "Servid a Dios y al rey y permaneced fieles a ellos. Dios no os abandonará si vosotros primero no le abandonáis a El."

Aletín se resiste a separarse de sus misioneros

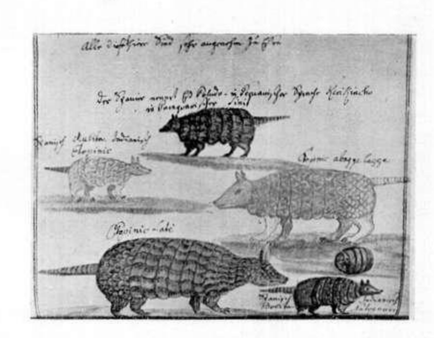
Marcharon los indios a buscar sus caballos y luego volvieron y rodearon el carruaje medio conturbados. Acudieron también los soldados a presenciar la despedida; a algunos de los misioneros no les fué posible acudir por encontrar sobremanera impresionados. "Los indios, dice el Padre Baucke, apeáronse de sus caballos para besarme por última vez la mano en medio de los más desgarradores lamentos, que hacían llorar también a todos los españoles. Unicamente mi pobre Domingo no tenía lágrimas; mudo y pálido como la muerte se había parado delante de mí, temblando de manos y pies de tal modo que los españoles se apresuraron a socorrerle, creyendo que le sobrevenía un ataque.

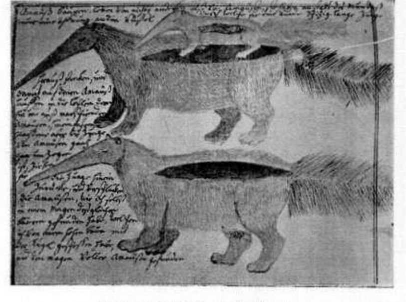
"Después de largo rato se repuso, cobró el uso de la palabra,





Fauna santafesina, según Baucke.





Fauna santafesina, según Baucke.

y se expresó en estos términos: "Vé ahí, Padre, a todos tus hijos en derredor tuyo, sumidos en llanto muy amargo; sólo yo no lloro, ni tampoco me es posible llorar, no porque deje de dolerme esta separación, sino por ser demasiado intenso mi dolor al ver que ahora debes abandonarnos. Esta aflicción me oprime el corazón de tal modo que no puedo llorar y casi me quita la respiración. Vete, Padre amado, y que Dios te pague todo lo que has hecho por nosotros: tus enseñanzas y tus sufrimientos por amor nuestro; nunca vayas a pensar que no te hemos amado como a nuestro Padre, pues también lo has merecido que te amáramos. Continúo abrigando la esperanza de que habemos de volver a verte, pues no puedo creer que el rey quiera despojarnos para siempre de tu amparo y protección. Aguardaremos un año entero, puesto que es necesaria tu ida a España. No dejes de mandarnos avisar apenas hayas regresado nuevamente a Buenos Aires, para que yo con mi gente podamos ir a buscarte."

Su despedida

En seguida volvieron todos, dice el Padre Baucke, "a besarme la mano; les dí la bendición y luego se retiraron".

Camino de Bs. Aires

Nuevamente pusiéronse en marcha los misioneros llegando poco después al río Montiel. Allí supieron que los indios pampas o aucaes habían asaltado una aldea y encendido el pasto de una grande extensión de terreno, pereciendo 43 españoles. Cruzaron el río Pavón y luego llegaron a Luján, donde se encuentra el Santuario de la milagrosa imagen de la Santísima Virgen de este título. En fin, el 4 de octubre a las 8 de la mañana se llegó a la vista de Buenos Aires. Se hizo alto y previo recuento minucioso de los útiles de cocina, entraron en la ciudad, siendo conducidos en medio de una gran afluencia de gente al colegio de Belén, que en Buenos Aires tenían los jesuítas, además del de San Ignacio. A la puerta les esperaban 48 granaderos y 9 guardianes, bajo el mando de un teniente y un subteniente, que custodiaban a otros muchos Padres. Exigióseles la entrega de las llaves de los baúles, repartiéndose entre el sargento mayor y oficiales todo lo que encontraron de alguna utilidad, con excepción de la ropa de vestir, semillas de plantas raras y curiosidades indígenas. Asimismo exigióseles todo papel, hasta las estampas, la tinta y las plumas. A cada dos misioneros se les puso centinela de vista y se les incomunicó de tal suerte que no se les permitía asomarse a la ventana, que caía al jardín. Todo esto era para hacerlos aparecer como a los más temibles criminales.

Severidad inconcebible

Pasaban los días, y como no supiesen el motivo de tanto derroche de severidad, exigieron los Padres que se les hiciera comparecer ante los tribunales de justicia. Por fin a los dos meses vino un auditor con dos oficiales más de justicia para tomarles declaración al tenor del siguiente interrogatorio. ¿Dónde nacieron? ¿Cuándo entraron en la Compañía? ¿Al salir del colegio llevaron consigo algún dinero y otras cosas por el estilo? Pero siempre permanecieron recluídos. Un día solicitaron del gobernador Bucarelli permiso para celebrar la santa misa; contestó éste con sandeces de la peor especie. Mas el señor obispo obtuvo que cada día celebrara uno el santo sacrificio, aunque a puertas cerradas.

A consecuencia de tal cautividad, fallecieron dos misioneros, teniendo que abrir las fosas los demás, y enterrarlos sin ninguna ceremonia eclesiástica. Al relevo diario, se hacía la entrega de cada uno en particular. Y si uno solo faltaba, todos permanecían allí hasta que aquél compareciera.

Los mocobíes sin sus Padres Misioneros

Entretanto se supo que a los 8 días de partirse los Padres de Santa Fe, los mocobíes habían abandonado la reducción de San Pedro; los de San Javier permanecían fieles. Túvose también conocimiento de que los indios salvajes interceptaban los caminos que conducen al Perú con el fin de asaltar y robar a los viajeros; se supo además que en la Magdalena, que dista 22 leguas de Buenos Aires, los pampas habían muerto a todos los adultos, llevándose prisioneros a los niños; pero que habiéndose despachado tropa de línea en su persecución, y dádoles alcance como a 200 leguas, dieron muerte a 12 y capturaron a 6; fugándose los demás. Animadas las tropas españolas con esta victoria, persiguieron a los fugitivos, pero al tercer día se vieron aquéllas envueltas por los salvajes y asaltadas con tal furia, que quedaron todos los españoles exterminados. Como transcurrieran dos meses sin tener noticias de la dicha expedición se envió una compañía de dragones, la cual, al mes de haber partido, dió noticias de que sólo habían encontrado las osamentas de sus compañeros de milicia. Con esta novedad envió el gobernador un millar de soldados para que escarmentaran a los indios en donde los encontraran.

Triste resultado

Estos sucesos ponían de manifiesto, escribía el Padre Baucke, el triste resultado que ya comenzaba a experimentarse con la salida de los jesuítas de sus reducciones.

"Hacia los últimos días del mes de marzo llegó a Buenos Aires la noticia de que en el puerto de Montevideo había entrado una fragata de guerra española de 36 cañones, la cual debía volver a España en el mes de mayo. Así el Padre Baucke como sus compañeros creían que al fin había llegado la hora de salir de aquel su prolongado cautiverio. Efectivamente así sucedió, pues llegó a los pocos días la orden de que a los Padres se les suministraran los trajes y demás útiles de que hubiesen menester para su viaje a España; y el capitán con los oficiales se trasladaron de Montevideo a Buenos Aires para recoger a los jesuítas. Reuniéronse en Buenos Aires muchas provisiones de boca para el viaje, que costaron muchos miles de pesos, pues tal era la orden del rey, aunque durante la navegación hubo siempre suma parsimonia y escasez de víveres para los misioneros.

En Buenos Aires

"El 1º de abril de 1767 nos pusimos en marcha, esperándonos a la puerta del colegio una compañía de granaderos con bayoneta calada y bala en boca, la que rodeándonos por todos lados y con el oficial a la cabeza, tenía orden de hacer fuego en cualquier intento de fuga. Era la hora de siesta, escogida a propósito. No obstante, se había reunido mucha gente que prorrumpía en amargo llanto al vernos partir. A la media hora llegamos a un riachuelo donde atracaban las embarcaciones. Aquí había una carpa bajo la cual, después de cenar, se nos condenó a recogernos. Bajo ella hubieron los 72 jesuítas de pasar dos noches; sobreviniendo en la

tarde del segundo día una copiosa y fuerte lluvia que duró toda la noche y acompañada de viento recio, y así, a más de tener que dormir sobre el suelo empapado recibían también el agua sobre sí. Testigos de tan calamitosa situación fueron muchos vecinos de la ciudad, quienes sólo podían compadecerse de tan magnánimos religiosos, pues les estaba prohibido dirigirles la palabra. Por fin partieron en la tarde del día 3 en dos grupos; uno de 50 en una lancha y el resto en otra hacia Montevideo custodiados y claro está; por la correspondiente guardia compuesta de 2 soldados prusianos, uno de Hesse y 3 bávaros comandados por un oficial de Suabia.

Hacia Europa

"La noche fué de un temporal deshecho, arribando a Montevideo a la caída de la tarde del 4, siendo luego trasbordados a la "Esmeralda", fragata de guerra en la que ya había cien jesuítas y cuyo comandante era don Pedro Villano, hombre de brusco trato y maneras nada nobles."

El 16 de mayo leváronse anclas, y se hizo a la vela con rumbo a Cádiz, adonde atracaron después de más de 4 meses de navegación, con un sinnúmero de contratiempos durante la travesía ya por la mala clase de la comida, ya por el hacinamiento en que se les puso, no siendo nada extraño que en tales circunstancias fallecieran dos de los jesuítas. Mas no fueron los de esta expedición los que salieron peor parados, pues en los varios buques que les precedieron sentaron sus reales sobre estas inocentes víctimas la desolación y la muerte: y así en la nave que precedió a la "Esmeralda" hacia España murió la mitad de los jesuítas, teniendo por sepultura las inhospitalarias ondas del océano. Y en el puerto de Santa María pudo computarse después que, de los misioneros provenientes de América, habían perecido en la travesía más de 500.

En el puerto de Santa María

Una vez en España cambió casi por completo el tratamiento que hasta entonces recibieran los jesuítas. A la mañana del día siguiente se presentaron a bordo 4 comisarios de la ciudad para revisar y tomar cuenta de los baúles y demás equipajes de los misioneros. Interrogáronles sobre el monto del dinero, que consigo llevaban, invitándolos a que lo dijeran sin recelo, puesto que esto no tenía por objeto quitárselo, sino simplemente hacer la anotación correspondiente. A la caída de la tarde fueron trasladados en algunas embarcaciones al puerto de Santa María en donde fueron recibidos por un gran concurso de gente con muestras muy manifiestas de simpatía y compasión por el triste estado en que se presentaban; acompañándolos al "Hospicio de los Misioneros", conocido también con el nombre de "Casa de los Apóstoles".

En el Hospicio

Admirados los religiosos de la benévola acogida que el pueblo les hacía, ignoraban que se le había hecho creer al mismo pueblo que los jesuítas habían cometido tales crímenes, que merecían ser ahorcados. Era convicción general de que los jesuítas eran rebeldes al rey, que verdaderamente tenían un tal Nicolás por rey; que, como herejes que eran, habían inducido a muchos a creencias erróneas, ora a españoles residentes en América, ora a los mismos indios. Pero un hecho que aconteció allí en el puerto de Santa María explicará un tanto el rápido desengaño del pueblo.

Bajo las ventanas de la casa en donde albergaron a los jesuítas se juntaban muchos mendigos, a quienes los Padres arrojaban algunas monedas envueltas en papel. Un día oyeron exclamar a uno de esos pordioseros: "¡Cuán deplorable es que estos Padres, que son tan compasivos y caritativos, sean unos herejes!"

¡Unos herejes!

Habíanse reunido ya, la mayor parte de los misioneros jesuítas, provenientes de la América española; del Perú, de Chile, de Quito, del Paraguay, así como también de Méjico y de California, faltando tan sólo algunos de Sonora y unos pocos de Quito, que llegaron un mes después de los del Paraguay; de suerte que estando ya deportados todos los de la península a Italia, quedaban muchos en Santa María, hospedados no sólo en el dicho hospicio, sino también en los conventos y casas de nobles españoles.

Frente al hospicio elevábase el palacio de la señora marquesa, viuda de Borja, de la misma casa de San Francisco de Borja, el tercer general de la Compañía de Jesús, la que hospedaba en una de las alas del edificio a los novicios y en la otra a 72 Padres, cuidándolos con gran amor y solicitud. Como se enfermaran algunos novicios, y debían ser trasladados a los Hermanos de Caridad, no lo consintió dicha matrona sino que ella personalmente, cual madre amantísima cuidó de ellos.

Por otra parte, el cuidado general de los misioneros deportados, por nombramiento del rey, corría a cargo de un marqués Terry, irlandés de nacimiento, hombre amable y compasivo. Respecto de éste, refiere el Padre Baucke, que: "Nos visitaba muy a menudo y se informaba diligentemente de todo para estar seguro de que nada nos faltase, ni en la comida, ni en el vestido, y nos declaró que todo esto se hacía por orden terminante del rey, de manera que se nos debía dar aún mejor trato que el que usábamos en nuestros colegios."

Los jesuítas alemanes

Hacía ya algún tiempo que los jesuítas alemanes se encontraban en el convento de los religiosos franciscanos en el puerto de Santa María cuando un buen día se les presenta un hombre anciano, acompañado de un mozalbete que hacía las veces de comisario real. Este empezó por hacer comparecer a cada uno, interrogábales al tenor de las siguientes preguntas, que juntamente con las respuestas eran anotadas por el dicho comisario: ¿Cuál era su nombre y apellido, de dónde había venido, qué edad tenía, si sus padres eran cristianos viejos, cuándo había ingresado en la Compañía, cómo se trasladó a América, cuánto tiempo permaneció allá, también cuánto tiempo y en dónde ejerció el cargo de misionero?

Los pacientes jesuítas creyeron que al fin se les interrogaría de las cosas precisas y concretas de que se les acusaba. Mas nada de eso, pues ni se les nombró al tal rey Nicolás, ni nada de rebelión, ni de otra cosa alguna digna de merecer la expulsión.

Tal fué el interrogatorio a que se sometió a los acusados de regicidio, de sedición y de otra infinidad de crímenes.

Por lo visto el único objeto a que respondían tales exterioridades era el de embaucar a la plebe, haciéndola creer que la expulsión de los jesuítas tenía cierto fundamento positivo y por esto fué por lo que se incoaron estos seudointerrogatorios, y se adoptaron

por allí y por allá ciertas medidas tendientes a impresionar al populacho; haciéndoles presumir que estaba de por medio la perpetración, consumada ya, de un crimen muy grave. Y a este fin, como dos meses antes que salieran de España los asilados, en el convento franciscano, dos Padres alemanes, Erlacher el uno, natural de Bohemia, y bávaro el otro, quienes habían ejercido su ministerio en Chile, fueron trasladados al convento de los Padres capuchinos y tenidos allí en riguroso arresto, no dándoles jamás razón por qué se les había trasladado y apartado de sus compañeros. En cambio hízose correr, entre el pueblo, la voz de que estos Padres habían intentado vender a los ingleses las islas de Chiloé.

Lo que eran los misioneros

Por el mismo tiempo se hizo gala de acumular y preparar instrumentos de suplicio, como también calabozos, tapando con muro las ventanas, dejando tan sólo un tragaluz. Tanto esto como la fabricación de esposas y grillos, llamó mucho la atención del vecindario, al cual aseguraban que era para 12 misioneros más que venían en camino y que efectivamente llegaron para ser alojados en los diversos conventos o casas particulares, mas no en aquellos calabozos, puesto que el objeto era engañar al pueblo con tanta farsa.

Con relación al mérito de los misioneros deportados podemos decir, que es grande error creer que se despachan para las misiones a los que en casa no sirven. "Pues nunca se escogía para misionero, dice el Padre Baucke, sino a quien voluntariamente se ofrecía para tal destino; y así el Padre que se sentía llamado y urgido a ejercer ese ministerio debía durante 4 años consecutivos solicitarlo del Rdo. Padre General, repetidas veces y con instancia, a fin de que le destinara a esa obra. Luego se hacían las indagaciones más minuciosas, respecto del que lo pedía, a fin de cerciorarse si su natural podría resistir las penurias de tan largo viaje, y soportar los penosos trabajos ligados a tan ardua tarea, y por otra parte también, para saber cuáles eran los progresos alcanzados por el sujeto en la senda de la virtud y en la de las ciencias, pues para que un misionero en América, pueda llenar su cometido, no basta que sepa enseñar bien la doctrina cristiana, suponiendo que los indios sean de corta inteligencia, pues éste sería un grandísimo error, porque estos indios a pesar de su sencillez, pueden a menudo poner en serios aprietos, ora en cuestiones de ciencia, ora en las de moral.

Hombres probos e inteligentes

"Y a la verdad, entre mis compañeros de misión, dice el Padre Baucke, ni un solo Padre había que no tuviera aprobado el curso de teología, o que no hubiera defendido públicamente en alguna universidad, diversas tesis de filosofía; y aun los había que se hallaban todavía más adelantados en sus estudios antes de partir para América.

"Raro era también que no se hallase alguno que no hubiese estudiado las matemáticas, durante 2 ó 3 años, como asimismo el dibujo, la pintura, la música u otras artes. Por lo cual es cierto que todos y cada uno de ellos poseían la suficiente instrucción para educar a los indios y enseñarles las artes.

"Por estas razones, observa el Padre Baucke, cuán fácil ha-

bría sido arrojar a todos los españoles del Paraguay, si realmente los jesuítas hubiesen sido tan desalmados, tan desleales a Dios y al rey, como se les suponía en el mundo entero, aunque sin poder aducir una sola prueba en apoyo de tamaña calumnia.

"A más, estando las ciudades del Paraguay distantes 80 a 100 leguas unas de otras y no muy pobladas, con guarniciones militares de reducido número, y aun por fuertes que hubiesen sido, ¿qué habrían podido hacer contra el indio en sus selvas repletas de lagos, pantanos y ríos?

"Añádase a esto, que el indio se alimenta con frutas silvestres y con toda clase de animales y reptiles, mientras que las fuerzas de ejército necesitarían llevar consigo toda clase de provisiones, sin tomar en cuenta la facilidad con que el indio puede incendiar, en un momento dado, un campamento enemigo, poniendo fuego al pasto seco en una gran circunferencia, o a los juncales y cañaverales.

Las armas de fuego

"Se ha de tener presente además, que las armas de fuego resultaron ser tan inadecuadas en los combates contra los indios, que los mismos españoles se vieron obligados a trocar las suyas por la lanza del indio, en cuyo uso quedaron todavía muy por detrás de los naturales. Tomando en cuenta todas estas circunstancias, ¿cuál habría sido el resultado, si los misioneros, a ser ellos realmente sediciosos como se les suponía, esos sacerdotes, digo, tantos de los cuales atestiguaron con su sudor y su sangre en repetidas ocasiones su lealtad para con Dios y el monarca, ¿cuál habría sido el resultado, si ellos se hubiesen valido de su influjo sobre tan inmenso número de indios, no solamente para libertar a sus compañeros atropellados en sus colegios, sino también hasta para quitar a España de una vez su soberanía a lo menos en el Paraguay? ¿Quién se lo hubiera podido estorbar?

"¡Qué no habrían podido llevar a cabo los 120.000 indios que componían nuestras 30 reducciones entre los cuales se contaban por lo menos 50.000 hombres de armas tomar; en cuán corto tiempo habrían arrasado la ciudad de Buenos Aires! Yo sólo, con los pocos centenares de indios de que disponía habría podido destruir el distrito entero de Santa Fe."

Fidelidad de los misioneros

Sin embargo nada de eso sucedió, sino que por el contrario, los misioneros tomaron de antemano toda clase de precauciones, afirmadas con reiteradas prohibiciones, para impedir que pudiera ocurrir cualquiera acción en este sentido.

A pesar de esto; ¡cuántas fueron las calumnias que se forjaron y esparcieron a este respecto! y, agrega el Padre Baucke, "suponiendo que los misioneros llevados de un primer impulso, se hubiesen retirado a las selvas con sus indios ¿quién se los hubiera podido impedir? Pues bien habrían podido hacerlo, teniendo presente la destrucción de una obra, que tantas penas y sinsabores les habia causado, como también la perdición de tantos miles de infieles, que desprovistos de misioneros habrían casi necesariamente de perderse.

"Por último para dar cabo a tan luctuosos hechos, diremos que el día de la fiesta de San José del año 1769 los 18 jesuítas alemanes que se hallaban en el puerto de Santa María tomaron pa-

saje en una fragata holandesa, en la cual después de una tormentosa travesía de 26 días, llegaron a los Países Bajos, de donde prosiguieron su viaje al punto de su destino para aguardar allí las disposiciones ulteriores de sus Superiores."

Así terminaron su larga odisea los últimos misioneros jesuítas que trabajaron entre los tobas, abipones y mocobíes de Santa Fe. Apenas presos y alejados de sus queridos pueblos fueron reemplazados por sacerdotes de diversas Ordenes religiosas. Religiosos de la Merced ocuparon los pueblos de abipones y religiosos de San Francisco substituyeron a los jesuítas en los pueblos de mocobíes.

Los reemplazantes de los jesuítas

Indiscutiblemente estaban los nuevos misioneros animados de las mejores intenciones, pero ignoraban el idioma y les era necesario valerse de un intérprete; habían estado al frente de capellanías o parroquias rurales pero no conocían la idiosincrasia del indio; aceptaban el preocuparse de la faz espiritual del pueblo, dejando a los comisarios o comisionados civiles, el gobierno político y económico de las reducciones. Esto último fué el más grave de los errores.

Estas innovaciones fueron la ruina de los pueblos. No hemos podido sacar en limpio todo lo acaecido en 1770, pero ya entonces había entre los pobladores de los viejos pueblos jesuíticos un malestar enorme. Como ve el lector: apenas habían arribado los expulsos a Europa y ya sus reemplazantes se encontraban abocados a una situación difícil, tan difícil que eran los mismos indios abipones de San Jerónimo quienes, en combinación con los abipones de Corrientes, caían sobre los indios mocobíes de San Pedro y San Javier. Los religiosos al frente de estos pueblos pidieron ayuda, y el teniente gobernador interino, Vicente Zavala, preparó una expedición que debía iniciar operaciones en mayo de dicho año. Las inició en efecto pero sin resultado, de suerte que en julio de 1773 se disponía otra expedición, también contra los abipones. La habían de formar la Compañía de Blandengues y 150 hombres. "A pesar de todos los esfuerzos, no cesan las enemistades entre mocobíes y abipones", escribe justamente el doctor Cervera, y así era.

Comienzan los disturbios desaparecidos desde 1743

En noviembre del siguiente año son unos 200 mocobíes los que invaden las estancias de San Jerónimo, siendo necesario enviar al alcalde de segundo voto con una partida de soldados para calmar a unos y otros. En enero de 1775 era Juan Francisco de la Riva Herrera quien volvía a expedicionar contra los indígenas que "originan el desasosiego de los moradores de esta ciudad y de sus inmediatos partidos".[1]

El mismo Riva Herrera escribía desde Cañada Honda en 21 de abril de 1776 y manifestaba que partía a Buenos Aires "con la solicitud de reducir, con mi apoyo y dirección, toda la nación mocobí, toba, vilela y chinopies (sic) con el gran cacique Atasorin en la forma que tengo escrito a V. S. y dejo prevenido al nuevo lugarteniente don Melchor de Echagüe y Andía, para que haga cuanto sea dable, siguiendo la secuela de mis anteriores providencias, por el orden que dejo prevenido también a los corregidores

1 Arch. Gen. de la Nación: Santa Fe. Varios.

y caciques de los dos pueblos de San Javier y San Pedro, no dudando que los dirige la consecución por haber faltado (de muerte natural) el cacique Benavídez, recíproco insaciable. Enemigo de aquella nación (mocobí) como de su difunto jefe Paiquín . . ." [1]

Abipones contra mocobíes

Apenas había Riva Herrera escrito estas líneas e iniciado su optimista labor, cayeron los abipones sobre los pueblos de los mocobíes, robándoles caballos y útiles, bajo el pretexto que la ciudad no había remitido auxilios al cacique Benavídez de San Jerónimo, para que atacara al cacique Atadín sucesor de Paiquín y jefe de mocobíes, tobas, vilelas y churupíes del Chaco.

Esto acaecía a mediados de 1776 y Benavídez seguía viviendo y maloqueando, no obstante haber fallecido antes de abril de ese mismo año, y de muerte natural, según escribía Riva Herrera. No había fallecido el valeroso cacique y es de 1781 una extensa carta suya, escrita sin duda alguna por el administrador del pueblo de San Jerónimo, un tal José Tarragona, pero suscrita por el belicoso cacique.

Sedición de los milicianos

Coincidió con esta revolución indígena de mediados del año 1776 otro hecho de carácter más revolucionario aún. Tenemos una extensa nota escrita por el virrey Vértiz en Montevideo, y a 19 de agosto de dicho año y en la que acusa recibo de una nota del 28 de julio relativa a la "sedición de las milicias de esa jurisdicción (de Santa Fe) destinadas a socorrer a los pueblos de Misiones . . ." En términos los más severos y amenazadores comenta el virrey este "criminoso delito", este "enorme atentado".

Fracasada esa expedición preparóse otra a fines de aquel mismo año de 1776. Tenía por principal objeto el hacer que se cumplieran unas paces hechas firmar, un año antes, por el capitán Matorras de Santiago del Estero entre los caciques mocobíes Paiquín, Lachiniquín y Quinquín y los caciques tobas Quiyosivi y Quitandi, enemigos estos últimos del cacique Benavídez.

Querellas del cacique Benavídez

Estas paces fueron letra muerta y Benavídez comunicaba en enero de 1778 al teniente de gobernador, Melchor Echagüe y Andía, que él estaba listo a salir contra sus adversarios a fin de defender los intereses de su pueblo, el de San Jerónimo. Luchó el terrible abipón contra nueve pueblos o parcialidades de indios en esta oportunidad, y en octubre del mismo año vióse por segunda vez constreñido a empuñar sus rústicas pero siempre victoriosas armas.

Como puede suponer el lector estas luchas continuas entre abipones y mocobíes muy particularmente sangraban las antes robustas y vigorosas reducciones de unos y otros indígenas. El 2 de octubre de 1780 presentóse al gobierno un informe del estado en que se hallaban esas reducciones y firmábanlo José Teodoro de Aguiar y Ambrosio Ignacio Caminos. Copiaremos algunas líneas que son de especial interés.

Refiriéndose a los pueblos de San Javier y San Jerónimo aseveran los firmantes que "uno y otro con tan opulentos principios para su segura subsistencia, que (según se hace memoria) hasta el

1 Arch. Gen. de la Nación: Santa Fe. Varios.

año de 1760 tenía de gastos el primero más de 40.000 pesos y el segundo sobre 27 mil a más de los productos, que remitían al oficio de Misiones de Santa Fe" están ahora sin recursos algunos y forzados a buscar como pueden su ordinaria alimentación.

Los dos pueblos de mocobíes en 1780

"Mantuviéronse los mocobíes desde la cuna de su conversión en su pueblo, reconociéndose en ellos, a los pocos años, los admirables efectos y loables progresos de la evangélica predicación y enseñanza, hasta llegar a admirarse en ellos un cristalino espejo de vida tan cristianamente ajustada que podía servir de ejemplo a muchas españolas ciudades . . ."[1]

Elogio inesperado

Hermoso elogio de la labor ingente realizada por los jesuítas y destruída por sus sucesores, incapaces de conocer la mentalidad indígena y de llevarlos por los caminos del amor. Al estampar esta frase no aludimos a los beneméricos religiosos que con más o menos habilidad y sacrificio gobernaron espiritualmente aquellas reducciones después de los jesuítas sino a los mandatarios civiles que desde el primer momento sólo pensaron en incautarse de los bienes de los indios. El mismo Joaquín Maciel, a quien Bucareli escogió para realizar la expulsión de los jesuítas santafesinos, no sólo se mostró desafecto a sus antiguos maestros conforme a las instrucciones del mandatario bonaerense, sino que se mostró sumamente afecto a los bienes de los jesuítas no obstante contradecir así esas mismas instrucciones. El marqués de Loreto aseveró que según comprobaciones hechas por don Juan Francisco de la Riva Herrera los bienes de los jesuítas habían producido 97.900 pesos y no 74.000 como había manifestado Maciel ocultando parte del dinero. Consta que hasta sustrayó y ocultó algunas estatuas y objetos de culto procedentes de los pueblos de mocobíes.

Privados los pueblos de sus bienes y recogidos por hombres que sólo buscaban sus intereses privados y personales, era lógico que unos y otros estuvieran en perpetuas rivalidades. No había unión entre los dirigentes de los diversos pueblos; difícilmente la podría haber entre los dirigidos, y así era.

Los abipones contra los mocobíes

Sabemos que "en 1780, es de nuevo atacado por abipones el pueblo de San Pedro, y en enero de 1781 avisaba el cura de San Javier, cómo el pueblo había sido invadido por abipones de San Jerónimo, trabándose batalla, en la que murieron el cacique Benavídez de San Jerónimo y 36 indios más, y 4 de San Javier."

Tampoco en esta oportunidad falleció el temido Benavídez, aunque los interesados contemporáneos así lo atestiguaban. Fué a los ocho o diez meses de esa batalla que el mismo Benavídez elevaba al virrey una extensa memoria de 17 folios muy bien redactada y primorosamente escrita. Como ya lo hemos insinuado debe de haber sido el administrador de San Jerónimo, José Tarragona, el verdadero autor de este escrito, aunque lleva al pie la firma del gran caudillo abipón. Consideramos este escrito de fines de 1781, no obstante carecer de fecha, por cuanto lleva la de 17 de octubre de 1781 una nota confirmativa suscrita por fray Blas Brito, cura a la sazón de San Jerónimo.

1 Arch. Tribunales de Santa Fe: Cédulas y provisiones, t. 4.

No vamos a reproducir el memorial de Benavídez, pero consignemos que en síntesis asevera que así él, que es el corregidor y cacique principal de la nación de indios abipones del pueblo de San Jerónimo, como todos los individuos de su parcialidad están sufriendo insoportables agravios y perjuicios de parte de los indios mocobíes de San Javier y de San Pedro. "Mi pueblo se halla en el último trance de abandonar su reducción y volver a los campos" si el teniente de gobernador Melchor de Echagüe y Andía no apoya al administrador del pueblo, señor José Tarragona, proporcionándole los medios para resistir y castigar a los mocobíes.

El memorial de Benavídez

No hemos hallado la respuesta que a esta nota dió el señor virrey ni sabemos las providencias que al respecto adoptó; sólo sabemos que en los años sucesivos fueron más sangrientas que nunca las relaciones entre abipones y mocobíes, con gravísimos perjuicios de todos los vecinos de Santa Fe. Tantos y tan grandes fueron éstos que Santa Fe recibió en 1780 un golpe mortal en sus actividades comerciales. En ese año dejó de ser puerto preciso, como solía decirse, y dejó de serlo por la imposibilidad en que estaba su campaña para el libre tránsito de las carretas cuyanas y peruanas. En 1789 aseveraba Francisco Javier de Larraga que a causa de las invasiones de la indiada no han podido los santafesinos dedicarse al cultivo y crianza de ganados y muchos vecinos han desamparado la población y su circunferencia; que con el cese del puerto preciso cesó todo comercio, y por faltar este "alicitivo" se despobló la ciudad, a tal extremo que no tiene ni la tercera parte de los habitantes de entonces; que no hay comercio de carretas. De 900 carretas por año, ahora sólo entran 20, y aun menos. Con esto han cesado las fábricas de carretas y la industria de la manutención de las boyadas; que la yerba mate que valía un real, ahora vale cuatro la libra; que antes venían comerciantes del Perú, de Chile y de Cuyo, ahora se retiran de Santa Fe los que habían estado establecidos en la ciudad; finalmente declaraba que los pueblos de las reducciones, como San Jerónimo, San Javier, San Pedro y Concepción de Cayastá, sufren la mayor miseria pues dependen de Santa Fe donde todo es miseria. "Por estas causas, agregaba Larraga, lejos de aumentarse las reducciones, se van retirando a sus antiguas moradas entre los infieles, siendo el motivo de esto las necesidades que experimentan los pueblos todos." [1]

Los santafesinos en nuevos apuros

El año trágico de 1780

La desaparición del puerto preciso coincidió con un mayor recrudecimiento de las luchas indígenas. "En 1780, en el espacio de nueve meses, hubo de efectuarse tres campañas para reprimir los indios, abandonando labranzas y haciendas de campo, que al ver los vecinos, hallaron perdidas las primeras, desamparadas las segundas, sin que bastaran a aquietar a los salvajes ni los castigos ni los premios."

"No podía ayudarse a unos indios contra todos, escribe el doctor Cervera, pues, sino, los tendrían a todos como enemigos; procurábase por medios suaves y política acomodaticia, el sostenerlos en los poblados, pues aunque entre ellos se destruyeran, servían

1 Arch. Trib. de Santa Fe: Notas y comunicaciones, t. 2, pp. 241-243.

siempre de defensa a los españoles, contra hordas más numerosas del Chaco. A más, no existían fuerzas suficientes para poderlos castigar severamente, debiendo atender a tantas dificultades que a diario se reproducían en el país . . .

Las invasiones se suceden año a año

"Sería interminable el relatar año por año las invasiones que los indios nunca sojuzgados efectuaban en la jurisdicción de Santa Fe, las disensiones entre los caciques, la lucha sorda entre los pueblos reducidos y la continuada y persistente necesidad del vecindario de Santa Fe, en estar diariamente con las armas, casi todo el transcurso del siglo XVIII y principios del XIX . . . Ni los curas misioneros, ni las tendencias de raza, ni la situación libérrima de los indios, impiden las guerras civiles entre ellos, las desavenencias por el poder, las envidias entre sí, obligando a los milicianos a estar en una continua fatiga para contener a estos niños, pero niños terribles."

Los misioneros se desaniman

Ni los curas doctrineros ni los milicianos nada podían, entre otras razones, porque se hallaban en la mayor miseria. En 1780 se querellaban los soldados de que se les debía el sueldo de trece meses y en 14 de mayo de 1788, fray Julián de Ovelar, párroco de San Javier de mocobíes, representaba a las autoridades la suma indigencia de sus parroquianos y su propia miseria. Así ellos como él se verían prestos en la necesidad de abandonar el pueblo, si no se les proporcionaba ganado y herramientas de labranza.[1] Fray Pablo Carvallo, cura doctrinero de Concepción de Cayastá, había ya antes, el 28 de febrero de 1874, manifestado la imposibilidad de seguir viviendo en aquel pueblo. Fray Juan de Dios Bilches, cura de San Pedro, aseveraba el 1º de enero de 1793 que conforme lo había ya manifestado en carta de agosto de 1792, no podía seguir viviendo en aquel pueblo y hacía nuevamente renuncia del curato.[2] Fray Lorenzo Cano, del pueblo de San Jerónimo del Rey, escribía en 26 de julio de 1789 el estado miserable de aquel pueblo y manifestaba el estado de ánimo en que él se hallaba ante tanta miseria que presenciaba.[3]

El animoso Padre Orrego

No falta un doctrinero animoso y optimista. Era éste fray José Cayetano Orrego, cura de San Pedro de mocobíes. En 26 de agosto de 1794 pedía autorización para bajar a Buenos Aires con el fin de exponer al señor virrey el estado de las reducciones y "confiarle los medios de que con sólo el aumento de unos pocos de soldados y la protección de la virgen de Luján puede reducirse en cuatro años a todos los indios infieles de estas provincias.[4] No sabemos cuáles eran esos medios que deseaba confiar al señor virrey, ni cuál fué la contestación que recibió a su misiva. Sólo sabemos que llegó hasta Santa Fe en su viaje a Buenos Aires, pero desde esa ciudad le hicieron retroceder a su pueblo mocobí, donde prosiguió el animoso cura en su ardua labor.

Cuando en 1789 se resolvió una nueva ubicación de los fortines levantados contra las incursiones de los indígenas, se mudó la ubi-

1 Arch. Gen. de la Nación: Santa Fe. Varios.
2 Idem: ibídem.
3 Arch. Trib. de Santa Fe: Notas y comunicaciones, t. 2, pp. 1.778-1.790.
4 Arch. Gen. de la Nación: Santa Fe. Varios.

Los indios de San Pedro vuelven a los bosques chaqueños

cación del pueblo de San Pedro. Estaba a la sazón sobre el arroyo que se llamó de las ovejas, pero se le trasladó a una posición más cercana a la ciudad de Santa Fe, posición que no hemos podido determinar por la vaguedad de las noticias que al respecto poseemos. "De 1775 a 1780 se había despoblado en más de 300 de sus habitantes, que huyeron al Chaco, perseguidos por las invasiones de abipones, perdiendo sus haciendas y bienes. En 1785 la población vuelve a crecer, pues el Padre Cura, dice en un informe, no podía dirigir al pueblo que tenía ese año 95 familias, con 355 individuos, y 15 familias más que estaban todavía en concubinato y varias personas más sin familias, un total entre todos de 638 personas", y sabemos que "todavía en 1802 el pueblo existía y pudo ofrecer 100 hombres para la expedición que se efectuó con los indios de San Jerónimo contra los del Chaco."

Estas son las postreras noticias que tenemos relativas al pueblo de San Pedro. Por lo que respecta al de San Javier, que juntamente con el anterior fueron los que más perduraron, sabemos que "a fines de 1773, el cura escribía que tenía el pueblo 230 hombres indios y 230 mujeres, y hubiera seguido aumentando su población, si en 1774 no se hubiera tenido la mala determinación de cambiarle el cura, como asimismo al pueblo de San Pedro". "Aquellos curas, escribe el doctor Cervera, enseñaban a los indios la religión y los trataban en su idioma, con lo que los tenían más sujetos, aunque esto pareciera a los cabildantes incorrecto, y cuando nuevos curas sin conocer el idioma entraron de doctrineros de los indios, prodújose cierta intranquilidad y la despoblación de las reducciones.

San Javier en 1785

"La población de San Javier constaba en 1785, según comunicación remitida al cabildo por el cura Julián Obelar, de 199 familias con 872 personas, con más de 70 familias de viudas con 157 personas y 20 huérfanos de padre y madre. En total una población de 1.049 personas.

"Tenía su iglesia de tres naves y cuartos cubiertos de teja, con 7 puertas y 4 ventanas edificado en terreno de 9 varas de ancho por 88 de largo, con abundantes ornamentos, y donde se reunían los indios los domingos, rezando en idioma mocobí las oraciones y doctrinas antes de la misa mayor. Todos los días, después de la misa y en vísperas rezábase las oraciones en castellano . . ."

La última noticia que hemos hallado respecto de San Javier es del año 1803. En 8 de octubre de ese año, fray Pablo Moreira escribe que el señor Obispo ha visitado el pueblo de San Javier e inspeccionado todo lo relativo al culto. Manifiesta, además, que el Prelado ha ordenado varias cosas pero es imposible secundar sus órdenes por la suma pobreza así del señor cura como de los fieles, pobreza que tiene su raíz en el desamparo cada día mayor en que se halla esa reducción.[1]

Desamparo de la reducción

A principios del siglo XVIII era el estado de todas las antiguas reducciones jesuíticas. El doctor Cervera [2] después de demostrarlo

1 Arch. Gen. de la Nación: Santa Fe. Varios.
2 Cervera: op. cit., t. I, pp. 547-566.

concretamente en lo que acaeció con el pueblo de San Pedro, agrega que "lo mismo sucedía en los pueblos de San Javier, San Jerónimo y Cayastá; sea por las guerras, sea por el instinto del indio a volver a su (libertad) natural, sea por no poder conseguir ganados, caballos, yerba y toda clase de presas", lo cierto es que volvieron a las selvas, ni es de extrañar, puesto que los indios "eran muy ávidos de botín, reacios al castigo, sin respetar a sus espirituales jefes, viviendo en su gentilidad, enemigos entre sí, revoltosos y desorganizados. . ., sólo vivían en el desorden y el merodeo, teniendo a sus espaldas el refugio del Chaco, donde parientes y amigos los atraían".

Fin del pueblo de San Javier

Así se disolvían, como la sal en el agua, las simpáticas y beneficiosas reducciones de mocobíes, mientras que en la soledad y amargura del ostracismo terminaban sus días los venerables misioneros que con tantos afanes e ingentes sacrificios las habían fundado y sostenido durante tantos años.

En sólo el curso de 1773, y en la misma hospitalaria ciudad de Faenza, terminaron santamente su vida los Padres García y Canelas, a quienes tantas veces hemos mencionado en las páginas de esta obra. Cuatro años más tarde, y también en Faenza, entregó su alma a Dios el fervoroso Padre Francisco Burgés, iniciador de la primera reducción de mocobíes. Fué su deceso a 28 de diciembre de 1777. En 1780 y en venerable ancianidad falleció el buen Padre Baucke, siguiéndole pocos años después el entusiasta Padre Cardiel (6 de diciembre de 1782) y el animoso Padre Navalón (28 de enero de 1783). Los últimos tres en partir a la eternidad fueron los Padres Pedro Pool, Antonio Bustillo y Ramón Termeyer. El primero falleció en Londres el 9 de enero de 1793, el segundo en Faenza el 9 de diciembre de 1796 y el tercero en fecha muy posterior, pues vivía aún en 1814. No hemos podido averiguar la fecha de su deceso.

Deceso de los beneméritos misioneros

Todos estos jesuítas, tan beneméritos de la cultura nacional, quedaron ligados a nuestro país, y especialmente a lo que es ahora la provincia de Santa Fe, por los vínculos más sagrados: los del sacrificio prodigado generosamente en aras del sublime ideal apostólico.

Lejos del campo de su acción sacerdotal y de los indígenas a quienes tanto amaron, ocupáronse en escribir la historia de los mismos consignando al efecto sus costumbres y modalidades, su mentalidad y genio, el ambiente que le rodeaba en las selvas y el que los elevó a la vida civilizada en las dos reducciones de San Javier y de San Pedro.

El Padre Florián Baucke

Así lo hicieron en sendas lucubraciones los Padres Canelas, Burgés, Bustillo y Baucke. Este último no contento con escribir dos gruesos volúmenes de 461 y 683 páginas en folio menor, las ilustró en forma que obliga nuestra gratitud. Allá en la soledad de la villa de Neuhauss, cerca de Zwettl en la Baja Austria, entretuvo sus postreros ocios en dibujar no sin arte y ciertamente con magnífica expresión y enorme riqueza de pormenores cuanto recordaba acerca de las costumbres de los españoles y de los indios, y cuanto le había llamado la atención en el reino de la flora y de la fauna santafesinas.

Consignamos a continuación una somera noticia así del manuscrito original de Baucke como de las diversas ediciones y traducciones que del mismo se conocen. El título del manuscrito es como sigue:

Título del manuscrito original

Hin und Her. Hin süsse und vergnügt, Her bitter und betrübt. Das ist: Treu gegebene Nachricht durch einem im Jahre 1748 aus Europa in West-America, namentlich in die Provinz Paraguay abreisenden und im Jahre 1769 nach Europa zurüchkkehrenden Missionariun; in welcher er besonders seinen in der Provinz Gran Chaco; unter denen Indianen Mocobier, oder so genannten Guaycuru, achzehnjärigen Augenthalt, seine Arbeiten, benannter Indianer Heiden — und Christe, Zurükreise in Europa, wie auch des Landes Witterung, Erdreich, Gewässer, Früchte, Walder, Thiere, Vögel, Fische, Kriechende und Flügende Urgeziefer, sammt anderen fremden und artigen Beschaffenheiten erzählet, mit verschiedenen Kupfern untermenget, in sechs Theile zergliedert.

Traducción

[Aquí y allí. Allí placer y regocijos, aquí amargura y angustias. Esto es: verdadera narración del viaje realizado en el año 1748 desde Europa a la América del Sud, es a saber, a la Provincia llamada del Paraguay y del viaje hacia Europa, realizado en 1769 después de abandonar las Misiones; residencia aquí y allí en la Provincia del Gran Chaco, entre los indios paganos y cristianos con una relación del clima del país, sus productos, tierras, frutos, animales, pájaros, peces, sabandijas que se arrastran y vuelan, y en general todas las propiedades indígenas y exóticas, ilustrado con diferentes grabados y repartido en seis partes.]

Tal es el curioso título del extenso manuscrito de Baucke que se conserva en el Monasterio de Zwettl. Consta de dos volúmenes con un total de 1.046 páginas, según afirma el Padre Miguel Bullrich Cantilo quien ha podido ver el manuscrito. Como puede colegirse por el título del manuscrito de Baucke, constituye su libro una verdadera enciclopedia mocobí, digna tal vez de equipararse a la tan conocida y apreciada de Sánchez Labrador y superior a ella por las muchas y significativas ilustraciones con que supo Baucke enriquecer su magnífica monografía sobre los indios mocobíes.

Ediciones varias

El Padre Juan Frast, monje cisterciense de Zwettl y párroco de Edelbach en 1829, poseyó por algún tiempo el manuscrito de Baucke e hizo del mismo un extracto que publicó con este título:

Pater Florian Paucke's / Reise / in den Missionen nach Paraguay / und Geschicte / Der Missionen S. Xaver [sic] **u. S. Peter / Ein Beytrag / zur / Geschicte der Jesuiten in Paraguay. Aus der Handschrift Paucke's / herausgegeben / von / P. Johan Frast, / Cistercienser des Stiftes Zwettl u. Pfarrer zu Edelbach / Wien, 1829 / Bey Anton Edlem von Schmid, k. k. privil. u. ö. n. ö. Landschafts = Bruchdrucker u. Buckhändler.**

Un vol. en 8º — VIII + 164 pp.

Valiéndose asimismo del manuscrito original de Baucke publicóse en 1870 un nuevo compendio del mismo, trabajado por el jesuíta Andrés Kobler. Esta edición contribuyó grandemente a valorizar el escrito de Baucke, y es la menos incompleta y más conforme al original que hasta ahora poseemos. He aquí su título:

La mejor edición

Pater Florian Baucke, / ein / Jesuit in Paraguay / (1748-1766) / Nach dessen eigenen Aufzeichnungen / von / A. Kobler / Priester der Gesellschaft Jesu. / Mit Abbildungen. / Regensburg, New York E. Cincinnati. / Papier, Druck und Verlag von Fried. Pustet / 1870.

Un vol. en 8º (13 × 8 ½ cm.) — Port. — v. en bl.
Prólogo del editor, pp. III-XI. — Texto, pp. 710. — Indice, pp. 711-712. Lleva intercaladas en el texto siete láminas, cuatro de las cuales están en colores.

De esta obra de Kogler se valió otro jesuíta alemán, el Padre Agustín Brigmann, para su

Missions-Bibliothek. / P. Florian Baucke, / ein deutscher Missionär in Paraguay / (1749-1768). / Nach den Aufzeichnungen Baukes / neu bearbeitet von / Augustin Bringmann S. J. / Mit. 25 Bildern und einer Karte. / Freiburg in Breisgau. / Herdersche Verlagshandlung. / 1908 / Berlin, Karsruhe, München, Strassburg, Wien und St. Louis, Mo.

Un vol. en 8º — IX pp. + 140 pp. — Fort. — v. en bl.

Versión castellana

Análoga a esta obrita alemana, en cuanto es un extracto del compendio de Kogler, es la editada en lengua castellana:

Misiones del Paraguay / (Filete) / Memorias / del P. Florián Paucke / Misionero de la Compañía de Jesús / (1748 a 1767) / por / A. V. / Miembro de la Sociedad: / Propagación de Buenos Libros. / (Filete). / Buenos Aires / Imp. Encuad. y Estereotipia de Leo Mirau, Callao 441 / 1900.

Un vol. en 8º (13 × 8 cm.) — Port. v. en bl. — Prólogo del editor, pp. III-V — Obras publicadas por la Soc. Propagación de Buenos Libros, 1 h. s. f. — Texto, pp. 1-153 — v. en bl. — Apéndice del Editor, pp. 155-161. — v. s. bl. — Indice, 2 págs. s. f.

Impresa en Buenos Aires

Según nuestras noticias, el traductor y sinoptizador de esta obra fué un caballero alemán residente en Buenos Aires a fines del pasado siglo y a quien el P. Juan Auweiler encomendó esta tarea. Tradujo él de la edición de Kobler los párrafos y capítulos que a su juicio podían servir mejor al fin que se proponía la "Sociedad" a cuyo pedido la emprendió.

El mismo editor nos dice que se propuso extractar del libro de Kobler, "fijándonos principalmente en personas y hechos interesantes para la historia", por lo cual "hemos omitido varias descripciones de costumbres locales y objetos de la naturaleza, conocidas ya en estas Repúblicas del Plata".

De la mutilación del original alemán podrá formar concepto el lector, teniendo presente que aquél consta de 712 páginas y la versión castellana de sólo 153. No obstante, debe reconocerse que ese compendio manifiesta de manera irrefragable que la obra de Baucke constituye todo un arsenal de noticias históricas de valor

imponderable. Quien lea el mutilado compendio no dejará de lamentar que así el voluminoso manuscrito original como la abreviada pero substanciosa edición de Kogler, permanezcan aún sin traducirse al idioma castellano, pues se enriquecería así con una obra de positivo valor histórico, geográfico y etnológico nuestra literatura colonial.

Ilustración de la obra

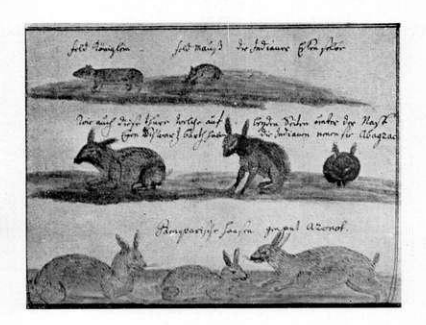
Trece dibujos adornan el primer volumen del manuscrito de Baucke y noventa y dos el segundo volumen. Relacionados con los temas desarrollados en dicha obra, pero actualmente separados de la misma consérvanse en la Biblioteca del Monasterio de Zwettl, ocho cuadros en hojas de papel de 46 ½ por 36 centímetros y que representan paisajes rioplatenses, siete cuadros sobre cartulina de 16 por 9 centímetros y que contienen figuras de armas, instrumentos de labranza, pájaros, etc., y veinte cuadritos pintados a la acuarela en el dorso de un juego de naipes, que miden 9 por 6 centímetros, y se refieren todos a la ornitología santafesina. Algunas de estas láminas se publican hoy por primera vez. Existe finalmente algo que no se debió a Baucke sino a sus indios, pero que él llevó consigo y retuvo hasta sus postreros días: un estuche redondo, de cuero, con tapa también de cuero, y una correa o tiento como para sostenerlo. Era uno de los rústicos canastos que usaban los mocobíes de San Javier y de San Pedro y fué el modesto recuerdo material que desde 1767 hasta 1780 acompañó al otrora celoso y abnegado apóstol santafesino.[1]

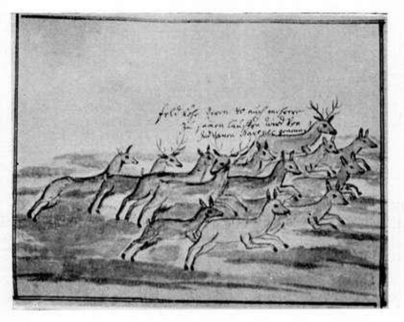
Relaciones fidedignas

Tal es en síntesis la historia de las dos Reducciones de indios mocobíes que en lo que es ahora la Provincia de Santa Fe fundaron y sostuvieron los jesuítas a mediados del siglo XVIII. Estribando en relaciones las más fidedignas hemos podido consignar no pocas noticias sobre el origen, costumbres y mentalidad de dichos indios, los más vinculados con la historia del pueblo santafesino desde mediados del siglo XVII hasta mediados del siglo pasado.

Basándonos igualmente en documentos de primera mano hemos

1 Estando ya en prensa estas líneas nos ofrece el Padre José Vrastil, historiador checoeslovaco, algunas noticias interesantes relativas a Baucke, espigadas por él en los archivos de Austria y publicadas en la revista mensual "Dobroslav" (1922-1923). Según ellas, Baucke ingresó en la Compañía en Brün, de Moravia, el 9 de octubre de 1736, estudió la filosofía en Praga entre 1739 y 1741, enseñó letras en Vratislav (Breslau, de Silesia) en 1743, al siguiente año y con igual cargo estuvo en Neisse, de Silesia, en 1744 aparece enseñando la gramática en la misma ciudad, en 1745 era profesor de sintaxis y ayudante del regente del Colegio. Desde 1746 hasta 1748 estudió la teología en Vratislav y en Olmütz. Desterrado del Río de la Plata en 1767, regresó a su provincia de Bohemia en 1770; hallábase en Olmütz y era director de la Congregación de la Santísima Virgen para caballeros en 1771, y desde 1772 hasta 1780 moró en Neuhaus (Tindrichuv Hradec). Hasta la extinción de la Compañía en 1774 tuvo el mismo cargo de director de la Congregación y además el de orador. Suprimida la Compañía, permaneció Baucke en Neuhaus, de donde iba con frecuencia a Zwettl, población y monasterio situados a poca distancia. Desde 1774 recibía Baucke una pequeña pensión que le otorgaba el gobierno de Viena; debió de ser muy módica, pues al fallecer el buen misionero no se halló dinero alguno en su poder y fué menester que el municipio de Neuhaus costeara los gastos del sepelio. Todos estos datos, concretos y precisos, los debemos al citado Padre Vrastil.





Mamíferos santafesinos, según Baucke.

Dos páginas del manuscrito inédito de Baucke, con ilustraciones del mismo.

podido historiar la labor apostólica y cultural de tantos beneméritos misioneros, egregios precursores de la civilización en la Provincia de Santa Fe, aunque las generaciones actuales desconozcan los relevantes servicios que prestaron y hasta ignoren sus mismos nombres.[1]

El histórico Colegio de la Inmaculada

De tanta labor y de tan ingentes sacrificios quedan tan sólo dos monumentos: el pueblo actual de San Javier, uno de los más simpáticos y prósperos de la Provincia de Santa Fe, y el Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe en cuyo "patio de los naranjos" conocieron y apreciaron a los jesuítas los primeros mocobíes que determinaron después reunirse en población estable, como lo hicieran; en las aulas de ese Colegio había cursado sus estudios aquel gran mandatario Vera y Mujica que patrocinó con tanta generosidad y munificencia la fundación de San Javier; del Colegio de la Inmaculada partieron los misioneros que durante medio siglo llevaron la fe y la civilización al interior de la Provincia de Santa Fe y fué, finalmente, ese Colegio el sostén moral y aun económico de las dos Reducciones desde su fundación en 1743 hasta su relajamiento en 1767.

Sus glorias

Si cabe al Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, el más antiguo de la República Argentina, la gloria de haber dado a las ciencias y a las artes, durante la época colonial, hombres tan excepcionales como el astrónomo Buenaventura Suárez, el historiador Francisco Iturri y el lingüista Cristóbal Altamirano, cábele también la gloria de haber sido la primera institución que penetró decidida y valientemente en las hoy prósperas llanuras del norte santafesino, otrora "habitat" del salvaje y guarida de las fieras.

[1] Basándose en la Introducción que precede a nuestra "Iconografía Colonial Rioplatense" y ante la visión de las láminas de Baucke en ella editadas, ha escrito recientemente el doctor Agustín Zapata Gollán, en las columnas de "La Nación" (2 de noviembre de 1937) un conceptuoso, elegante y simpático estudio sobre Baucke y su labor gráfica. Después de parangonar las láminas de Baucke con las de Schmidel escribe que las de éste "no nos dan la impresión del ambiente. Es una visión al través de relatos. Es un "encargo". En cambio, las estampas de Baucke salieron, más que para ilustrar las memorias, por ese natural instinto del artista que le lleva a encerrar en los trazos de su lápiz o de su buril lo que vieron sus ojos o soñó su fantasía. Así quedaron como una verdadera y palpitante visión del Río de la Plata, como si esos apuntes hubieran sido hechos por el misionero jesuíta en las mismas tierras que evangelizó, a campo abierto, mientras los caranchos revoloteaban sobre las osamentas y las iguanas se arrastraban penosamente sobre los campos resecos. Las escenas que representan los grabados del misionero jesuíta, un conjunto admirablemente orgánico donde cada figura armoniza y concierta en la composición. Baucke es, quizás, el artista que supo sentir mejor y mejor sugerir con sus estampas el ambiente y la vida en estos países de llanura... Basta mirar en sus láminas cómo corren y retozan los caballos por los campos desiertos. Estos caballitos de Baucke enjaezados pintorescamente en los desfiles; esos redomones que pacen a orillas de los ríos, o aquellos baguales que disparan bajo la amenaza de las boleadoras, son, sin duda, la más feliz evocación gráfica del Río de la Plata. Son las mismas tropillas que galoparon después a lo largo del "Martín Fierro" y los mismos pingos que escarcearon en la "tierra baya y flaca como asonsadas por la fiebre" de "Don Segundo"..."



APÉNDICE

LA ALFARERÍA DEL ARROYO DE LEYES





En la provincia de Santa Fe, en el límite sur del departamento de Garay, un brazo del Colastiné llamado "Arroyo de Leyes", corre de Este a Oeste, hasta volcar sus aguas en la parte superior de la laguna Setúbal o Guadalupe.

Este Arroyo de Leyes de 90 metros de ancho y 12 a 15 pies de calado medio, no podrá en adelante pasar desapercibido para los estudiosos de nuestra historia, pues el hecho de haberse hallado en sus orillas un importante yacimiento arqueológico, le ha dado relativa celebridad.

Antecedentes

En efecto, desde 1931 "en que ocasionalmente se encontró una pieza, dando este hallazgo lugar a empeñosas búsquedas",[1] numerosos han sido los que han tratado de investigar la cultura indígena del paradero situado sobre la margen derecha del Arroyo de Leyes, en el campo "Los Zapallos", en la región denominada "La Barra", propiedad de doña Amalia Freyre.

Entre los que han contribuído más al estudio de la cerámica del Arroyo de Leyes, aunque no todos sostienen las mismas tesis, merecen destacarse el señor Fernando R. Mántaras y la señora Amelia Larguía de Crouzeilles como reveladores del paradero, y los señores Antonio Serrano, Manuel A. Bousquet, Francisco de Aparicio, Joaquín Frenguelli y Félix F. Outes, con los escritos publicados sobre este tópico y que pueden verse enumerados en la bibliografía.

Excavaciones personales

Yo por mi parte, mientras se polemizaba sobre los hallazgos del Arroyo de Leyes, fuí trabajando con ahinco para obtener personalmente elementos que me ofrecieran una base sólida para determinar la verdad sobre la cerámica del citado paradero, que me aparecía envuelta en circunstancias sospechosas y con ese objeto durante los años 1933, 1934 y 1935 practiqué numerosas excavaciones, en una amplia zona de 700 metros de longitud, anotando diligentemente todo lo hallado.

Además estudié las colecciones privadas y obtuve de los lugareños numerosas piezas "atribuídas" al yacimiento del Arroyo de Leyes y cuya autenticidad discutiré más adelante.

Como resultado de estas investigaciones publiqué en 1936 un breve estudio sobre la alfarería del Leyes, y posteriormente a petición de la Sociedad Científica Argentina, sección Santa Fe, di

[1] Amelia Larguía de Crouzeilles: "Algunos datos arqueológicos sobre paraderos indígenas en la provincia de Santa Fe", en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. CXVIII, p. 220. 1934.

una comunicación sobre el mismo asunto en la sesión del 13 de noviembre de 1936.[1]

Juicios diversos

El asunto de las alfarerías indígenas del Arroyo de Leyes tuvo la virtud de suscitar cierta polémica periodística algo exaltada y desde entonces se ha pretendido introducir en el campo de nuestra arqueología, subrepticiamente, afirmaciones que comprometen nuestra seriedad científica, razón por la cual continué mis investigaciones, aumentando el acerbo de datos y ahora por la gentil invitación del Padre Guillermo Furlong, publico este trabajo en el que trato con toda la objetividad posible el estudio de la cultura indígena del Arroyo de Leyes.

No tengo ninguna intención de polemizar al escribir estas líneas (soy un convencido de la inutilidad de las polémicas), y al disentir a veces abiertamente de respetables investigadores, sólo pretendo que el lector pondere las razones que aduzco y juzgue por ellas la solidez de nuestra afirmación.

Por otra parte las 28 excavaciones practicadas personalmente en las márgenes del Arroyo de Leyes, me autorizan para hablar con algún fundamento sobre la materia, lo cual me coloca en un plano científico más seguro que los que han escrito "a distancia", o habiendo conocido sólo "de visu" el yacimiento, sin tener certeza absoluta sobre la autenticidad de los materiales sobre los que han elaborado sus opiniones o conclusiones.

El yacimiento

Está situado a lo largo del camino carretero que va de San José del Rincón a Santa Rosa de Calchines, a un kilómetro del puente tendido sobre el Arroyo de Leyes, hacia el Norte, en la parte más alta de toda la región, sobre la barranca del arroyo.

La vegetación que rodea las proximidades y cubre la parte no cultivada del yacimiento es netamente indígena, sobresaliendo en el paisaje los ceibos, espinillos y algunos ombúes. En los embalses circunvecinos abundan las plantas acuáticas, principalmente la "victoria regia", llamada "irupé" (figura 3).

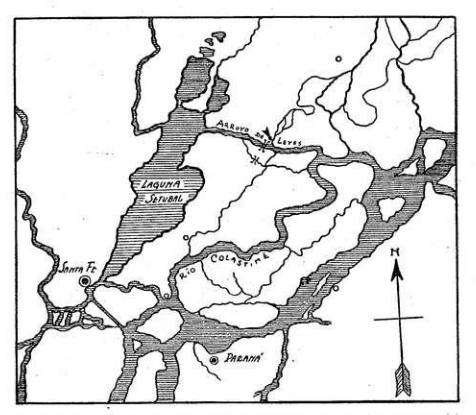
Los restos arqueológicos se encuentran sepultados en un estrato de humus arenoso de origen eólico, fijado por la vegetación y que cubre toda la extensión del yacimiento con un espesor de 50 a 110 centímetros.

Creo innecesario un mayor estudio de la estratigrafía del terreno, ya que los objetos que se encuentran inhumados, se debe esto a la mano del hombre y no a acción de origen geológico, no pudiendo por tanto el estudio de los estratos aportar datos que sirvan para fijar la cronología o antigüedad de los objetos.

Un dato interesante que no debe omitirse es que el albardón del Arroyo de Leyes está formado por arcillas muy aptas para la cerámica y de colores muy variados y vistosos, desde el ceniza, amarillento y ocre, hasta el rojo vivo, color este último que los indígenas han utilizado para la decoración de sus alfarerías.

La extensión del yacimiento es de unas 7 cuadras a lo largo de la barranca, en la parte más alta de toda la región, que en la ac-

1 Raúl Carabajal: "Ultimos hallazgos arqueológicos en el Arroyo de Leyes", en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. VIII, pp. 50-56.



La región del Arroyo de Leyes, provincia de Santa Fe, según el mapa del registro gráfico de la provincia, levantado por el ingeniero Juan A. Doncel. Con una flecha se indica la ubicación del paradero indígena.

tualidad está en parte ocupada por ranchos de pescadores y labriegos.

Aunque parezca, a primera vista, que nos remontamos demasiado arriba en este trabajo, no lo creemos esto inútil, sino necesario para poder investigar la posible procedencia del "paradero indígena".

La región del Arroyo de Leyes en la documentación colonial

El que se haya adentrado un poco en el estudio de la cartografía y escritos de los historiadores de la conquista del litoral, sabe lo dificultoso que es determinar con certeza muchos detalles referentes a la hidrografía y a las diversas tribus que poblaron una y otra margen del Paraná, en el intrincado laberinto de sus afluentes, principalmente sobre su orilla occidental.

El cambio de ubicación de los ríos y de las tribus, como sucede en muchos mapas extranjeros de los siglos XVII y XVIII, los diversos nombres con que los cronistas coloniales designan a veces las mismas naciones o parcialidades, dificultan tanto el esclarecimiento de muchos problemas de nuestra prehistoria y protohistoria, que aun en la actualidad permanecen sin dilucidar.

La región donde está ubicado el yacimiento arqueológico del Arroyo de Leyes, lo mismo que sus primitivos habitantes, se encuentran citados con alguna frecuencia en los escritos de la conquista.

El actual Arroyo de Leyes

El actual "Arroyo de Leyes", afluente de la laguna Guadalupe, no lo he encontrado en la cartografía colonial primitiva, ni con ese nombre porque es moderno, ni con otra denominación, por tratarse de un arroyo de escasa importancia y corto recorrido que no podía llamar la atención especial de los cartógrafos.

Ni en el primer plano de la ciudad de Santa Fe, levantado por el piloto de altura y agrimensor don Andrés Pujol y Vila del Mas, ni en la repartición de tierras de Santa Fe de la Vera Cruz hecha el 20 de febrero de 1653 por el capitán Alonso Fernández Montiel, ni en el mapa de los jesuítas de 1645, ni en el mapa del Gran Chaco de los misioneros de la misma Orden de 1700, ni en el mapa del Padre Jolís de 1767, ni en otros muchos posteriores, aparece trazado el Arroyo de Leyes, viéndose en cambio la laguna Guadalupe, aunque con cuatro nombres distintos como veremos más adelante.

La región ocupada por el Arroyo de Leyes hasta mediados del siglo XVIII fueron estancias jesuíticas, parte obtenidas en merced de Hernandarias, de Céspedes, Mendo de la Cueva y otros, parte adquiridas por compra, donación o permutas. Toda la documentación al respecto puede verse en los legajos de títulos de tierras de los jesuítas, en el Archivo de los Tribunales de Santa Fe. Al ser expulsados los jesuítas en 1767 por Carlos III, la Junta de Temporalidades se incautó de todos estos terrenos y luego por medio de su procurador los fué vendiendo en fracciones, a distintos compradores.

Su denominación

El nombre actual del Arroyo de Leyes creemos que data de fines del siglo XVIII y se comenzó a designar así, por ser ése el apellido del propietario de esas regiones, costumbre muy usual en la época de denominar un paraje o río por el nombre del poseedor del mismo.

Así la laguna Paiva en la provincia de Santa Fe, debe su nombre al propietario de sus márgenes, del mismo apellido; la laguna Santo Domingo, al norte de la de Guadalupe, se llama así por haber pertenecido ese terreno al Convento de Santo Domingo de Santa Fe y en Coronda el Arroyo de los Padres proviene de haber sido esa región una estancia de los Padres jesuítas, y como estos casos, podríamos citar muchos en la denominación topográfica de nuestra provincia.

Jerónimo Leyes

También entre los poseedores de tierras circunvecinas al actual Arroyo de Leyes, en el siglo XVIII, antes de la expulsión de los jesuítas, se encontraba un estanciero de apellido Leyes, citado por Furlong aunque con ortografía cambiada,[1] gran amigo del apóstol de los mocobíes, el Padre Florián Baucke. Sobre este señor Leyes existe en el Archivo del Departamento topográfico de Santa Fe, en el libro 124, fojas 147, este documento: — "Santa Fe, abril 23 de 1760. D. Francisco Javier Piedrabuena como apoderado de Dª Ana Ludueña y su esposo D. José Villarroel, vendió a D. Jerónimo Leyes media legua de tierra en el paraje Añapiré, lindando por el Este con el Saladillo enfrente, al Oeste con Julián Cardoso, y le pertenece por herencia de sus padres Antonio Ludueña y Ana Alvarez." La tierra de referencia es comarcana del Arroyo de Leyes.

Carlos Leyes

En el mismo libro de "Temporalidades", fojas 217, he encontrado otro interesante documento, fechado a 24 de julio de 1777 (posterior por tanto a la expulsión de los jesuítas), en que un tal Carlos Leyes compra al procurador de la Junta de Temporalidades un terreno que fué de los expulsos y que está situado en el Rincón de Calchines, sitio surcado en la actualidad por el Arroyo de Leyes. Dice así:

"Santa Fe, 24 de julio de 1777. — Don Carlos Leyes compró media legua de tierra en el pago del Rincón de los Calchines, cuyo frente es al poniente hasta topar con el Saladillo que corre por la laguna Grande; y los fondos al Este hasta topar con otra laguna que divide un potrero que se halla a los fondos de esta media legua; el cual en el acto de la mensura hecha por don Gabriel de Lassaga, lo cedió a don Nazario Villalba; linda por el Norte (debe ser Sur) con los ombúes conocidos por el de Reyna y con el arroyo del Potrero y por el Sur (debe decir Norte) con otra media legua que pertenece al citado don Nazario Villalva." Actualmente se denomina "Arroyo del Potrero" uno que corre un poco más al Sur del Arroyo de Leyes, aproximadamente a un kilómetro. A este respecto dice Cervera:[2] "El arroyo del Potrero existe al Sud del arroyo de Leyes, si no es el mismo como algunos lo dicen; y en ese punto, y al norte de ese arroyo existen dos grandes ombúes viejos y carcomidos. . ."

Los dos documentos que acabo de transcribir prueban claramente que el apellido "Leyes" o la "familia Leyes", hacia fines del siglo XVIII era muy conocido en la actual región del Arroyo de Leyes y que por lo tanto la denominación del arroyo se debe al apellido del poseedor de sus orillas, según la costumbre de la época.

La Laguna Guadalupe

[1] Guillermo Furlong: "Alfarería mocobí", en El Salvador, t. X, nº 104, p. 20. Buenos Aires, 1935.

[2] Manuel M. Cervera: "Ubicación de la ciudad de Santa Fe fundada por Garay", p. 89. 1932.

Antecedentes históricos

Acerca de la "Laguna Guadalupe", en la que desemboca el Arroyo de Leyes, hay muy claros testimonios y referencias en la documentación colonial, llamándose hasta hace poco Stúbal o Setúbal (del propietario de sus orillas), y en tiempo de la segunda Santa Fe, Laguna Grande o "Laguna Grande de los Saladillos", y al llegar los primeros conquistadores, "Laguna de los Quiloazas".

Algunos documentos acerca de este punto son los siguientes:

En las "Crónicas de la expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata" escritas por el alemán Ulrico Schmídel, después de haber recorrido las regiones que describe (1554), hallamos este dato: "... a 30 leguas de los Corondas dió con los Gulgeissem (en flamenco=habitantes de las lagunas: Quiloazas según otros autores); viven en una "laguna grande" de seis leguas de largo por cuatro de ancho ..." [1]

En 1556 Felipe Cáceres, Antonio Cabrera y Juan Salazar, oficiales reales, escribiendo al rey "piden licencia para descubrir y poblar todas partes, especialmente por el río Ytipí que viene de hacia el Perú, y en este río (Paraguay) y por un río que entra por la "laguna de los Quiloazas" que viene del Tucumán (el Salado)".[2]

En 1566, el licenciado Matienzo escribe al rey lo siguiente: "Desde Santiago del Estero a la fortaleza de Gaboto que está en el río de la Plata, por tierra muy llana, hay 70 leguas, a lo largo, según noticias que algunos han dado; porque a la laguna de los Quiloazas, en que entra el río del Estero (Salado) hay 50 leguas y de la laguna a la fortaleza (de Gaboto) que lo han andado Ñuflo de Chaves y otros hay 14 leguas, y hasta el principio de ella (de la laguna) habrá seis." [3]

Ahora bien; la gran laguna en que desagua el Estero (el Salado), y que dista 14 leguas del fuerte de Gaboto, según Matienzo y que tiene seis leguas de largo, según Schmídel, no es otra que la de Setúbal y actual Guadalupe. No existe en estas regiones otra laguna con esa ubicación y tamaño. Así opina también el historiador Cervera, al decir que a pesar de los cambios que en las islas vecinas a Santa Fe han originado las crecientes, "... siempre, la laguna de los Quiloazas, ha de haber sido, la actual laguna de Guadalupe".[4]

Los objetos hallados en el Arroyo de Leyes

Doy a continuación una sencilla enumeración del material arqueológico auténtico procedente del Arroyo de Leyes, habiendo descartado rigurosamente de esta descripción "todo lo dudoso", y con mayor razón lo falsificado atribuído al mismo paradero indígena, y que por desgracia para la ciencia argentina ya anda corriendo mundo con el título de instituciones respetables y munido con la firma de arqueólogos que creíamos de mayor jerarquía científica.

1 Ulrico Schmídel: "Crónica de la Expedición de Pedro de Mendoza al Río de la Plata"; edición anotada por Lafone Quevedo, ops. 16-19.

2 Del documento 26, colección Garay, t. I, p. 281, citado por Cervera en su "Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe", p. 129. Santa Fe, 1907.

3 Documento citado por Levillier en su obra "Audiencias de Charcas, correspondencia", t. I, nº 173. Madrid, 1918.

4 Cervera: "Historia", p. 130.

Procede del albardón del Arroyo de Leyes lo siguiente:

A) Material lítico

1º Un "desgarrador de piedra", de forma lanceolada, con doble filo tallado por percusión, hecho de arenisca cuarcítica, traída de las barrancas de Paraná, pues en el yacimiento, ni en sus contornos no existe piedra de ninguna clase. Mide el desgarrador 10 centímetros de longitud y 6,30 de anchura. Fué hallado a 60 centímetros de profundidad (figura 12).

2º Un "hacha de piedra", de arenisca cuarcítica, de factura imperfecta, de la época neolítica, con una pequeña depresión en la parte superior para facilitar el enmangamiento. Fué hallada a 110 centímetros de profundidad, junto con fragmentos de alfarería muy arcaica.

3º Numerosas "piedras con superficies pulidas", denominadas "alisadores", de una, dos, tres y a veces cuatro superficies pulimentadas. Las hay de superficies planas y de superficies cóncavas y sus formas y tamaños son muy variados.

4º Un "mortero" de superficie muy abierta, hecho de arenisca cuarcítica, de forma circular obtenida por percusión haciendo saltar esquirlas de los bordes hasta darle tal figura. Tiene la piedra 3 centímetros de espesor y 15 de diámetro.

5º Una "mano de mortero" de piedra roja, con una superficie perfectamente pulida, que indica que se usó para triturar cosas o granos que debían ser reducidos a polvo muy delgado. No corresponde, ni fué hallada junto con el mortero de que se habla en el número 4.

B) Material óseo

1º Numerosos "restos óseos humanos", entre los que se destacan muchas vértebras, un peroné casi completo y principalmente dos cráneos, cuya ubicación perfectamente vertical, es decir, la calota hacia la parte superior del yacimiento, parecen denotar claramente que el cadáver fué colocado sentado. Estos cráneos los hallé a un metro de distancia de donde comienza la barranca, a 60 centímetros de profundidad y estaban en tal estado de humificación que fácilmente se pueden reducir a polvo con los dedos. Este dato es interesante para lo que diremos después acerca de la antigüedad de esta cultura.

2º "Dientes y restos óseos de nutria" y de otros animales.

3º "Varios espolones" de raya trabajados en forma de espátula o punzón.

4º Dos "puntas de flecha" de hueso. Una tubular, hecha con un hueso de pájaro cortado en bisel y la otra trabajada en forma de bayoneta, a dos filos con base pedunculada (figura 10, A y B).

5º Restos frecuentes de valvas de moluscos grandes, dispersos en poca cantidad y a diversas profundidades, que pueden provenir de depósitos marinos intercalados en el pampeano, correspondientes a avances oceánicos en la cuenca paranense, o más probablemente son restos de comida de tribus autóctonas del paradero.

Las alfarerías indígenas del Arroyo de Leyes, que presentan caracteres culturales bastante adelantados, se pueden reducir a los siguientes objetos:

C) Material cerámico

1º "Lebrillos" y "recipientes" de uso doméstico, empleados en la cocción de alimentos, como lo prueba la gruesa capa de hollín que aún llevan adherida.

2º "Urnas sepulcrales", de gran tamaño, semejantes a las conocidas en la alfarería del litoral, de las cuales sólo se han hallado fragmentos, suficientes para comprobar el gran diámetro de las mismas.

3º "Vasos funerarios" o "rituales", en general pequeños, de forma esférica o lobular, con y sin asas, que se encuentran casi siempre junto con restos óseos humanos. Este dato es muy interesante y que viene a confirmar plenamente lo que dice Baucke del modo de enterrar de los mocobíes. "Cavan un hoyo de dos palmos de hondo, ponen el cuerpo con "un cantarillo" de agua y algún comestible. Todo lo cubren con tierra suelta, echan encima una rama de algún árbol, cércanlo también con ramas, ponen "el dardo del difunto" . . . y desamparan el cuerpo con los mismos lamentos con que lo acompañaron." [1]

4º "Figuras zoomorfas", estilizadas casi siempre, predominando el puma, el mono, el loro. Estas estatuillas zoomorfas, rara vez se encuentran solas como estatuas y entonces quizás tendrán un fin totémico (figura 11).

La mayor parte de las veces estas figuras zoomorfas sirven de apéndice a las alfarerías, destacándose por su frecuencia las cabezas de psitácidos, desde sus formas estilizadas más simples, hasta las más perfectas y realistas.

No he hallado "vasos antropomorfos", ni "apéndices antropomorfos" de los que abundan en ciertas colecciones y cuya falsedad demostraré más adelante.

5º Las "alfarerías gruesas", así denominadas por el profesor Serrano, abundan en el yacimiento arqueológico del Arroyo de Leyes. Las hay de superficies lisas y más frecuentemente con decoración punteada.

El análisis de los fragmentos que poseo no permite en muchos casos establecer de qué objetos se trata, ni tampoco cuál fuera su empleo. Con todo, de algunos de estos fragmentos se puede afirmar con certeza que son parte de recipientes de formas raras, y otros son trozos de figuras zoomorfas.

Entre estas alfarerías gruesas hay que destacar un notable fragmento, con decoración punteada, que es el cuello y boca de un recipiente parecido a una hidria griega. El cuello y boca tienen 10 centímetros de diámetro y la altura del cuello ha sido por lo menos de 16 centímetros.

6º Varios "tembetás" de diversos tamaños, aunque me inclino más a creer que son adornos para el orificio del lóbulo de las orejas, como usaban los chiriguanos, chorotes y otras tribus, ya que los ejemplares encontrados no son de piedra, ni de madera o hueso, como los de los indígenas precitados, sino que son de arcilla cocida.

1 Guillermo Furlong: "Los mocobíes y Santa Fe", p. 103. Buenos Aires, 1937.

Análisis e interpretación de la alfarería del Arroyo de Leyes

7º Gran cantidad de "fragmentos de alfarería indígena", de todas clases, decoraciones, espesores y pastas, que me han servido principalmente para extractar la decoración más usual empleada en este yacimiento, lo mismo que la forma predominante de las vasijas y de las asas.

La inconfundible pátina del tiempo que recubre esta cerámica denota una civilización muy antigua. Se trata sin duda alguna de una cultura autóctona bastante adelantada, si bien inferior a la chiriguana y a la chaco-santiagueña en general. El estudio de todo lo obtenido hasta la fecha, analizado con profundidad, me inclina ahora a la unidad racial, cultural y cronológica del yacimiento.

La ausencia de toda vinculación extranjera, los objetos paleolíticos, la decoración netamente indígena y los restos óseos humanos que se encuentran casi en estado de humificación, a pesar de haber estado en sitio, alto y seco, revelan una procedencia muy antigua, probablemente prehispánica.

La alfarería es lisa, pintada y grabada, como toda la del litoral.

El sistema de "cocción" es perfecto y predominan los vasos funerarios esferoides y ovoides, de paredes muy delgadas.

La "pasta" empleada más frecuentemente es negra, muy homogénea, con antiplástido de tiestos molidos y recubierta por lo general, interior y exteriormente con una capa de arcilla roja. También abunda la alfarería hecha con pasta arcillosa de color ocre, semejante a la que conocemos de todos los paraderos del litoral.

Llama la atención la gran variedad de clases de bordes de vasijas, lo cual acredita la habilidad de los alfareros indígenas.

Las "asas" son muy variadas también, predominando las circulares y las formadas por apéndices zoomorfos, rematadas en cabezas de aves con preferencia.

El "decorado" punteado de las vasijas llega a gran perfección, y se emplea en la grabación, principalmente adornos rectos, paralelos, escaleriformes, angulares, romboideos y rara vez de líneas curvas.

Se encuentran aparentemente en igual cantidad fragmentos de alfarería pintada y alfarería decorada. La alfarería decorada aparece a veces con decoración punteada interna y externa en los bordes.

Del yacimiento del Arroyo de Leyes se han obtenido varios bordes de vasijas con decorado netamente "guaraní", que consiste en pintar "sobre fondo blanco", "delgadas líneas curvas y rectas de color rojo", de lo que se ha ocupado ya el profesor Serrano.[1] Esto evidenciaría, en algún tiempo, la presencia de elementos de la raza guaraní en el paradero.

En una publicación mía aparecida en los Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo VIII, pág. 54, año 1936, insinué la idea de que me inclinaba a ver en los motivos ornamentales de la alfa-

[1] Antonio Serrano: "Arqueología del Litoral"; conferencia dada en la Junta de Historia y Numismática Americana, filial de Rosario, p. 8. Paraná, 1931.

ría del Arroyo de Leyes, un parentesco o punto de contacto con la civilización chaco-santiagueña, tan magistralmente estudiada por los distinguidos hermanos Emilio y Duncan Wagner.[1]

Debo ahora a la gentileza de la señora Amelia Larguía de Crouzeilles,[2] el poder presentar aquí por primera vez, dos piezas a las que atribuyo un gran valor documental, pues vienen a corroborar plenamente la opinión que entonces vertí como una hipótesis probable.

Se trata de dos notables fragmentos de bordes de vasijas (figuras 15 y 16) recientemente hallados, que tienen "en relieve" en su parte superior externa, la inconfundible divinidad antropo-ornitoofídica, tan frecuente en la alfarería chaco-santiagueña. Estos dos relieves de estatuillas presentan un gran parecido y hasta casi identidad, con las que aduce Wagner en su obra.

¿A qué indígenas pertenece esta cultura?

Creo que este hallazgo es muy importante, pues evidencia la existencia de una cultura primitiva muy extendida, que tuvo las mismas ideas totémicas y que pertenecieron a una misma unidad étnica.

Los indígenas que vivieron en la época prehispánica, en estas regiones que estamos estudiando, fueron los "quiloazas", a continuación de ellos los "calchines" y más al Norte los "mocoretáes", frente a la antigua Santa Fe, sobre la margen occidental del Paraná.

Los "indios quiloazas" se encuentran citados muchas veces por los cronistas de la colonia.

Irala en su carta de 1541, coloca a los quiloazas al norte de los timbúes, sobre la costa occidental del Paraná.

En 1573, Vergara menciona a los quiloazas al decir: "Ahora quiero aquí hacer mención del camino y naciones que hay desde la boca del Río de la Plata hasta Asunción y desde Asunción hasta el Perú . . . en Sancti Spiritus hay indios amigos que se llaman timbos, gente muy doméstica; hay otra nación que se llaman querandíes, gente belicosa y enemiga de españoles . . . pasados estos timbúes están "los quiloazas" . . . luego los mecoretáes (mocoretáes) . . . hay más arriba otra nación de indios que se llaman mamuepenes (mepenes) . . ."

Ulrico Schmídel, que conocía la antigua Santa Fe, los coloca a 30 leguas al norte de los corondas, como dijimos antes.

Ruy Díaz de Guzmán, que también estuvo varias veces en Santa Fe y que con el gobernador de la Asunción en 1570 entró hasta las bocas del Salado, coloca a los quiloazas a doce leguas más abajo de la primitiva Santa Fe, cerca del Salado.

Del Barco Centenera cita entre los indios vecinos de la ciudad

1 Emilio R. Wagner y Duncan L. Wagner: "La civilización chacosantiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo", t. I. Buenos Aires, 1934.

2 Desde estas líneas agradezco a la distinguida investigadora del Litoral, señora Amelia Larguía de Crouzeilles, su gentileza en poner a mi disposición para este estudio, el valioso material arqueológico que posee del Arroyo de Leyes.

Igualmente agradezco al ingeniero señor Celestino Mounier, presidente del Departamento de Obras Públicas, el haberme facilitado generosamente los datos y mapas del Archivo Topográfico que se han utilizado para este trabajo.

donde él moró (Santa Fe) a los indios mepenes, calchines y quiloazas.

Lozano dice que Garay, una vez fundada la ciudad, empadronó 200.000 indios comarcanos de las naciones quiloazas, mepenes, colastinés y timbúes.

Estos indios quiloazas, al llegar los conquistadores, desaparecieron probablemente o eran una parcialidad que emigró o se fundió con otras, pues no se la cita más después de los primeros años del siglo XVII.

Los indios que los gobernadores de la época de la conquista trataron de reducir a vida civilizada, no dieron resultado. Las pestes, los malos tratos, las depredaciones de los indios infieles, acabaron con los indios reducidos cerca de Santa Fe, perseverando por algún tiempo más los reducidos en San Javier y en San Pedro.

Testimonios de historiadores

Así, en 1631, había desaparecido ya la reducción de San Lorenzo de los mocoretáes, situada en el Rincón de Antón Martín, y Céspedes hacía merced a los jesuítas "de esas tierras desiertas que habían sido antiguamente pobladas por los mocoretáes".

Los calchines fueron los indígenas más numerosos e importantes de la zona que se extendió entre las dos Santa Fe. Don Juan de Garay los cita en primer término en el acta de fundación de la ciudad: "... fundo y asiento y nombro esta ciudad de Santa Fe en esta Provincia de Calchines..."

Los calchines se hallan citados innumerables veces en los títulos de compra o venta de tierras, desde la antigua Santa Fe hasta casi nuestros días, bajo estas frases: "pago de los calchines, Rincón de los Calchines, rancho de los calchines, camino de los calchines", etc.

Más aún, cuando ya habían desaparecido los mepenes, mocoretáes, mocobíes, quiloazas y timbúes, reducidos o nómades, la región de los calchines, actual pueblo Santa Rosa de Calchines, se hallaba muy poblada y asentados en ella pacíficamente sus indígenas, que permanecen aún en sus tolderías sin mezclarse con la población blanca. He visitado estas tolderías, donde goza especial autoridad una anciana llamada doña Ruperta Cisterna, que tiene 87 años de edad y cuyo padre era el cacique de toda la región.

A algunos de estos indios, pues, a saber, los quiloazas, los calchines y los mocobíes que, como sabemos por la historia, merodearon siempre la antigua y nueva Santa Fe, hay que atribuir la alfarería del Arroyo de Leyes. Bajar a más detalles de precisión, creo que no hay datos que lo autoricen, lo mismo que determinar cronologías acerca de lo mismo. Sobre la habilidad de los mocobíes para la cerámica nada dicen los abundantes papeles de que se ha valido el Padre Furlong para la monografía que precede a estas líneas, pero entre las láminas de Baucke, referentes a dichos indígenas, se halla la que reproducimos bajo el número 2.

Como los mocobíes, tanto en su estado nómade como en su forma de reducciones, merodearon siempre la antigua y nueva Santa Fe, no sería improbable que la alfarería del Arroyo de Le-

yes fuera suya. Esta es la razón por la cual el Padre Furlong solicitó que escribiéramos este "apéndice".

Lo que arriba llevo escrito, se refiere exclusivamente a la alfarería auténtica del Arroyo de Leyes, muy arcaica, inconfundible con otra por la característica de su pasta y motivo de decoración netamente indígena y que he obtenido directamente del yacimiento sin intermediario, lo que me inmuniza contra todo posible engaño.

Las falsificaciones del Arroyo de Leyes

Pero hay otra "seudoalfarería", de aspecto muy reciente, vendida por los lugareños a diversos coleccionistas como procedente del Arroyo de Leyes, y que en un artículo mío del año pasado [1] denuncié como un simple "bluff", ya que se trataba de vasijas groseramente imitadas, que por su decoración no indígena, por su mala cocción, por su pasta imperfectamente amasada y sin antiplástido, por su decoración grabada con instrumentos metálicos modernos y por su desbordante imaginación en grupos antropomorfos, inusitados en el acerbo cultural indígena del yacimiento, estaban palpablemente demostrando su falsificación y que sólo un profano en asuntos arqueológicos puede confundir con los auténticos.

Lo denuncié con toda claridad para salvaguardar la dignidad de nuestra ciencia argentina, pues vi que se falseaba la verdad, por "la intromisión de incompetentes o de especuladores", como escribió también Frenguelli.

Algunos de los argumentos que entonces aduje son éstos:

Pruebas diversas

1º En las 28 excavaciones que he practicado en el terreno del yacimiento no he encontrado ni "una sola vasija" de esa alfarería reciente, y ni siquiera "un fragmento". ¡El que las vendía ha hallado más de 1.000!

2º Los lugareños al ser interrogados por mí han caído en contradicción al señalar el sitio de los hallazgos, refiriéndose a los mismos objetos.

3º Tengo una vasija burda, de bordes cortados a cuchillo y que lleva grabada una N grande como una marca de caballo, de diez centímetros, que se me vendió como excavada en el yacimiento, siendo a todas luces falsificada.

4º La señora doña Amelia Larguía de Crouzeilles tiene dos vasijas que he examinado y son evidentemente no indígenas. Una tiene los motivos ornamentales grabados con un objeto metálico que me pareció un botón de casaca militar, y Frenguelli afirma ser un dedal número 2. La otra pieza tiene decoración punteada, obtenida con una grampa metálica de las que se usan para trabar las maderas de los cajones comerciales.

De estas dos vasijas y de otra pieza igualmente falsa, ha hecho Frenguelli posteriormente un minucioso estudio, con lujo de detalles fotográficos.[2]

5º Completaban mis argumentos ciertas frases recogidas de moradores del yacimiento, como éstas: una señora dijo, que "casi

[1] Revista La Inmaculada, nº 117, p. 7, Santa Fe.
[2] Joaquín Frenguelli: "Falsificaciones de alfarerías indígenas en el Arroyo de Leyes (Santa Fe)", pp. 71 y sigs. Buenos Aires, 1937.

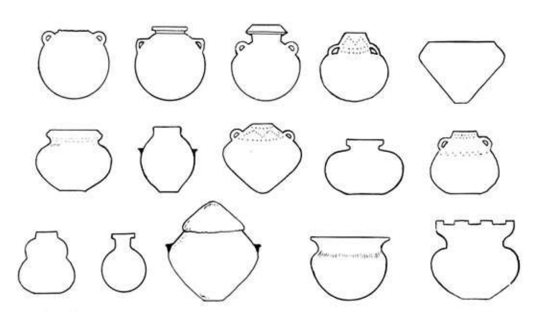


Fig. 1. — Formas esquemáticas de las vasijas y urnas más perfectas del Arroyo de Leyes, deducidas de los restos encontrados y de las piezas enteras que poseemos.

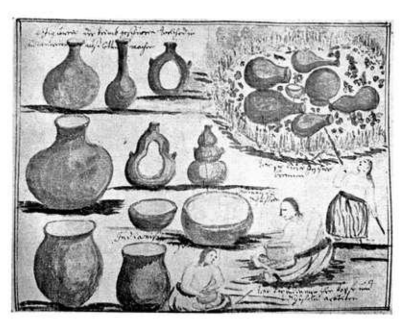


Fig. 2. — Los mocobíes ceramicando. Interesante lámina de Baucke, publicada por el Padre Furlong en 1935, donde puede apreciarse las formas predominantes y el método de cocción empleado por los alfareros mocobíes.



Fig. 3. — La "victoria regia", llamada en lengua indígena "irupé", que abunda en los remansos próximos del Arroyo de Leyes.

Fig. 4. — La barranca del Arroyo de Leyes con el sitio del yacimiento arqueológico, marcado con una cruz. Tiene aquí el arroyo 120 metros de anchura máxima. En el paisaje se destaca el característico ombú, junto al cual se han encontrado numerosos restos. (Col. R. C.)

todas las mujeres del contorno sabían hacer esas cosas", "que las vasijas las cocían en un horno criollo de hacer pan", "que venía de Santa Rosa una persona con dibujos en un papel y que ésa hacía las decoraciones", "que esas vasijas no las habían excavado ellos, sino que un conocido se las dejó a ver si las vendían", etc.

Todas estas razones, que en mi ánimo ya no dejaban lugar a dudas sobre la falsificación de las alfarerías del Arroyo de Leyes, me determinaron a seguir trabajando con tenacidad y astucia, hasta lograr esclarecer en forma innegable el asunto.

Experiencias personales

Así es cómo, hace dos días, el 6 de diciembre de 1937, al hacer mi último viaje al Arroyo de Leyes con objeto de tomar las fotos que ilustran este artículo, la buena suerte me deparó la "buscada y sensacional declaración" que inserto más abajo, que confirma plenamente mis aserciones, y ha de ser la lámina mortuoria que ha de soterrar para siempre la seudoalfarería con que se ha venido traficando.

Con mi amigo el señor Oscar Imbert, pude trasladarme al yacimiento el lunes 6 de diciembre de 1937, por la mañana. Durante el camino le iba relatando al señor Imbert, que hacía pocos días, al visitar una persona de Santa Fe el rancho de uno de los moradores que ha suministrado gran número de piezas de las que tratamos, se alborotó de pronto un enjambre de abejas, de los que tiene varios ese morador, y obligó a toda la familia a refugiarse precipitadamente en el rancho, para librarse de las picaduras de los enfurecidos insectos. Entonces la persona de referencia pudo ver junto al rancho (pues la precipitación de la familia al huir no lo retiró o se olvidó), un "objeto de barro recién hecho", sin cocer aún, que afectaba la forma de un mate, con grabaciones punteadas, y el orificio, no en la cúspide, sino a un lado. La persona de que trato, al volver a Santa Fe, dibujó en un papel el objeto y yo mismo he visto el tal dibujo.

Primer descubrimiento

Pues bien; he aquí que al llegar yo el lunes, al mismo rancho, con el fin que antes indiqué, entre las vasijas que me ofreció el morador en venta, veo el mate descripto, que dicho está de más, me apresuré a adquirir, pues era una prueba manifiesta de las falsificaciones, pues ya estaba cocido y embadurnado de barro, presentando "cierto aspecto de antigüedad", que le ha desaparecido al lavarlo.

Pero todavía falta lo más importante. De los objetos que me ofreció sólo adquirí uno, pues los demás "no me agradaban", como le dije. Y lo llevé al auto junto con unos fragmentos.

El auto estaba a unos cincuenta metros del rancho, y yo había sacado la máquina para fotografiar el paisaje, cuando viene hasta mí una hija del morador del rancho, de unos ocho años de edad (que está señalada en la figura 5 con una cruz blanca), y me ofrece una cabeza de un animal no identificable, hecho de arcilla, diciéndome que "me lo daba".

Tomé el fragmento, lo dejé en el auto, di unos caramelos a la chicuela y me puse a desplegar el trípode de la máquina fotográfica, teniendo a mi lado al señor Imbert.

Entonces, mientras ejecutaba esta operación, sin mirarla siquiera a la niña, y como inocentemente le pregunté:

Diálogo sugestivo

—Decime, nena, ¿tu papá sabe hacer estas cosas?

—Sí, señor —me respondió.

—Y eso que me diste, ¿también lo hizo él? —le volví a preguntar, mientras preparaba la máquina y sin mirarla.

—Sí, señor —me contestó nuevamente, con ingenuidad.

Insistí: —Y eso que me vendió antes, ¿también lo hizo él? —le dije mirándola.

Ella me miró, y algo indecisa respondió: —Eso, eso, no señor.

Pero tanto el señor Imbert, como yo, vimos que ya no hablaba la ingenuidad, sino la reflexión, pues la niña se había dado cuenta de que mis preguntas eran maliciosas. No importaba; la verdad ya estaba confesada . . .

Este diálogo es rigurosamente histórico, y fué presenciado y oído por el señor Imbert, y si diez personas hubiera habido entonces a mi lado, las diez hubieran sido testigos de esta confesión.[1]

Ahora una inducción. Ese hombre que "sabe hacer esas cosas" es el mismo que me ha proporcionado a mí, cerca de cincuenta seudocacharros, pues siempre los he tenido por falsos; es el mismo que ha vendido a distintos coleccionistas la mayor parte de los cacharros que se exhiben como procedentes del Arroyo de Leyes y que presentan el aspecto de alfarería nueva, asunto en el cual interviene otro morador vecino y que también ha proporcionado gran cantidad de esa cerámica. Pues bien: estos datos, unidos al mate y demás piezas falsificadas de que hablé más arriba, junto con el hecho de que no he encontrado ningún vaso antropomorfo de cerámica reciente en mis excavaciones, llevan claramente a la conclusión indubitable de que "toda esa alfarería es falsificada".

Las sesenta piezas o vasijas de alfarería reciente que poseo, casi todas antropomorfas, que considero falsificadas, por las razones que acabo de aducir, se parecen a primera vista a la mayor parte de las que integran ciertas colecciones que en estos últimos años se han formado con "hallazgos" del Arroyo de Leyes.

Claro está que solamente un estudio comparativo y simultáneo de todas las piezas mencionadas, junto con las que yo considero como falsas, podrá establecer con certeza si alcanza a esas colecciones el juicio que he emitido sobre las falsificaciones del Arroyo de Leyes, aunque desde ya me inclino a que son en su casi totalidad, igualmente falsas, por las mismas razones.

Santa Fe, diciembre 9 de 1937.

1 Carta del señor Imbert al autor.

"Sr. Raúl Carabajal. — Pte.
Estimado amigo:
He leído el diálogo o conversación que antecede y como testigo presencial declaro que es rigurosamente histórico en todas sus partes, que fueron por mí presenciadas y escuchadas, de lo cual a fin de que conste, doy fe.

Salúdale atte.

Oscar Imbert.
Santa Fe, diciembre 10 de 1937."

Bibliografía principal

1. Aparicio Francisco de: "El Paraná y sus tributarios", en la Historia de la Nación Argentina, t. I, pp. 473 y sigs. Buenos Aires, 1936.
2. Aparicio Francisco de: "Nuevos hallazgos de representaciones plásticas en el norte de la provincia de Santa Fe", en Revista de la Universidad de Buenos Aires, t. XLIX. Buenos Aires, 1922.
3. Bregante Odilia: "Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino". Buenos Aires, 1926.
4. Bousquet Manuel A.: "Investigaciones arqueológicas en el Arroyo de Leyes, Santa Fe", en Revista Geográfica Americana, t. VIII, pp. 161-174. Buenos Aires, 1937.
5. Bousquet Manuel A.: "M. A. Bousquet... habla para El Pueblo", en diario "El Pueblo", p. 5. Buenos Aires, 29 de julio de 1936.
6. Carabajal Raúl: "Ultimos hallazgos arqueológicos del Arroyo de Leyes", en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. VIII. Santa Fe, 1936.
7. Cervera Manuel: "Ubicación de la ciudad de Santa Fe fundada por Garay". Santa Fe, 1932.
8. Cervera Manuel: "Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1835". Santa Fe, 1906-1908.
9. Frenguelli Joaquín: "Hallazgos arqueológicos en la Laguna Guadalupe", en Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, t. II, pp. 57-67. Buenos Aires, 1932.
10. Frenguelli Joaquín: "Las falsificaciones del Arroyo de Leyes", en el diario El Litoral. Santa Fe, 31 de marzo de 1935.
11. Frenguelli Joaquín: "Falsificaciones de alfarerías indígenas en el Arroyo de Leyes (Santa Fe)", en Publicaciones del Museo de la Universidad de La Plata, t. II, Antropología, nº 5. Buenos Aires, 1937.
12. Furlong Guillermo: "Alfarería mocobí", en El Salvador, t. X, nº 104, pp. 20-21. Buenos Aires, 1935.
13. Furlong Guillermo: "Iconografía colonial rioplatense, 1749-1767". Buenos Aires, 1935.
14. Larguía de Crouzeilles Amelia: "Algunos datos arqueológicos sobre paraderos indígenas de Santa Fe", en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. CXVIII, pp. 216-221. Buenos Aires, 1934.
15. Larguía de Crouzeilles Amelia: "Datos arqueológicos sobre paraderos indígenas de Santa Fe", en Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. CXXII, pp. 326-334. Buenos Aires, 1936.
16. Outes Félix F.: "Los aborígenes de la República Argentina". Buenos Aires, 1910.
17. Outes Félix F.: "Un hallazgo arqueológico sensacional", en La Nación. Buenos Aires, julio 7 de 1935.
18. Outes Félix F.: "El arte de los aborígenes de Santa Fe", en Publicaciones Amigos del Arte. Buenos Aires, 1935.
19. Serrano Antonio: "Arqueología del Arroyo Leyes (provincia de Santa Fe)". Paraná, 1934.
20. Serrano Antonio: "Los primitivos habitantes del territorio argentino". Buenos Aires, 1930.
21. Serrano Antonio: "Las culturas protohistóricas del Este Argentino y Uruguay". Paraná, 1933.
22. Serrano Antonio: "Arqueología de Las Tejas (provincia de Santa Fe)", en Revista Universitaria del Litoral, nº 12. Paraná, 1922.
23. Serrano Antonio: "Habla de los descubrimientos arqueológicos de Santa Fe", en el diario La Acción de Paraná, 23 de septiembre de 1934.
24. Techo Nicolás del: "Historia de la provincia del Tucumán", Madrid. Asunción del Paraguay, 1897.
25. Tommasini Gabriel: "La civilización cristiana del Chaco", primera parte (1554-1810). Buenos Aires, 1937.
26. Villegas Florencia: "Breve contribución al estudio de la arqueología de la provincia de Santa Fe", en Boletín del Colegio Nacional Manuel Belgrano, año V, nº 9. Buenos Aires, 1934.
27. Wagner Emilio R. y Wagner Duncan L.: "La civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo", t. I. Buenos Aires, 1934.



ÍNDICE ANALÍTICO

EL 22 DE MARZO DE 1938
SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS
CALLE AYACUCHO, 774
BUENOS AIRES